Agustín Gómez Arcos

El cordero carnívoro

El cordero carnívoro narra, de un modo intenso y provocativo, la vida de un muchacho desde su nacimiento hasta que cumple 25 años. Partiendo de la extraña relación entre el protagonista y los seres que lo rodean, Gómez Arcos desvela, de manera descarnada, los traumas causados por la guerra civil en una familia de la burguesía andaluza. Profundas reflexiones sobre las relaciones humanas, la muerte, la homosexualidad, la libertad, la dictadura, la religión conforman esta novela de amor y de odio, magistralmente escrita pero políticamente incorrecta.

Agustín Gómez Arcos

El cordero carnívoro

Título original: *L' Agneau carnivore*
Agustín Gómez Arcos, 1975
Traducción: Adoración Elvira Rodríguez, 2007

Prologo: Luis Antonio de Villena

Revisión: 1.0
04/07/2019

PRÓLOGO

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS Y EL CORDERO CARNÍVORO

Creo que conocí a Agustín unos nueve años antes de su muerte, esto es, hacia 1989. Nos empezamos a tratar un tanto al azar, al hilo de que ambos frecuentábamos en la noche de Madrid, un bar de gustos masculinos… Agustín Gómez Arcos, para los pocos que en España le conocían por entonces, era un autor francés, es decir que escribía en francés (aunque nacido en Enix, un pueblo de Almería, en 1933) y que apenas había publicado en España. El aspecto de Agustín —en una primera impresión— era hosco. Un hombre no muy alto, con las gafas colgadas por una cinta al cuello y un aire francamente popular, con un punto de inteligencia o de bohemia. Muy pocos recordaban (la obra que diré se estrenaría en el «María Guerrero» hacia 1994) que desde los finales años 50, Gómez Arcos había vivido en Madrid y había intentado ser actor y enseguida autor teatral, chocando de continuo contra la censura franquista. Una de aquellas obras de teatro —premiadas pero nunca estrenadas a comienzos de los 60— fue *Los gatos*, de clara raigambre esperpéntica y de denuncia…

Como era lógico Agustín fue un escritor español que comenzó escribiendo en español (su cercano amigo el actor Antonio Duque guarda cuadernos con viejos poemas de Agustín en nuestra lengua) pero al hallarse de hoz y coz con la cerrazón y el atraso que el franquismo representó en tantos órdenes, y siendo él hombre de temperamento combativo, no dudó —

cuando sintió que se le cerraban todas las puertas— en declarar o pensar como tantos exilados españoles, que la España nacional-católica, país de horca y cuchillo, no era el suyo, y se marchó voluntariamente al exilio en 1966 pero acaso ya con la secreta intención (no sé si en el fondo un modo de venganza) no sólo de cambiar de país sino lo que es mucho más radical —lo hizo también a principios del XIX José María Blanco White— de mudar de lengua. Se fue a París sin ningún privilegio. A vivir la libertad que no tenía en aquella España pero también las dificultades del emigrante… Sin embargo nunca cambió de nacionalidad, siempre fue español y a eso atribuía él (en intimidad) que nunca le hubiesen dado el Prix Concourt, en el que dos de sus novelas quedaron finalistas. Escribía en francés, pero no era francés, pese a que —me contó— le habían dado toda clase de facilidades para nacionalizarse…

Sin embargo desde mediados de los años 80 (aunque su casa, en Montmartre, siempre siguió estando en París) pasaba largas temporadas en Madrid, en un apartamento que alquilaba muy cerca del Paseo de Recoletos. Poco a poco, y al calor de la noche, fuimos intimando. Me empezó a regalar sus libros y yo a él los míos. Cenamos algunas noches juntos —casi siempre me invitaba él— y charlamos muchas otras. Vivía bien, pero no tenía querencia por el lujo. Le gustaba el aire popular e incluso un tanto marginal, en eso —sólo en eso— tenía algo pasoliniano y quizás un punto de solitario. Le gustaba poco hablar del pasado y menos de su familia (con la que no parecía tratarse en exceso) pero siempre quedaba muy evidente la tragedia de la guerra civil, la ferocidad de los vencedores, y las dificultades en el medio rural de Almería en la larga y cruda posguerra. Ese aspecto quizás sea el más tratado en su novela *L'enfant-pain (El niño pan)* de 1983, pero que sólo muy recientemente —muerto ya el autor, claro— se ha traducido al español.

Agustín era en literatura enormemente exigente y acaso secretamente un poco vanidoso. Casi todo lo nuevo que se hacía en Francia le merecía algún reproche, y algo similar ocurría con lo español que iba conociendo. Apenas nada le parecía con la necesaria altura, y sólo nos salvaba benignamente a algunos amigos, que tampoco a todos. Sin embargo iba reubicándose más cada vez en el medio español (el Ministerio de Cultura de los primeros

noventa fue muy atento con él) y aunque seguía escribiendo en francés —de hecho por desavenencias con su antiguo editor dejó dos novelas que siguen inéditas en esa lengua, una totalmente acabada, y otra en la que trabajaba en sus últimos tiempos— mi impresión personal es que desde dentro vivía un lento proceso de rehispanización, cuando le llegó la muerte, relativamente deprisa. Las últimas veces que lo vi, lo hallé más delgado y algo desmejorado, pero sin que nada —ni por supuesto sus palabras— hicieran presagiar un final tan rápido. Murió en París (pero había estado aquí semanas antes) en marzo de 1998.

Su primera novela *L'Agneau carnivore* (1975) —una de las de mayor éxito— la leí en 1991 cuando él me regaló una edición francesa en bolsillo… No le gustaba hablar del tema del libro (y menos de si tenía o no raíces personales) pero sí le gustaba recordar su génesis material. Llevaba ya años residiendo en Francia y en 1973 trabajaba en un café-teatro de París donde hacía de camarero al tiempo que se representaba alguna pequeña pieza suya. Creo que a principios de 1974 pasó por el espectáculo un conocido editor francés (que Agustín, naturalmente, no conocía en persona) y le preguntó al camarero que quién era el autor de aquella piececilla que lo motivó. El autor era él, el camarero mismo. Quedaron entonces para hablar —al editor lo movió el asunto— y le propuso, días más tarde, escribir una novela desarrollando aquel tema. Fue tan generoso como para pagarle un pingüe anticipo (¡qué pocos editores de hoy harían esto, quizás ninguno!) y Agustín pudo abandonar para siempre su oficio y marcharse una temporada a Grecia a escribir esa novela que, desde hacía varios años, bullía en él. Así nació *El cordero carnívoro*, quizás una de las mejores novelas de Agustín. Y así el autor devino novelista en francés y aparentemente olvidó para siempre sus antiguas voluntades teatrales. La obra se editó en 1975 y tuvo un éxito importante. Agustín viviría en adelante de su literatura. Creo recordar que me dijo (referido sólo a aquella primera vez) que un amigo y el propio editor revisaron el manuscrito de un novato en la lengua, pero que ambos convinieron no sólo en su general buen hacer, sino en el estilo.

El cordero carnívoro (que ocurre fundamentalmente en una provincia

andaluza —no se dice nombre— en la España de los 50 y 60) llamará sobre todo la atención porque es la historia, muy bella y ajustadamente narrada, de un incesto homosexual. El amor y las relaciones físicas de dos hermanos, Ignacio (el narrador, el pequeño y más débil, algo afeminado) y Antonio, el mayor, un muchacho fuerte, sano y viril. La historia ocurre en el seno de una familia que en buena medida —acaso como todo en el libro, incluido el incesto— represente, metaforice o figure una España atrasada y partida. La madre Matilde —que nunca quiso al no deseado Ignacio— es el refinado y algo anticuado producto de una familia rica y latifundista, que va viniendo a menos. El padre Carlos (al que se parece notablemente Antonio, como Ignacio a la aristocrática Matilde) es un abogado, condenado al ostracismo y al fracaso, porque fue republicano en su juventud ardiente. Republicano de la tricolor como la criada Clara, que sabe todos los entresijos de la familia, que detesta a los curas y que jamás va a misa, pero protege el llameante amor de los hermanos. Juan, el joven marido republicano de Clara, murió en la guerra civil, y por eso ella detesta también la bandera rojigualda, «la bandera franquista» la llama, como detesta la radio que sólo habla de la paz y de la victoria… Matilde tiene un confesor, un cura relativamente venal y retórico, que transige con todo mientras se den limosnas a la Iglesia y se guarden las apariencias.

Muertos los padres y separados los hermanos, vuelven al hogar medio abandonado y arruinado, y pese a todo (el parcial exilio de Ignacio y el matrimonio de Antonio, en Venezuela, con una chica norteamericana) logran volver a amarse y recomponer una felicidad íntima, sensual, afectiva y heterodoxa. Algunos podrán legítimamente deducir que el incesto es el único posible final feliz (y acaso lo siga siendo) para la última historia española. Símbolos y aún alegorías no faltan —si se quieren ver— en esta novela tan radicalmente nuestra. Desde el propio título: el «cordero carnívoro» (que parte de la imagen de una alfombra de piel) es todo lo que presentándose como «bueno» por una autollamada «sociedad bienpensante» es en el fondo cruel y destructor: desde la Iglesia partidista (siempre con los vencedores) hasta la familia, a menudo una estructura vacía, salvo por la represión, la frustración y el asco… Novela queridamente en *la part maudite*, que diría Bataille, conviene no olvidar que admite también (sobre

todo para los foráneos) una lectura más convencional o directa: una transgresora historia de amor fraterno, en un país roto y una familia en obvia decadencia… ¿Sería por tanto una «novela gay»? No creo que la definición le hubiese gustado a su autor, que para nada escondía su condición homosexual. *El cordero carnívoro* posee un más que evidente componente «gay», pero lo que podría (no sin discusión) entenderse por «novela de temática gay» reduciría mucho el andamiaje ciertamente más complejo de la historia. Obsesionado al principio por la Guerra Civil española y por el inmenso daño que a tantos causó (al autor entre ellos) el tema reaparece en varias otras novelas de Gómez Arcos. Pero por supuesto supo desprenderse de la obsesión, por ejemplo en dos de sus últimas novelas éditas, que leí cuando salieron (también las dos con grandes elementos homoeróticos) y de las que guardo un buen recuerdo: *Ea femme d'emprunt* (1993) y *Eange de chair* (1995), si la memoria no me falla, la última que Agustín publicara en vida. A título de mero recuerdo hacia el amigo arisco que se fue, copio lo que Agustín me escribió al entregarme un ejemplar de esa novela última: «A Luis Antonio, un libro para soñar. Cariños…». Tampoco estas novelas están traducidas, pero será bueno que muchos conozcan al autor, por donde (con brillo y éxito) comenzó a los 42 años su segunda y definitiva vida de novelista en francés. *El cordero carnívoro* fue y sigue siendo una novela cuidada y magnífica.

Luis Antonio de Villena
Madrid, 22 septiembre 2007

EL CORDERO CARNÍVORO

a R.D.,
por sus consejos y su amistad

A.G.A.

CAPITULO 1

Con los ojos cerrados.

Ninguna imagen debe interponerse entre quien espero y yo. Ninguna imagen ajena a mi esperanza o a mis recuerdos. Establecer por fin el vacío. El vacío necesario entre el pasado, que conozco perfectamente, y el presente, del que no sé nada.

Hoy. ¿A qué día estamos? Ni siquiera me atrevo a preguntármelo. Tampoco hace falta. En mi mente pululan respuestas contradictorias, dispuestas a revelarse y a sembrar la confusión. En la incertidumbre de siempre, se puede pensar. En la angustia súbita, no.

Con los ojos cerrados, invadido por el invierno, me he dedicado toda la mañana a preparar la casa. Así todos los días, desde que llegué el viernes pasado, a las cinco de la tarde. Con los ojos cerrados estoy ya viviendo el miércoles. El reloj de la entrada acaba de dar las diez de la mañana, junto a mi oído derecho. Unas diez de la mañana sin estrenar, de este miércoles sin estrenar, que he esperado, con los ojos cerrados y el alma helada, durante cinco días-cinco siglos.

Porque hoy, miércoles, es el inicio de la primavera: una fecha, un camino nuevo por el que va a transcurrir mi futuro. Por fin.

Claro que, durante todo ese tiempo —quiero decir, durante los cinco días de espera— he tenido que abrir los ojos para hacer las faenas; empezando por poner sábanas limpias en la cama. Fue el viernes de mi llegada, a las cinco de la tarde y un minuto (el minuto necesario para subir

de tres en tres las escaleras hasta el primer piso, entrar en la habitación, coger las sábanas y hacer la cama).

Con los ojos abiertos contemplé esa cama, vestida con las sábanas de antes, sábanas que siguen oliendo a los membrillos de Clara, y no vi ni sábanas ni cama, sino un cuerpo, tu cuerpo, tan grande y fuerte como un árbol grande y fuerte; tan completo como un paisaje virgen, con ese riachuelo de sudor que te corre siempre, incluso en mis recuerdos, entre el pecho y el ombligo, verano e invierno, y que se desliza luego hacia la cadera, brillando a la luz. Con los ojos abiertos, tan sólo vi antiguas miradas: recuerdos futuros.

Pero es lo que quiero. Es mi voluntad. Se me despertó en París, de golpe, el día de tu telegrama: «Vuelvo a casa al inicio de la primavera. Te espero».

Detalle incongruente: yo sin blanca y sin expectativas, y tú mandándome un telegrama cargado de palabras inútiles, que costaban un dineral. Me dije que, con lo que te habías gastado en mandar todas aquellas palabras ociosas, me podía haber comprado unas salchichas con patatas fritas —la comida de los pobres en París, mi comida— y una caña. Podías haber escrito: «Ven a casa. Te espero». O: «Ven a casa». Y me hubiera podido comprar un paquete de tabaco. Además, estábamos a 15 de marzo. En dos días me plantaba yo en casa. No necesitaba una fecha. Por nada del mundo hubiera retrasado el viaje. ¿Por qué «al inicio de la primavera»? Por lo visto en Venezuela se gana el dinero a espuertas.

Pero luego caí en la cuenta: ese *inicio de la primavera* era un mensaje, una esperanza en clave. El 21 de marzo. Aniversario de mi primera comunión. Aniversario de nuestro verdadero abrazo entre nubes de mariposas.

Me aferré a aquella certeza. Todo lo que estaba entre muerto y vivo en mí, emergió en un último espasmo vital. Mi grito de venganza eliminó de golpe la angustia diaria de la pequeña buhardilla que había alquilado (sexto piso, sin ascensor, sin agua, sin calefacción). Hice la maleta. Salí corriendo para la estación. Compré un billete de segunda. Destino: tú.

Nada de libros. «Dos días de tren. Nada de lectura, tengo que pensar». Ni siquiera el libro de mi amigo poeta, con quien te traicioné por primera

vez. Aunque ese gran poeta, ya muerto o quizás aún no, comprendería perfectamente algo que, en apariencia, es simple cobardía. Y si no, peor para él. Esos dos días *tenía* que dedicarlos a pensar, a salir de mi letargo. Definitivamente.

Además, sabía que los cinco días que iba a estar en casa antes de que llegara el *inicio de la primavera* se me pasarían volando. Cinco días-luz en los que tenía demasiadas cosas que hacer: enfriar tantísimo tiempo muerto y ardiente; desempolvar tantas «vivencias comunes» para que no se ensuciaran tus pasos, nuevos, en el momento de tu llegada… ¡Limpiar tanto pasado! No tuve tiempo de pensar ni un instante en la casa. (Por eso te digo que pensé en todo durante esos dos días de viaje. Ahora sólo me queda vaciarme. Purificarme, sin tener que vomitar. Al menos, así lo espero).

Quedan todavía muchas cosas pendientes para que todo vuelva a ser como hace siete años, en toda su plenitud, en el momento del adiós definitivo: me refiero a las palabras, a los gestos, a las miradas rotas que nos inventamos para mejor expresar el adiós… como se hace siempre.

¿Siempre?… Creo que sí… ¿O fuimos nosotros los primeros a quienes ocurría aquello?

Ahora lo sé: el día de nuestro último adiós fue creado expresamente, en el inicio de los tiempos, para aquella despedida. Nunca nadie había vivido un día así; ningún otro día había sido testigo de un adiós semejante.

Si en lugar de ahogarme en tus ojos como siempre, hubiera sido más consciente; si hubiera mirado a mi alrededor y añadido un punto de teatralidad, habría visto el cataclismo que, seguramente, se produjo: un eclipse de sol, sangre roja sobre rosas amarillas —cataclismo nacional y también propio de mamá— el día de nuestro último adiós. Ultimo adiós vivido como definitivo.

Claro que aquellos dos días de viaje resultaron demasiado cortos para recomponer y anexionar todo a mis raíces. Porque, cuando se trata de ti no tengo más remedio que remontarme a las raíces. A contra corriente. Con todo el peligro y el cansancio que ello implica.

No comí. No bebí. Nada. Tan sólo fumé. Dos días de tren y de nicotina para recuperar toda una vida. Dos días breves e interminables.

Con los ojos entreabiertos compré en la tienda del pueblo el jabón que,

durante siete años, ha mantenido tu olor en mi memoria. (Ni siquiera sé si ese olor era el tuyo o el del perfume. Mamá compraba aquel jabón en cajas de seis pastillas, y siempre hablaba de *perfume*. Pero yo, que desde mi más tierna infancia lo confundo todo —por culpa tuya o gracias a ti—, no conseguía establecer la diferencia. Nunca lo he conseguido en todos estos años en que tu recuerdo se me impuso con la tenacidad de un mendigo. Hoy, cuando husmeo en lo más hondo de mí, me inunda una bocanada de olor: tu perfume. Una sombra de perfume se escapa y me embriaga: tu olor. ¿Cómo establecer entonces la diferencia entre la exactitud del vocabulario de mamá y mis sensaciones?). Entré en el cuarto de baño, abrí los grifos, esperé desnudo a que la bañera se llenara de agua tibia, y me metí en el agua, me enjaboné, me enjaboné, me enjaboné… ¡tenía que borrar tantos perfumes para llegar a las fuentes de tu-mi olor!… enjabonarme durante estos cinco días, viernes, sábado, domingo, lunes, martes, y otra vez esta mañana… Enjabonarme una y otra vez hasta que he recuperado mi piel de niño, aunque con el vello que tú ya conocías, hace siete años, el día de nuestro último adiós. (Adiós que se me atragantó —vómito de sangre caliente que me dejó sin voz—, pero que sí salió de tu boca: último adiós-bofetada de hielo).

Ya lo sé, estoy divagando, pero no me lo reproches.

El viernes pasado a las cinco de la tarde, cuando decidido entré en la casa, todo se aclaró. Por fin. Sabía exactamente lo que tenía que hacer: el viernes, a las cinco y un minuto, preparar la cama. A las cinco y dos minutos, abrir la ventana para airear nuestro cuarto. Y tres minutos, limpiar el espejo. Y cuatro minutos, cortar… ¡Ah, sí! Cortar flores para ponerlas… para ponerlas… las flores de siempre, creo… para ponerlas de nuevo en… pero vi tu cuerpo desnudo sobre la cama, con el riachuelillo de sudor que brotaba de tu pecho y que se desbordaba de pronto sobre mí, como la crecida de un río… que brotaba de tu pecho para perderse… ¿dónde?

Creo que he perdido demasiado tiempo en la bañera. Conscientemente. Preferí olvidar todo lo que tenía que hacer. ¿Sabes en qué se me ha ido un tiempo precioso? En lamentarme de lo larguísimos que eran estos últimos cinco días del invierno, que nunca terminaban. He vivido veinticinco inviernos, y espero vivir unos cuantos más, tengo buena salud y conjuro a la

suerte haciendo cuernos con los dedos. Pero ningún invierno ha sido ni será tan eternamente largo como éste de cinco días, desde que llegué. (¡Y qué impreciso, tu *inicio de la primavera*!).

Sin embargo, sabes que siempre me ha gustado la precisión, y que las manos de mamá, imprecisas, que iban del piano al croché, del croché al rosal, del rosal a sus labios, de sus labios a las lágrimas, me sacaban de quicio. Era un crío de seis años y no podía explicarte *por qué me sacaban de quicio*. Tú te reías. Veo con claridad tu imagen en mi recuerdo: siempre te reías de mi locura. Creo que eso te acercaba a la felicidad.

Con los ojos cerrados, estoy sentado en el sillón de mimbre, el sillón de mamá que conoces tan bien —jardín amarillo de flores exóticas, jaula amarilla para pájaros raros, trozo amarillo de foto amarillenta—; el sillón en el que mamá tenía la mala costumbre de encogerse y de perderse como una minúscula flor, un minúsculo pájaro, una minúscula imagen de antaño, en un ambiente amarillo, color de la frustración (¿a santo de qué me surgen estos recuerdos malhadados?). Y tengo las manos crispadas sobre las dos palomas en relieve en que terminan artísticamente los reposabrazos (como si al verme, las pobres palomas quisieran escaparse y yo las retuviera, eternas prisioneras en su jaula de cestería). Y sentado en este sillón del que podría darte una imagen más precisa (no sé si tú lo veías como yo lo veo), con los ojos obstinadamente cerrados, frente a la puerta por la que vas a entrar en casa de un momento a otro, me pregunto por qué sigue andando este puto reloj (¿ves?, vuelvo a hablar como antes), este reloj de mierda, obseso como un ojo enemigo, ahí, junto a mi oído derecho. Parece que estuviera en contra mía, el cabrón. Si no, ¿por qué me obliga a beberme la amargura del interminable tiempo de tu no llegada?

No-lle-ga-no-lle-ga-no-lle-ga… Cinco días angustiosos de no-lle-ga desde el viernes pasado a las cinco de la tarde hasta hoy miércoles por la mañana… días cerrados, obsesionados con esa puerta cuya cerradura engrasé mil veces desde que llegué, el viernes a las cinco de la tarde, porque de pronto me dije: «¡Demonios, la puerta! ¡Seguro que chirría! ¡Y si chirría cuando la abra, será como cuando uno vuelve a casa cada día, como algo cotidiano, y no la vuelta al infierno o al paraíso, que es lo que yo pretendo! ¡Venga, a engrasar la cerradura!». Cinco días de duro trabajo

desde las cinco de la tarde del viernes hasta las diez de esta mañana (y siguen los no-lle-ga, que no hay manera de que se pare este hijoputa de reloj): la bañera, la puerta, el jabón en una mano, el aceite en la otra, la recuperación del olor original, pasar al mundo paralelo. Nuestro olor, nuestro mundo.

Los ojos cerrados, la puerta cerrada, los no-lle-ga que se alzan en el silencio del vestíbulo y me rodean como perros de caza con las fauces abiertas y los dientes afilados.

Si de verdad querías gastar dinero, por qué no me pusiste en el telegrama: «El 21 de marzo a las once en punto de la mañana, llegaré a casa. Ven». ¡Dios mío, por qué me haces esto! ¿Quieres matarme de angustia?

Tú no sabes lo que es la angustia. Desde que abrí los ojos dieciséis días después de mi nacimiento —un caso—, siempre has estado seguro de todo lo relativo a mí. Para ti, todo estaba previamente planificado. Hasta lo inesperado.

¿Te acuerdas?

Ella, mamá, decía que yo había nacido con la voluntad de quedarme ciego para siempre. De vez en cuando *condescendía* en explicar por teléfono, a quien quería oírla, aquel extrañísimo caso. Y cuando se decidía a hablar, a salir de su mutismo, no había quien la parara.

Ella, mamá, vivió cincuenta y dos años enclaustrada en el silencio, un silencio pegajoso que imponía a toda la casa como un castigo. Desde mi más tierna infancia, por ser ya muy curioso, comprendí que tal castigo, en principio destinado exclusivamente a ella, había terminado por afectarnos a todos. Para ella suponía un placer que desvelaba claramente el contorno de su alma dura, a pesar de la constante neblina de sus imprecisiones. Era como una mancha de aceite. Cada día un poco más grande. El mal se iba extendiendo, galopante. Ella, mamá, veía cómo el silencio se iba apoderando de nosotros, como una marea alta que nos ahogara… y entonces ella, mamá, sonreía… sonrisa que nunca ha poblado mis sueños infantiles. Cuando un día te pregunté sobre esto, me dijiste: «Es así porque es católica». Pero a pesar del follón de imágenes piadosas que tenía en su habitación, tanto en esta casa como en la de la ciudad, nunca vi a mamá

entrar en una iglesia.

Con sus amigas:

—Querida, estaba horrorizada. Bueno, no del todo. Tampoco hay que exagerar. (Dando a entender que no me quería lo suficiente como para horrorizarse). Profundamente extrañada sería más apropiado. Su obstinación me ponía enferma. Cerraba tanto los ojos que le salían arrugas. Y no sólo cerraba los ojos. También los puños. Durante dieciséis días, sin llorar, sin gritar. Nada.

¡Dieciséis días! Una voluntad ciega metida en una cuna. Su hermano, mi hijo Antonio, lo miraba subyugado, abandonando sus juegos, sus cuadernos de dibujo, dejándolo todo. ¡Con lo buen estudiante que ha sido siempre mi Antonio! (No comprendo cómo podías ser *buen estudiante* con cinco años). Me levantaba en medio de la noche, a pesar de mi salud precaria, para ver si lo sorprendía con los ojos abiertos, sonriendo a algún demonio… nunca se sabe dónde se esconde el demonio. Pero nada. Seguía ciego de día y de noche como si quisiera serlo para siempre. ¡Ay, amiga mía, qué cruz! ¡Un auténtico horror! ¡Y ahí no queda la cosa! El sexto día decidí llevármelo a Lourdes. Sí, sí, a Lourdes. ¡Ya no podía más! Me dije: «Lo tiro a la piscina milagrosa…». ¿Habrá usted oído hablar de ella…? Incluso puede que haya varias, en fin, da igual. «O se produce el milagro, o se ahoga». Porque, claro, prefiero llorar algún tiempo ante una tumba pequeñita llena de flores, antes que soportar toda la vida a un monstruo agazapado en su infierno de ciego. (Ella, mamá, contaba esto de un tirón, sin respirar). Menos mal que recuperé la salud y las fuerzas. Encargué un guardarropa totalmente negro para mostrar a la gente mi desesperación con dignidad. En Lourdes también, claro. Como le iba diciendo, estaba totalmente decidida a llevármelo. Hasta las maletas, las tenía ya preparadas. Pero en eso, Carlos (o sea, papá) me dijo textualmente: «¡Si me entero de que las cabronas de las monjas le tocan al crío un solo pelo de la cabeza, te mato!». Ya sabe que él siempre ha hablado así. Por eso me casé con él, para establecer un equilibrio entre mi piano y su manera de hablar (risita incongruente, tan fuera de lugar como un crucifijo en una mezquita). Bueno, ya se lo terminaré de contar otro día. Hoy estoy *demasiado* cansada.

Mamá colgaba el teléfono. Su mano, crispada durante el monólogo, se

reblandecía de pronto, como la cera caliente, y se fundía en gotas durante su largo peregrinar por el salón, que empezaba invariablemente en el piano y terminaba en sus lágrimas. Imaginarias.

Mucho tiempo después, durante otro de sus monólogos, me enteré (yo andaba por ahí, escondido en algún rincón) de que ella, mamá, viendo que las cosas no cambiaban, había pedido que le pusieran cuellos y puños blancos a todos sus vestidos negros «para que los demás no sufrieran con mi luto prestado». Desde entonces siempre se vistió así, como para recordarme continuamente el tremendo malentendido que había entre nosotros, y que se acentuó a partir del día en que abrí los ojos. «¡Dieciséis días! ¡Increíble! Tardó dieciséis días en abrir los ojos. Estábamos todos alrededor de la cuna. ¿Y sabe usted lo que hizo? Se puso a mirar fijamente a su hermano, con una mirada intensa, como si quisiera hipnotizarlo. ¡Ay, querida, qué emoción! Nunca podré olvidar aquellos ojos, abriéndose por primera vez a la luz y tan llenos ya de sombras, unas sombras que habría pillado Dios sabe dónde. A saber en qué fangoso infierno se había metido durante esos dieciséis días de calvario —mi calvario—, y de dónde le vendría aquella plenitud. Nunca lo he sabido. A mí no me miró, y creo que a su padre tampoco. Sólo mantenía la vista fija en los ojos de su hermano. El silencio de los demás se me hacía insoportable, así que me vi en la obligación de acercarme a él y decirle “pobrecito mi niño”. Porque claro, como soy su madre, algo tenía que decir».

No sé si ella, mamá, se habrá preguntado alguna vez si las sombras de las que hablaba no me habían envuelto cuando estaba en su vientre y que fui yo quien decidió salir de ellas. No sé si alguna vez comprendió que, si tardé tanto tiempo en abrir los ojos, fue por templanza: para no confundir el mundo del que venía con el que iba a instalarme de por vida.

En el momento en que ella, mamá, me dijo: «Yo no quería tenerte», comencé a remontar en mi pasado hasta el estado larvario y empecé a comprender. El rencor nació el mismo día en que mi feto le hinchó demasiado el vientre, impidiéndole inclinarse con elegancia sobre su maldito rosal. Pero enseguida me di cuenta de que mi deseo de venganza me llevaba a lo fácil, a lo pintoresco. Y busqué razones más profundas. Llegué al amor. O, mejor dicho, al desamor. Tragedia banal.

¡Su rosal!… ¿Se dibuja, por casualidad, una sonrisa en mis labios? Su rosal… ¡Ésa es otra! Será mejor que te lo cuente en otro momento. Hay muchas cosas que desconoces, ¿sabes? Eras demasiado alto para esconderte detrás del sofá o para pasar desapercibido entre los maceteros que adornaban los balcones de su salón. Tampoco te hubiera gustado hacerlo. Tú vivías tu vida a tu aire, como vivías la mía. Por eso no necesitabas espiar a mamá. Porque a ti sí que quiso tenerte, te esperó, te creó y recreó como uno más de sus bordados, como todas las primeras notas de las piezas que tocaba en el piano. Pero a mí me concibieron en la imprecisión, por accidente. De modo que decidí, desde el estallido del placer paterno, afirmarme contra su voluntad como una mala yerba.

No te puedes imaginar todo lo que aprendí sobre mi vida *anterior* durante las conversaciones telefónicas de mamá con sus amigas (amigas que se han mantenido como entidades invisibles y perfectamente anónimas). Si nunca miré a mamá a los ojos no fue para castigarla como ella pensaba, sino para eximirla de mi lástima. Y a lo mejor también para culpabilizarla. Claro que al culpabilizar ¿no se está castigando? No lo sé, no soy juez en la materia. Prefiero considerarme un cabroncete salido de su propio fango.

Con los ojos cerrados, sentado en el sillón de mamá, este sillón de mimbre del que tomo posesión (ella, mamá, no va a levantarse de su tumba para reclamarlo), envuelto en la penumbra del vestíbulo donde solo viven los no-lle-ga del reloj, te espero. Sin cargo de conciencia he acusado a mamá de desamor. Espero no tener que hacerlo también contigo. Porque si tú eras su preferido, yo era *tu* preferido. Tal relación de fuerzas existe entre nosotros tres desde el principio. Seguramente has heredado su imprecisión, igual que ella, mamá, heredó su sillón y su piano que la sumergían directamente en las nostalgias malsanas de su infancia. Pero todo aquello acabó. Mamá murió. Tú estás vivo. Yo también.

Desde el viernes pasado a las cinco de la tarde, cuando llegué a la casa, hasta esta mañana de miércoles, no me he atrevido a afrontar el problema. Me refiero a nuestro problema, a nuestra guerra. Pero ahora, sentado en este sillón-tumba de mimbre, que consideré propiedad inexpugnable de mamá durante dieciocho años y que he deseado durante veinticinco, el tema está

claro y la cuestión ya no se plantea. Te quiero. Siempre te he querido.

Y este amor, más vivo que nunca, no está abocado a la muerte porque procede de la fuerza del pecado. Nació, en ti y en mí, el día en que las puertas del paraíso se cerraron. Antaño, en un tiempo que sólo nuestros genes recuerdan.

Te quiero.

Con los ojos cerrados, abro la boca para pronunciar estas palabras nuevas, palabras que parecen trapos viejos en boca de otros pero que se inventan en la mía. Las pronuncio cuidadosamente para que no se pierda ni una sílaba en el vacío, para que no se produzca un cataclismo. Descubro que, durante estos siete años sin ti, he llegado a la serenidad.

La casa está preparada. Yo estoy preparado. La primavera acaba de nacer. No necesito abrir los ojos hasta que no oiga tus pasos en la grava del jardín, tu llave en la cerradura, tus manos empujando la puerta.

Con los ojos cerrados… en este inicio de la primavera que se anuncia como un milagro… te espero… hermano mío… hermano-amor…

CAPITULO 2

Fue al decimosexto día de mi nacimiento cuando abrí los ojos para sumergirlos, sin dudarlo, en los de mi hermano Antonio.

Vivíamos en una casa de la ciudad, casi completamente rodeada por un gran jardín. Heredada por mamá. Disponía de un gran vestíbulo, un espacioso salón —donde mamá estaba siempre muy tiesa, rodeada de sus viejas fotos y de sus flores alimentadas con aspirina—, el despacho de papá cuya puerta estaba casi siempre cerrada, la cocina, la despensa, almacén de frutas, verduras, vinos, jamones y otras viandas que nos mandaban del campo, y la pequeña habitación de Clara, criada para todo de mamá. En el primer piso, un absurdo comedor que nunca nadie utilizó, y los dos grandes dormitorios; el de papá y mamá —cuando mi padre no se había exiliado todavía a su despacho— y *el otro*, en el que dormíamos Antonio y yo.

Según Clara, a este dormitorio mi madre lo había llamado siempre «la habitación de mi hijo», y no me asociaba a mí con el posesivo. Ella, mamá, cuando decía «mi hijo» se refería a mi hermano. Pero a partir del decimosexto día de mi nacimiento, cuando nuestras miradas se engancharon ineluctablemente, cuando por voluntad de Antonio trasladaron mi cuna a sus dominios (la llevaba Clara, pero la sostenía la voluntad de mi hermano), «la habitación de mi hijo» no se convirtió en «la habitación de mis hijos» sino en «el otro cuarto».

Todo sentimiento de ternura familiar que pudiera unirnos a los tres estaba descartado. Sin embargo, los otros lazos, sin excepción, los

auténticos, crecían cada día un poco más fuertes, como plantas cuidadosamente regadas. Ya por entonces mi sensibilidad percibía el odio, la complicidad, el pecado (la *maldita* lengua de Clara pronunció una noche esa palabra, más bien la escupió a la cara de mamá) y sobre todo, ya que hablamos de sentimientos familiares, «el olor a azufre»… expresión que llevaba a mamá, en pensamiento, a su libro negro de meditación (única lectura de mamá), que leía de vez en cuando y que guardaba bajo llave en el cajón central de su escritorio.

—¡No hables tan fuerte! Mamá puede oírnos.

—Está durmiendo en la otra punta del pasillo.

—Da igual. No hace falta que chilles para decirme cosas agradables.

Bajo la voz y repito:

—Te han salido pelos en los sobacos. A mí no.

—A ti también te saldrán, cariño.

Y se echa a reír, sin que yo sepa por qué.

Cuando se va descubriendo un cuerpo poco a poco, tu cuerpo, ¿es cuando se siente el *olor a azufre*?

El sol estaba alto. Mediodía de vacaciones. Ella, mamá, entró en *el otro cuarto*. Mi hermano Antonio hacía su gimnasia diaria en el jardín, al que bajaba agarrándose a las ramas del castaño de Indias. Yo estaba en el balcón casi desnudo. Miraba a mi hermano llenándome los ojos con el espectáculo de su flexibilidad. Ritual visceral. Ella, mamá, husmeó como un animal el aire de la habitación, olvidando su actitud imprecisa, y gritó:

—¡Clara!

Como movida por un resorte perfectamente engrasado, su criada apareció en el umbral de la puerta.

—¡Quite inmediatamente estas sábanas y ponga otras limpias! ¡Aquí huele a azufre!

Su mirada taladrándome la espalda. Una mirada victoriosa. Porque ella, mamá, supo aquel día que la habían comprendido. Yo también había visto las manchas redondas en las sábanas. Se había aclarado el misterio. Aquello era oler a azufre.

Con la respiración entrecortada, sin poder controlarme, sentía que mamá se quedaba allí, inmóvil, esperando algo, como una gata al acecho. Miré

descaradamente el calzoncillo de mi hermano y su aguja de fuego sembradora de azufre, cuyo primer despertar se había producido aquella noche sobre mi vientre.

Un momento después, sin haber saboreado su victoria, mamá salió del *otro cuarto* y se desdibujó como una sombra entre las sombras del pasillo, para instalarse en su salón. Su salón de sombras donde se convertía en ameba. Cada uno en su sitio.

Ningún problema para volver a los inicios. La escena se iba precisando cada vez que oía a mamá hablar por teléfono con la invisible de turno. Porque ella, mamá, no pronunciaba jamás un nombre. Por pereza, o porque le gustaba mantenerse fuera de lo cotidiano. Tan sólo utilizaba dos fórmulas:

—¡Querida, quería hablar contigo!, si era ella la que llamaba; o:

—¿Eres tú, querida?, si sonaba el teléfono y lo cogía ella.

(Me encantaba llamar a todas sus amistades «las invisibles»).

Escena reconstruida a partir de los monólogos de mamá:

El día en que nací, Clara, la criada de mamá, preparó (como es costumbre) un caldo de gallina. Una gallina que llevaban tres meses criando con maíz, para matarla el día de mi nacimiento. «La señora está en estado de buena esperanza», les habían dicho a los campesinos que trabajaban en las tierras de mamá. (Tierras que no puedo llamar *mis tierras* porque no había nacido todavía —si queremos volver a los inicios, hay que ser precisos— ni tampoco *las tierras de mis padres* porque mi padre era tan sólo dueño de su persona. Tierras que ya no nos pertenecen). De modo que: «La señora está en estado de buena esperanza. Criad una gallina para dentro de tres meses».

Y todo transcurrió con normalidad.

El médico se lava las manos con el jabón que mamá consideraba como… etc. Se marcha. La comadrona me mete en la cuna y trata, por pura rutina, de atraer sobre mí la atención de todos, pero ella, mamá, parece tan delicada que me tienen que olvidar y comienza la gran ceremonia del caldo y del silencio. No se oye volar una mosca. Clara va de un lado a otro, baja la escalera con los brazos cargados de toallas sucias, trastea en sus pucheros, sube la escalera con los brazos cargados de toallas limpias, entra

en la habitación de mamá, quita el ramo de flores «que absorbe el oxígeno», vuelve a salir, vuelve a bajar, vuelve a subir, vuelve a entrar, corre las cortinas y la penumbra se instala en el cuarto. Silencio. La penumbra se calla. (Nací una mañana soleada, pero, según parece, a nadie le apetecía ver el sol).

La habitación de mamá se convierte en una capilla umbría. Huele a alcohol, a caldo, a cansancio, al sudor de mamá indispuesta.

—¿Estás mejor ahora, Matilde?

Dice papá.

—La señora se encuentra muy bien, señor.

Dice Clara.

—¡Qué hermosa es una cuna que sirve para varios partos! Espero que ésta sirva para algunos más.

Dice la comadrona. (Como le gusta su trabajo, anima a la gente a que paran, cuanto más, mejor).

A mi alrededor —¿de dónde venía?— se condensa un olor desconocido y excitante, que flota como una nube sobre mi nariz. Varios años más tarde oí que mamá lo llamaba perfume. «¿Lo ha entendido bien, Clara? Nada de agua de colonia cuando bañe al niño. Sólo jabón. Primero, porque es más barato (era en lo único que ahorraba), y luego porque lo mejor para los críos es el perfume de un buen jabón. Los convierte en hombres». La nube olorosa se agranda, me envuelve, me invade. Mi hermano, enjabonado y bañado como Dios manda para esperar mi nacimiento, mira extrañado esa cosita que no se mueve, con los ojos todavía cerrados, en su cuna. Era yo. Él fue el único que no dijo nada.

(Hoy, miércoles, inicio de la primavera, cuando entres por la puerta y estés frente a mí, te preguntaré: «Antonio, ¿qué pensaste exactamente el día en que nací?». Nunca le hice esa pregunta a mi hermano. Y sin embargo, estoy absolutamente seguro de que tiene la respuesta preparada, inscrita en la sangre. Si se lo pregunto, no será por curiosidad —no me gusta que me repitan indefinidamente lo que ya sé— sino más bien para divertirme. Hace diez años mi hermano no hubiera tenido ningún problema para responderla, tan seguro de sí como estaba. Hace diez años. Hoy, no lo sé. Ya hace tres que se casó).

El tiempo se alarga. Los días pasan. La habitación de mamá ya no huele a alcohol. Cuarto día. Ella, mamá, anda un poco, con pasitos dramáticos que la llevan de la cama a la ventana y de la ventana a la cama. Quinto día: profundos, profundísimos suspiros, como si se escaparan de un doloroso abismo. Sexto día: ya no hay caldo de gallina. Clara prepara verduras. El estómago materno soporta el puré. Séptimo día: miradas con manchas de curiosidad, o de inquietud, caen sobre mí provenientes de todos los rincones del cuarto, como una lluvia de hipocresía, de ansiedad; una semana eterna. Mi hermano Antonio está al lado de mi cuna. No se mueve. Me mira. Con serena insistencia. Y yo sigo sin llorar, con los ojos cerrados. (Crónica de Clara).

De pronto, mamá olvida su indisposición, aprieta un poco los dientes para mostrarse enérgica, se pone el vestido amarillo para mostrarse circunspecta, baja la escalera, invade su salón y abre el cajón central de su escritorio del que saca un libro negro.

—Querida, fue tremendo. Al final tomé la decisión de levantarme y ojear mi breviario. Me dije: «¡Seguro que encuentro algo!».

Y sin dar una respuesta a la curiosidad invisible que la escucha al otro lado del teléfono, ella, mamá, cuelga el auricular, y su mano se deshace de pronto, como si tuera cera caliente, y se desvanece poco a poco durante la larga peregrinación por el salón que empieza invariablemente en el piano para terminar sobre sus lágrimas. Falsas.

Tres días después mandó llamar a su modisto (ella, mamá, no salía nunca al centro de la ciudad desde que la desgracia política se cebó sobre papá) y le comentó su deseo de vestirse de negro para ir a Lourdes.

Cinco vestidos y dos abrigos.

—Crepé, terciopelo… ligero, sí, y muselina. No soporto la lana. Me pesa demasiado.

Larguísimos suspiros.

—¿Qué me aconseja, velo o sombrero? Mejor las dos cosas. Nunca se sabe qué tiempo hará al otro lado de los Pirineos. Claro que si hace viento… con el velo… voy a parecer un barco.

Risitas entrecortadas, miradas desconfiadas a su alrededor.

—Tiene usted razón, querido. No sé de dónde saco fuerzas para

bromear. Ya conoce usted mis desgracias…

Larguísimos suspiros.

Dos sombreros. De acuerdo.

Y sin embargo, un velo resulta tan patético cuando expresa el dolor… Basta con un soplo, una brisa para que la imagen de un luto con velo se convierta en sublime. Y es más personal que un sombrero.

—Sobre todo para la iglesia. Porque tendré que ir a la iglesia. ¡Y no voy a ir sin sombrero, como las inglesas!

—Tiene toda la razón, señora mía. Hay que guardar las formas. Digamos entonces, dos velos y tres sombreros.

—Perfecto. En sus manos lo dejo.

—^Adiós, señora.

—^Adiós, querido.

(Crónica de mi hermano, ilustrada con mímica, el día en que me operaron de la garganta. Me costó una hemorragia y varias inyecciones de coagulantes; resulta difícil reírse cuando acaban de degollarlo a uno. La enfermera dixit).

El modisto se instaló en casa con sus rollos de telas y sus crisis de nervios. Cuando estaba inspirado, más o menos cada diez minutos, se convertía en un ser angelical con ideas geniales, de las que mamá se hacía lenguas. Las tijeras dibujaban entonces relámpagos en la sombra del salón, y mamá veía exactamente el vestido que necesitaba para asistir al milagro.

O bien:

—¡Genial, querido, genial! Éste, para bajar del tren.

—¿No va usted en coche?

(Un tanto escandalizado bajo su cortesía).

—¡No, por Dios! En coche, no me vería nadie.

Actitud: ella, mamá, tiesa al lado del piano, rodeada por las vetustas fotos de familia, a modo de ángeles de la guarda. Virgen dolorosa a la que van a vestir para que recorra el camino de su calvario. (Cuando se trata de un hijo, aunque sea un monstruo, aunque lo odie, una madre se erige siempre en Pietà. Es hereditario).

—En tal caso, señora, lo siento, pero este terciopelo, no. Se estropea con el acero. Y, que yo sepa, todos los trenes son de acero.

—Y de madera, querido.

—Bueno. (Seco). Pero por favor, señora, piense: ¿cómo se puede armonizar esta maravilla de terciopelo con el de un tren? ¡Sería una aberración!

Mamá, altanera:

—Pienso alquilar un vagón para mí sola. (Sencilla). Tengo que llorar durante el viaje. Y… seguramente también tendré que rezar. (Humilde). Si no, ¿cómo se me va a conceder el milagro?

El milagro. Que no se le olvidara. Pausa.

—Entonces, podemos tapizar el vagón. Entero. (Con cierta solemnidad). Tenga en cuenta, señora mía, que ni usted ni yo podemos exponernos a un fracaso.

Ella, mamá, un tanto absurda;

—Permítame recordarle mi dolor, querido. Tengo un hijo ciego.

Echados en el sofá, estupefactos, cansadísimos, no se atrevían a mirar al techo, que escondía mi *defecto*, pero sí se concedieron un dedito de aguardiente. (Habladurías de Clara. Puede que exageradas).

Mientras tanto, con los ojos cerrados, enclaustrado en la habitación de mamá, yo oía ya, perfectamente, las idas y venidas del personal: la comadrona que sustituye al médico, Clara, que sustituye a la comadrona; papá que sustituye a Clara; mamá, sumergida en su mundo de luto, ahogada en un mar negro de vestidos que probarse; mamá, que venía a veces hasta mi cuna, con su modisto al lado, susurrando sin parar, considerando muy en serio el vestirme a mí también de negro para el viaje hacia el milagro… (No estoy seguro, pero creo que se pusieron de acuerdo para envolverme en una gran capa celeste con estrellitas, y ofrecerla luego a la Santa Virgen de Lourdes una vez el milagro concedido); mi hermano Antonio, que no se movía de mi lado, con los ojos abiertos, acariciando mis párpados cerrados, llamándome con esa voz tan particular que se filtraba en mi sangre e iba dibujando mi naturaleza.

La casa convertida en taller de costura, llena de todo tipo de retales de tela negra, dispersos por todas partes; papá encerrado en su despacho porque no traga al señor modisto de mamá (así es como Clara, por orden de mamá, debe expresarse: «el señor modisto»); Clara que ya no lleva a mi

hermano al colegio («No podía más», me contaba la pobre sonriendo); la comadrona —ahora con categoría de enfermera— que vive en la habitación de mamá para no perder de vista al pequeño (al «pequeño monstruo» piensa mamá, que se limita a decir «al pobrecito»); ella, mamá, que sigue probándose vestidos, velos, sombreros, guantes y zapatos todo el santo día, el teléfono que propaga la noticia de *mi tremenda discapacidad…*

—Eso es, querida, eso es. Te doy las gracias de todo corazón, ¡ay! roto; pero no recibo visitas. Estoy *realmente* destrozada…

… y su mano se vuelve imprecisa, etc.

Clara, la pobre, que no para, como si se hubiera multiplicado por mil pero sin ninguna coordinación, el señor modisto que le hace ascos a la comida, como un insulto, yo, que ni abro los ojos ni lloro, la habitación de mamá, donde yace el monstruito, convertida en encrucijada por donde pasa todo el mundo, las voces disonantes que pueblan la casa y que se convierten en susurros gritones al cruzar el umbral, una tormenta de nieve que cae de pronto sobre el castaño de Indias del jardín y le rompe dos ramas, el fontanero, a quien hay que llamar urgentemente porque los desagües se han atascado y el señor modisto no soporta el olor del retrete…

Él:

—¿Cómo quiere que produzca arte en este estercolero, señora?

Ella:

—¡Debe ser cosa del demonio!

Colgada al teléfono, mamá pide socorro, trágica, como si ocurriera algo tremendo en casa; cuelga el auricular en medio de una frase; se abalanza sobre su libro negro, con un brazo cubierto por una manga apenas hilvanada, con un hombro desnudo, facilitando al máximo el trabajo del señor modisto. La crisis de histeria se palpa en el ambiente…

… un perro aúlla a la muerte en la noche del decimotercer día de mi nacimiento, y yo, empecinado en cerrar los ojos, hasta tal punto que parezco un viejecito arrugado; Clara que llora por exceso de cansancio después de haber subido y bajado las escaleras miles de veces; papá que viene de vez en cuando, en horas de poca afluencia, para darme un beso en la frente y se larga a toda velocidad (¿me quería papá?); mi hermano, clavado en su sitio, devorándome con los ojos… la casa es una locura, y una ciega anarquía se

va apoderando de ella, cubre de polvo muebles y alfombras, vicia el aire y marchita las flores, decapitadas en los jarrones y vivas en el jardín.

Ella, mamá, en un brote de energía, echa a Clara de la cocina y se pone a preparar huevos en gelatina y salsas finas para el señor modisto que corre el riesgo de morir de inanición antes de terminar su negra tarea. Y viste la mesa con encajes amarillos, enciende las velas amarillas de los candelabros de plata, descorcha una botella de champán dorado, y conecta el tocadiscos para oír una cosa amarillenta de Chopin.

(Todo esto, la noche del decimotercer día de mi nacimiento, la noche en que un perro aulló a la muerte).

—Hay que exorcizar el peligro, querido. Bajo ningún concepto quiero que el demonio me eche por tierra mi viaje a Lourdes.

Uno de los vestidos negros está ya terminado. Se lo pone, con un collar de perlas. Y una sortija de diamantes. Mamá y el señor modisto cenan como reyes. Confidencias obtenidas de mi confesor, que quería subrayar el valor de mamá, «mujer fuerte si la hubo», el día que vomité mi gran pecado: *Odio a mamá*.

Y cuando menos se lo esperaban, cuando la ciudad entera hablaba del milagro futuro como si ya hubiera acontecido (en Lourdes, claro, no en la ciudad, y en un futuro lejano), el decimosexto día de mi nacimiento, a las once y cinco de la mañana, yo, el monstruo, abrí los ojos para clavarlos, sin ningún género de duda, en los de mi hermano Antonio, fiel en su puesto, junto a mi cuna. Al acecho.

Nos quedamos así, los dos, durante larguísimos minutos. La penumbra de la habitación favoreció nuestro primer encuentro. Una sonrisa fue iluminando la cara de mi hermano, como un rayo de sol. Durante muchos años ese sol me dio su calor, hasta el día de nuestro último adiós en que el frío que reseca ahora mi alma se apoderó súbitamente de mí.

(Por ti y por mí, quiero guardar ahora un minuto de silencio, o de solemnidad, borrar tu imagen —súbito montón de recuerdos que me invade— e instalarme en el vacío para que el invierno que vive en mí se vuelva heroico).

Recuerdo que, el día de mi despertar, se abatió un cataclismo sobre la casa; pasos precipitados, gritos ahogados. Clara, atolondrada, abrió las

cortinas de la habitación —sempiternas cortinas corridas de por vida— para ver el acontecimiento a la luz del día.

A mi alrededor se produjo una curiosa situación: se detuvo toda actividad como por arte de magia. Como si todo lo que habían estado haciendo hasta entonces no tuviera sentido. (Las manos ya no saben dónde ponerse; los ojos, dónde posarse; las bocas, qué palabras pronunciar. Los cuerpos se paralizan, como en huelga forzosa). Estaba claro que Lourdes se había ido al garete. Por fin había abierto los ojos, pero… demasiado pronto, demasiado rápido. Nadie había previsto programa alguno para tal eventualidad.

Y sobre todo ella, mamá, que me miró sin verme. Se acercó a la ventana titubeando, protegiendo sus pupilas con la mano izquierda, y, con la derecha, corrió las cortinas con gesto rabioso.

—¡Fuera! ¡Sacadme *esto* de mi cuarto!

Su grito sorprendió a mi hermano, que, aunque era todavía muy pequeño, se abalanzó sobre mí como si hubiera sido mayor, para defenderme. (¿Cómo no voy a quererte, Antonio?). Por eso Clara, cuando se tranquilizó, puso mi cuna en el cuarto de mi hermano. (Los brazos de Clara la sostenían, pero fue la voluntad de mi hermano la que guió a la criada a lo largo del pasillo).

Ella, mamá, se quedó en su habitación, con la mirada perdida. Mis llantos de recién nacido nunca agitarían el aire inmóvil del antro donde ella se agazapaba como un fósil. Pero su mirada de desencanto cruzaba el pasillo y atravesaba las gruesas paredes de las dos habitaciones para posarse sobre mí, exclusivamente sobre mí. Su mirada insomne.

Ella, mamá, empezó a culparme. Mis ojos abiertos prematuramente le echaron por tierra su mejor sueño de mujer frustrada: aquel largo, larguísimo y negro viaje hacia el milagro.

Sé que nunca he querido a mamá. Mis sentimientos hacia ella han sido más bien lo contrario del amor. Pero cuando lo pienso, noto como una profunda angustia que me contrae el estómago: imagen de pulpo en mis sueños. No sé por qué. (Quizás, simplemente, porque ya está muerta).

CAPITULO 3

El señor modisto de mamá murió poco después por culpa de aquel fracaso, decía la gente. Vivo o muerto, no consigo definir su apariencia física. No sé si era alto o bajo, delgado o grueso. Nunca pensé en ello. Mis recuerdos de él son prestados. Ella, mamá, rompió la esquela y no asistió al entierro.

La casa empezó a pudrirse como un trapo olvidado en algún húmedo sótano. Clara, que me contaba todo aquello en el jardín, bajo el templete de jazmín que amortiguaba nuestras voces, estaba segura de que a mamá le gustaba aquella podredumbre. Parece ser que fue a partir de entonces cuando ella, mamá, recuperó el ritmo normal de la respiración, dando así la impresión de que estaba viva. Claro que seguía sin mirarme y apenas sí decía algunas palabras aparentemente dirigidas a mí. Sin embargo, ella, mamá, me compraba ropas carísimas, cadenas y medallas de oro que me colgaba del cuello —¿cadenas doradas de una esclavitud sádica?— grabadas siempre con la misma fecha, no la de mi nacimiento, sino la del día en que abrí los ojos, dieciséis días después. Parecía mimarme. Pero yo creo que me castigaba. Mejor dicho, estoy seguro. Una de sus amigas (una de las invisibles, que se decía artista) dibujó un armario, que ella, mamá encargó a un ebanista y lo puso en el pasillo, al lado del *otro cuarto*. El armario tenía cierto estilo extranjero —¿su viaje fallido?— y, sobre la luna, mis iniciales maravillosamente grabadas: en él guardaban mis ropitas de bebé. Ropitas que encargaban a Madrid y que mandaban a casa por correo;

paquetes semanales llenos de encajes, organdí, crepés y lanas sedosas con los que se hubiera podido vestir a toda una guardería. Ella, mamá, sabía que la familia estaba casi en la ruina y, durante toda mi infancia, se esforzó en acostumbrarme al lujo para que mi adolescencia fuera más desgraciada. Cada uno se venga como puede. La venganza de mamá era de efecto retardado. Como las bombas. A su modo, ella, mamá, era una terrorista.

No sé si pensaba en otras cosas además de en mí. No lo creo. Su odio era mi sombra inseparable: cuanto más crecía yo, más crecía su odio. Y si, por casualidad yo hubiera muerto, ese odio habría permanecido como un gigantesco huérfano en su corazón vacío.

No creo ser injusto: nunca sentí por ella nada semejante.

Cuando murió rebusqué minuciosamente en su escritorio (desde luego sin ningún remordimiento) con k esperanza malsana de encontrar alguna vida secreta, alguna relación o hecho inconfesables… Pero sólo encontré facturas, resguardos de pedidos, y, por supuesto, el breviario negro. (Y también una vieja oblea entre los papeles, convertida en polvo impalpable; como sus notas musicales, siempre inacabadas, siempre desapasionadas). Resultado: una mezcla confusa de gran dama de antaño y de pequeña burguesa que mantiene sus cuentas al día. Creyente a su modo. (Su confesor era la única visita que recibía dos veces al año: el día de Todos los Santos y en Semana Santa. El resto del año, el breviario la ayudaba a suplir la falta de Dios).

Ahora sí que puedo decirte que ella, mamá, ha culpado a menudo a ese Dios ausente del amor apasionado que siento por ti, Antonio. Siempre ha sospechado que tú habías usurpado su lugar en mi conciencia. Por eso escupí un día aquel «odio a mamá» a la cara de *nuestro* confesor. Y me enorgullezco de ello. Sé que el fantasma de mamá vuelve a veces para ver la vida a través de mis ojos, a pesar suyo. Que utiliza mi cara, fiel retrato de la suya. Sé que mamá se escapa de su infierno sin pianos, sin salones, sin rosas amarillas, y llega, desesperada, con la necesidad imperiosa de asomarse a la única ventana que le queda en este mundo, donde nadie la echa de menos. Y entonces la obligo a mirar todo lo que nunca quiso ver: ante todo, a mí mismo, tal como soy realmente.

Sí, lo digo y lo repito. Ella, mamá, descuidó sus deberes de mujer de su

casa para construir a mi alrededor un universo de odio. No de manera precisa, sino encubierta. Mediante los espejos, por ejemplo, en los que yo sorprendía, como un rayo fulgurante, su mirada lija, pegada a mi imagen. Aquellos espejos que, a pesar de las incesantes limpiezas de Clara, han mantenido las manchas indelebles de su desamor.

—Ya no sé qué hacer, señora. Terminaremos por no ver nada.

—Siempre se ve algo —declaraba mamá, enigmática.

Otra dimensión.

Clara, atenta, cerraba el pico sin pensar en el demonio. Clara-luz no era creyente.

O aquella otra mirada que mamá clavaba en mí cuando yo le daba la espalda, y que creaba el vacío a mi alrededor, aniquilando cualquier molécula de vida. La falta de aire. La asfixia.

Yo saltaba como un gato y me refugiaba en el jardín. Allí respiraba a pleno pulmón.

Pero claro, tenía que volver a casa, subir la escalera y ponerme a salvo en *nuestro cuarto*. Viaje peligroso que me obligaba a disfrazarme de rata común. Todavía no podía escalar por el castaño de Indias como mi hermano, el acróbata.

La casa se deterioraba por días y se comportaba como un enfermo: al pisar, las baldosas se lamentaban imperceptiblemente. Un día me salió un absceso entre las nalgas. Nunca se supo la causa; la enfermedad de la casa era contagiosa.

Sin embargo, parece que la casa no quiere quejarse, que aguanta su dolor secreto para que no suframos ninguno de sus queridos inquilinos… pero se queja. A pesar suyo. El mal proviene de lo más profundo de sus cimientos, y la pobre no puede remediarlo. Los síntomas de su enfermedad son claramente visibles: una sustancia verdosa rezuma continuamente de las paredes; se va descascarillando, como si se le cayera la piel a tiras, o más bien como si se estuviera descomponiendo. Casi un cadáver. *Nuestro cuarto* es el único islote donde no ataca el mal desconocido. Antonio abre diariamente la ventana para que el castaño nos envíe el aire saludable que proviene del mar, un aire cargado de olores del jardín, sobre todo de yerbabuena. *Nuestro cuarto* es como un ojo sano en una cara roída por la

lepra.

Un día, Clara, que no podía soportar la tumba en la que vivíamos, compró botes de pintura blanca (nada de cal, que mamá era alérgica al folklore), y se puso manos a la obra —sin cantar, como sí que solía hacerlo en la cocina, para que mamá no saliera del letargo de su habitación sombría—. Con el pelo protegido por un trapo, Clara rasca con el gran cuchillo de cocina casi todas las paredes de la casa, en los lugares en que ni papá ni mamá podían proyectar sus sombras espectrales. Como si estuviera pelando patatas: con aplicación. Los periódicos extendidos por el suelo recogen las peladuras de las paredes en ruina, que van desvelando su desnudez amarillenta. Diagnóstico: problemas de hígado. Clara se ríe por primera vez. Con el cubo y el estropajo, se pone a frotar, a frotar, a frotar. Un sano olor a limpio se extiende por la casa, se pega a los muebles, a las alfombras. Un olor de vida que ahuyenta al anterior, al olor a cerrado y a jazmín.

Y yo deambulaba por aquella fiesta de lo imprevisto con la mirada ávida y curiosa, con las piernas todavía inseguras, entre botes de pintura, brochas, cepillos metálicos, cubos de plástico amarillo (¿por qué amarillo?), esponjas de nylon amarillo (otra vez amarillo), viejos periódicos amarillentos (más amarillo)… ¿de dónde ha podido sacar Clara tanto periódico cuando en casa no los compra nadie? (Papá y mamá no quieren saber nada de lo que pasa en el mundo).

Mamá:

—Afuera ha habido una guerra. Eso es todo cuanto tenemos que saber. A partir de hoy quiero que esta puerta esté siempre cerrada, Clara.

Papá:

—Ya sé lo que van a decir los periódicos. (A mamá:) Anula todas las suscripciones a partir de hoy. (A Clara:) No le abra la puerta a nadie… salvo a los pocos clientes que me quedan… si es que queda alguno.

Era el mes de mayo de 1939 —mes de las flores— cuarto aniversario de su boda, según el informe de Clara. Mi hermano Antonio nació en el 43. Yo, en el 49.

De modo que esos viejos periódicos podían ser de aquella época. Clara hormiguita lo guardaba todo… Mis lujosas ropas de niño, hechas con telas carísimas, se ponen perdidas de todo tipo de manchas. Clara, con la sonrisa

en los ojos, hace como que se enfada de verdad:

—¡Ay pillín! ¡Como si la pobre Clara no tuviera otra cosa que hacer! ¿No te da pena de mí? ¡Suelta inmediatamente esa brocha, *señorito*! (Cuando me llamaba *señorito* notaba yo como un insulto subyacente). ¡Mira cómo te has puesto los zapatos de charol! ¡¿Será posible?! Te voy a meter en una bañera llena de lejía. ¡Verás lo blanquito que te dejo! (Contradicción: yo estaba ya completamente blanco de pintura).

Pero Clara-luz se reía. Quien me bañaba era mi hermano, cuando volvía de la escuela. Recorría mi cuerpecito con sus manos firmes y tiernas, imprimiendo ya sobre mi piel la necesidad visceral que he tenido siempre de sus caricias.

Apenas tenía yo cinco años, y era un pequeño dios aterciopelado que erraba por las tinieblas de la casa: rubio, delicado, con los ojos y los oídos siempre alerta, únicas fuentes de información sobre el mundo exterior. El mundo de los vencedores.

Muy lentamente, a medida que las manos de Clara, picadas por la lejía, se hinchan de cansancio, la casa va tomando vida. Cual Cristo resucitado, respira de nuevo. Cristo resucitado… pero que sigue muerto. Clara ya no tiene que cambiar todos los días las flores, entrando a saco en el jardín como un vándalo, con el cuchillo en la mano. Las que adornan ahora la casa se conservan frescas una semana. El agua de los jarrones no se corrompe tan deprisa. Basta con cambiarla cada tres días. Cuando una pared está pintada y seca, Clara vuelve a colocar los cuadros, los grabados franceses, las benditeras de plata y las espigas trenzadas, que había amontonado en un rincón durante los trabajos. Aprovecho para mirar de cerca los tesoros que la oscuridad de la casa impide ver cuando están en su sitio… Veo el sempiterno rostro asustado (lo que llaman *éxtasis*) iluminado por la luz de un ángel del Señor. Absurdo papel de linterna sorda. Una serpiente con mirada humana se escapa por la grieta de una roca. Un niño rubio como yo, de pie, despreocupado, al borde de un precipicio, sostenido por las alas protectoras de su ángel de la guarda. Equilibrio milagroso. Una mariposa revolotea, tentadora, sobre el vacío: abajo, el infierno, representado con una mancha roja, abismo de sangre. Mi abuelo y mi abuela, o alguien muy cercano, envueltos en un aura amarillenta (el color de la familia), con los

ojos inexpresivos, muertos ya, definitivamente muertos. Y un barco. ¿Por qué ese auténtico milagro? Un barco que zarpa (estoy seguro que no es la llegada, sino la salida lo que quiso representar el artista), una gloriosa corona de pájaros marinos posados en lo alto del mástil, una guirnalda de pañuelos agitándose en la despedida, a lo largo del muelle, y un capitán bigotudo (el retrato de papá) tieso y solemne en cubierta, con la mirada puesta en el horizonte. Para siempre. Mi boca abierta de niño se expresa mejor que yo: mi hermano Antonio tendrá algún día un bigote como éste, y nos iremos juntos en un barco, juntos hacia… pero mis cinco añitos de vida no saben aún hasta dónde lleva un horizonte, ni dónde empieza, ni dónde acaba.

Clara abre la puerta para que pase uno de los pocos clientes de papá. Un rayo de luz, mudo visitante inesperado, invade de pronto el vestíbulo. El polvo se expande, *ballet* cósmico, añadiendo aún más claridad. Es evidente que el trabajo de Clara no admite una mirada crítica, pero, al menos, está limpio. El cliente de papá mira a su alrededor, sorprendido, y ya no tiene la impresión de cruzar un puente angustioso para llegar hasta el despacho, al final del pasillo. Las flores aprovechan el desvanecimiento provisional de las sombras para aromatizar el ambiente, conscientes de su misión. El cliente llama discretamente a la puerta del despacho. Papá abre. El cliente desaparece.

No he visto a papá. No lo veo casi nunca, por cierto, y su trabajo sigue siendo un misterio para mí. Cuando la puerta de su despacho se abre un poco, aguzo el oído como un perro de caza, y oigo una voz en la radio. Voz falsamente humilde, puede que de un cura. O de un militar: no consigue disimular un cierto tufillo triunfalista.

(Por aquel entonces, no sabía por qué, las palabras «paz» y «victoria» me asediaban con sus espirales de ondas sonoras, como proyectiles preparados para impactar contra mí. Hasta muchos años después no supe, no comprendí la voz de la radio, como tampoco la vida y la muerte de papá).

Lo más difícil de entender es por qué, en aquellos días, la presencia de mamá no supuso cataclismo alguno en la casa. Ella, mamá, permanecía invisible. No obstante, yo tomaba todas las precauciones posibles. Por las

mañanas salía de mi cuarto despacito, cerraba la puerta despacito, abría el armario despacito para coger un pañuelo (cuando era pequeño tenía siempre mocos, y me encantaba sonármelos con uno que llevara mis iniciales finamente bordadas), recorría, despacito, la mitad del pasillo hasta llegar a la escalera. Con pasos diminutos, calculados, poniendo los pies instintivamente donde la alfombra atenuaba los quejidos del parqué, con la respiración contenida hasta la asfixia, acechaba a lo lejos la habitación de mamá, con los ojos encogidos: la puerta estaba cerrada, no se veía luz por la rendija. Dentro, reinaba la oscuridad. Tomando aire, bajaba entonces la escalera a toda prisa, sin apenas rozar los peldaños. Una vez en el vestíbulo miraba de reojo hacia el salón de mamá: seguía sin ver la raya de luz por debajo de la puerta. ¿Qué ocurría? ¿Se habría muerto mamá?

Yo cavaba un gran agujero de silencio en mi cabeza, un agujero enorme donde mi verdad estallaba como fuegos artificiales. Estaba claro, mamá se había muerto. Por fin. Con fruición, me imaginaba el acontecimiento. Se acabaron las riendas. Y el miedo. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, sin que le diera tiempo de avisar a la familia o de pedir auxilio. Se quedó tiesa de pronto. ¡Una maravilla, vamos! A lo mejor se ha quedado colgada al teléfono sin poder decir aquel «muchísimas gracias, querida», tiesa como un palo y amarilla para siempre. Precisa, por fin.

Como aquella canción que cantaba mi hermano Antonio:

Cuando mueras chiquilla
estarás tiesa.
¡Ay! Tiesa y amarilla.

Eso es, está muerta. En su salón de sombras. Durante uno de sus largos monólogos. Se pudrirá sola, sin lágrimas hipócritas. Una muerte en condiciones. Y merecida. Tabicaremos la puerta y las ventanas del salón. Taparemos todos los agujeros, para que el olor de la descomposición no nos contamine. Podremos terminar por fin la limpieza de la casa. Con un poco de suerte, abriremos de par en par la puerta de la calle para saludar a los transeúntes. Estoy seguro de que Clara aprenderá fácilmente a decir hola,

con una bonita sonrisa. Su bonita sonrisa. Porque la tiene, aunque no la prodigue.

Aquel día me puse a hacer mis cosas con el ánimo exaltado. Estaba contento y no dejaba de cantar.

—¿Oye, estás cantando?

—Pues sí.

—¿Porque eres feliz?

—Pues sí.

—¿De verdad?

—¡Que sí!

—Me gustaría saber lo que te ha pasado esta mañana para que estés cantando.

—Mamá se ha muerto.

Tremendísimo silencio, cuando yo me esperaba un grito de alegría. Clara me mira con los ojos como platos, con una brocha en una mano, un estropajo en la otra, inmóvil, como petrificada para el resto de sus días. De pronto, un mar de fondo surge de lo más profundo de sus entrañas. De la boca le sale como una espuma amarilla. Me quedo mirándola fijamente. Me digo que, definitivamente, es nuestro color. Sin lugar a dudas. Hasta Clara, que sólo es nuestra criada, está atrapada por el amarillo.

Clara consigue recuperarse al fin y trata de limpiarse con la mano las babas amarillas que le chorrean de la boca.

Entonces me di cuenta de que mis palabras la habían trastocado. Ella no esperaba la muerte de mamá, estaba claro. Así que me dije: «¡Mierda! ¡Todavía no toca!».

Por su parte, Clara se vio en la obligación de decir algo:

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir?

—Sí.

—¿Cómo puedes imaginar algo así?

—No sé.

Clara, sin dejar de mirarme, se sentó en un peldaño de la escalera y se echó a llorar. Simplemente. Como una fuente seca que brota de nuevo tras el seísmo.

—Pero, ¡qué vamos a hacer con este niño, qué vamos a hacer con él…!

Como estaba seguro de que no esperaba respuesta a su pregunta, me callé. Pero podía haberle dicho un montón de cosas al respecto. En fin… Clara estaba fea, con esa mezcla amarilla de babas y lágrimas. No entendía por qué el acontecimiento, *mi acontecimiento*, la entristecía tanto. Debía ser cosa de la edad. Clara-vieja.

—Pero alguna vez se tendrá que morir, ¿no?

Mi pregunta, hecha en un tono inquietantemente serio, detuvo de pronto sus lamentaciones, aunque sus labios seguían moviéndose de un modo extraño, como si no pudiera abrir la boca… para darme una hipotética respuesta. Cuando, tras un largo esfuerzo, lo consiguió sólo salieron de sus labios unos sonidos cavernosos. ¿Estaría bebida?

Y finalmente:

—Déjame trabajar. (Voz ronca).

—¡Clara, contéstame!

—¡Déjame trabajar coño! (Ni que decir tiene que lo dijo gritando, en un grito de proporciones inesperadas).

—Vale. Te ayudo.

Diez largos minutos de silencio. Clara frota, frota sin parar. Clara-limpia.

—¿Notas cómo la casa está reviviendo? (En tono de comentario banal, como si se tratara de algo que hubiéramos podido decir antes o después, fuera del contexto presente).

—Sí.

—¿A que te gusta?

—Sí.

Clara-luz. Para ella, debió transcurrir un tiempo infinito. Me acaricia la frente con las manos, riza mis bucles rubios y, en un momento de ternura apasionada, acerca mi cara a la suya y me besa con ardor en la boca. Me río como un loco porque me ha llenado de babas y de lágrimas. Sucio. Sucio y amarillo.

A partir de entonces nuestra tarea de enterradores limpiadores adquiere toda su importancia. La casa renace de sus cenizas. Era tan sólo una falsa muerte. Quería simplemente llamar la atención, sugerirnos su particular idea de la vida y de la muerte. Sus llagas y sus grietas eran un aviso. Clara

lo había notado sin dejarse llevar por la desesperación. Y se puso manos a la obra.

Y frota que te frota. Clara-limpia.

Súbitamente, mamá aparece en lo alto de la escalera (y digo *súbitamente* porque es la única palabra para designar con propiedad su aparición). Vestido negro, cuello y puños blancos —¿o amarillos?—, collar de perlas. La música se calla. El aire vuelve a desaparecer de la casa. Asustado.

—¡Clara, deje eso!

Cuando ella, mamá, se dirige a Clara, se nota inmediatamente su autoritarismo. Ni siquiera necesita levantar la voz; su única presencia basta para que todo se detenga. Los claveles rojos que Clara puso hace un rato sobre la mesita del vestíbulo pierden sus pétalos en unos segundos. El castaño de Indias que se estaba echando una siestecita en el jardín, olvida que era mediodía y arroja de pronto toda su sombra sobre las puertas y las ventanas, como un eclipse imprevisto. El mirlo deja de silbar en el templete de jazmín del que ahora se desprende un olor a podrido. Y en el cuadro de mis sueños, el mar se enfurece y se traga al barco, al capitán, al bigote, a los pájaros marinos y a los pañuelos. Desaparece el horizonte.

Ella, mamá, baja la escalera. Puños blancos y mano blanca —¿o amarilla?— se confunden al deslizarse por el pasamanos. (Imagen terrorífica de las películas de miedo que veía en mi adolescencia).

—Ya le he dicho que esta casa es una tumba. *Mi tumba*. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Clara desvía la mirada, intenta buscar la mía, pero sus ojos se pierden en la oscuridad reinstaurada. Yo ya me he escondido, completamente, tras el enorme macetero en el rincón del vestíbulo. Un naranjo enano, recuerdo del viaje al Japón de mi abuelo, me protege de la tormenta.

Pausa. Se pueden contar uno por uno los pasos de mamá sobre los peldaños. Me parece que el sol ha dado diez vueltas en el horizonte.

—Mi pobre Clara.

Es la voz de mamá la que pronuncia estas inquietantes palabras tiernas. Desde mi escondite sólo veo sus pies que se posan en el último peldaño, se aventuran sobre la alfombra del vestíbulo, dudan. ¿A la izquierda? ¿A la

derecha? Indecisos, se dirigen hacia el banco de iglesia (recuerdo de un tío canónigo de mi madre) pegado contra la pared medianera con el salón. Se sienta. Los tobillos se le tuercen, de pronto blandos e imprecisos, como de cera caliente, etc. Una minúscula piel de cordero abre la boca y los devora. Cordero carnívoro.

Esta piel de cordero, según las habladurías de Clara, era un capricho de mamá-niña. Parece ser que, el día de su primera comunión, su padrino le había regalado un corderito blanco, rizado, con una cinta de satén rosa en el cuello. A mamá niña le había hecho tanta ilusión que quiso que el animalito no creciera nunca. Mi abuela, que adoraba a su hija, mandó matar al cordero y curtir la piel; le puso un forro de satén rosa y se la regaló, rizada y enana para siempre. Fue con motivo de la confirmación de mamá, definitivamente llamada Matilde, como mi abuela. Según Clara a mamá le gustó el regalo. Muchísimo.

—Mi pobre y querida Clara, no sabe usted lo que es la angustia. (Pausa. Una de sus manos debe revolotear sobre sus cabellos amarillos). Acérquese. Tarde o temprano se lo tendré que decir a alguien. Así que se lo voy a contar.

Evitando cuidadosamente los periódicos extendidos, los botes de pintura y las brochas, los pies de Clara se acercan a mamá. Despacio. Muy despacio. Como si le diera miedo, o no le apeteciera. Una de las manos de mamá tira un cojín al suelo, a su lado.

—Siéntese aquí, Clara. No se quede usted de pie frente a mí. Olvidemos los formalismos. Siéntese, querida.

Me imagino a Clara, cual pájaro ante una serpiente, inmóvil a pesar de su deseo de huir volando. El cuerpo de Clara cae sobre el cojín. Tieso. Sus manos nerviosas peinan inconscientemente los rizos de la piel de cordero carnívoro.

—Huele usted a lejía, querida. Y es normal teniendo en cuenta su trabajo. Pero cuando una ha elegido la angustia como forma de vida, la lejía molesta.

Las palabras de mamá se quedaron grabadas en mi memoria para siempre. Precisamente aquel día, fuera del tiempo normal. Un día muy particular en la vida de mamá, el día en que, goloso, me incliné sobre la

herida abierta. Yo también cordero carnívoro.

CAPÍTULO 4

«Aunque usted cree conocerme bien, querida, supongo que no sabe lo que voy a contarle, porque son cosas que no pertenecen a la historia de mi vida, sino a mi historia. Hasta ahora no he sentido la necesidad de hablarle de ello, pero hoy la veo enfadada conmigo. Así que ha llegado el momento de explicarme. Mire, querida: una niña es una mentira que va creciendo un poquito cada día, pero nunca en la misma dirección. Es una mentira camaleónica, una especie de flor artificial a la que van inyectando, en cada época del año, un producto químico diferente para que vaya cambiando de color: un día blanca, otro día negra, según convenga, otro día… Y, al final, termina por desplegar ante el mundo un color neutro, indefinido. Pero a pesar de todo, sigue siendo una flor. Nunca dejará de serlo. Aunque, eso sí, una flor disimulada, secreta. Una flor hipócrita. Para siempre.

»Durante la floración, o sea en la infancia, es cuando se construye la desgracia de las mujeres. Porque las mujeres, usted lo sabe igual que yo, nunca alcanzan la felicidad. Sólo consiguen alcanzar el valor necesario para fingir que son felices, pero nunca la felicidad en sí. No ganan, heredan. No son dueñas de nada, pertenecen.

En la mayoría de los casos, son resultado del capricho, del medio social en el que han nacido, de sus padres, del hombre que se casa con ellas, de los hijos que traen al mundo. Si la niña ha recibido una buena educación, como es mi caso, la falta de autonomía se convierte en un deber perfectamente soportable, digno. Pero claro, nada de todo eso tiene que ver con la

felicidad. A mi entender, la dignidad no ha generado nunca felicidad. Yo me considero una mujer digna. La dignidad, querida, ha sido siempre mi mayor virtud. Por eso puedo afirmar, ahora, que soy desgraciada. Aunque… no diría yo *profundamente* desgraciada, porque esas palabras no tienen ningún sentido, además de que no se puede cuantificar lo incuantificable. Soy una dama, querida. ¡Con eso se lo digo todo!

»Mi sentido del tacto, por ejemplo. Mi piel solo ha rozado sedas, muselinas y crepés de China. Por muy ridículo que le parezca, entre el viento y yo siempre ha habido una pantalla. El sol nunca pudo atravesar el sombrero o el parasol que me protegían. Las moscas chocaban contra la gasa de mis velos. Y, desde que tengo uso de razón, recuerdo haber llevado siempre guantes, que se interponían entre mi piel y el mundo de los objetos. Guantes de encaje.

»Claro que le estoy hablando de una época que ya murió: la de antes de mi noviazgo».

(Escondido tras el bosque enano del naranjo, degusto, por primera vez en mi vida, la fascinación de un espectáculo.

Metida en su personaje, mamá compone con esmero la voz y los gestos. Tono mundano cuando dice «querida» o cuando habla de su dignidad o de su rango social. Dos tonos por debajo de la tonalidad normal de la emoción, cuando habla de felicidad o de desgracia. Elegancia aprendida. Distancia. En la neblina que envuelve sus recuerdos imprecisos, surge con fuerza la imagen de una cuna, símbolo de su noble nacimiento.

La piel de cordero carnívoro está a punto de devorar a Clara, inmóvil, espectadora subyugada. Como no le veo la cara, no sé si está contemplando la representación con espíritu crítico. Su espalda es inexpresiva. No es ninguna Greta Garbo, esta pobre Clara-criada.

Mamá enciende un cigarrillo —es la primera vez que la veo fumar, se ve que lo hace a escondidas— y de su boca surge una nube de humo blanco —o amarillo— que se expande. ¡Fumar es un vicio, hija de puta! Pero tengo que reconocer que mamá lo hace de un modo perfectamente relajado. La cabeza de Clara, rodeada de humo y envuelta en su eterno trapo, me parece un anacronismo: Clara-sierva).

«Verá usted. Una niña es un pecado al que se rodea de atentos cuidados

para que nunca se convierta en virtud. Le enseñan a disfrazar sus pensamientos bajo palabras engañosas. Cual muñeca en una vitrina, aprende a hacer aquellos gestos que dibujan algo así como un ritual de la vida, pero que no son la vida. ¡Y esa mirada que se le atribuye tan fácilmente, qué amargura! Una mirada siempre extrañada, siempre abrumada por la inocencia, siempre sedienta de violación… víctima permisiva. Lo que llaman educación convierte a una niña en jovencita virtuosa; como me pasó a mí.

»Va al jardín a cortar flores, hace bonitos ramos, nunca se equivoca en cuanto al punto de cocción de los merengues, toca el piano, se sabe el catecismo de memoria, juega con su caniche color champán y se duerme con su osito de peluche entre los brazos. Nunca dice una palabra inconveniente y se sobresalta al menor ruido desagradable… O sea, una buena inversión a largo plazo.

»No sé si me sigue, querida, pero la cuestión es muy simple: ¿qué objeto tendrían los salones si no se fabricaran tales fantasmas para que los habitaran? Créame, cuando le prohíbo que entre en mi salón, no lo hago para humillarla. Muy al contrario, lo hago para que no se contamine. A veces sueño que es usted una dama… como yo. Son momentos en que le deseo lo peor».

(¡Hija de puta, hija de puta, hija de puta!).

«Una jovencita, querida, es también la curiosidad personificada, pero nunca expresada. Lo que generalmente se llama curiosidad malsana. Pleonasmo inútil.

»Claro que no quisiera angustiarla todavía más, explicándole con todo detalle la génesis de palabras como malsano, mal educado, mal hecho, mal… etc. Pero cuarenta años de soledad la llevan a una a analizarlo todo. Malsano quiere decir que el corazón está podrido… por decirlo de una manera suave, no quiero ofenderla. También significa que una se parece a una manzana brillante, perfecta por fuera, pero llena de gusanos por dentro. Gusanos que nacieron junto con la manzana y que van creciendo en fealdad, paralelamente al crecimiento en belleza del fruto; ambos crecimientos son igualmente auténticos, naturales y, ciertamente, creativos. Por eso detesto que se aplique la palabra “mal hecho” al aspecto, digamos negativo, de la

naturaleza humana. Porque, a pesar de todo, nadie se ha atrevido, hasta ahora, a no asimilar el concepto de jovencita al de ser humano. Todavía no se ha atrevido nadie a disociarlos completamente».

(Qué lástima que Clara no esté frente al gran espejo del vestíbulo, para poder observar las emociones que, con toda seguridad, debe expresar su cara. O quizás es una mera superficie anónima, lago de fondo turbio, donde las imágenes no consiguen dibujarse… Quisiera que este largo monólogo provocara en ella una tremenda rabia, una mirada asesina, o un desprecio en los labios que sonara como una bofetada. ¡Clara, no te dejes engañar!).

«Por supuesto, le estoy hablando de la época anterior a mi noviazgo.

»A decir verdad, he intentado, a menudo, reubicar aquella época en la historia de mi vida. Nunca lo he conseguido. A pesar de los precisos recuerdos que conservo de ella —tengo en mente todos y cada uno de esos momentos— parece que no acepta frontera alguna, e invade continuamente mi otra vida, mi vida de mujer, de donde su presencia inoportuna debería ser excluida. Más que excluida, prohibida. Vuelve como un perro abandonado por su amo que, a veces, se pone a ladrar, a las dos de la mañana, ante la casa. No para entrar —sabe que su amo no lo quiere— sino simplemente por hacer acto de presencia. ¿Se da usted cuenta, querida? A las dos de la mañana, cuando el sueño protector nos arropa y el mundo nos parece tan lejano, más allá de las tinieblas. Por desgracia, cada vez que el amo coge el fusil y dispara —tiene perfecto derecho, por algo es el amo— el perro se desmaterializa en la oscuridad de la noche. Otra bala perdida».

(Pero, ¿adónde quiere llegar? ¿Adónde quiere llegar apiadándose de sí misma?).

«Una jovencita, querida, es también una promesa de frutos —lo que nunca he entendido, porque podría ser estéril— razón por la cual atrae a los hombres.

»Una promesa de frutos… En este punto, constato sin amargura —ya no están los tiempos para amarguras— que, en mi caso, *mis promesas* dieron dos frutos; mis dos hijos. La alegría de una vida, me dirá usted. En mis pesadillas revivo a veces los sufrimientos que el nacimiento de esos dos hijos me produjeron y soy consciente de que nunca dejé de preguntarme; “¿Por qué?”. Pero al examinar el tema a la luz de la realidad, veo que, a fin

de cuentas, la cuestión carece de importancia ya que no tiene nada que ver con *mi* historia. En tanto que ser humano —quiero decir en términos de angustia o de esperanza— la procreación ni me ha enriquecido ni me ha empobrecido. No ha quitado ni añadido nada a mi fracaso total. No les guardo rencor. Lo que hoy llamo mi estado de nacida muerta nada tiene que ver con ellos».

(¡¿…?!).

«Una jovencita, querida, vive pues obligatoriamente a la espera de un hombre. ¿Cómo explicar esa extraña entidad que se llama *hombre*?

»Puedo hablarle con precisión de la relación física que mantienen con nosotras. Puedo describirle sin esfuerzo —y sin el menor error— todo su ceremonial de caza, los gestos, las palabras, las actitudes, por supuesto cuidadosamente controladas; y también los elementos que escapan a su control. Pero nunca conseguiría darle la imagen exacta; lo que, en cierto modo, considero otro fracaso.

»¿Dónde podríamos situar al hombre en el universo femenino? ¿En el pensamiento? Imposible, es demasiado mezquino. ¿En el ámbito de la psicología? Tampoco: hay una incompatibilidad ambiental demasiado fuerte. ¿En la necesidad espiritual? ¡En eso, créame querida, le puedo decir que nos bastamos a nosotras mismas!

»Desgraciadamente, no hay sitio para él. Nuestro universo es un universo completo, aunque mal organizado, donde los hombres son simples elementos añadidos, enfermedades que nos injertan artificialmente para ayudarnos a morir con mayor rapidez. O sea, lo miremos como lo miremos, un fracaso. Un fracaso que padecemos con conocimiento de causa. Por eso le decía antes que esa palabra sin sentido: “*jovencita*” representa una excelente inversión a largo plazo. Cuando se cumple el plazo, decimos lo que nos hemos aprendido de memoria; *te he dado unos hijos*. ¡Y me rebelo contra esa mezquina utilización de mi persona!».

(Su grito, tan fuerte como imprevisto, provoca un denso silencio. Como si el tiempo se detuviera. En ese preciso instante, mi sentimiento hacia mamá desvela su identidad y su nombre: el Odio. ¿Para qué he nacido, entonces? ¿Para satisfacer la loca manía procreadora de mi padre?

Hasta muchos años después, en la soledad de una buhardilla, en París,

no extraje de aquella conversación un elemento definitivo de reflexión, remontando la corriente del río negro de la falta de deseo de mi madre. De la falta de deseo de engendrarme. Y llegué a la conclusión de que la ceguera de los primeros dieciséis días de mi vida era consciente, voluntaria: me negaba a abrir los ojos a un mundo en donde mi lugar estaba en entredicho. Y, desde entonces, para poder vivir, tomé un lugar prestado en el espacio vital que mi hermano Antonio había conquistado para nosotros dos.

¿Comprendes ahora por qué el día de nuestro adiós definitivo me quedé en el vacío, en un vacío sin nombre?).

«Una mujer, querida, es un auténtico manual de obligaciones, ya que carece de derechos. Puede que le parezca un poco pretenciosa pero para expresar las cosas más sencillas siempre hay que recurrir a palabras complicadas. La sofisticación es sin duda un arte. Dicen que tiene que ver con la dialéctica pero yo sé, por experiencia propia, que con lo que tiene que ver es con la angustia.

»Por ejemplo, mi apariencia: no me voy a referir a mi físico para no deslumbrarla —no sería honrado por mi parte— pues eso, querida, es lo último que pretendo. Es como si me hubieran esculpido cuidadosamente para conseguir la meta inalcanzable de mujer perfecta. A mi alrededor, todo está organizado para formar el marco idóneo. Cuando ando, el aire se diluye ofreciendo la mínima resistencia a mi cuerpo, dando elegancia a mis movimientos. Cuando hablo —y usted es testigo, desde hace un buen rato— el entorno se convierte en caja acústica, otorgando a mis palabras todo su valor musical. Si me acerco a una flor —las flores forman parte de mis deberes— su color y su perfume se agudizan, tomando así conciencia de su razón de ser, de vivir, o sea, de su obligación. Si abro los ojos en pleno día, la luz se tamiza. Y cuando los cierro por la noche, la oscuridad se torna más profunda.

»Nada de todo esto tiene que ver con los milagros: tan sólo se trata de mi deber de mujer perfecta: mujer esposa, mujer madre, mujer sostén de un universo creado por el hombre para satisfacer egoístamente sus necesidades. Y tengo la obligación de sentirme enferma, visceralmente enferma, si alguno de esos detalles no se realiza cuando aparezco.

»Pero hace ya cuarenta años que pisotean mis derechos y necesito un

cataclismo.

»Ciertamente, tuvimos una guerra. Una guerra que, además, fue civil. ¿Se acuerda usted, querida? Pero se trataba de un cataclismo común, que sólo sirvió para poner a mi marido fuera de juego. Y a usted también. A todo el mundo le tocó algo. Sin embargo, la perfección pudo seguir su curso. A mí no me afectó. Antes, durante y después, seguí siendo la misma: perfecta.

»Cuando llegó el segundo hijo —fíjese que no he dicho *cuando tuve a mi segundo hijo*— creí que todos los elementos del cataclismo habían confluido. Mi cataclismo personal. ¿Comprende usted lo que supone para una mujer perfecta dar a luz a un monstruo? Se lo repito: se me presentaba por fin la posibilidad de escapar al denominador común de la "gente bien" y emprender mi guerra. Por fin. Luego le explicaré lo que entiendo por *mi* guerra. Antes tengo que decirle que, aunque no lo crea, mi dolor era sincero. Pero cuidado, querida: cuando digo dolor no vaya usted a interpretarlo como dolor de madre. No. Me refiero a otro tipo de dolor: la disolución espontánea de una mentira para engendrar una verdad. Tenía la oportunidad de escupir mi verdad al mundo entero y dejar que estallara mi apocalipsis personal, auténtica máquina destructora. Toda mi existencia sedosa; la ponderación; los conocimientos musicales; la sublime sabiduría de decir la palabra adecuada en el momento oportuno; la paciencia desplegada para desplazarme sin ruido de un lugar psicológico a otro; la elegancia de imponer mi presencia sin provocar choque alguno, y tantas otras cosas que me niego a enumerar para no humillarla. Todo aquello iba a derrumbarse, a caer en la podredumbre. Repito: me veía ante la posibilidad de declarar mi guerra santa.

»Usted sabe que, por aquel entonces, mi belleza había alcanzado todo su esplendor. Mi verdadera plenitud, si me permite una expresión poética. El destino, o la naturaleza, llámelo como quiera, no podían haber elegido mejor momento para engendrar el desorden. Me imaginaba recorriendo sin descanso los lugares de peregrinación del mundo entero, sin discriminación alguna. Los divinos y los humanos. Santuarios y hospitales. Santas Vírgenes y médicos, curanderos y especialistas, aguas termales y muro de las lamentaciones. Y que mi monstruo siguiera ciego. Quería presentarme

más guapa que nunca llevando conmigo la ampliación de una foto de mi marido, ésa en la que el bigote le explota como una selva virgen bajo sus ojos azules, y en la que sus piernas, firmes sobre el suelo, parecen poder sostener el mundo entero. Una mujer como yo, un hombre como él, y nuestro fruto común: ¡un monstruo! Dígame, Clara, ¿nunca estuvo usted enamorada de mi marido?».

(Otra pausa. La voz de mamá adquiere la inquietante dulzura que siempre se detecta en las personas que llevan razón. Como la voz de un juez cuando pronuncia, sin emoción alguna, una sentencia inapelable porque sabe que no se puede apelar. La naturaleza del crimen no se desvela. Podría ser un crimen de lesa majestad o el simple robo de una cartera vacía. Eso no tiene relación alguna con la sentencia, que es un acto puramente moral.

Con el oído al acecho, espero la respuesta de Clara. ¿Se declarará culpable?

Pero Clara, sabia estatua, ni contesta ni se mueve. En esta comedia socarrona, sólo es una comparsa. No pronunciará ni una palabra. Si está ahí es porque en el teatro, nadie puede hablar al vacío. Es una mera presencia y actúa de modo que su presencia se mantenga siempre invisible.

Ella, mamá, hace una pausa más prolongada que las anteriores, se traga y vomita el humo del cigarrillo, mira a Clara fijamente a los ojos, sonríe sin sonreír y prosigue:)

«A veces siento que debería pedir perdón. A lo mejor a usted, o a nadie en particular. Simplemente, pronunciar una sola vez: Pido perdón, así, al vacío. Sobre todo cuando necesito tener frente a mí a un enemigo, sea quien sea. Así es como banalizo mi guerra —o mi debilidad, como quiera llamarlo— aunque sé que no debería hacerlo.

»¿Tiene esta historia una continuación? No lo sé».

(Ahora parece que ya no se dirige a nadie, ni siquiera a sí misma. Se diría que sus palabras, tras cruzar un desierto de cansancio de donde nada sale con vida, se hubieran desvanecido en el aire del vestíbulo, como si —cansadas de permanecer prisioneras del pensamiento— llevaran varios años esperando esta muerte por desintegración.

El universo familiar parece inmovilizarse. Muerte imprevista. Tengo la impresión de que han pasado varios siglos y que el naranjo enano va a

crecer hasta llegar a la altura del castaño de Indias. Pero permanezco inmóvil, con la paciencia de una serpiente. Sé que todavía le quedan cosas por decir).

«Lo demás, querida, lo conoce igual que yo. El decimosexto día después de su nacimiento, mi monstruo abrió los ojos y comprendí que había perdido mi guerra, incluso antes de que empezara.

»A lo largo de estos últimos años he necesitado descargar mi angustia sobre alguien, abrir el absceso para vaciarlo de pus. No podía hacerlo con la gente que me rodeaba, me refiero a mi marido, a los hijos que he tenido de él o a mi confesor. No. Necesitaba a otra persona, sin obligaciones ni derechos, alguien ajeno a mí, para evitar que me dirija la menor palabra de consuelo o de comprensión, que, por otra parte, me resultan perfectamente inútiles».

(Su mano, pájaro furtivo, emprende el vuelo y viene a posarse sobre la cabeza de Clara, con suavidad, sobre el trapo manchado de pintura que la envuelve. Creo percibir la duda que acompaña a la ternura).

«Le pido perdón, mi querida Clara. Antes de enterrarla conmigo en esta tumba tendría que haber pensado si a usted también la atenaza la angustia. Pero cuando se sufre, no hay tiempo para generosidades. Y aquí estamos, muertas las dos. Muertas por fin».

—¡Hipócrita!

(Mi grito estalla como un disparo. La mano de mamá se crispa y se desvanece. Pero sigue puesta sobre la cabeza de Clara.

¿Por qué se queda ahí esa mano, como un pájaro mutilado que ha sobrevivido a la tempestad?

Los dos cadáveres me miran pero mis lágrimas me impiden leer en sus ojos. Y me pregunto por qué estoy llorando).

CAPÍTULO 5

Tras las órdenes de mamá, Clara abandona sin rechistar sus tareas de limpieza y blanqueo y se recluye en la cocina. Al considerarse en su terreno, la deja cada día más reluciente, del suelo al techo, y abre de par en par las dos ventanas por las que entra la intensa claridad del jardín. Y el milagro se produce: como no puede penetrar en las demás habitaciones de la casa —salvo en *nuestro cuarto*— la luz, ávida y cegadora, invade la cocina con el vigor turbulento de un cabritillo.

Dos mundos contrarios parecen haberse instalado en la casa: el de la luz y el de las tinieblas, con precisión maniquea, sin matices, yuxtapuestos; el paso de uno a otro sólo puede hacerse mediante un cambio total de actitud. Los ojos que brillaban a la luz se vuelven súbitamente mortecinos en las tinieblas, sin que la mirada haya podido captar una imagen completa. De modo que seres y objetos de la casa se sumergen alternativamente en zonas de sombra y de luz, cual planetas girando alrededor de algún sol caprichoso.

En cuanto a la casa, parecía un paciente en plena operación de cirugía plástica, abandonado en la mesa de operaciones tras una alerta de bomba: un ojo rasgado, el otro normal; la mitad de la cara tersa y la otra llena de arrugas; un labio henchido de sensualidad y el otro consumido por la vejez. Petrificado en la fealdad. Inacabado en la belleza. Un monstruo.

Es, sin duda, el ambiente que le conviene a mamá. Desde aquella sublime confesión —Clara-sacerdotisa— se la ve más a menudo subir y bajar las escaleras; quedarse en su salón, silenciosa, con el sempiterno y

lamentable Chopin, cambiar de peinado, de joyas y de vestido tres veces al día. Siempre vestidos negros, con cuellos y puños de un blanco amarillento.

Parece contenta y no duda en abrir la puerta cuando uno de los pocos clientes de papá toca al timbre. La puerta vuelve a cerrarse y, tras un minuto de silencio:

—Muy buenas, señora. (Un punto de sorpresa en la voz apagada).

—Muy buenas, caballero. (Voz alta y bien modulada con un entusiasmo perfectamente fingido). Un día maravilloso, ¿verdad?

El cliente no se atreve a contestar, inclina un poco la cabeza, masculla algo inaudible y se pierde en el despacho de papá. Durante los pocos segundos que la puerta del despacho permanece entreabierta, se oye la voz de la radio que habla sin cesar de paz y de victoria, como si, a pesar del tiempo transcurrido, alguien, obsesionado por un viejo recuerdo de juventud, pusiera siempre el mismo disco. La voz de mamá, tan aguda por naturaleza como la de un canario, desgrana algunas notas musicales —de Chopin, ¿cómo no?— saca de los jarrones las flores marchitas y las tira al suelo con gesto desconcertado, como si hubiera olvidado que existen los cubos de basura, y le ordena a Clara que las recoja.

—Hace demasiado calor en casa para las flores. O puede que las reseque el ambiente. ¡En fin, qué más da! Siempre hay que tener algo entre manos para matar el tiempo. ¿Quiere traerme un tubo de aspirina, querida? (Para mamá y en su vocabulario, Clara acaba de ascender en el escalafón social. A partir de ahora ya no será Clara, sino *querida*). Me han dicho que con aspirina las flores se mantienen frescas más tiempo.

Pero a los dos días parecía que a las flores les había dado una migraña insoportable, y los tallos se doblaban como para buscar un poco de agua fresca en la madera de la mesita. Y todo empezaba de nuevo, con la sempiterna cantinela inacabada de Chopin, de fondo.

¿Sería ella, mamá, aquel sol caprichoso?

Fue por entonces cuando mi hermano Antonio empezó a preparar su examen de Reválida. No aparecía por casa a la hora de comer y cuando, el primer día de su ausencia, le pregunté a Clara dónde estaba, me contestó que ya no vendría a comer los días de diario.

—¿Y va a estar todo el día sin comer?

—¡Claro que no! Se queda a comer en el instituto.

—¿Para siempre?

Clara no me contestó y me invadió una enorme tristeza. El cabrón no me había dicho nada. Así que no debía yo ser tan importante para él como creía. Tristeza.

Entonces me di cuenta de que el baño que me daba mi hermano por las tardes, a las cuatro en punto, no era el típico baño diario, en el sentido estricto del término, sino un ritual sembrado de caricias, lleno de oscuros deseos, a los que todavía no les sabía yo dar nombre.

Ahora, el baño de las cuatro —no en punto— de la tarde, ya no era una fiesta como con mi hermano Antonio, colegial fuerte y turbulento, tierno y silencioso. El primer día de su ausencia, desnudo entre las manos de Clara que no conocían mi cuerpo como las de mi hermano, me negué a admitir, por primera vez en mi vida, que la higiene formara parte de las innumerables necesidades naturales de un niño, necesidades que Clara me había enumerado, de manera exhaustiva y minuciosa, antes de llevarme, a rastras, hasta el cuarto de baño. Pero yo no estaba por la labor, y lo manifesté con rotundidad, llenando toda la casa con mis gritos salvajes y poniendo perdido el cuarto de baño con el agua tibia de la bañera. Sólo conseguí exasperar a mamá, hasta tal punto, que dijo aquellas palabras que atormentaron para siempre mis sueños infantiles:

—Déjelo, querida. Estoy segura de que prefiere las manos de su hermano.

Me dije; «Tienes razón, hija de puta. Y si ahora me doy cuenta, es porque tú me lo has dicho». Y tomé conciencia de lo alucinantemente hermoso que es amar lo que se ama.

Ella, mamá, no dijo nada del *olor a azufre*, comentario casi habitual en ella antes de haber vaciado sobre la pobre Clara la añeja podredumbre de su vetusto silencio. Ahora, al menos, nos dejaba en paz y sólo ponía cara de perro policía en momentos inesperados, pero poco frecuentes.

Y sin embargo, seguía siendo la clave de mi vida, la única fuente en la que mi curiosidad podía aplacar su sed. Al igual que mi hermano Antonio personificaba el caballo de batalla que mis más inéditos sentimientos montaban a horcajadas para ir a la guerra.

Antonio, mi hermano.

Si volvía de buen humor y me contaba cosas del instituto, me pasaba una tarde fenomenal. En cuanto terminaba de cenar, iba a acostarme sin rechistar. Mi hermano me cogía a hombros, le apretaba el cuello con las piernas, y subíamos la escalera al trote. Clara ya nos había preparado el baño donde nadaban unas misteriosas algas que mamá compraba —en Londres, creo— y que, por lo visto, tenían la virtud de protegernos contra el acné juvenil. Mi hermano me desnudaba, deteniéndose, tierno, en todos los puntos sensibles. Luego se ponía en pelota y nos metíamos en la bañera como si nos metiéramos en el mar: casi ahogándonos. Mis gritos apagados, prudentísimos, nunca traspasaban las paredes del cuarto de baño.

Tenía mi hermano Antonio doce años, y más tarde comprendí que aquellos doce años estaban llenos de precocidad, en todos los sentidos. Alto y fuerte, con el pubis y los sobacos ya sembrados de vello, ciertas partes de su anatomía se transformaban súbitamente, sólo con tocarme, cosa que a mí me encantaba. Y a él le gustaba mi placer. Me había enseñado un juego dulce y terrorífico, que consistía en meterme la cabeza en el agua hasta dejarme sin aliento, y pegaba su boca a la mía, muy húmeda, para evitarme la asfixia. Su saliva me hacía las veces de oxígeno y yo rebosaba de angustia y de placer. Cuando me sacaba, casi desmayado entre sus brazos, jugaba a reanimarme, con un boca a boca tierno y suave que duraba largos, larguísimos minutos.

A veces, el silencio de nuestros juegos era tan artificial, tan extraño, que Clara llamaba a la puerta del baño con un «¿todo bien, niños?» que nos aturdía durante unos instantes. Miraba yo a mi alrededor, y tomaba conciencia del lugar en que nos encontrábamos: no era ningún rincón alucinado del mundo, sino el baño, situado al lado de nuestro cuarto, en la casa de mamá.

Mi hermano, tranquilo, cogía la gran toalla blanca y se envolvía en ella, y a mí con él, con mi espalda pegada contra su vientre, y me besaba en la nuca, y me decía:

—^Ahora, a dormir, ¿vale? Como un niñito bueno.

—No soy ningún niñito.

—De acuerdo, pero te vas a dormir.

Me dejaba en la cama y me miraba durante mucho rato —larga mirada de mi hermano Antonio que abría cada noche las puertas de mis sueños— y se preparaba para hacer sus deberes. La gran mesa de dibujo, zona prohibida para mí, se llenaba en un periquete de libros, cuadernos, reglas de cálculo, grandes estuches negros que contenían compases con mango de marfil, lápices de colores, hojas de papel cuadriculado. Esas hojas, sobre todo, atraían mi atención, al tener, en los márgenes letras y números apenas perceptibles. En ellas trazaba mi hermano una serie de líneas, tras minuciosos cálculos, aparentemente agotadores; poco a poco, sobre la superficie virgen, aparecían tornillos gigantes, bombillas, martillos pinchados con alfileres de mil colores, dentro de círculos que se entrecruzaban en un laberinto incomprensible.

Una vez el dibujo terminado, mi hermano borraba cuidadosamente todo lo que sobraba, soplaba sobre la hoja para eliminar las partículas de goma, pasaba la mano para quitar cualquier motita de polvo, y contemplaba el conjunto, orgulloso. Se separaba de la mesa unos pasos, miraba el dibujo de lejos, luego se acercaba a la mesa para mirarlo de cerca, soplaba por última vez y recogía cuidadosamente todo el material en sus estuches respectivos. Y entonces se ponía a hacer gimnasia.

Completamente desnudo, con la gran toalla de baño extendida sobre la alfombra de pita para que no le quedaran marcas en la piel, repetía decenas de veces el mismo ejercicio. Sus largos y elásticos músculos se le dibujaban bajo la piel; de la frente le caían gotas de sudor que formaban pequeños riachuelos salados a lo largo del cuerpo, y su sexo bailaba alegremente, como un badajo. Así durante diez minutos. Luego, volvía a sus deberes.

Si por casualidad —casualidad que se producía a diario— se me ocurría coger alguno de sus instrumentos mágicos de la mesa de trabajo, entonces empezaba la batalla. Me daba un reglazo en los dedos, y yo, con un grito ahogado, me soplaba en las uñas como si me quemaran y, sin un sollozo, dejaba escapar dos lagrimones que me nublaban la vista. Y luego le gritaba:

—¡Cabrón, cabrón! ¡Cabrón de mierda!

—¿Cabrón de mierda? ¡Espera y verás lo que va a hacer contigo este cabrón de mierda!

Me cogía bajo el brazo, como una gavilla de paja, me tiraba en la cama

y se echaba sobre mí. Yo le gritaba, con los dientes apretados, que iba a aplastarme, aunque estaba seguro de que arquearía el cuerpo para no hacerme el menor daño. Y entonces empezaba la sesión de cosquillas, que no me gustaba nada, o la de chupa-oreja que me encantaba y detestaba a la vez.

Con aquel juego me acostumbró a saborear el más profundo placer. Me chupaba las orejas sujetándome con fuerza por la cintura mientras yo me retorcía y gritaba en silencio, suplicándole que parara. Pero él no soltaba presa y seguía, seguía, hasta que me llevaba al borde del delirio. Mis dedos se agarraban a su nuca, mis gemidos y su nombre se confundían en mi boca, él jadeaba como un animal salvaje, y todo, la habitación, la noche, desaparecía en un torbellino de amor incontrolable. Ni siquiera nos dábamos cuenta en qué momento estallaba el placer. Era un pozo de luz en el que me hundía, aferrado a mi hermano Antonio con brazos, piernas, uñas y dientes. Y él seguía sin soltarme. Se quedaba dormido así, tapándome con su cuerpo, sabiendo por instinto que no tenía que aplastarme con su peso, sino mostrarme su fuerza y su protección.

A la mañana siguiente teníamos que hacer un esfuerzo para despegarnos el uno del otro. Mi hermano, feliz como un becerrillo, me bañaba de nuevo, esta vez respetando las más estrictas normas de higiene.

—Ahora vas a comértelo todo, ¿vale, chiquitín?

Y me besaba los ojos.

—Hay que recuperar. (Sonriente).

No tenía que advertirme de que todo lo que hacíamos por la noche era un secreto. Él sabía que, desde siempre, tenía yo arraigado el gusto por lo secreto. Y que era él quien me lo había inculcado. Conscientemente.

Hoy siento que mi espera está tomando las mismas dimensiones que la espera de ti en aquellos años. Con todos mis sentidos despiertos, miraba pasar las horas sin saber sus nombres como si, agazapado tras una ventana, viera pasar gente enemiga por la calle sin distinguir su verdadera naturaleza: ¿policías o ladrones?

Para mí, sólo existía la mañana, larga; la comida, interminable; y luego, el final de la tarde, que significaba tu pronto regreso. A esa hora, esperada como un regalo de cumpleaños, mi angustia le daba miles de nombres. Se

llamaba «momento en que las flores que mamá ponía en el salón y en el vestíbulo intensificaban su perfume»; «silencio intermitente del mirlo en el jardín, a punto de dormirse»; «irrupción de la luz eléctrica en la cocina de Clara» —que no veía muy bien. Clara-oscura—; «buenas noches, señora, del último cliente de papá»; «ángelus musical del carillón de una iglesia cercana a la casa» (explicación suministrada por Clara); «gluglú de mi estómago que ya había digerido la merienda»… «un dedo nervioso que pulsa con fuerza, tres veces seguidas, el timbre de la puerta principal»… ¡tú!

—¡Pero qué le pasa a este chico! ¡Ni que tuviera un cohete en el culo!

(Confieso que nunca entendí aquella frase de Clara. ¿Le daba un doble sentido? ¿O era simplemente una de sus muchas expresiones populares? ¡Clara-campesina!).

Sometido a los constantes cambios de humor de mamá que seguía sin dirigirme la palabra; a la invisibilidad voluntaria de papá, del que apenas adivinaba el bigote entrecano cuando alguien abría la puerta de su despacho, y al incesante parloteo de Clara, que me hablaba sin parar para demostrarse a sí misma que no era muda (Clara-sola), yo esperaba, paciente, la llegada de aquella hora con miles de nombres, sabiendo que, en mi vida, sólo había sitio para esperarte a ti.

Y a pesar de todos estos años que han ido muriendo día a día, nada ha cambiado. Hoy, sentado en este sillón de mimbre trenzado en filigrana —el sillón preferido de mamá— sé que, con la ayuda del antiguo jabón, me he convertido en el niño que fui, pero también sé, por haberte esperado siempre, que no lo necesitaba. Este ritual de la espera que vivo minuto a minuto, desde las cinco de la tarde del viernes pasado cuando llegué a la casa, que erige a mi alrededor paredes de espejo en donde veo, reflejados hasta el infinito, momentos infinitos de mi vida contigo, me parece perfectamente inútil, ya que no me aporta nada nuevo: lo llevo inscrito en las células desde mi niñez y, desde entonces, gobierna mi comportamiento. Y mi comportamiento ha sido tan sólo un apéndice del tuyo, como el rabo de un perro con relación al propio perro.

Pero ¿qué puedo hacer? Cuando para vivir solo se tiene el espacio de otro, no hay más remedio que esperar.

Puedes llegar como enamorado o como verdugo, estoy listo para recibirte. Más que nunca. Con todas las obligaciones que me da mi espera de ti. Pero no vengas como *hermano* para profanarme en el sacrilegio de la familia, porque, en tal caso, mi espera de ti exigirá sus derechos.

¡Vamos, abre la puerta!

¡Entra!

CAPÍTULO 6

Papá se llama Carlos.

Mis labios pronuncian a menudo la palabra «papá», sobre todo en las conversaciones con Clara y con mi hermano, pero el nombre Carlos, casi nunca lo he dicho, ni lo oigo decir a los que me rodean.

Y sin embargo, es un nombre precioso.

Me apetece pronunciarlo, sobre todo cuando estoy solo, lo que ocurre a menudo. La lengua se pega suavemente contra mis dientes inferiores, siento que empieza el leve temblequeo necesario para dar toda su fuerza a la «erre» pero al final la lengua se reblandece como el cuerpo de un caracol, y el nombre de Carlos —el nombre de papá— se muere en mi deseo, ajeno a mi voz, impronunciado.

De vez en cuando, oigo a mamá decir ese nombre; «Carlos, querido, un señor quiere verte». Y me da vértigo.

—Dile que pase.

Es la voz de papá. ¿O es la de Carlos?

El vértigo se convierte en tornado. Una ola de frío y una avalancha de calor suben simultáneamente por mis venas y me quedo sin aliento. Como atontado.

Y todo por la voz de Carlos que, sin saber por qué, no puedo asociar con la voz de papá. A lo mejor por el recuerdo de los escasos besos furtivos que me daba en la frente siendo yo un bebé y que nunca se repitieron. O puede que sea el hombre, su voz de hombre la que me altera la sangre y me

precipita en un abismo donde ya nada existe.

La voz de mi hermano Antonio es una voz fuerte, que llena la casa, rompe su silencio y actúa sobre mí como el tintineo de una campanilla sobre una ratita amaestrada. Incluso cuando se hace tierna y la oigo contra mi oído, expresa todo sin esconder nada. Voz de muchacho, sin coacciones. ¿Se convertirá algún día en una voz como la de Carlos?

Carlos y Antonio.

Estoy seguro de que los dos se parecen mucho. Altos y fuertes, con el pelo demasiado oscuro y los ojos demasiado azules. Manos activas, que no descansan, que necesitan dar vida a todo lo que tocan.

Tan sólo sus voces son todavía distintas, como si las leyes de la herencia hubieran dejado de funcionar. Pero todo puede cambiar. Y quién sabe si algún día oiré la voz de Carlos dirigiéndose a mí. (Incluso, con el tiempo, puede que mi hermano Antonio, que ya empieza a afeitarse, se deje el mismo bigote de Carlos: bosque oscuro que me provoca unas ganas irreprimibles de internarme en él con los labios abiertos y los dientes dominadores).

Espía a mi pesar —y puede que de haber tenido una educación distinta, nunca hubiera perdido mi tendencia al voyerismo, siempre escondido tras el naranjo enano, los sillones y los cactus que llenan el vestíbulo y el salón de mamá—, intento, a la menor ocasión, resolver el misterio que se esconde tras la puerta cerrada del despacho de papá. Puerta ciega, de madera, como todas las de la casa, que no permite ver y que ahoga la voz de Carlos con la determinación de una tumba. Y tampoco la otra voz, la de la radio, consigue romper el silencio impuesto por la puerta e invadir la casa. Aunque su objetivo, está claro, sea precisamente ése. Por desgracia, sólo penetra en la conciencia de papá, que ya no es Carlos… al menos desde que esa maldita voz habla, habla y sigue hablando de victoria y de paz.

Papá escondido, mamá alejada, Clara cansada, Antonio tranquilo y enamorado, Carlos inexistente… ¿a quién podría yo preguntar por el invisible obseso que habla por la radio de victoria y de paz?

A veces aguzo el oído en pleno silencio para intentar escuchar fuera, en la ciudad, los cañonazos —a menudo imaginarios— o bien me esfuerzo por encontrar, en mi corta memoria, los rumores de la guerra para situar

convenientemente en la realidad presente las palabras «paz» y «victoria». Pero el silencio impone su constante quietud y tengo la memoria virgen. ¿De dónde viene entonces la insistencia paranoica de la voz que habla por la radio? ¿Del pasado? ¿Del futuro? ¿Es un vicio crónico incurable? ¿Por qué las escasas veces en que se abre la puerta del despacho de papá, la voz de Carlos se queda muda mientras que la de la radio no para de hablar, sin dar el menor síntoma de cansancio? Y, sobre todo, ¿por qué papá no rompe de una puñetera vez esa dichosa radio que ahoga su voz, la voz de Carlos, y se pone a hablar él, Carlos, para llenar el vacío en el que nos estamos pudriendo todos? Hasta a Clara se le borrarían las arrugas de la cara si Carlos le dijera: «Hola, Clara». ¿Habría amado a Carlos, la pequeña y arrugada Clara? No contestó a la pregunta directa de mamá. Clara-secreta.

Puerta cerrada, de madera perfectamente inocente. Puerta que me separa siempre de papá, alejándome de Carlos, sin remedio. Puerta misterio.

Aclarar el misterio se convierte en mi obsesión. Durante las ausencias de mi hermano Antonio, que me dejan suspendido en la nada, acecho sin descanso el obsesivo rectángulo de madera que encierra, las veinticuatro horas del día, la presencia de papá. A veces, a través de una rendija —en las horas precisas en las que Clara-fiel le lleva a Carlos el desayuno, la merienda o un vaso de vino tinto con dos yemas— se escapa un suspiro de aire furtivo, voluntariamente neutro, como el del preso que viviera su condena de puntillas, suspiro de aire preñado de las vibraciones de Carlos. Como si, a pesar suyo, el suspiro se agrandara en el vestíbulo para alcanzar la libertad del jardín y escalara los muros para irse… ¿hacia dónde?

Salgo de mi escondite y, muy despacio, para no espantar los restos del fantasma, me deslizo por esa corriente que huele a tabaco y me sumerjo en ella, con el alma y el cuerpo dilatados, para impregnarme por completo. Me lleno el pecho con ese aire benéfico, abriendo los pulmones de par en par, como si fueran ojos abriéndose por primera vez a la belleza, mirando fijamente durante mucho, muchísimo rato, y una confusión parecida al orgasmo acaricia lo más profundo de mi cuerpo, con sus millones de dedos irreverentes, sutiles y expertos.

Cuando vuelvo en mí, la puerta, ya cerrada, parece mirarme con sorna. El penetrante aroma de las flores diarias invade de nuevo el vestíbulo y el

amarillento Chopin me machaca los tímpanos. Ella, mamá, se impone como siempre. Su tumba vuelve a ser su tumba. Y sólo queda el olor normal de su descomposición.

Un día —yo tendría unos diez años— me encontré por casualidad solo en casa. Mi hermano Antonio no había vuelto del instituto y Clara había salido después de comer, seguramente para ir de compras. Mamá dormía la siesta, y dentro de la casa se había establecido una especie de tregua. Ni un ruido en el piso de arriba. Así que salí de mi cuarto para echar un vistazo al pasillo y a la escalera, casi esperando toparme con el silencio paseándose por ahí, a sus anchas. A lo mejor él también se miraba en los espejos, haciendo visajes, con la tranquilidad de que nadie iba a sorprenderlo. Pero no, no había nadie, ni siquiera un fantasma. Bajé e inspeccioné el vestíbulo. Nadie tampoco. El salón, vacío; el piano, silencioso. La cocina, sin un alma. El jardín, barrido por un vientecillo otoñal que arremolinaba suavemente las pocas hojas secas que habían escapado a la escoba de Clara (Clara-inglesa). El color verde del templete de jazmín parecía más oscuro contra la sombra del muro, y el mirlo miraba fijamente al sol que brillaba sobre la casa, con su pico amarillo, cerrado, apuntando hacia la ventana de nuestro cuarto.

Era como si *todo* se hubiera largado de la casa, la vida y la muerte, y que yo me encontrara allí, como si hubiera caído en una trampa, por sorpresa, prisionero del no-tiempo y de la no-existencia.

Me sentí presa del pánico. Entré en la cocina y abrí los grifos con la esperanza de sentir cerca de mí la presencia de un elemento vivo. Pero debían haber cortado el agua, porque no salió ni una gota. Encender la luz no me serviría de mucho, ya que el sol inundaba la cocina, así que me abstuve. Casi corriendo, salí de la cocina y llegué al jardín. Le silbé al mirlo, primero con suavidad, luego con todas mis fuerzas, pero no se dignó contestarme, lo que, por otra parte, era habitual en él desde que los dos éramos pequeños. Pájaro pétreo.

Profundamente desalentado, miré al castaño y me pregunté si tendría el valor de subirme a sus ramas para llegar hasta el balcón de nuestro cuarto pero… me confesé con toda honestidad que era demasiado cobarde —Y que siempre lo sería— para ese tipo de cosas. Yo no era mi hermano Antonio. Palabra de honor.

Entonces, ¿qué podía hacer? ¿Llamar a los vecinos? Tampoco era una solución, porque no los conocía. O peor, ni siquiera estaba seguro de que hubiera vecinos. Tenía la sensación de vivir aislado en una familia aislada e imaginaria, en una casa aislada e imaginaria, en una ciudad aislada e imaginaria, en un país… ¡Para qué seguir!

¿Y si entrara en casa y gritara «¡mamá!» por primera vez en mi vida? Puede que un resto de instinto maternal, dormido desde siempre en el corazón cerrado de mamá, se despertara de pronto y me respondiera; «Dime, cariño».

Estuve a punto de hacerlo, pero la realidad se impuso de nuevo y me tragué aquel grito que me llenaba la boca, como quien se traga un sorbo de aceite de ricino, con asco. Me dije que ella, mamá, hundida en las marismas de su siesta, no saldría de la angustia de sus pesadillas para socorrer mi angustia exacerbada.

De modo que, a toda costa, tendría que acostumbrarme a ese nuevo vacío, como ya me había acostumbrado a todos los demás vacíos de mi existencia. Soledad acompañada o soledad despoblada, ¿en qué podía cambiar eso la esencia de mi soledad? Algún día todos los fantasmas que poblaban mi entorno me abandonarían de verdad. Así que más valía empezar ya a acostumbrarse.

Muy lentamente, como renace una fuente seca tras las primeras lluvias, la sangre se puso a correr por mis venas. Milagro de tranquilidad. Regresé a casa, donde todo seguía igual, con la misma resignación con la que se vuelve uno a dormir tras haberse despertado de una pesadilla: lo que no mata engorda. (Refrán de Clara). Me volvía cínico a la fuerza.

En aquel momento, alguien llamó al timbre de la puerta principal. El riiiing es tan fuerte y se expande tan lentamente por la casa silenciosa que, de pronto, todo lo que me rodea se pone a temblar como bajo el golpe de una sacudida sísmica. ¿O soy yo el único que tiembla?

El desequilibrio se instala de nuevo. La luz huye del vestíbulo y las flores mustias escupen su aroma empalagoso, como siempre que ocurre algo anormal. Miro hacia la puerta del salón esperando que aparezcan las manos amarillentas de mamá, marionetas ciegas, pero caigo en la cuenta que, hace un rato, el salón estaba vacío. Miro entonces hacia la escalera, y

la ausencia de fantasma arrastrándose por los peldaños me sorprende dolorosamente. Nada. Por lo visto, todos se han ido. ¿Acaso ha habido una alerta de locura —lo que no sería de extrañar— y toda la familia se ha largado, asustada?

El timbre insiste, esta vez más imperativo. Inconscientemente, busco con los ojos la puerta del despacho de papá, pero tampoco se mueve, gruesa, cerrada. Nuestro cuarto está vacío. La cocina está vacía. El jardín está vacío.

Y, aquel día, por primera vez en mi vida, tomé una decisión, forzado por las circunstancias, pero decisión al fin y al cabo. Fui hacia la puerta de entrada. La abrí. Con mis propias manos. Con mis propias fuerzas. Mientras corría el cerrojo me dije: «Esto lo haces por voluntad propia. Tú solo. Sin que nadie te haya dicho que lo hagas». Y, ebrio de aquella súbita libertad de acción, miré con la cabeza muy alta, a la persona que estaba, tiesa, en los peldaños de mármol. Era un hombre con un traje pobre, ajado y manchado de grasa. Debido al contraluz, no pude fijarme con detalle en su cara, pero tenía los ojos tan pobres, tan ajados y tan manchados de amargura como el traje, y del mismo color negro.

Repito: la primera vez que, por obra de mi voluntad, vi con mis propios ojos el mundo exterior, fue en la pantalla de la miseria, disfrazada de hombre que venía a visitar a papá.

—¿Don Carlos? (O sea, papá).

La voz insinuaba que la pobreza y la miseria exteriores del personaje se hacían más profundas e insostenibles en su alma, ruina de posguerra, casa bombardeada, fachada calcinada y ventanas sin cristales; los obuses habían cegado el pozo del patio, corrompiendo el agua.

Examiné al hombre con cierto descaro y, considerando que ya no sacaría más información, eché tranquilamente un vistazo a la calle. Porque era de la calle de donde venía aquel pobre hombre. ¿Qué más se podía ver? Vi pasar un coche de lujo. Y me dije: «Hay otras cosas en el exterior».

—¿Don Carlos?

—Entre… por favor. (Añadí *por favor* porque me invadió una súbita ternura hacia esa miseria y quería manifestarle cierta consideración).

El hombre sonrió —¡ay, qué sonrisa tan triste!— y me siguió por el

vestíbulo. Adrede, dejé la puerta principal de par en par. Una violenta corriente de aire que parecía esperar la ocasión, agazapada Dios sabe dónde, se estableció entre la calle y el jardín. También el mirlo, por primera vez en su vida, lanzó un grito de espanto. (¡Que se apañe…!).

Sin llamar con discretos golpecitos, como siempre hacían mamá y Clara, abrí la puerta del despacho de papá —puerta que parecía oponerme una resistencia salvaje— y entré en la habitación. Dije:

—Papá, un señor te espera.

Él, papá, me miró sin darse cuenta de que era yo quien anunciaba la visita y respondió mecánicamente:

—Dile que entre.

El bigote —del que seguramente mamá conocería las turbulencias— le tembló un segundo, pero antes de que cualquier reacción pudiera leerse en su cara me volví e hice pasar al visitante. Luego, cerré la puerta.

Y aquí estoy, sólo en el vestíbulo, entre cortinas de terciopelo y de encaje que, también por primera vez, veo agitarse alocadas bajo la acción de la corriente de aire proveniente de la calle. Desde hace un buen rato estoy actuando por mí mismo, me estoy comportando como la gente que hace uso de su voluntad sin cortapisas. Y ese sentimiento inédito de libertad —elemento extraño en mi vida— me emociona.

Voy hacia la puerta de entrada, bajo los peldaños, abro la otra puerta —madera fuerte muy labrada, tan ancha y alta como la de una iglesia— y miro la calle. Enfrente de mí. A mi derecha. A mi izquierda.

Es la hora de la siesta; no hay un alma, salvo un perro y dos viandantes. Las tiendas están cerradas. La iglesia, en silencio: en el pórtico se recorta una puerta más pequeña, que escupe sucesivamente a una vieja de negro y a un cura viejo de negro. En lo alto de una casa que no tiene pinta de edificio público, una bandera roja amarilla roja, ondea pesadamente al viento y, por el suelo, algunas hojas secas intentan no ahogarse en el polvo, dando saltitos como si fueran pajarillos que todavía no supieran volar.

Decepcionado, me digo que la calle no es nada del otro jueves. O a lo mejor el momento no es el más apropiado. Total, que entro en casa y cierro la puerta.

Esta primera experiencia de libertad se me antoja decepcionante. Paseo

una mirada neutra sobre mi vestíbulo de siempre. Todo sigue igual. ¿Sí…? Espera, hombre, espera. Respira un poco. ¡Eso es! ¿A qué huele ahora? ¡Dios mío! Mejor dicho ¿a qué no huele? El olor a mamá se ha esfumado, barrido por la corriente de aire. ¡Yupiiii!

Me siento en el banco de iglesia pegado a la pared del salón y, deliberadamente, piso la piel de cordero carnívoro. La provoco, dándole puntapiés con mis zapatos de charol.

«¿Ves, colega? Simplemente con abrir la puerta, todo cambia».

Pero la piel de cordero sigue muda y, aparentemente, no le apetece tragarse mi pie de lujo que le está chinchando: la hora de la siesta debe ser un somnífero que actúa incluso sobre lo que no duerme nunca.

Sin embargo, con aquella corriente de aire ajena al ambiente habitual de la casa, se tendría que haber despertado todo, con un sobresalto. La propia casa, que hasta entonces no conocía los antibióticos, debería también haberse movido, encogerse —o dilatarse—; los abscesos se le tenían que haber reventado, haber renovado su sangre. Pero no se produjo nada de eso, al menos no en la medida que yo esperaba.

Decido, finalmente, que la casa se construyó alrededor de alguna pústula de silencio, que ya existía de tiempo inmemorial, y que mis antepasados se instalaron en ella sin oponer ninguna resistencia. Y a lo mejor hasta con gusto, como la sanguijuela en las aguas estancadas donde beben las cabras en verano.

En este punto de reflexión, la puerta del despacho de papá se abre, el cliente sale y cierra la puerta tras él. Me levanto, más por respeto que por ganas de acompañarlo hasta la salida, pero de pronto se vuelve, abre de nuevo la puerta y pregunta algo, que no oigo por lo débil y tímido de su voz. Pero sí oigo muy claramente la voz de Carlos, recia y sonora, que contesta:

—La semana que viene. El martes. No venga antes.

El cliente asiente con la cabeza, confuso, y huye por el vestíbulo, olvidando cerrar la puerta del despacho. Desaparece, anónimo, con su traje negro y ajado, pobre y manchado de grasa.

Yo me quedo mirando fijamente la puerta del despacho. En unos instantes, Carlos va a levantarse a cerrarla. Contengo la respiración. A lo

mejor echa un vistazo al vestíbulo y me ve. Pero no, nada. La puerta sigue abierta y ese momento me parece una eternidad. Tomo una decisión —¡está claro que hoy es día de decisiones!— y me acerco a la puerta, fascinado por el misterio. Carlos-papá. El olor a puro me detiene en seco, como el del incienso detiene al no creyente en el umbral del templo. Da igual. Salvo el obstáculo cual intrépido explorador.

Y aquí estoy, totalmente excluido de la actividad consciente, de pie, inmóvil en la alfombra burdeos del despacho de papá. Con el rabillo del ojo, hago el inventario de la habitación. Cortinas del mismo color que la alfombra, corridas a lo largo de las ventanas. Un sillón de cuero marrón que parece tener cien años —puede que los tenga—. Miles de libros colocados en las estanterías que cubren las paredes del suelo al techo. ¿Le habrá dado tiempo a Carlos de leerlos todos? Debe de ser un pozo de sabiduría. Ni flores ni jarrones. Un caballo de bronce, encabritado, sobre la mesa cubierta de cuero.

Y, frente a papá, sobre un velador alto, reina, silencioso, ¿o mudo para siempre?, el verdugo de Carlos: un viejo aparato de radio con cuadrículas de madera clara, tan grande como vulgar, con los mandos brillantes de tanto manipularlos. Encima, ni un objeto de decoración, ni un cenicero colocado por casualidad, como sobre cualquier otro mueble. Está solo, dios sin trinidad, sobre su altar unitario. Resalta del resto de la decoración e impone su presencia. Aunque esta habitación no se construyera para él, sí que se ha convertido en el dueño y señor de ella. Gobierna el pensamiento de Carlos y su muerte lenta. Los ojos de papá no ven otro paisaje, otro sol, otro astro, otro horizonte que él. Y cuando habla, el gotero de la angustia envenena la sangre de mi padre.

Luego, un estallido de alegría me calienta el bajo vientre al constatar que la presencia de mamá está proscrita en la estancia: su foto enmarcada en plata, en madera o en marfil no aparece por ningún sitio. Pero mi júbilo no dura mucho al descubrir un pañito de croché sobre el respaldo de una silla. ¡La hija de puta! Hasta aquí llega el rastro de sus cuidados hipócritas de «mujer como Dios manda». *Una jovencita, querida…* Su mano ha profanado para siempre este santuario masculino.

Hace dos minutos que estoy aquí, de pie, dos minutos largos y llenos de

contemplación, intentando dilucidar si el hombre que está sentado en su mesa de trabajo, con la mirada fija, examinando unos documentos que parece leer atentamente, es papá o Carlos. O puede que los dos, confundidos por el deterioro del tiempo. Porque en el bigote y sobre las sienes, se insinúa ya el color gris de la edad. Empecinado, me digo que no es cuestión de edad, sino de un vetusto cansancio que deslustra el brillo de su pelo negro.

Intento no hacer ningún ruido. Contengo la respiración. Me gustaría quedarme así para siempre, acechando la progresión de la muerte, paso a paso, para poder quitarme del pecho esta opresión extraña, mezcla de decepción y de fracaso. ¿La presencia de su hijo no obliga a papá a levantar la cabeza como un perro al que le silba su amo? ¿Y mi presencia no impulsa a Carlos a clavar su mirada en mí?

Por fin, levanta la cabeza y me ve. ¿Papá? ¿Carlos? La duda se arremolina en mis venas, me debilita las piernas. Es papá, sin duda, quien me mira: sus ojos demasiado azules se ahogan de sorpresa.

—Pero, ¿qué…?

No termina la frase.

—¿No hay nadie en casa?

—No.

Silencio.

—¿Te sientes solo?

No contesto. ¿Qué podría decirle de mi soledad?

—¿Te… te apetece quedarte conmigo?

—Si quieres…

Silencio.

—Podrías echar un vistazo a mis libros… y hacerme compañía, por supuesto. No tengo ganas de trabajar, hoy.

—Todavía no sé leer.

(Era mentira. Mi hermano Antonio me había enseñado, con toda su paciencia de enamorado, a leer y a escribir. Pero habíamos decidido guardarlo en secreto. Antonio es como un pigmalión para mí. Casi todo lo que sé, se lo debo a él. A veces, en el arrebato de la pasión, salen de mi boca palabras que nunca he aprendido, mal pronunciadas pero cargadas de

experiencia. Mi hermano, ardiente como un tizón, me corrige a mordiscos, insuflando en mi garganta su pronunciación correcta, pronunciación mojada de saliva y entrecortada por los espasmos. Dice que lo que se aprende en la cama no se olvida nunca. Por eso tiene mucho cuidado de no equivocarse al darme la lección).

—Todavía no sé leer…

Repito estas palabras dando a mi voz una carga de reproche. Entré para descubrir a Carlos y estoy culpabilizando a papá. Extraigo un placer lícito, visible en mis ojos, tranquilo, como el de un juez al que apasiona la justicia. (¿Por qué siempre la imagen del juez?). En los ojos de papá, veo como una luz que se apaga. Pero no dice nada. Se me acerca y su mano grande y fuerte. —«¡Ven, Carlos!», grita mi instinto— nada como un pez de fuego entre mi pelo rubio. No la retira, sus dedos esbozan una lenta caricia, me siento invadido por una cálida locura, se me llenan los ojos de lágrimas, el aire del despacho me resulta insuficiente para respirar… ¿qué me pasa?

Papá se inclina hacia mí, sus labios se preparan para besarme en la frente, papá lejano, llegando del pasado perdido de aquellos primeros días de mi existencia… ¿cuánto hace ya de eso?

De pronto siento que me envuelve su aliento que huele a tabaco. Entonces, de golpe, levanto la cabeza y pego salvajemente mi boca a la suya. Me ahogo en la maraña entrecana de su bigote. El estupor le obliga a abrir los labios, le chupo con avidez la lengua, como si me bebiera la vida misma, una carga de saliva me inunda la boca… Está claro que es Carlos quien provoca esa secreción glandular, dulce e ininterrumpida. Y él presiente, vaga sensación, que mi contacto le está despertando un antiguo deseo. ¿Habrán heredado mis labios la suave humedad de los de mamá jovencita?

Antes de que Carlos haya podido reaccionar, me escapo. Y subo a nuestro cuarto. Lo único que recuerdo de él es una mirada aturdida.

Con la espalda contra la puerta para impedir que entren los recuerdos inmediatos que venían tras de mí, corriendo por la escalera y el pasillo, oigo la radio que se pone a hablar a todo volumen, de paz y de victoria. Está claro que papá se ha quedado en su tumba. Y Carlos con él.

Por la noche, las caricias de mi hermano Antonio logran a duras penas

borrar de mi mente aquel encuentro inesperado con Carlos. Durante horas, tengo la sensación de estar calvo, que mi rubia cabellera se ha quedado entre sus dedos crispados. Sé que Carlos *sabe*. Y un sentimiento de victoria, muy comprensible, nace en mí. Aprovecho los momentos en que mi hermano me hace cosquillas para reírme a carcajadas… Pensando que la radio, que aniquila a mi padre, no se atreverá nunca a hablar de esta victoria. ¡Mierda de radio!

CAPÍTULOS 7 Y 8

Ya no soy un niño aunque debido a mi baja estatura y a mi delgadez dé esa impresión. Pero, por supuesto, en casa me siguen llamando «*el niño*» cuando quieren referirse a mi persona. En el caso de que *ellos* me consideren persona, cosa que dudo.

Para Clara soy *ese niño* con un adjetivo delante o detrás, según su estado de ánimo. Para mi hermano Antonio, ni siquiera tengo nombre; soy *mi chiquitín*. Para mamá debo ser *ese monstruo*, y en cuanto a papá… ni idea. Pero ya no soy un niño.

Mi hermano me ayudó a saltar la barrera que separa la niñez de la pubertad. Sus dedos y sus labios se detienen tan a menudo sobre las distintas partes de mi anatomía, que consigue despertar en mí la curiosidad de mi cuerpo. Gracias a él descubrí los espejos.

La primera vez que me miré en un espejo, no con la intención de ver reflejada mi imagen, sino la que mi hermano tenía de mí, me sorprendí y hasta me turbé. Pero a pesar de la timidez con la que constato los diversos cambios que se van operando en mi persona, llevo enseguida la mirada hacia la contemplación. Intento comprender por qué las caricias más frecuentes de mi hermano están relacionadas con determinadas partes de mi cuerpo. (Incluso en la oscuridad, no se pierde nunca. Su precisión es indiscutible). Y comprendo: mi cuerpo tiene la belleza fugaz de un dibujo que se volatiliza. Será por eso por lo que mi hermano Antonio lo estrecha tan fuerte entre sus brazos.

Lanzado en mis nuevos descubrimientos, le pido a Clara que limpie a fondo la luna del armario; aprendo a colocar el flexo de la mesa en la que estudia mi hermano de tal manera que la luz favorezca mi perfil cuando, desnudo, me contemplo en el espejo. Me podrán acusar de narcisismo pero, en realidad, pretendo ver lo que ve mi hermano. Bonito y tierno espectáculo, que habla a las entrañas y a las tentaciones del alma.

Ahora sí que entiendo la dulce mirada de mi hermano y su deseo, cada vez más fuerte y más salvaje, de fundirme en él. En eso se comporta como un creador. Tiene la impresión —más que eso, la certeza— de que me moldea, día tras día, a imagen de algo especial que, sin duda alguna, ama inconscientemente. Y con pasión. Los dos o tres pelillos rubios que empiezan a salirme en los sobacos, los descubrió él. También él me hace ver que mi pene es rosa, mientras que el suyo es oscuro. Cabría subrayar otras diferencias sustanciales entre nosotros, de las que no le hablo, referidas a mi edad y a la suya, a mi delgadez y a su corpulencia. No quiero que se deje llevar por una vanidad desmedida. Sea como fuere, él nunca se reprime para exponerlo todo ante mi vista y, por mi parte, no puedo apartar los ojos de aquel magnífico espectáculo. Me encanta interpretar un gran papel en tan generosa eclosión de belleza.

Sin embargo, mi hermano Antonio no descuida sus estudios ni mi educación. De las ciencias naturales, pasamos a las caricias; del agotamiento físico, a la multiplicación. Nunca podré separar erotismo y primeros conocimientos. Dos por dos son cuatro besos, y así toda la tabla. Ejercita su imaginación para poner en práctica sobre mi cuerpo sensual todo lo que quiere enseñarme, ya sea geografía o gramática. Así, por ejemplo, sobre mi tetilla derecha coloca Finisterre; sus labios bajan suavemente hasta mi ombligo —Madrid— y luego hasta mi ingle derecha: ahí está Gibraltar. La «t» es una consonante dental: su lengua sabe indicarme exactamente, en el interior de mi boca, el lugar preciso donde debo apoyar la lengua para entender el mecanismo de la pronunciación.

Mientras mi cuerpo siga vivo recordaré, encantado, ese montón de cosas absurdas llamadas cultura general. Y el día que el cuerpo de mi hermano Antonio muera para siempre, mi cultura general morirá con él. Doble entierro.

Una tarde, papá y mamá se sentaron —no creo que por casualidad— en el salón de mamá. Era domingo, no recuerdo la época del año. Mi hermano había salido a jugar un partido de fútbol, y yo estaba en nuestro cuarto, intentando dibujar, torpemente, su imagen de dios moreno gesticulador y bravo, como buen andaluz, corriendo tras el balón. Nada satisfecho con mi hazaña artística, rompí el dibujo y salí al silencioso pasillo. No sé si debo añadir que era un silencio aplastante: me parece que ya he utilizado todos los calificativos para describir aquel silencio cuya existencia era, sin duda, el rasgo más significativo del ambiente de la casa.

Bajé las escaleras sin intención precisa, consciente de que no encontraría más camino que el del jardín ni, probablemente, más interlocutor que el mirlo. Nada en el ambiente anunciaba cambios sustanciales en la rutina diaria.

Al cruzar el vestíbulo vi a Clara saliendo de su cocina con el servicio de café en una bandeja. Me refiero al servicio de plata. Me fijé que había dos tazas. Y enseguida comprendí que mamá *tenía visita*.

Se trataba, por supuesto, de un acontecimiento extraordinario. Desde la muerte de su señor modisto ella, mamá, no veía a nadie, salvo a su confesor dos veces al año.

Mi curiosidad se despertó de pronto, volcán adormecido.

Hacía mucho tiempo que mamá no se metía conmigo y, desde mi nueva pasión por Carlos, ella, mamá, había pasado a segundo plano. Y mira por donde, ahora volvía a estar de actualidad. Yo tenía que saber, fuera como fuera, con quién hablaba y de qué. (Seguro que en forma de largo monólogo, como siempre).

Desgraciadamente, ya era demasiado alto para escurrirme en el salón y esconderme tras el gran sofá en el que ella, mamá, con toda seguridad, se habría recostado.

Pero siempre me quedaba una de las puertas vidriera del salón que daban al jardín, la del cristal roto. De modo que salí al jardín. El mirlo me saludó con silbidos esporádicos, pero no le contesté; estaba enfadado con él desde el día de mi soledad total, y, además, quería mantener en secreto mi presencia. Me aposté detrás de la gran copa de piedra cubierta de hiedra, a la altura del cristal roto, y eché ojeadas ávidas al salón. La visita de mamá,

era papá.

Por primera vez en mi vida veía junta a la pareja papá-mamá. O sea, a mis padres. Día de descubrimiento.

Antes, me había equivocado al imaginarme la escena. Ella, mamá, está por supuesto en el sofá pero no se ha tumbado. Está sentada, tiesa, aparentemente tranquila, con las rodillas juntas, en el filo del sofá, como un «cuatro» minuciosamente compuesto, tan educada y perfecta como una planta de invernadero. Sirve el café con distanciamiento, como si las manos estuvieran separadas del cuerpo, como si pertenecieran a un mundo diferente.

Ella, mamá, habla. El tono de su voz y sus palabras se ajustan a la más rancia de las perfecciones, como una minuciosa grabación en la que no participara el rumor de la vida.

—Querido, ¿estás seguro de que no me estás haciendo un reproche?

Papá no sabe dónde dejar el puro cuando mamá le tiende la taza de café. Creo que el pobre necesitaría tres manos. Ella, mamá, se lo coge y lo pone en un cenicero de cristal de Murano, que reproduce la extravagancia descolorida de un loto malva: puede que no quedara ninguno amarillo en el catálogo. La sonrisa con la que mamá pronuncia la palabra «reproche» no termina de desdibujarse en sus labios, pero se nota que está haciendo un esfuerzo para evitar cualquier desequilibrio entre sus palabras y sus gestos. *Una jovencita, querida…*

—Deberíamos hablar de todo esto. Me parece que no hemos asumido nuestras responsabilidades. Y las tenemos.

Nada rompe la serenidad del aire que perfuman los jacintos amarillos. (Especialidad del florista de mamá quien, a su requerimiento, consiguió un magnífico cruce). Dos dedos perfectos cogen un amarillento terrón de azúcar que desaparece en la horrenda negrura del café. Una cucharilla de plata dorada se pone suavemente a removerlo todo.

—Sí, es cierto. Al menos, deberíamos tenerlas. Aunque no sé si merece la pena.

—Pero Matilde, ¿por qué dices si merece la pena? Es nuestro hijo.

Papá ha dicho la palabra «hijo». Una bocanada de calor sale por el cristal roto y yo la aspiro con avidez. Me reconforta el alma. Aunque no se

trate de mí, sino de mi hermano Antonio, me reconforta el alma.

Ella, mamá, mira a papá a la cara. Imposible describir su estupor. Como si se preguntara por qué, a esta hora tranquila de la tarde, su marido se pone a hablar en chino. Y además sin previo aviso. Toda aquella perfección que les rodea empieza a sonrojarse, avergonzada.

—¡Nadie dice lo contrario, y no tengo intención de volver sobre el tema! De acuerdo, sí, *es* nuestro hijo. ¿Pero de qué se queja? Me estoy gastando toda mi fortuna en su bienestar. Vive a cuerpo de rey.

—Y sin embargo estamos descuidando su educación.

—¡Bueno, eso…!

(¿Aparte de su falta de amor hacia mí, la habrían educado tan perfectamente que se negaba a que yo pasase por la misma tortura? A veces me lo he preguntado, pero nunca he querido concederle tal rasgo de generosidad).

—Ni siquiera sabe leer.

Los ojos de mamá se dilatan como una cabeza de cobra:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Él. Le ofrecí mis libros y me dijo que todavía no sabía leer. (O sea, que se refería a mí cuando decía «mi hijo». Bocanada de calor). Vivo tan apartado de todo que no vi nada anormal en ello. Pero inmediatamente después, al recordarlo, casi me muero de angustia.

Ella, mamá, se echa a reír. El salón, sorprendido, parece quedarse ciego ante tal estallido de luz, y no me extrañaría que el piano, inspirado, se pusiera a tocar por su cuenta. Pero papá no se sorprende. ¿Sería aquella flor de armonía la risa de mamá jovencita? ¿Tenía entonces su risa aquella plenitud gloriosa cuando oía, entre avergonzada y valiente, ciertas palabras atrevidas que cobraban vida alrededor del bigote?

—¡Morir de angustia! Te ha quedado muy bien pero, perdóname, querido, me sorprende tu manera de hablar. Me parece que has cambiado de estilo. Antes, eras más… más brusco. Y por lo tanto más tranquilizador. Dime, ¿subiste al *otro cuarto*?

Papá tardó en responder. Por supuesto que la idea de subir al *otro cuarto* nunca se le había pasado por la cabeza.

—No. Fue él quien entró en mi despacho. Así, de pronto.

—¿Se atrevió?… (Tono de sorpresa comedida). Bueno, se va haciendo mayor. Cualquier día nos pedirá explicaciones. Puede que esté en su derecho.

—No te vayas por las ramas, Matilde. Sé que no querías tener ese niño, pero…

Yo ya me sabía la respuesta de mamá, pero la violencia de su tono me sorprendió.

—¡Y tú qué sabes! (Vamos, mujer, tranquilízate. No está bien ponerse a gritar por una simple conversación doméstica). Querer o no querer… ya no se trata de eso. Me ha decepcionado, y punto.

—¡Pero, querida, seamos serios! Él no tiene la culpa de no ser un monstruo. ¡Al final me vas a volver loco con ese asunto!

—¡La culpa! Ya he dejado de preguntarme quién ha tenido la culpa. (Hay que añadir a estas palabras un punto de sarcasmo para conseguir el tono exacto. Claro que el sarcasmo de mamá es cosa fina).

Todo es tan absurdo que no doy crédito a lo que oigo ni a lo que veo. Parecía una pantomima ensayada miles de veces antes de representarla ante mí. Nada que ver con la verdad, ni siquiera con la realidad, por mucho que lo pareciera. Mamá y papá están ahí, y evidentemente hablan de mí. Pero ni ellos ni yo estamos de verdad implicados. Alguien se ha equivocado de obra, de actores, de personajes, de tema. O de todo a la vez. Yo podría abrir la puerta vidriera, entrar en la sala, sentarme en el sofá, tomar una taza de café (¿tendría Clara preparado un buen chocolate espeso para tal eventualidad?) y espetarles; «¡Estáis diciendo gilipolleces!». Con toda tranquilidad. Pero claro, eso no formaba parte del espectáculo, y alguien —el mirlo, tal vez— podría pensar que yo tampoco estaba metido en mi papel.

Ostensiblemente ella, mamá, enciende un cigarrillo. Me parece un gesto atrevido, dirigido a papá, y que, de alguna manera, denota una cierta mentalidad juvenil. Pero puede que esté hurgando demasiado en mi memoria y tal sentimiento de audacia solo sea una falsa impresión.

Ella, mamá, continúa:

—De todas formas, está mintiendo.

Ya estamos en pleno melodrama, querido mirlo. ¡Silba, silba, que hay que aplaudir la frase!

El efectismo es un valor seguro: papá levanta las cejas. Debo añadir: sorprendido.

—¿Qué quieres decir con que está mintiendo?

—Tu hijo Antonio le está enseñando un montón de cosas. En el otro *cuarto*. Puede que más de la cuenta.

(¡Mierda! No soy el único espía de la casa).

—¿Y qué puede enseñarle? Porque a ése sólo le interesa la gimnasia.

—A leer y a escribir, por supuesto. Están siempre juntos. Forman el único núcleo familiar de esta casa, la única pareja… con todo lo que ello implica.

A papá se le queda la boca abierta y mira a mamá fijamente. La mano y el puro, suspendidos en el aire, se detienen en seco.

—No te entiendo.

—Ni falta que hace.

Larga pausa, tras la cual papá carraspea.

—Matilde, a propósito de lo que dices…

Se calla, quizás para buscar las palabras adecuadas, y creo ver —¿o lo estoy soñando?— un destello de terror en los ojos de mamá. Simultáneamente, mi boca se humedece con el recuerdo de los labios de Carlos y la firmeza de su bigote, aquel día en el despacho de papá. Pero suena el timbre de la puerta de entrada, y mamá corta:

—Debe ser para ti, querido. Tomaremos una decisión esta noche.

Y ella, mamá, se levanta, con las manos ya ocupadas, deshaciéndose el peinado como si fuera a acostarse. El ambiente del salón se contamina de pronto con la alocada imprecisión que sigue a mamá a todas partes como su sombra. Papá, que conoce perfectamente el percal, hace mutis por el foro. Fin del primer acto y telón.

Tampoco ha sido para tanto. Con mamá, nunca hay que esperar terremotos. Todo es sórdido en ella, de acuerdo, pero dentro de una cierta elegancia. Sus cataclismos, siempre interrumpidos, tienen algo de compás musical. Su educación impide que corra la sangre, incluso en sentido metafórico. Toda aquella humedad espiritual ha debido empapar a Carlos hasta reblandecerlo. Irrecuperable. Seguro que antes, los falsos equilibrios de mamá se tambaleaban con su potente voz, que debía poner verdes de

envidia hasta a los propios truenos (supongo). Pero ahora, su mirada demasiado azul, sus manos grandes y fuertes, su bigote agresivo, son simples vestigios arcaicos de una especie extinguida hace tiempo, en estos veinticinco años-veinticinco siglos, desde el final de la guerra civil. La voz de la radio y sus lúgubres discursos de paz y de victoria actúan como el alcohol en un frasco para conservar vivo al espécimen y mantener así un auditorio fiel; pero yo lo que veo es un cuerpo cubierto de plumas sucias y enmarañadas en un ambiente tan opresivo que impide cualquier tentativa de vuelo. Carlos-acabado.

El reborde tallado del jarrón de piedra se me clava en los riñones. Me voy. No me atrevo a observar los vidriosos ojos del mirlo y la fijación evangélica de su mirada: quiero evitar toda imagen irónica de mi decepción. Me meto en casa sin acercarme a la puerta abierta de la cocina por temor a que Clara me ofrezca, si me ve, la sempiterna merienda de chocolate espeso con magdalenas. Subo al piso y entro en el *otro cuarto*. Me tumbo en la cama. Ahora resulta que mi educación preocupa a papá. Por primera vez en diez años. Están todos tan ocupados glorificándose y destruyéndose por culpa de la guerra civil que podríamos decir, en términos de destrucción espiritual, que esa puta guerra todavía no ha terminado. Pero, en mi caso, ya es tarde para cualquier educación. Durante demasiado tiempo mi mente ha vivido libre en la soledad, aislada en sus pensamientos. Y sabe lo que hay que destruir. Cueste lo que cueste.

Unos días después, un profesor particular llamado don Pepe empezó a venir a casa, cuatro horas diarias, sábados incluidos, y oí cómo le decía a mamá que había que recuperar el tiempo perdido. En dos años, como mucho, yo debía estar preparado para entrar en el instituto. Por lo visto, habían decidido que estudiara bachillerato, como mi hermano Antonio.

—Será difícil —añadió—. Pero confíe en mí, señora. Mi especialidad son los casos perdidos.

Al parecer, ése era mi caso.

Recuerdo que me vino a la mente una imagen muy graciosa: yo estaba tumbado en una bandeja, rodeado de cáscaras de limón, rociado con perejil, y con una cabeza de ajos entre los dientes; me llevaba don Pepe, vestido de cocinero, y me presentaba a la aprobación de un tribunal, compuesto por

cinco profesores gordísimos, en el aula de exámenes del instituto. Día de gloria para don Pepe, más que para mí.

Ella, mamá, le pidió a Clara que me vistiera de milord —o casi—, que excepcionalmente me perfumara con agua de colonia —de marca francesa— y que me llevara al salón. Había flores frescas en los jarrones y su aroma —cálidas flores andaluzas— mezclado con el humo de los cigarrillos *virginia* de mamá asfixiaba el ambiente. Mi entrada, a la que seguía una estela de Guerlain, y la de Clara, que olía a guisote y a agua de fregar, acabaron de apestar el aire de la sala. Mamá, por cortesía hacia don Pepe, no tuvo más remedio que abrir un poquito los balcones, concesión que no le hacía ni siquiera a su confesor, que olía a incienso y a cera mezclados con sudor, junto con esa pestilencia específica de los hombres que sólo se lavan la cara. Mamá se desmayaba en su salón dos veces al año: los días que confesaba.

Hizo las presentaciones de rigor:

—Tu profesor, don Pepe.

Incliné la cabeza y, antes de haberla levantado, la delicada mano de mamá se agarró como una zarpa a mi nuca. Ella, mamá, dijo:

—Mi hijo.

No vi la reacción de don Pepe; de todas formas, yo estaba electrizado por ese contacto nuevo de la mano de mamá, de su carne, que nunca antes me había ni siquiera rozado, y por su voz diciendo «mi hijo». Últimamente todos reivindicaban mi paternidad.

De haber tenido las debilidades retóricas de mamá, habría calificado aquello de auténtico cataclismo; pero el choque era tan desmedido que no le pude aplicar definición alguna.

Con el paso del tiempo, pensé a menudo que fue en aquel momento y en aquel lugar en donde las hostilidades se convirtieron en guerra declarada. Porque a partir de aquel instante, y durante dos años, la relación entre don Pepe y yo no iba a ser lo que comúnmente se llama amistosa. Él, para adiestrarme, usaría una vara de palmera diabólicamente tallada a navaja; y yo, para humillarlo, cerraría el pico, sin dignarme contestar a sus preguntas ni una sola vez. Hay casos perdidos irrecuperables, incluso para los especialistas en la materia.

Cuatro horas diarias de guerra, durante dos años, forjan un carácter: mi caso no fue una excepción.

Don Pepe era muy competente para la enseñanza tal y como se concebía entonces en España: todo crío es un animal hasta que no se demuestre lo contrario. Y lo contrario, nunca se pudo demostrar… si nos atenemos a la ferocidad con que los maestros defendían su concepto de disciplina. A los críos hay que pulirlos a fuego lento, sin piedad, sin descanso, hasta que la bestia que llevan dentro deje paso al hombre en que han de convertirse. Claro que la bestia no siempre estaba dispuesta a largarse para facilitar la labor —ése es un principio absoluto— y la necesidad de guerra se hacía patente.

Don Pepe había llevado el método hasta sus últimas consecuencias y sólo en mis debilidades veía razones para sonreír. Pero cuando sonreía, la bestia que había en mí se despertaba, feroz; entonces apretaba los dientes y me volvía aún más burro, A la larga, su sonrisa se debilitaba —fatigoso trabajo ininterrumpido— y acababa por borrarse. Y el sarcasmo, sentido heredado de mamá, empezaba a brillar en mis ojos y mi mirada —expreso aquí mi opinión partidista— se le hacía insostenible.

Al ser hijo de republicanos —un rojo— don Pepe no pudo seguir en la enseñanza pública cuando el fascismo impuso su bandera en el país. Como los señores ministros de educación no quisieron ver que los métodos de don Pepe eran tan fascistas como los suyos propios, le cerraron la puerta; así que el hombre, docente por naturaleza, se refugió en la enseñanza privada especializándose en *casos difíciles*, lo que incluía a mi persona.

—Tarde o temprano —me decía pinchándome con la vara en los riñones — conseguiré, a pesar tuyo, abrirte la cabeza como una granada y meterte en ella parte de mis conocimientos. Ese día, angelito, me sentiré orgulloso de haber tropezado contigo.

Decía lo de *haber tropezado* como si hubiera sido cosa del destino. Pero olvidaba que el destino no existe para la gente de su reputación. Yo había llegado casi a la pubertad y seguía sin saber —oficialmente, claro— ni leer ni escribir. Razones de estado imponían la búsqueda de un especialista en el tema: a eso lo llamaba él, olímpicamente, *haber tropezado*.

Ella, mamá, cedió su salón para esta guerra entre dos. Todo un detalle.

La elegancia un tanto afectada de la sala se había visto perturbada por la colocación de una pizarra y de una estantería de pino para mis libros. De la noche a la mañana me encontré acosado por toneladas de libros, textos y cuadernos, que mamá compraba por teléfono, sin discriminar asignaturas o precios y, por supuesto, sin consultar al *especialista*. Lo único que hacía él cuando llegaba un nuevo paquete era abrirlo, echarle un vistazo, y decir «puede valer». Ella, mamá, estaba encantada. Después de la conversación con papá, se le debió meter en la cabeza que tenía que serme útil. O bien demostrarme, de una vez por todas, mi perfecta inutilidad.

En el salón, a la mezcla habitual de olores de la vida de mamá, se añadieron los olores a tiza, que se agarra a la garganta como una lapa, a tinta, a papel, al sudor de don Pepe y a su pestilente aliento a vino agrio, como el de un borrachuzo. De modo que Clara había tomado la costumbre, una vez acabada la clase, de abrir de par en par las puertas vidriera del salón para que entrara el aire del jardín. En las manos de mamá apareció, de un modo tan natural como súbito, un vaporizador que utilizaba con el gesto mecánico de una limpiadora de retretes públicos, mientras le preguntaba al señor profesor (así es como Clara debía llamar siempre a don Pepe) si la clase había transcurrido satisfactoriamente y si no era un niño demasiado rebelde en cuestiones culturales.

—Todo va sobre ruedas, señora —declaraba don Pepe satisfecho.

Y mamá tenía la habilidad de dar a su invariable «¡ah, bien!» un encantador tono de sorpresa. Yo no entendía nada.

Cuando acababan las cuatro horas diarias de guerra fría o caliente —el grado de temperatura dependía de las ganas que tuviera don Pepe de utilizar la vara de palmera— el señor especialista en casos perdidos nunca se sentía en condiciones de levar anclas enseguida. Insistía en que la conversación de mamá era música para los oídos, y casi siempre conseguía que le sirvieran una suculenta merienda, que Clara preparaba a toda velocidad, regada con los estupendos vinos de mamá; la bodega estaba llena de buenos caldos hacia los que, decía don Pepe, su debilidad crecía por momentos.

—Va usted a convertirme en alcohólico impenitente, doña Matilde —decía cada cinco minutos—. Si creyera en Dios, me aliaría con él para pedirle cuentas a usted.

Con lágrimas en los ojos, cuya dureza se transformaba en lúgubre hipocresía, don Pepe se lanzaba, con su vehemencia de perro viejo, a hablar de su anticlericalismo legendario. (*Legendario*, ésa era la palabra que empleaba, pero no estoy en condiciones de precisar su exactitud). Disertaba sin parar sobre la guerra santa que habría que declararle algún día a la Iglesia católica romana, que explotaba el monopolio de la imagen de Dios a costa nuestra.

—¡Unos mercaderes, señora mía, unos mercaderes! Venden la religión como quien vende aceite. Y tal y como están las cosas hoy día, la tendencia es el estraperlo. Para cualquier tontería te piden el certificado de bautismo, de comunión o de confirmación. O sea, un puto papel firmado por un puto cura. ¿Es usted creyente?

Ella, mamá, se embellecía con su maravillosa sonrisa y contestaba:

—Digamos que tengo ciertas debilidades. Pero nada serio.

De ahí, la conversación derivaba a la necesidad de dar a los niños, en cualquier caso, una *cierta* educación religiosa. A ella, a mamá, le encantaba la palabra «*cierta*», que tenía la virtud de no circunscribir demasiado sus ideas y, a la vez, protegía su pensamiento de cualquier crítica.

Yo recogía mis libros, cuadernos y lápices con la sana intención de largarme lo antes posible, pero ella, mamá, me cogía la mano y decía:

—No te vayas todavía, cariño. Tienes que acostumbrarte a hablar con los demás. Una *cierta* vida social no le hace daño a nadie.

Don Pepe aprobaba con la cabeza, pero creo que no le hacía ninguna gracia soportarme en el plano social. No sabiendo muy bien qué hacer, me ponía a borrar la pizarra con la esponja; pero ella, mamá, saltaba:

—Déjale eso a Clara. El polvo de la tiza te estropea la ropa. Y es muy cara.

Y, dirigiéndose a don Pepe:

—Nuestra fortuna ya no es lo que fue.

Por delicadeza, don Pepe asentía:

—Pues sí, mi querida señora, todo ha cambiado. Por desgracia, lo que algunos ricos han perdido con el régimen, no ha ido a parar al pueblo.

Y dejaba por unos segundos su vaso de vino sobre la mesa, seguramente para no parecer un pasota ante el *cierto* malestar económico de mamá.

Aquéllos —pocos— instantes de duelo silencioso formaban un vacío a nuestro alrededor y mamá se apresuraba a llenar el vaso del señor profesor para que el ángel que pasaba —sin mucha prisa en proseguir su camino, al parecer— se fuera lo antes posible.

—Otro sorbo, querido. Mi salud no me permite acompañarle pero, de verdad, me encanta ver que los demás disfrutan de los pocos placeres que nos ofrece la vida.

Sonrisitas y movimientos felinos para ponerse cómoda en el sofá. Y yo me decía que si alguna vez tenía la debilidad de hablar como mamá, ese día me cortaba la lengua.

Y sin embargo, si don Pepe estaba encantado con la conversación de mamá, yo no me quedaba atrás. Su voz, matizada e irisada como la seda, se insinuaba en los pliegues más recónditos de mi ser. Es cierto que no conservo impresiones precisas, pero estoy seguro de que su voz me enseñó a rechazar todo lo que no fuera claro y directo. A pesar suyo, mamá contribuía a mi educación.

Por un lado, y contra todo pronóstico, yo era su única razón de ser. Ni papá ni mi hermano Antonio sintonizaban con su universo. Pero ella sentía que, a falta de amor, podíamos establecer entre nosotros profundas relaciones de odio. Y, al no ser ya un niño, me consideraba perfectamente capaz de comprender el laberinto de su mente. Era de vital importancia para ella. Y si había aceptado, a requerimiento de papá, interesarse más a fondo por mi educación, no fue con la intención de darme un bagaje para el futuro, como se dice, sino para acercarse a mí sin establecer entre nosotros una relación normal madre-hijo. En ese contexto, don Pepe personificaba a la perfección la crueldad física de la que ella era incapaz. Le encantaba asomarse al abismo que me separaba de mi profesor para contemplar los torbellinos que se formaban en el fondo.

Ella, mamá, estaba al corriente de todo lo que había entre mi hermano Antonio y yo, y le importaban un bledo nuestras relaciones sexuales, pero no podía soportar el universo de amor con el que mi hermano me protegía. En mi insolente mirada leía que yo no me consideraba olvidado de la mano de Dios y que el anatema de su desamor no me había dejado fuera de juego. Le gustara o no, yo seguía mi vida. No andaba hacia atrás. De modo que

eligió a don Pepe como prolongación de su mano justiciera.

Prueba de ello es que, fuera de mis cuatro horas de guerra diaria con mi profesor, le tenía sin cuidado que hiciera o no los deberes y cuando, ostensiblemente, me iba al jardín con mis libros, ella, mamá, corría las cortinas con un golpe seco, único movimiento preciso que le vi hacer. Yo me paseaba por toda la casa diciendo las lecciones en voz alta y, al acercarme, oía que se cerraba la puerta de la habitación en la que se encontrara. Sin lugar a dudas, el señor especialista era para ella un castigo más al que me sometía. Para qué buscarle tres pies al gato.

A pesar de su fe en la inoculación del conocimiento mediante el terror, don Pepe resultó ser un excelente profesor. Explicaba con gran precisión y me quedaba todo más claro que el agua. Conseguía que las cosas más aburridas, como la historia de España, la oficial, resultaran interesantes. Según los textos aprobados por el gobierno, nuestro país había sido cuna de la Gloria, y el régimen actual era su ineluctable continuación histórica. Se hablaba de los españoles como conquistadores, simbolizados por el indiscutible altruismo de militares y clérigos, mientras que los ingleses, por ejemplo, sólo eran un hatajo de piratas. Entre la reina Isabel la Católica y la reina Isabel de Inglaterra el abismo era tan grande como entre Dios y el demonio. Con las mismas diferencias esenciales. Pero don Pepe, con sus ojillos brillantes y su boca irónica, me clarificaba todos aquellos conceptos no solamente erróneos sino trasnochados y, al acabar la clase de historia, yo estaba convencido de que era mejor elegir el bando del demonio. Por aquello de acercarse a la verdad. Y como él se refería continuamente, en todas las asignaturas, a la situación actual del país «tan estancada e inmóvil como una charca rodeada de juncos», la conclusión se imponía: hay libertad en los lugares tomados por el demonio. Al estar siempre encerrado en casa, yo no conocía mi país; pero empezaba a tener ganas de largarme para respirar aire puro fuera de nuestras fronteras.

En aquellos momentos sublimes en que sus explicaciones alcanzaban la cima de la sublevación, nuestra relación profesor alumno era casi cordial. Él lo notaba, y su voz adquiría tonos de sorda emoción, carente de todo lirismo. Se me aguzaban los sentidos y con cada una de sus frases, yo avanzaba un siglo. Pero entonces volvía a su papel de déspota absoluto,

quería comprobar lo que su semilla producía en mi mala tierra, y me preguntaba. Y como mi orgullo superaba a mi vanidad, nunca le contestaba. A su insistencia, yo oponía mi silencio; a su vara de palmera, mi irónica mirada.

—¡Si suspendes el examen, te mato!

Y yo, radiante, pensaba que había dado con la manera de castigar a mamá mediante la desesperación del señor especialista en casos perdidos.

A veces, ella, mamá, rodeada por la nube de humo que últimamente la seguía por doquier, una especie de plasma entre el cual se hacía cada vez más imprecisa, aparecía un momento en el salón para preguntar si todo iba bien. En su voz, ni una pizca de interés. Y no trataba de disimularlo. Al contrario: antes de que le contestaran soltaba alguna trivialidad sobre el tiempo (que no veía nunca), arreglaba los claveles que Clara (Clara-torpona) había puesto en los jarrones, y su vestido negro, adornado con puños y cuello blanco amarillento, desaparecía de nuevo en la penumbra del vestíbulo dejando la puerta abierta.

Llegó un momento en que el señor especialista ni se molestaba en contestarle, cerrando la puerta de una patada. Yo sospechaba que le habría gustado plantar el pie en el culo de mamá, pero, a pesar de su legendario anticlericalismo, sentía hacia el trasero de su sustento el mismo respeto supersticioso que hacia la eucaristía. Su furia se volvía entonces contra mí y la vara de palmera dibujaba peligrosos arabescos a mi alrededor. Yo miraba con recelo, sin mover una pestaña. El corazón aceleraba el ritmo de su bum, bum, como un reloj enloquecido. Pero hacía grandes esfuerzos para que no se me notara que el miedo, dando coletazos como un pez fuera del agua, me tenía acogotado. Lo conseguía y continuaba sumido en el mutismo. El silencio forja la fuerza de voluntad. Lo había leído en uno de los libros que compraba mamá. Y poner en práctica un topicazo como ése, me llenaba de orgullo.

Rugía, fuera de sí:

—¡Si suspendes el examen te arranco la piel a tiras! ¡Por muy duro de pelar que seas, te la arranco!

Pelado como una gamba. Así me veía yo. Pero mi señor profesor tendría que haber sido tan ladino como yo para descubrir mi estado de ánimo bajo

la angelical indiferencia de mi cara de rubito.

¿De qué serviría la vida sin las guerras?

Tal postulado, que no admitía discusión, no se le caía de la boca a don Pepe. Al no poder comprobar su validez en la nueva paz que se extendía como una epidemia por todo el país, intentaba demostrarlo sin tregua a mis expensas. Su ahínco belicoso en el salón de mamá, creado para que reinara la paz, estaba en continua contradicción con la voz que hablaba de paz en la radio de papá, voz que, por su parte, tampoco se concedía un minuto de silencio.

Al estar siempre metido en casa, desconocía la situación real del país y me parecía que esas dos presencias —don Pepe y la radio— eran más que suficientes para hacerme una idea. Esa casa, heredada por mamá, era una España en miniatura, heredada por los españoles. Todas las clases sociales, todas las tendencias políticas estaban representadas. Y, sobre todo, el silencio. Silencio enorme, opresivo, cultivado en la oscuridad como los champiñones, donde la palabra más sencilla se convertía en un peligro para la lengua. Silencio culpable, pájaro de mal agüero que le hacía sombra a toda la *piel de toro*.

A veces, cuando ella, mamá, olvidaba sus trivialidades y don Pepe la creía dispuesta a escuchar, éste le hablaba de las cárceles. Muchos amigos suyos, le decía, estaban encerrados. Desde hacía quince, veinte, veinticinco años. Desde que empezó la serenata ininterrumpida de paz y de victoria. Por no se sabe qué medios recibía noticias suyas. Tristes. (Oleadas de tristeza agitaban entonces su voz).

—Es tremendo pasarse toda la vida en la cárcel solo por haber perdido la guerra. Es injusto. Como si perder las ilusiones no bastara, también hay que perder la vida. Por lo visto, es la única manera de evitar que empiecen otra vez. ¿Sabe usted que hay niños que no han conocido a sus padres, no porque estén muertos, sino porque están encerrados de por vida? Usted y sus hijos han tenido mucha suerte, mi querida señora. Y también su marido, que está en casa.

Ella, mamá, no contestaba, pero miraba a don Pepe con una especie de sonrisa angustiada, unas de las pocas veces en que vi en su cara la sombra de un sentimiento que pareciera humano.

(Más tarde supe que la libertad de papá le había costado un dineral).

—El dinero hace milagros, señorito.

(Conclusión de Clara).

Por nada del mundo me hubiera ido del salón cuando don Pepe y mamá evocaban sus recuerdos de la guerra. Recuerdos adormilados por el silencio, pero más presentes que nunca en cuanto los sacaban a la luz. Una guerra que había ocurrido más de diez años antes de mi nacimiento, pero que suministraba los principales componentes de mi vida y de mi educación. Y gran parte de mis recuerdos.

Porque claro, aunque nada de aquello me atañía directamente, sentía que contaminaba mi vida para siempre. Tara hereditaria, transmitida por la sangre. Virus resistente por falta de antibióticos. Como los hongos.

Por la amargura de don Pepe, daba la impresión de que media España se pudría en la cárcel (cárceles auténticas repartidas por todo el territorio, dentro de esa enorme cárcel de silencio que era el propio país), y que la otra media, narcisista, se contemplaba en el espejo de su victoria y utilizaba la nueva paz para repeler en las tinieblas a los millones de vencidos. Himnos, banderas, misas solemnes, discursos gloriosos, inauguraciones oficiales, visitas de jefes de Estado… de todo ello hacía don Pepe un amargo inventario, que mantenía al día.

—Todos los que escupían injurias llamándolo dictador, vienen ahora a visitarlo. Pero él no se digna a poner un pie fuera de nuestras fronteras. ¿Se puede imaginar mayor triunfo? ¡Y duerme a pierna suelta! El asesinato en masa nunca produjo frutos más dulces y abundantes. Desde el momento en que se asfixia la libertad de un pueblo, todos los poderes oficiales del mundo se convierten en amigos, en aliados. Mi querida señora, deberíamos todos morir de amargura. Es el único deber con el que no hemos cumplido. Cuánto me gustaría verlo, a él, gobernando un cementerio. A lo mejor, muertos, teníamos más valor para sublevarnos. (Apuraba de un trago el vaso de vino). Pero mientras yo me emborracho, él se lo debe de pasar en grande.

¿Quién era, él? Pensé en preguntárselo a mi hermano o a Clara, pero me pareció que más me valía ignorarlo. Hablaban de una antigua herida, siempre abierta, y temía que, al arañarla con las uñas de mi curiosidad,

corriera un auténtico peligro de contagio. Quién sabe si mortal.

Aquel día, ella, mamá, lanzó al señor especialista una mirada tan profunda como imprevista, y sus ojos se llenaron de lágrimas. En tal espejo acuático creí ver la imagen descompuesta de Carlos, confundida con la imagen real de papá. Pero sólo duró un segundo, y mamá se secó las lágrimas antes de que rodaran por sus mejillas. Milagro. Ella, mamá, no podía permitirse debilidades. Su vida era tan sólo muerte, de modo que ¿para qué llorar?

Todo lo que iba aprendiendo me lo guardaba, avaro, para mí. Tan sólo al mirlo, posado, impasible, en una de las ramas del castaño de Indias, le recitaba mis lecciones y le contaba mis pensamientos; para que alguien viera que, en mi caso, nada caía en saco roto. Y cuando cesaban mis hazañas de papagayo, el mirlo silbaba, contento y movía la cabeza, aprobador. Nos llevábamos bien el mirlo y yo.

A veces se me ocurría hacerle una demostración a mi hermano Antonio, y me lanzaba en largas explicaciones sobre los beneficios de la colonización árabe en España. Mi hermano me escuchaba boquiabierto, sorprendido, y con cara falsamente asombrada.

—¡Hay que ver lo que sabes!

—No tengo nada más que hacer —le contestaba, intentando parecer abatido.

—¡Dentro de poco podrás enseñarme un montón de cosas, ya verás!

—^A lo mejor.

—¡Seguro!

—De todas formas, desde que estoy con don Pepe no me enseñas nada.

El asombro de su cara se hacía real.

—¿Qué quieres decir?

—Que me has abandonado.

Furioso, me tomaba en sus brazos y me tiraba en la cama. Intentaba asfixiarme con su peso.

—¡Vale, vale!

Suavizaba el apretón.

—Escúchame bien, tontorrón. El mundo entero se pudrirá en la mierda antes de que yo te abandone. ¿Entendido?

—Sí.

Su dulzura, fuerte y voraz, invadía entonces toda la cama. Incluyéndome a mí. Recuperaba la seguridad en mí mismo y, de nuevo, me invadía el sentimiento de que mi hermano y yo éramos un solo ser.

Una noche, al salir de la bañera, mi hermano vio un moratón en una de mis nalgas. Se le mudó el color.

—¿Y esto?

—No sé… Me debí golpear contra los peldaños de la escalera al deslizarme por el pasamanos.

Ni siquiera me escuchó.

—¿Quién te ha hecho esto?

Tal fue su conmoción que lo creí capaz de pensar que mamá me había pegado, y decidí decirle la verdad:

—Es que don Pepe tiene una vara de palmera, y como soy un burro… eso si lo sabes, ¿no?… pues él… él… me pegó un poco fuerte, ¡ya está!

Mi hermano Antonio se puso pálido, lívido. Yo nunca hubiera creído que algo tan anodino como el malhumor de un profesor provocara tal reacción.

—¡Se ha atrevido, el cabrón!

—No pasa nada, de verdad. Fue culpa mía.

Miraba el cardenal sin oírme. Quiso acariciarme la nalga con la mano pero finalmente el miedo lo detuvo, y ni siquiera llegó a rozarme la piel entumecida.

—¿Pero qué se ha creído ése? ¿Que estamos en la época de la esclavitud? ¡Ya le enseñaré yo!

Sentí que había que minimizar el asunto, pero la dureza de su cara, que nunca antes le había visto, me petrificó. En sus ojos brillaba un fulgor inquietante y, con los labios crispados y los dientes apretados, parecía un animal salvaje. Se le subía la sangre a la cabeza al ver el cardenal, infligido a mi nalga por la mano de otro. Porque yo no salía siempre ileso de nuestros retozos.

Un calor salvaje me quemó de pronto la carne, y me enorgullecí de haber provocado el moratón, gracias al cual se reveló la fuerte pasión de mi hermano. Pasión hacia mí. La piel se me volvió traslúcida, mostrando a

Antonio mi impúber fragilidad.

Él no dejaba de contemplar mi carne magullada.

—¡Cabrón, cabrón!

La crispación que se había apoderado de todo su ser lo convertía de pronto en hombre. Como si los músculos le fueran a estallar bajo la piel. Sólo tenía diecisiete años pero era ya casi tan alto y tan fuerte como papá. Yo, pequeño y endeble como mamá, me perdía, por las noches, en el arco acogedor que formaban su vientre y sus muslos.

Aquella noche, mi hermano estuvo tenso. El sueño no lo venció. Sus ojos permanecieron abiertos, como dos peligrosos agujeros, en la oscuridad del cuarto. Me acurruqué contra él, e intenté las más atrevidas mañas para excitarlo pero, sin infligirme la afrenta de un rechazo, su sexo permaneció flácido. Posé mis labios sobre los suyos con la audacia de un animalillo sediento, pero su lengua no reaccionó, árida como un pedregal. Me miraba fijamente a los ojos, pero sólo veía la forma monstruosa, multiplicada por mil, del pequeño hematoma azuloso.

Al final, algo decepcionado, le puse el brazo alrededor de mi cuello, me dormí, y, como siempre, mis rizos le cosquillearon la barbilla. En nuestro ritual nocturno siempre había sonrisas y forcejeos. Y, por supuesto, todo lo demás…

Ninguna pesadilla me enturbió el sueño. Dormí sobre una nube rosa, más seguro que nunca de que estaba definitivamente instalado en la vida de mi hermano Antonio.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, su mirada tenía la fijeza propia de una noche de insomnio. Unas profundas ojeras le marcaban los ojos, y tenía los dientes más apretados aún que unas horas antes. Su mano, crispada por la angustia pero tierna, se pegaba como un apósito a mi nalga, sobre el pequeño moratón que había provocado el drama.

Aquel día, antes de que terminara la clase, mi hermano Antonio irrumpió en el salón. Ni siquiera llamó antes de entrar.

Don Pepe y yo estábamos en pleno análisis de las guerras coloniales. (Me refiero a las nuestras, en América. Don Pepe tenía, como siempre, su opinión particular al respecto). Mi hermano Antonio buscó con la mirada la vara de palmera tallada a navaja, y comprendí que iba a ocurrir algo.

Mi hermano Antonio, muy tranquilo, cerró la puerta con llave y miró fijamente al señor especialista.

Don Pepe, por fin, recobró la voz:

—¿Quieres decirme algo, Antonio? ¿No sería mejor que habláramos a solas?

—Le voy a enseñar lo que más quiero en el mundo.

(La voz le temblaba, súbitamente preñada de cien años de experiencia, por lo menos. Una noche de insomnio da para mucho).

Me miró:

—Desnúdate.

Comprendí enseguida que no se trataba de una broma de dormitorio, sino de una orden y que, sobre todo, había que obedecer. Procedí despacio, empezando por la camisa de seda y terminando por los calzoncillos de algodón.

Mi hermano seguía hablando mientras me señalaba con el dedo.

—Un cuerpo, señor mío, si ha leído usted los Evangelios, es como un templo. Y este cuerpo en concreto, el de mi hermano, es mi templo personal. En él, desde que cumplí diez años, rezo todas mis oraciones… Ya me entiende.

Yo estaba completamente desnudo, pero nunca consideré necesario adoptar actitudes púdicas. Con la espalda bañada por la luz procedente de las puertas vidriera presenté mi metro cuarenta de delgadez apetitosa a aquellos dos tíos fortachones que me miraban. En mi familia, de temperamento tremendamente secreto, sentimos, a pesar de todo, la necesidad espontánea de realizar confesiones públicas. Mi hermano Antonio estaba haciendo la suya. Yo, con mi desnudez relajada, también hacía la mía.

—Ni siquiera a mis padres les permitiría ahora que le levantaran la mano. ¿No pensará que se lo voy a permitir a usted?

—Yo soy su profesor, no su…

—… hermano —completó Antonio con una voz tan seca como un latigazo—. Su hermano, soy yo.

Se miraron en silencio. No hacían falta más explicaciones. Mi hermano se acercó a mí, me hizo dar media vuelta y le enseñó el cardenal de la nalga.

—Esto lo ha hecho usted, y es un sacrilegio. Ahí va mi respuesta…

El puño de mi hermano golpeó a don Pepe en plena cara, que se cubrió instantáneamente de sangre. Cayó al suelo. Desde allí, oyó la última frase de mi hermano:

—Y la próxima vez, lo mato.

Auténtica gran escena en el campo del honor. La habría premeditado durante la noche, dándole forma esta mañana en el instituto. Me encantó cómo la puso en práctica. Nunca olvidaré aquellas palabras sin sentido pero que, dichas por mi hermano, tenían la virtud de llenarme de audacia. Y estoy seguro de que a don Pepe no se le ocurrió dudar de ellas. La fuerza de choque de mi hermano lo sorprendió tanto como a mí.

—Subamos.

Ni me vestí. En pelota viva llegué al vestíbulo, donde mi público me esperaba: Clara, sorprendida hasta el trapo que le envolvía la cabeza de criada. Mamá, con las manos llenas de algodón hidrófilo y un frasco de alcohol, tranquila como una enfermera de la Cruz Roja en medio de una batalla (me refiero a una película que vi varios años después). Y papá, en la puerta de su despacho, sin atreverse a cruzar la frontera que separaba su vida de la nuestra. (A tenor de su mirada crítica, debía pensar que, salvo el bigote y las canas de las sienes, su hijo Antonio era su vivo retrato).

Desnudo por la escalera, vi las miradas que se intercambiaban y que se cruzaban en el vestíbulo como líneas trazadas sobre un gráfico de temperatura.

Mi hermano Antonio dijo:

—Del niño, siempre me he ocupado yo. Y las cosas no van a cambiar ahora.

Ninguna duda al respecto. En la familia había una marcada inclinación por las situaciones melodramáticas. Nadie se salvaba. Y la edad de mi hermano añadía un punto de insolencia.

Antonio dijo dirigiéndose a mamá:

—Puede que el señor especialista en casos perdidos necesite una cura. Veo que estás preparada.

Tras lo cual, terminé de subir la escalera como una *vedette* a la que siguen los proyectores. Yo también quería dar mi espectáculo.

El ambiente estaba cargado de electricidad, pero no saltaron chispas. Las condiciones que debían provocar el gran cataclismo (si es que algún día se producía) no eran todavía las idóneas.

Una vez en nuestro cuarto, me tumbé en la cama. Durante unos segundos, me estiré como un gato, de brazos y piernas. Mi hermano Antonio no se hizo esperar. Me miró de ese modo tan especial que me tenía reservado, y ni siquiera pensó en cerrar la puerta como solía. Por el contrario, abrió de par en par la ventana que daba al jardín. Y empezó a desnudarse.

Mientras lo miraba, tan seguro de sus movimientos, comprendí de pronto que mi hermano había cruzado ya la barrera de la adolescencia y se había internado, sin problemas, en el vasto camino de la virilidad completa. Mantuvo en todo momento sus ojos clavados en los míos, y se dio placer, que siempre era el mío, sin hacerme saborear la experiencia suprema. Cuando le pregunté por qué, me contestó mordisqueándome la nariz:

—No te preocupes, todo llegará. Eres demasiado pequeño. No podría moderar mis fuerzas. Me preocupa hacerte daño.

—¿Lo haces con otros?

—^Antes me la corto.

—Te la cortaré yo, si me entero.

Mi hermano se echó a reír. La necesidad de silencio se había desvanecido. Y empezó de nuevo. Sus risas nerviosas y sus jadeos se mezclaron con los míos.

Eran las tres de la tarde, y el sol proveniente del jardín, gran espacio sin barreras, inundaba nuestro cuarto. Cálido sol que secó el sudor de nuestros cuerpos. Y el esperma de mi hermano.

Estoy casi seguro de que todos los habitantes de la casa fueron, al menos de oído, testigos de nuestras hazañas. Pero ninguna presencia vino a inmiscuirse. Tan sólo el mirlo, posado impávido en su rama favorita del castaño de Indias, se tomó la libertad de echar un vistazo.

Una hora después, dijo mi hermano:

—Ahora, ya podemos bajar a merendar. Seguramente lo haremos en familia.

Sus ojos demasiado azules parecían semáforos. Tan sólo llevábamos

puestas nuestras batas. De lujo. Regalo de mamá. La ocasión la pintan calva.

CAPÍTULO 9

No merendamos del todo en familia como preveía mi hermano, pero casi. A pesar de la conmoción, «papá no tiene más remedio que recibir a un cliente citado para esta tarde», dijo mamá. La entrevista debía ser sobre algún asunto serio, ya que duró más de dos horas.

Ella, mamá, había dispuesto su salón para la mayor comodidad de don Pepe, permitiéndole que ocupara, tumbado, la casi totalidad del sofá, y sólo había corrido los visillos de encaje por cuyos dibujos pasaba en filigrana la luz del jardín. El fondo de la habitación se mantenía en penumbra, único ambiente en el que mamá era capaz de conversar con un auditorio. Olía a alcohol y a yodo.

En el sofá estaba el señor especialista en casos perdidos, en su papel de Goliat que se hubiera librado de una buena tras su encuentro con David. Precisamente disertaba sobre este tema cuando Antonio y yo entramos en el salón. Como mi hermano había sido el primero en citar la Biblia, él retomó enseguida el tema y las pasaba canutas para que mamá lo siguiera en tan oscuro laberinto. Se trataba, por supuesto, de crear una imagen moral y, para mamá, el fortachón de mi hermano no podía, de ninguna manera, pasar por un David, salvo en el contexto de una *cierta* moral. La discusión era bizantina pero ambos se sentían como pez en el agua.

Al vernos, don Pepe detuvo en seco su cháchara. Desagradaba a la vista: tonel de grasa recién destripado, en mangas de camisa sucia y opaca, tirado en el sofá. En la cara, mamá le había puesto un apósito bastante chapucero,

que le cogía sin discriminación media nariz, medio labio y media oreja; pero como era ya casi la hora de merendar, había tenido la precaución de despejarle la boca.

Mi hermano Antonio, después de saludar como si volviera del instituto, no creyó necesario preguntar a mamá si podíamos sentarnos en su salón. Por su actitud, se deducía que para él la casa era de todos y no había que andarse con remilgos. Se limitó a preguntar, en plan cabeza de familia:

—¿Está lista la merienda, mamá?

—Sí, cariño —respondió enseguida la voz de mamá, no muy sorprendida—. ¿No os vestís?

Antonio:

—Hace calor. (Abrió las puertas vidriera de par en par, como acababa de hacer en nuestro cuarto). Dejemos que entre el aire y la luz. Los necesitamos. El día es espléndido.

(Sospeché que había un doble sentido en el comentario sobre la necesidad de aire y el esplendor del día, pero nadie dijo nada. O yo hilaba demasiado fino, o los demás eran demasiado torpes).

El olor a alcohol y a yodo que desprendía la cara magullada de don Pepe se disipó al instante, dando paso a un tibio perfume a jazmín.

Mamá tocó una campanilla de plata y Clara apareció, marioneta absurda, en la puerta del salón: debía aguardar en el vestíbulo, lista para intervenir. Personaje: criada para todo (Clara-nuestra).

—Clara, querida, traiga la merienda. Gruesas lonchas de jamón y ensalada de tomate para el señor profesor y para mi hijo. Chocolate clarito y magdalenas para el niño, que luego no cena. Té con limón para mí.

Y a don Pepe:

—Tengo mal cuerpo, debe ser por el calor. Cuando la primavera es tan bochornosa como hoy, se me desequilibra el metabolismo. Esta mezcolanza de perfumes… Nunca la he podido soportar. (Miradita de reojo a mi hermano, que se hace el sordo).

Antes de que Clara desapareciera, mi señor profesor consiguió decir:

—No se le olvide el vino, por favor.

Y a mamá:

—Al cuerpo hay que darle cada vez más calorcito, doña Matilde. Quiero

decir, a mi edad.

—¡Y a la mía!

Se sacó del bolso un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a mi hermano, que contestó:

—No, gracias, tengo los míos.

Despacio, como si estuviera acostumbrado, buscó con gesto mecánico el paquete de negro y el mechero en los bolsillos de la bata y, antes de encender el cigarrillo, le dio fuego a mamá. Los ojos de Don Pepe intentaban abrirse, sorprendidos.

Todo era tan imprevisto que ella, mamá, tuvo uno de esos encantadores gestos imprecisos para ofrecerme a mí también un cigarrillo. Pero, a pesar de la nueva revelación de mi hermano fumador experimentado, mantuve la calma y dije no con la cabeza. Los ojos del señor especialista casi se salían de las órbitas, y estoy seguro de que se le habrían caído al suelo si se me hubiera ocurrido aceptar.

Para mi hermano Antonio, el hecho de fumar, relajado, delante de mamá, expresaba su decisión de poner en tela de juicio, desde aquel instante, la autoridad paterna y el mundo irrisorio en el que nos habían encerrado a él y a mí. Sin ningún género de dudas, pretendía liberarse para siempre de aquella aberrante ley del silencio. Desde que, hacía una hora, había regresado sin previo aviso del instituto, su comportamiento denotaba una firme escalada en la rebeldía. Se acabó la sumisión. La libertad que había establecido en sus relaciones conmigo la extendía, ahora, a toda la casa, y quién sabe si no estaba teniendo ya análogas experiencias por ahí fuera. De pronto pensé que, en el instituto, debía ser el alumno más indisciplinado de todos, y se me hizo un nudo en la garganta al sentir que lo amaba aún más.

Pero dejé de elucubrar. El mundo exterior, que hasta ahora no conocía, no era mi terreno. Aunque consideraba que la vida en una casa no era más que el reflejo de la vida en el exterior, no quería angustiarme. Algún día, sin más remedio, tendría que cruzar la pesada puerta de madera para ir a ese otro mundo del que había atisbado la forma: iglesias, banderas, curas y tipos lamentables —o mejor dicho, que se han convertido en lamentables— como aquel que vino a ver a papá y a quien abrí la puerta. Tenía que

conservar mi virginidad mental para observarlo, en su momento, sin prejuicios.

La voz de mi hermano cortó en seco mis reflexiones:

—Claro que no, señor profesor, no se ponga la americana. Hace calor y estamos en familia.

Miré a don Pepe. Tras un instante de duda y con una sonrisa forzada, volvió a dejar la americana en un rincón del sofá.

—Tienes razón, hace calor.

—Siempre me ha parecido detestable la anarquía de nuestro clima —comentó mamá.

Quería decir que estábamos a finales de enero y ya se podía hablar de calor y de primavera. Los jazmines se habían puesto a florecer y a perfumar el aire.

—Parece que está usted mejor, ¿no? Sangra menos.

—Sí, estoy mejor. Debo reconocer que tienes un puño de acero.

—Es que practico un poco el boxeo. Me gusta mucho el deporte. Me relaja.

—¿Y estabas relajado cuando me pegaste hace un rato?

—Sí. Siempre intento hacerlo todo con tranquilidad.

—Su padre, de joven, era como él. Estas cosas de la herencia son increíbles —reconoció mamá, y su sonrisa avivó la luz del salón.

—¿Y él también pegaba fuerte? —preguntó don Pepe con amargura.

—Bueno, él iba derechito al grano. Sin remilgos. Pero ha cambiado con los años.

En la voz de mamá había como un aviso, como una condena inapelable. Hacia mi hermano. O a lo mejor hacia nosotros dos.

—Pero seamos justos. En lo referente a su marido, la culpa no la tienen los años, sino las circunstancias. Ya sabe usted que las circunstancias cambian a los hombres mucho más que los años.

—No será ése mi caso, se lo aseguro.

Mi hermano acababa de hablar, y creo que sin arrogancia. (Debo decir que mi opinión sobre él siempre ha sido parcial).

—Eres demasiado joven para opinar sobre eso. (Hete aquí al señor especialista resurgiendo de sus cenizas).

—Se equivoca usted, profesor. Es precisamente mi juventud la que me autoriza a opinar sin prejuicios, tanto sobre usted como sobre mis padres. Ustedes nos han construido un mundo deplorable, al que se aferran. El haber sido vencido por el tiempo y las circunstancias, no es una excusa. Mire a este muchacho, mi hermanito.

Tiene casi seis años menos que yo. Seguro que con usted no aprenderá a apreciar la libertad. Sin embargo, yo lo quiero libre. Por eso lo amo profundamente: porque lo quiero libre.

Sin mirar a nadie, y contemplando el humo de su cigarrillo, ella, mamá, preguntó:

—¿Y con tu *profundo* amor vas a darle la libertad? Mi hermano Antonio la miró y dijo:

—Sí.

Mamá me miró a mí:

—¿Estás seguro?

Mi hermano, de nuevo:

—Sí.

—No te lo pregunto a ti —le cortó mamá sin dejar de mirarme.

Sin bajar la vista, dije:

—Sí, estoy seguro.

Se estableció el silencio.

Mamá y mi hermano vomitaban humo sin parar. Por falta de costumbre, no se despegaban el cigarrillo de la boca. Se percibía, en su manera locomotora de fumar, cierto nerviosismo. Parecían dos deportistas júnior calentando músculos antes de iniciar las pruebas.

Sin embargo, y a pesar de las condiciones algo artificiales de esta merienda familiar, se acababa de declarar la guerra. Mi hermano, rebelde, preveía mi futura libertad: ni el silencio ni la amargura gobernarían mi mundo interior, aunque siguieran gobernando mi entorno y mi persona civil.

Aquella tarde me pareció que la voz de mi hermano había vencido a la voz de la radio, y que ésta ya no podría filtrarse en nuestras conciencias como hasta ahora.

En todo conflicto, la derrota del enemigo se inicia siempre en un momento preciso. Puede que pase inadvertido, pero ese *momento preciso*

actúa de un modo especial: abre las puertas de la mente liberando el torbellino de los pensamientos. A partir de ahí, la esclavitud deja de existir. La mirada se torna crítica, aunque siga estando sometida; ve desde otra perspectiva derechos y obligaciones y, cuando abandona un lugar, lo deja cubierto con una fina capa corrosiva que inicia el trabajo de destrucción. Ni credibilidad ni consentimiento íntimo. Sólo obediencia. Con eso no basta para que un sistema sobreviva. Pero sí basta para forzarlo a que dé los primeros pasos en el largo camino de su agonía.

Y en esa turbia agonía iba a iniciarse mi propia vida, la de la libertad de mi conciencia.

—¿Sabe que ingreso en octubre en la Escuela de ingeniería industrial?

La pregunta iba dirigida a don Pepe. El señor especialista lo miró, sorprendido, e hizo otra pregunta:

—¿No eres demasiado joven para unos estudios tan difíciles?

—Tengo que darme prisa. Quisiera terminar mis estudios antes de que se le acabe a mamá el dinero. Para algo tendrá que servirme, digo yo, el dinero de mamá.

Ella, mamá, tuvo un movimiento de estupor. Las palabras de mi hermano la habían afectado.

—Cariño, mi dinero es mío. En qué me lo gasto, es asunto mío, y sólo mío.

—Pero tú no has ganado ese dinero, mamá. Lo has heredado. Por lo tanto, es un asunto que nos concierne a todos. Además, el único provecho que puedo sacar es mi título de ingeniero.

—¿En qué rama?

Era otra vez don Pepe. Clara se retrasaba con la merienda y no quería que la situación se deteriorara más. En caso de disputa familiar se tendría que ir, por discreción. Dicho de otra manera, tendría que renunciar a los placeres de su panza. Y estaba dispuesto a lo que fuera para calmar los ánimos. Mi hermano sonrió con franqueza:

—Industrial, como acabo de decirle.

—Difícil, muy difícil.

—Lo sé. Ya tengo el programa.

—¿Y piensas que esa profesión tiene buen porvenir aquí?

—Todo puede tener buen porvenir aquí… El día en que la situación cambie.

—Nada va a cambiar.

—Claro. Ustedes, desde luego, no cambiarán nada de nada. Ni unos, ni otros. Quiero decir, ni los vencedores, que se han apropiado del país, ni los vencidos, que pagan los platos rotos. Se necesitan los unos a los otros para vivir. ¿Qué sería usted, sin esos verdugos que lo tienen apartado de la vida? Nada. Sencillamente nada. Porque ahora, es usted un vencido, o sea, pertenece a uno de los dos bandos que conforman el sistema. Y para el sistema, mi querido profesor, es usted tan necesario como los vencedores. Pero en todo esto, ¿cuál es nuestro lugar? Nosotros no hemos participado en *la gran destrucción*, nacimos después del *cataclismo*. Y no queremos ser las víctimas de la amargura de unos y del triunfo de otros.

—Espero que tengáis suficientes cojones… perdón, señora… (Recuerdo que pensé, profundamente asqueado: «¡Y viva España!». Toda exposición lógica de los hechos terminaba con palabras soeces. También pensé que no era precisamente cojones lo que le faltaba a mi hermano: podía incluso estimar su peso sin temor a equivocarme). El término no es muy elegante, pero conviene…

—No se preocupe, querido, sé de qué se trata.

—… suficientes cojones para darle la vuelta a la tortilla. Lo esperamos y lo tememos, tanto unos como otros, como tú dices.

—Es que ya no se trata de darle la vuelta. Se trata de hacer otra tortilla.

—¿Con qué? (En la voz de mamá creí descubrir una pizca de interés).

—Con nuevos ingredientes… de momento desconocidos.

La franqueza de mi hermano Antonio apaciguó los ánimos. Don Pepe y mamá comprendieron enseguida que la cosa iba para largo y que no tendrían que cambiar sus costumbres de la noche a la mañana. Me dieron pena. ¡Estaban tan a gusto instalados de por vida en su rutina moral! Mi hermano tenía razón. No se trataba de transformar aquellos elementos, sino de borrarlos.

Sin ninguna lástima esta vez, pero sin maldad, imaginé su entierro definitivo. Sin flores ni coronas. Sin adioses ni lágrimas. Pero sin alegría. Entierro que va carcomiendo lo cotidiano, sin futuro penoso. Y punto.

Ella, mamá, repuesta de su interés y puede que también de su miedo, preguntó:

—¿Es una carrera rentable?

—Hombre, actualmente…

—Pues tendrá que serlo.

Mi hermano miraba a mamá directamente a los ojos. Luego miró al señor especialista:

—Fíjese en mi hermanito. Sólo lleva puesta una bata, pero es de seda. Seda natural, muy cara, traída de Inglaterra. Y no directamente, sino a través de un intermediario, una *boutique* madrileña que le ha doblado el precio. ¿Verdad, mamá? Nada más que la hechura de esta bata, ya costó un dineral. Le hablo de la época en que mamá había encargado a su modisto que le diseñara un guardarropa completo para todas las edades de mi hermano. Es que mamá pensaba que mi hermano era un monstruo, ciego y puede que deforme, uno de esos monstruos a los que van paseando por ahí, como en el circo, pero en plan elegante. Y como un símbolo, por supuesto. Si no me equivoco, y creo que no, debía tratarse de la larga y ejemplar peregrinación de una madre, como consecuencia directa del desastre. Muy edificante. Tan célebre como uno de esos milagros que se esperan siempre y que no llegan nunca; lo que, para su desgracia, es su caso, señor profesor. ¡No el de mi hermano! (Miró de nuevo a los ojos de mamá). Mi carrera será rentable, aquí o en otra parte, sin más remedio. En cuanto se te acabe el dinero, me encargaré yo del niño. Él no será el resultado de tu vida. Nunca verás su desgracia, porque nunca será desgraciado. Lo prometo. (Dulcificó su voz casi hasta la ternura, como cuando se dirigía a mí). Mira, mamá, no te guardo rencor, y esto no lo hago contra ti. Pero vosotros dos, mi padre y tú, simbolizáis algo que considero muy grave. No quiero que mi hermano sea la víctima de tu fracaso, del fracaso de mi padre. Y, de todas formas, no os quiero ni a ti, ni a mi padre. Lo quiero a él.

—Pero yo sí que te quiero.

—Lo sé.

De nuevo, el silencio se instaló entre nosotros. Nadie parecía querer romperlo. Sin duda, todos aquellos propósitos eran materia de reflexión; elementos, si no nuevos, sí al fin expresados. El exceso de amor, como el

exceso de desamor, se formula en pocas palabras. Sin sutilezas.

En medio de aquel silencio tranquilo, distendido, que yo saboreaba por primera vez en mi vida —silencio que nace de modo natural, cuando todo se ha dicho— entró Clara en el salón empujando el carrito cargado con las exquisiteces de la merienda: gruesas lonchas de jamón serrano y ensalada de tomate sazonada con ajo, aceitunas negras partidas, aliñadas con hinojo, corazones de lechuga con aceite y vinagre, la tetera y la taza de porcelana china de mamá, mi chocolatera de plata y marfil y mi taza de loza, los vasos de cristal tallado, los cubiertos con nuestras iniciales, el azucarero, las botellas de vino cuidadosamente limpiadas por Clara-pulcra. Y, en homenaje a mamá, una rosa amarilla, solitaria, tan delicada que parecía hecha a mano por las monjas, rosa que bebía agua fresca en un cáliz antiguo.

Ella, mamá, echó una discreta ojeada a todo aquello, costumbre a la que nunca renunció, y dijo:

—Gracias, querida. Vuelva a sus quehaceres. Serviré yo misma.

Sin una palabra, sin un gesto, mi Clara-sencilla salió del salón. El silencio, para mí, se preñó de tristeza.

Ella, mamá, sirvió primero a don Pepe y por último, a mí. Sus amarillentas manos, suaves como conejos, perdieron de pronto su imprecisión para mostrarse elegantes y audaces. (Digo audaces porque se atrevieron a taparme los muslos hasta las rodillas con la seda resbaladiza de mi bata).

—Aunque haya que absolverte de todas tus faltas, ya que estás bajo la total protección de tu hermano, debes mantener las formas, pequeño. No lo olvides nunca.

Lo dijo con la lentitud y la dificultad de alguien que recitara un texto repugnante. No estoy seguro de haber comprendido, en aquel momento, todas sus palabras. Pero la intención saltaba a la vista. Y eso sí que lo pillé, estoy seguro.

Ostensiblemente, mientras le servía el vino a don Pepe, mi hermano Antonio abrió las piernas y, en un visto y no visto, descubrió su sexo, tan hermoso como un pastel de monja. Fingió darse cuenta demasiado tarde y, con falsa torpeza, se replegó la bata sobre las rodillas. Con esa sonrisa que

empalmaría a un castrado, dijo:

—Perdón. (Y luego:) ¿Un poco de vino, mamá?

Ella, mamá, palideció, y vi que su pecho se hundía bajo el peso físico de un recuerdo concreto; Carlos. Y adiviné en su mirada, durante un momento incendiada, que ella había vivido con papá todo lo que yo estaba viviendo con mi hermano. Su mano perdió la precisión y, loca de ansiedad, cesó su actividad en el carrito. Recayó torpemente sobre el muslo, se deshizo como la cera caliente, etc., manchando de esperma los finos zapatos de tafilete donde los pies de mamá escondían su belleza.

En cuanto vio el sexo de mi hermano, tan hermoso como el más hermoso fruto del árbol más hermoso del más hermoso de los veranos, el señor especialista dejó de comer con su avidez habitual. Las gruesas lonchas de jamón que, normalmente, se volatilizaban en su boca cual garbanzo en boca de perro hambriento, parecían atragantársele y se le hacían un nudo que don Pepe intentaba deshacer a base de vino.

Yo empecé a beberme el chocolate clarito. No quería que la sonrisa que me cosquilleaba por dentro me asomara a los labios. Hubiera sido de mala educación y, sin saber por qué, tampoco quería entristecer más a mamá. Pero no pude evitar hacerme una serie de preguntas. Algo no encajaba. ¿Algo relativo al sexo? ¿Por qué?

Se trataba sin duda de un elemento ajeno a la casa, como la voz que hablaba por la radio de papá. De un modo u otro don Pepe, mamá y mi hermano Antonio formaban parte de aquel mundo, lleno de componentes turbios y desconocidos, que yo llamaba «el exterior». Sentía que había algo entre ellos que se me escapaba, reacciones y gestos que conformaban un lenguaje en clave, un ritual del que me habían excluido. Era, por supuesto, una impresión. Pero también se trataba de algo muy físico. El sexo de mi hermano, descubierto adrede o por casualidad, había desencadenado una serie de reacciones imprevistas en esta merienda familiar. Acostumbrado desde muy niño a considerar mi sexo —y el de mi hermano— como algo normal en mi vida diaria, las reacciones de don Pepe y de mamá, expuestas sin tapujos ante mi curiosidad, me desconcertaban. Comprendía que, a partir de entonces, tendría que tener mucho cuidado para no manifestar ante los demás la misma libertad natural que tenía con mi hermano. Las palabras

de Antonio fueron para mí como una profesión de fe y me prometí reservar el templo de mi cuerpo para el único culto de su amor. Estaba seguro de que, en nuestra común religión, quedaban todavía ritos ignorados, ocultos, y me urgía que se consumaran ya. Pero, a pesar de mis deseos, sabía que mi hermano me desvelaría aquellos secretos en su momento. Y muy, muy despacio, como lo venía haciendo hasta ahora.

O sea, que el día en que pusiera los pies en el mundo exterior, tendría que ser prudente, no armar escándalo, y dar una serie de rodeos para sorprender al enemigo por retaguardia. Lo tenía claro; aunque las ocupaciones de don Pepe y de mamá no se parecían en nada a las de otras gentes, tenían en común con ellas, a tenor de sus insólitas reacciones, ese *miedo* no expresado aunque evidente. Comían, bebían, realizaban distintos gestos propios de cualquier actividad, pero *pensaban* en otra cosa. Algo les preocupaba.

Y ese algo era, qué duda cabe, el sexo de mi hermano.

—Creo que en septiembre este muchacho estará en condiciones de ingresar en el instituto.

Me sorprendió aquel voto de confianza por parte de mi señor profesor, y pensé que lo había dicho para detener la ola de silencio hostil que se abatía sobre nosotros. Pero ella, mamá, puso todo su encanto en la pequeña pregunta respuesta «¿ya?» y recobró toda su morbidez, como si la posibilidad de llevar la conversación por otros derroteros la hiciera tan voluble como una rama de eucalipto expuesta a la brisa marina.

Las lonchas de jamón, los tomates y el pan desaparecían de nuevo en las fauces de don Pepe a ritmo normal. Los pensamientos punitivos que durante un momento atormentaron la mente de mamá, se volatilizaban, espantados por el ruido de rueda de molino que hacían las mandíbulas del señor especialista. Ingería innumerables vasos de vino a toda velocidad. Se habría podido plantear el problema de la siguiente manera: si dos mandíbulas y una garganta humana mastican a la misma velocidad que las de un lobo estepario, calcula el peso neto de jamón y de pan, etc. etc., y las proporciones que puede alcanzar el vientre en el que se almacena todo aquello. Resultado: mi señor profesor.

Pero más valía que fuera así. Los ojos de mamá habían recobrado su

vivacidad y miraban con aprobación cómo una parte apreciable de su fortuna desaparecía en aquel pozo sin fondo. A lo mejor mamá, a la que le encantaban los cataclismos, pensaba en el retrete donde todo aquello iría a parar. Era perfectamente capaz. Y me deleitaba buscando en su semblante el menor signo revelador de algún tormento. Pero el semblante de mamá estaba hecho de materia incorruptible, comparable a la perfección del mármol. La erosión no se notaba. Y cualquier idea de descomposición le era ajena.

—Claro que habrá que darle algunas nociones de religión y tendrá que hacer la primera comunión. No se le puede matricular para el examen de ingreso sin esos papeles.

—¿Qué papeles?

Ella, mamá, hablaba como si acabara de caerse de un guindo.

—Los que certifican que está en regla con la Iglesia.

El señor especialista en casos perdidos, convertido en terrorista profesional, acababa de lanzar la bomba.

—¿Está bautizado, al menos? (Y le faltó añadir *este bicho tan raro*).

—No.

Y mi hermano;

—No se bautiza a un monstruo.

Su voz sonaba dura y crispada, y parecía dispuesto a pedir en el acto todo tipo de explicaciones.

—¿Quiere usted decir que habrá que llamar a un sacerdote?

—Sí. Pero les ruego que no coincida con mi horario. No quiero malos encuentros. Soy demasiado mayor.

Antonio:

—Normalmente los curas están muy atareados por la mañana, así que tendrá que venir a esta hora. Por lo que su merienda diaria corre el riesgo de evaporarse en el vacío. Pero mejor para usted. Así adelgazará. Retrasará la apoplejía. Y le quitará a mamá un peso de encima. No acostumbra a ir a los entierros de sus amigos. Y eso, a la larga, le afecta.

Ella, mamá, se echó a reír tan repentinamente como una tormenta de verano. Luego dijo con tonillo alegre:

—No se preocupe. Mi confesor, don Gonzalo, estará encantado de

hacerme ese favor. (Y, más despacio, como si saboreara un manjar:) Hace mucho tiempo que quiere abrirnos las puertas del cielo, a mí y a mi familia. Si no nos hemos preocupado antes de este niño, ni de nosotros en general, es porque estoy convencida de que las puertas del cielo, y hasta el propio cielo, nos están vedados para siempre.

Mi hermano Antonio asintió:

—Tienes razón.

—Lo sé.

Silencio. Ya no quedaba casi nada en el carrito. Despacio, dejé en él mi taza vacía.

—¿Cómo son los curas?

Tres pares de ojos me miraron fijamente.

A don Pepe le faltó tiempo para constatar el milagro:

—¡Increíble! Un niño español que no tiene ni idea de lo que es un cura. Señora, es usted una heroína. ¡Ha conseguido salvaguardar a este niño de la contaminación!

—Lo sé.

—Mira, guapo, un cura es como el peor pecado de la humanidad. Todo lo que es blanco en un ser humano, se convierte en negro como el carbón en un cura.

—Hable con más sencillez, querido.

Ella, mamá, se deleitaba.

—Un cura es un malhechor social disfrazado de cordero.

Ella, mamá, se reía.

—¡Pues no, señor profesor! Puede que en sus tiempos se disfrazaran de corderos. Hoy, ni siquiera se disfrazan.

—En eso te doy la razón, muchacho. En mis tiempos, mataban. Ahora, ya no pueden matar, pero amedrentan, delatan. Lo que viene a ser lo mismo.

—¡Gentuza!

—¡Chusma!

Ella, *mamá*, se reía, y su risa llenaba el salón con una alegría cristalina que reverberaba en los cuatro rincones de la habitación, rebotaba con gracia sobre las flores, los cuadros, en los objetos de decoración, en las cortinas y, llegando al jardín, se mezclaba con los silbidos del mirlo y el chorro de la

fuente.

De pronto, de su garganta, una voz antigua, atávica, se liberó de su cárcel de silencio gritando:

—¡Viva España!

Nos quedamos todos de piedra. Nadie se *movió*, nadie habló.

Luego, mi hermano Antonio preguntó:

—¿Qué España?

Y ella, mamá:

—La que ha muerto.

Sus cejas le dibujaban un arco de claridad lejana en la cara.

—Ya que estamos hablando sin tapujos, y como seguramente no tendré otra ocasión como ésta en la vida, quiero deciros que he amado a vuestro padre profundamente, cuando él representaba todo aquello que no debía morir: o sea, lo contrario de mí. Pero cuando todo murió y me quedé muerta en vida en un mundo que habían construido expresamente para mí y que yo rechazaba, también se murió mi amor. Y diré todavía más ya que considero que nada puede chocaros: durante toda mi vida he estado hasta el moño de lo conveniente y de las ideas convenientes, y él no fue capaz de arrasarlo todo para darme un mundo nuevo en el que me hubiera gustado que tuvierais vuestro sitio. (Miró fijamente a mi hermano Antonio:) Cuando te concebí a ti, ya sabía que el mundo en el que ibas a nacer era una tumba; pero mi cuerpo era virgen y me quedaba amor suficiente para intentar la aventura, y esperar el milagro. Aunque el milagro no se produjo. (Luego, me miró a mí, y creí que, al fin, iba a saber:) Para ti, ya no me quedaba amor, ni esperanza. No sólo el mundo en que te iba a meter era una tumba, sino también mi cuerpo. Sin remedio. Por eso quería que fueras un *monstruo*, como vosotros decís, y que yo llamo *cataclismo*. Ahora veo que no estaba equivocada. Puede que tengas la semilla de la anarquía que esperaba encontrar en ti. A lo mejor destruyes lo que más odio: el orden, que me ha comido viva. No eres mi hijo, eres yo misma. El amor que siento por ti no es fácil, ni para ti, ni para mí. Pero es mayor que cualquier amor conocido. Aunque no lo entiendas.

En aquel momento Clara entró en el salón, nos miró a todos con sus agudos ojillos, como puntas de alfiler, y puso sobre el carrito una cesta de

fruta. Mamá la miraba, y yo sabía que su mirada, rayo implacable, la atravesaba. Incluso cuando quitaba la mesa, las manos de Clara eran tan tranquilas como las aguas de un estanque. Ella, mamá, con el mismo impulso que el día de su confesión en el vestíbulo, las tocó con sus propias manos durante un segundo; contacto o caricia, no sabría decirlo. Clara salió inmediatamente después, sin buscar la mirada de mamá.

—Ella también amó a Carlos. Y también se decepcionó. Vivimos las dos la misma muerte. Con la diferencia de que su marido cayó en la guerra, y mantiene de él un recuerdo glorioso… si es que una fosa común lo permite. En cambio a mi marido, o a mi recuerdo, como queráis, lo venció la guerra. Me casé con él después, en plena paz, en plena derrota. En mi noche de bodas, la boca me sabía a arena y, a pesar del amor y de la esperanza, no me sentí poseída por un hombre, sino violada por un cadáver. ¡Qué asco de vida, en la que no da tiempo de amar a la gente antes de que muera…!

Don Pepe movió la cabeza. Borracho como estaba, ya no podía ni hablar. En el lujoso sofá de mamá, su cuerpo sin armonía, desparramado como un juego de naipes tras una partida, parecía una mancha de tinta en una bandeja de plata. Magnífica ilustración de lo que nos acababa de decir mamá. Estuve a punto de preguntarle si ella había tenido profesores como él. Pero un no sé qué, ajeno a mi carácter me impidió proferir semejante maldad. Sin embargo, algo aproveché, ya que estaba en plena etapa de aprendizaje. Ante todo, tenía que aprender a rechazar. No quería convertirme en una tierra fértil donde se siembran los fracasos de los demás. A cada uno su cruz, como decía Clara-no creyente. Si pensaban que con aquellas sesiones de terror iban a endosarme todas sus miserias, iban listos. ¡Os podéis meter vuestra vida por donde os quepa, partida de vejestorios! No es asunto mío. Así que no quiero ser la víctima.

O sea, que adopté la reacción de mi hermano.

CAPÍTULO 10

Aquella noche —y me detengo en aquel día de merienda familiar porque fue muy revelador— mi hermano Antonio y yo empezamos a pensar en nuestra situación familiar y en la vida. No lo hicimos cada uno por nuestra cuenta, indicio de una indiscutible propensión a la angustia, sino juntos, espiritual y físicamente juntos. Se esperaba de nosotros un comportamiento opuesto al nuestro natural, pero nos tranquilizamos mutuamente con palabras y gestos, llegando a la conclusión de que debíamos parecer más formales, hacer ante los demás cuantas menos locuras mejor, mantener el secreto de nuestra vida en el círculo cerrado con llave de la intimidad de nuestro cuarto, y hablar de ello solo entre nosotros.

—Entonces, ¿lo nuestro es para siempre?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque eres mayor que yo. Debes saberlo.

—Sí, para siempre.

Estábamos uno frente al otro, sentados en la cama, sin tocarnos, pero nuestras manos, nuestros ojos se buscaron instintivamente.

—Pero me asustas.

Aquello me sorprendió.

—¿Te asusto?

—Sí, eres demasiado joven y atolondrado. No tienes sentido de la medida. Serías capaz de salir desnudo a la calle e ir contando lo que hacemos tú y yo.

—¡Pero si yo no dije nada! Me pediste tú que me desnudara delante del profesor.

—¿Ves? No hiciste el menor gesto para…

—¡Pensé que era eso lo que querías!

—¡Y lo quería! Pero cuando te vi desnudo delante de ese mojón de mierda, me volví loco de rabia.

—¿Y por eso le pegaste? Creí que lo hiciste porque me querías.

Retiré mi mano de la suya y miré hacia otro lado.

—¿Estás celoso?

—¡Celoso lo estarás tú! Yo estoy decepcionado.

Mi hermano cayó sobre mí como una tromba de agua caliente, me sumergió con su fuerza y sus mordiscos. Unos minutos más tarde, todo volvía a la normalidad.

A finales de semana, Clara, conmocionada, entró en nuestro cuarto. Yo estaba debatiéndome con furia contra los misterios de la regla de tres. ¿Por qué tenía que haber siempre una x en la vida? ¡Qué rollo! Ya habían desintegrado el átomo y probado su eficacia en Hiroshima, pero seguían dándome el coñazo con esta x de las narices, que seguramente también torturó la infancia de mi abuelo. ¿Y si la resolvieran de una puta vez y pasáramos a otra cosa?

—Señorito, su madre le ruega que baje al salón.

¡Qué educada, Clara-tonta!

—¿Para qué? ¿No sabe que estoy estudiando?

Clara se azaró.

—¡Bueno, ya está bien! ¡Hay un cura abajo!

—¿Un cura? ¿Dónde?

—En el salón, con tu madre.

—¡Mierda!

—¡Lo que faltaba! Ni estamos en Semana Santa ni en Todos los Santos. ¡Mira que si se nos va a volver beata, a estas alturas!

—¡Qué va! Ha venido por mí.

—¿Por ti? ¿Te pasa algo, cariño? ¿Tienes pesadillas?

—Voy a hacer la primera comunión.

—¡Válgame Dios! ¡No se libra nadie!

Salí de mi cuarto y la dejé allí, sentada en la cómoda, atónita. Pero antes de que yo llegara a los primeros peldaños, me llamó sin levantar la voz. Esperé a que me alcanzara.

—Oye, cariño, tú sabes que Dios no existe, ¿verdad?

—Lo sé.

La cara se le iluminó con todo el sol de su sonrisa.

—Entonces, ve. Ya me quedo tranquila. (Clara-santa).

Desde el vestíbulo se notaba que algo había cambiado en el ambiente de la casa. No podía decir si era un olor desconocido, o malas vibraciones. Entré en el salón y me encontré a mamá y al cura, sentados frente a frente.

Me miraron sin moverse. Me puse a contraluz para que, ni en la penumbra habitual en la que mamá se descomponía, pudieran escudriñarme la cara. Pero vi los ojos de lince del cura y no quise arriesgarme demasiado aquel primer día de guerra santa.

Ella, mamá, dijo:

—Cariño, aprovechando una visita inesperada de mi confesor, quiero que lo conozcas. Sabe que tu enfermedad te ha impedido, hasta ahora, recibir una educación religiosa apropiada. Pero ya que no hay nada que temer en cuanto a tu salud y como en septiembre debes hacer el examen de ingreso en el instituto, considero que es el momento de pensar en ello. Te presento a don Gonzalo.

—Hola, señor.

—Hola, hijo mío.

—A partir de ahora tendrás que llamarlo *padre*. Siento mucho no haberte educado como es debido, y a usted, padre, le pido disculpas por el tratamiento que acaba de recibir por parte de mi hijo. Pero en todo lo concerniente al mundo exterior a la casa, es todavía un niño. Como ya le he expresado en mis confesiones, su enfermedad fue la causa de este retraso, injustificable de otro modo. Ya sabe usted, padre, que ni la yerba crece en condiciones cuando la tierra está enferma.

Vaya descubrimiento; según las palabras de mamá, que parecían salir directamente de su negro breviario, para la Iglesia yo era un enfermo crónico. Fue tal mi sorpresa que debí poner los ojos en blanco, lo que contribuyó a la puesta en escena que mamá había preparado. En contadas

ocasiones sentí admiración por mamá, pero aquel día casi se convirtió en mi heroína. ¡Qué caradura! Ni una sombra manchaba su rostro tranquilo y respetuoso, y la humilde autoridad de su voz expresaba abiertamente los favores que ella, representante de una clase social más poderosa que el propio poder, esperaba de la Iglesia. Todo estaba sobreentendido. Don Gonzalo movió la cabeza y se creyó en la obligación de decir:

—Nunca es tarde para recuperar a las ovejas descarriadas.

Ella, mamá, rectificó, seca:

—Mi hijo no es una oveja descarriada. Está sencillamente fuera del rebaño.

—Me hago cargo, hija mía.

—Así lo espero, padre. En este momento, mi hijo necesita integrarse en el mundo. Sólo hago lo que considero mi obligación de madre. Lo pongo en sus manos. Estoy segura de que no me equivoco. Usted, padre, sabrá mostrarle la imagen más conveniente para él de nuestra santa madre Iglesia.

Aquellas palabras no iban dirigidas al *padre*, sino a mí. Me miraba intensamente, como si quisiera transmitirme su auténtico significado.

—¿Quiere usted preguntarle algo?

Don Gonzalo, cazador avezado, pilló la ocasión al vuelo:

—^Aunque hayas crecido fuera del seno de nuestra madre Iglesia, supongo que crees en Dios, ¿no es así, hijo mío?

Yo tenía preparada la respuesta:

—Ciegamente, padre.

Miré a mamá. Una sonrisa, como una flor de espuma, le iluminó el semblante tranquilo, inmutable. Entreví entonces el significado de lo que, unos días antes, ella había llamado su amor *profundo* y *difícil* hacia mí. La deuda estaba saldada. Ni ella ni yo tendríamos que soportar su peso en nuestras conciencias.

—Desde mañana mismo, don Gonzalo vendrá a casa tres veces por semana, de nueve a diez. Ahora puedes irte. Tienes que hacer los deberes.

Había tanto formalismo en la situación que no pude remediar inclinar la cabeza para despedirme. Y me dirigí hacia la puerta.

—Espera.

Di media vuelta, pensando que sólo faltaba una marcha militar.

—A un sacerdote, hijo mío, siempre se le besa la mano. Es como un homenaje, un símbolo de respeto, que todos debemos a los representantes de la Iglesia.

Me acerqué a don Gonzalo y le besé la mano. Un desagradable sabor a cera se me quedó en los labios y el olor de su persona estuvo a punto de revolverme el estómago. Salí. Una vez en el vestíbulo, escupí, asqueado, en la piel de cordero carnívoro, capricho de mamá.

Clara me esperaba. Me cogió de la mano y me llevó a la cocina.

—¡Siempre quieren que les besen la mano, los muy cabrones!

Con un trapo empapado en vinagre me frotó los labios hasta arrancarme la piel.

—¡Así! Ya ves cómo se remedia esto. El vinagre evita la contaminación. ¿Estás mejor?

—Sí.

—Pero ¿qué le pasa a tu madre?

—Tengo que ingresar en el instituto en septiembre.

—¡Ah, claro! (Luego:) Lo vas a pasar mal, ¿sabes?

—¡Ya!

—¿Y cuándo empieza?

—Mañana por la mañana, a las nueve.

—Esta noche me dará instrucciones, seguro. Pero no te apures, tesoro. Durante la República, sabes, estuvieron a punto de acabar con todos estos curatos. Desgraciadamente, les faltó tiempo.

—No te preocupes. Puede que se instaure otra vez. Y entonces, a lo mejor consiguen rematar la faena…

Se quedó pensativa.

—Me ha preguntado si creía en Dios.

Clara me miró, alarmada:

—¿Y qué le has contestado?

—*Ciegamente*, padre.

La risa de Clara llenó durante un rato la cocina, y el mirlo le contestó inmediatamente desde el jardín. Un minuto de fiesta.

Llorando de alegría, Clara no dejaba de repetir:

—¡Qué listo eres, cariño, qué listo eres!

Envuelto en olor a vinagre, salí de la cocina y llegué a mi cuarto, donde me esperaba Pitágoras. Cerré la ventana para no oír la llamada de mi amigo el mirlo, totalmente despierto de su sueñito matutino. Con Pitágoras, se impone la soledad. Sobre todo si uno no siente hacia él un amor desmedido.

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, antes del desayuno, Clara apareció en nuestro cuarto con su semblante más solemne. Como si se hubiera producido un súbito fallecimiento en la familia y fuera la encargada de comunicárnoslo. Mientras descorría las cortinas ordenó:

—¡Arriba!

Mi hermano Antonio miró el reloj y preguntó:

—¿Pero qué coño pasa? Son las cinco de la mañana.

—Cierto. Vuestra señora madre ya está vestida y os espera abajo, *acompañada*.

—¿Pero qué coño pasa, me lo quieres decir? —repitió mi hermano, cuya agudeza mental se despertaba más tarde.

—¡Y yo qué sé! Nadie me dice nada de lo que ocurre en esta condenada casa.

Y a mí:

—Ya tienes el baño preparado. Voy a dártelo.

Mi hermano, arisco:

—¿Pero qué dices? Nos bañamos anoche, como siempre. ¿Por quién nos tomas?

—Por Monseñor obispo de la ciudad y su diácono. ¡No te digo!

—Mira, Clara, no quiero enfadarme contigo, pero…

—¿Me quieres dejar en paz, sí o no? ¡He dicho que hay que levantarse, y punto!

—¡Pues yo no me muevo de la cama porque tú lo digas!

—¡Intenta quedarte, y verás lo que es bueno!

Aquello se podía eternizar. Siempre pasaba lo mismo. Así que pregunté:

—¿Y a santo de qué ese baño matutino?

—Tu madre me dijo anoche: «Me los despierta a las cinco de la mañana, querida. Que se bañe y me lo trae al salón, puro como un ángel. Todo tiene que terminar antes de la misa del alba».

—Rollos de iglesia, cariño —acabó por comprender mi hermano, y se

echó a reír.

Luego, con los ojos llenos de malicia, mientras miraba cómo me enjabonaba Clara en la bañera, Antonio preguntó:

—¿Y a qué viene eso de la pureza? ¿Lo sabes?

—Puro como un ángel —replicó Clara sin perder los nervios ni su ritmo de trabajo— quiere decir sin pecado, según el libro de meditación de vuestra señora madre.

Cuando Clara hablaba así, los dos sabíamos que estaba enfadada. Pero mi hermano Antonio no soltaba presa:

—¡Parece que estás inquieta!

—Parece.

En ese momento me frotó un poquito más fuerte.

—¿Y cuáles son esos pecados que hay que lavarle a mi hermano, según tú?

Clara interrumpió su trabajo:

—Mira, guapo, no digas *mi hermano* como si fuera de tu propiedad. (Retomó su tarea manejando con furia el jabón y la esponja). Y además, si no sabes a qué pecados se refiere tu señora madre, cállate y ve a lavarte. El que me busca, me encuentra.

—Vale, vale.

Mi hermano salió del cuarto de baño y volvió con toda su ropa en el brazo. Se quitó la bata, y, en pelota viva, se puso a cepillarse el pelo negro y rizado. Clara lo miró sin remilgos de arriba abajo.

—¿Te molesta que me vista aquí?

Clara no contestó. Dijo:

—Me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—A Carlos.

Un suspiro. Agucé el oído.

—Cuando mi marido y él eran muchachos, yo me escondía tras las zarzas para verlos bañarse en el río. En cueros. El día de mi muerte me gustaría que esa imagen fuera la última que me lleve.

—Será tu última imagen, si así lo deseas.

Eché a mi hermano una mirada de angustia, como de advertencia. ¡A

veces, no tenía ningún tacto, el cacho bruto! Yo sentía que había que tomarse más en serio el corazón de mi pobre Clara-descorazonada. Su vida, silenciosa y profunda como un pozo, se iluminaba a veces con algunas cosillas del pasado. Clara hablaba de ellas muy brevemente, pero lo justo para hacernos sentir su dolor. Por eso la quería tanto, a mi Clara-nadie.

Tras el baño, tan perfumado como la albahaca en las noches estivales, me puse, con la ayuda de Clara, el último traje que mamá me había comprado, de *shantung* celeste, y camisa, calcetines y zapatos blancos. En el espejo vi la mirada de mi hermano clavada en mí. Los ojos de Antonio brillaban con la misma glotonería que los de un niño obeso ante el escaparate de una pastelería. Tuvo que ponerse a toda prisa el calzoncillo y el pantalón, porque empezaba a empalmarse. Se ruborizó y me guiñó un ojo en el espejo. La boca se me llenó de saliva, y deseé que aquel día fuera más corto que los demás. Por otra parte, descubrí ese punto *voyeur* que no le conocía a mi hermano Antonio.

Bajamos al vestíbulo y Clara dijo:

—Entrad. Os esperan.

—¿Tú no?

—¡A mí no se me ha perdido nada en esta farsa!

Y desapareció, furiosa, en la cocina.

En el vestíbulo, mi hermano me tomó en sus brazos y su boca buscó mi oreja. Un cuchicheo:

—No te tomes muy en serio lo que va a ocurrir ahí dentro. ¿Me lo prometes?

Antes de que pudiera tranquilizarlo con un sí convencido, mis labios se abrían ya en su boca y su lengua encontraba la mía. Nos quedamos así unos instantes, y sentí que nuestros cuerpos se rebelaban contra la ropa. Conscientes del peligro —tres puertas desde las que nos podían sorprender— habíamos saboreado el momento con un frenesí desconocido. Yo temblaba y mi hermano me abrazaba con fuerza. Al final, me separó bruscamente de él y dijo:

—Sólo tú y yo somos la verdad. Lo demás es una farsa. ¿Entendido?

—Sí.

—Vamos. Quiero saber de qué va esto.

—Tengo miedo. —¿Miedo? Estoy contigo.

—No quiero que me toque.

—Tranquilo. Estoy en plena forma esta mañana.

Mi hermano Antonio me puso su mano, grande y fuerte, sobre la nuca y, con cara de circunstancias, entramos en el salón.

De pronto, tuve la impresión de cruzar un espacio imprevisto y encontrarme en una capilla. Las cortinas estaban corridas y, a través de su grosor, no se podía sospechar la existencia del jardín ni la de la calle, ya que las ventanas que daban a ella estaban condenadas, desde siempre, por un enorme tapiz medieval. Había velas nuevas en los candelabros de plata y, al estar todas encendidas, envolvían el ambiente, los muebles y los objetos del salón en una nube de polvo fosforescente. En el picú, mamá había puesto, muy bajito, una de sus viejas cantinelas de Chopin que, según ella, devolvía al alma, más que cualquier otra cosa, la paz perdida que tanto necesitaba. *Una jovencita, querida…*

Estaba muy tiesa, al lado del piano, con un vestido negro de lunares blancos muy espaciados, pendientes, collar y pulsera de perlas, y la cabeza orgullosamente adornada con una mantilla blanca, de blonda. Con la cara extasiada, como la de los ángeles de mármol que hay sobre las tumbas, estaba tan guapa como absurda. Durante un instante estuve a punto de quererla. Miré a mi hermano y leí en sus ojos una mezcla de admiración y de sorpresa. Me entraron unos celos tremendos y, para mantener el tipo y no largarme a toda velocidad, me dije que a lo mejor pensaba ir así a Lourdes, conmigo en el papel de monstruo. Puede que no hubiera atraído hacia sí el milagro, pero seguro que no habría pasado desapercibida.

Plantó en mí su mirada transfigurada y consiguió atravesar la fría pantalla de mis ojos para leer mis pensamientos. Tuvo una de esas sonrisas en las que no participan los labios, que le iluminó la cara como si se hubiera encendido de pronto una antorcha de fuego dentro de su cabeza, calavera fantástica de Todos los Santos. Me dio la impresión de que sentía un placer malévolo enseñándome el espectáculo que yo había malogrado, al abrir los ojos a los dieciséis días de mi nacimiento.

Un poco más allá, don Gonzalo, de pie, tan tieso como mamá, con un alba blanca que le cubría la sotana negra, con un libro de rezos en la mano

izquierda, la sal y los santos óleos sobre un pequeño velador, a tiro de su mano derecha. Y, cuidadosamente doblada, la blanca estola de las ceremonias felices, con los ribetes y la cruz en pasamanería dorada que brillaba a la luz de las velas.

Parecía aún más alto y delgado con aquella vestimenta. De sus estrechos hombros surgía una cabeza de pájaro de mal agüero, con la barbilla, menos prominente que la nuez, perdiéndose en el cuello; labios delgados y mejillas enjutas, azulosas por la barba; ojos de fuego y cejas huidizas hacia las sienes. El demonio travestido.

—Acércate, hijo mío.

En su voz, el tono tranquilizador de un comediante de tres al cuarto que inicia el monólogo. Supuse que se dirigía a mí y, sin mirar a nadie, me acerqué. Cuidándome, eso sí, de mantener una distancia prudencial entre él y yo; así, me hallaba en el mismísimo centro del extraño triángulo formado por mi hermano, mamá y el cura. Si, por casualidad, yo hubiera explotado, todos ellos habrían desaparecido conmigo. Bonito símbolo. Digno de estudio.

Sin aclararse la garganta, hazaña que me sorprendió muchísimo, el señor cura empezó su discurso:

—Hijo mío, durante mucho tiempo te has mantenido apartado de nuestra madre Iglesia. Demasiado tiempo, a mi juicio. Pero la culpa ya ha sido confesada, la pecadora se ha arrepentido, y el pecado ha sido perdonado. Sólo nos queda, hoy, devolver al rebaño el cordero perdido.

—Lo que el padre quiere decir es que vamos a proceder a la ceremonia de tu bautizo —explicó mamá, seca, a quien no le había gustado nada que le aplicaran el epíteto inaceptable de *pecadora arrepentida*.

No cabía duda de que su tono autoritario, perfectamente burgués, lo llevaba inscrito en los genes desde hacía siglos, desde la época en que los suyos reinaban sobre los eclesiásticos. En su voz, la seguridad que otorga un árbol genealógico cargado de obispos, de padres dominicos y de madres superioras de convento. Y en caso de necesidad, mamá se sacaba de su abundante memoria, cual prestidigitador de la manga, una santa poetisa bastante trastornada, que disfrutaba poniéndole a Dios un buen par de banderillas.

Don Gonzalo no tuvo más remedio que tragarse su veneno y retomó el discurso en tono más comedido pero sin bajar la guardia;

—Hijo mío, es muy probable que, por desconocimiento, no logres comprender el sentido del bautismo. No se trata de un acto banal, primero de una serie de ritos, sino de una puerta que se abre, la única puerta por la que se puede entrar en el mismísimo corazón de la Iglesia. Mientras esa puerta esté cerrada, aunque estemos seguros de que somos hijos de Dios, no pertenecemos a su familia. Y corremos el riesgo de vivir siempre en la zona imprecisa de su indiferencia, o incluso de su Desamor. Motivo por el cual hay que ponerse en regla con Él. A lo largo de tu vida, encontrarás personas que te dirán que Dios es amor, por lo que no es necesario estar en regla con Él para que nos perdone. Pero Él también es odio. De otro modo sería imperfecto, y la imperfección no forma parte de su naturaleza. Por eso, desde hoy, me veo en la obligación de darte un consejo práctico: si algún día dudas entre buscar su amor o evitar su odio, evita su odio. Y para ello, mantente en el seno de la Iglesia; es la única manera eficaz de conseguirlo. Añadiré al respecto que el amor de Dios es gratuito, pero su odio sale caro.

Aunque el Dios del que me hablaba don Gonzalo se parecía a una persona cualquiera (para presentarme a un ser tan decididamente vulgar no hacía falta tanta parafernalia), mis entusiasmados aplausos llenaron el salón. Tres pares de ojos se clavaron en mí. Mi hermano Antonio, sorprendidísimo, tenía la boca abierta, y no sabía si echarse a reír o dejar que le entraran las moscas.

Ella, mamá, tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma, pero se asomaba una risa contenida a sus ojos entreabiertos.

En cuanto a don Gonzalo, ni siquiera pensó en poner cara de escandalizado; su rabia podía con las conveniencias.

—Perdone, padre. Sus palabras me han conmovido tanto que en lugar de escuchar humildemente, como era mi intención, me he dejado llevar por el entusiasmo.

(En ese punto me dije que estaba llevando la hipocresía demasiado lejos).

La expresión del cura cambió radicalmente. No podía suavizar las irregularidades de su cara, pero al menos sonrió;

—Me hago cargo, hijo mío; estás sediento de la santa palabra.

Su mirada, llena de reproches, se posó sobre mamá que dio una patada en la alfombra, impaciente;

—Aligere, padre. Temo que no termine usted a tiempo para celebrar la misa del alba.

—Hay tiempo, hija mía.

—No quiero que nuestras necesidades prevalezcan sobre sus obligaciones. Para mí, todavía quedan cosas sagradas, padre.

—Para mí también, hija mía. Cuando la presencia de Dios es más necesaria fuera del templo que dentro de él, sus ministros no deben dudar. No es negligencia, sino *evangelización*.

—Se evangeliza a un salvaje, no a mi hijo. Yo formo parte de la Iglesia. A mi hijo, se le bautiza.

—Tienes razón, hija mía. Hagamos nuestro deber con humildad.

—Mi hijo mayor está totalmente de acuerdo en ser el padrino. Incluso diría que está encantado. A menudo ha expresado su deseo de proteger a este niño cuando tenga que salir al mundo, y quiero darle una obligación ineludible, una carga relacionada con un contrato social, más fuerte que el amor *familiar*.

Pronunció esta última palabra con un silbido de serpiente. Noté una alusión velada a su famoso *olor a azufre*, que, por cierto, ya no empleaba desde hacía mucho tiempo.

Mi hermano preguntó, muy serio:

—¿Debo cogerlo en brazos?

En el mismo tono ella, mamá, contestó:

—Pesa demasiado.

—Pero estoy en una forma espléndida. Esta mañana no he gastado energía.

Mamá y el señor cura lo miraron fija y duramente. Don Gonzalo empezó:

—No es momento, hijo mío…

—Quiero decir, padre, que no he hecho mis ejercicios de gimnasia.

(Sospeché que, en sus confesiones, mamá había dejado caer algo sobre nuestras relaciones).

—Puedes cogerlo si quieres. Hagamos las cosas en regla.

En la mirada ardiente del cura se leían sus ganas de exorcizarnos a todos a golpe de crucifijo. Mi hermano me tomó en sus brazos y me presentó, como un recién nacido, al sacerdote. Con las piernas abiertas para aguantar sin desfallecer, me sujetaba la espalda con el brazo izquierdo, y torció hábilmente el derecho, sobre el que reposaban mis muslos, para pegar la palma de su mano abierta sobre mis nalgas.

Don Gonzalo, a regañadientes, pronunció las palabras sagradas; me puso, para consagrarme como hijo de Dios, el nombre del santo del día, y mamá le susurró mi nombre para consagrarme como hijo suyo. Instruyó a mi hermano sobre sus obligaciones de buen cristiano y de buen padrino; dirigió a mamá algunas palabras con doble sentido sobre la obligación de los padres verdaderamente católicos de no separar a sus hijos del seno de nuestra santa madre Iglesia; luego, me administró con solemnidad la sal y los santos óleos (recibiendo yo así, a la vez, bautismo y confirmación) y dibujó sobre mi frente la señal de la cruz con su pulgar de fuego.

Mientras realizaba aquellos ritos, mi hermano Antonio me acariciaba suavemente las nalgas y, con uno de sus dedos, buscaba con aplicación mi agujero más secreto. Me sentía invadido por el fuego del placer y creo que algo parecido al éxtasis me bañó la cara, ya que el señor cura dijo:

—Veo, hijo mío, que empiezas a creer en Dios. Te conviertes en Su criatura.

Mi hermano Antonio introdujo con más fuerza su dedo y murmuré un sí casi desmayado, que hizo feliz a todo el mundo, cada uno a su modo. Luego mi hermano me dejó en el suelo. Durante unos segundos permanecí sin fuerzas, apoyado contra él, sintiendo todas las palpitaciones de su cuerpo. Me parecía que acabábamos de realizar un acto heroico, uno de los primeros pasos hacia la subversión, sin que nadie nos pudiera señalar con el dedo. Algo más valiente y dulce que los solitarios abrazos en nuestro cuarto, y el sudor frío que inundaba mi frente se podía interpretar de mil maneras: pero sólo mi hermano y yo sabíamos la auténtica razón.

—Ya eres cristiano, hijo mío. Desde mañana empezaremos a hacer de ti un buen católico, única posibilidad de salvación en este mundo.

La voz de don Gonzalo había adquirido un tono algo amenazante. Como

diciendo: o lo tomas o lo dejas. O mejor aún: eso es lo que hay.

Ella, mamá, debía estar ya cansada de ceremonia. Se quitó de la cabeza el fantástico jardín de flores de encaje blanco que formaba su mantilla, y su voz, de pronto imprecisa, como cera caliente, etc.:

—Dejemos pues lo demás para mañana. Este niño necesita desayunar. Tiene la frente empapada en sudor. Ha dormido poco y tiene el estómago vacío. ¿Está usted seguro, padre, de no haberle dado demasiada sal?

Sin esperar respuesta, su mano —paloma que ignora dónde la llevará su vuelo enloquecido— se posó sobre la campanilla de plata. El inesperado tilín-tilín provocó en el salón uno de esos cataclismos que tanto le gustaban; las llamas de las velas perdieron de pronto su inmovilidad obsesiva, y una ola de sombras apenas perceptibles cruzó la habitación.

Esta vez, Clara se hizo esperar un interminable minuto. Cuando entró por fin en el salón, sólo miró a mamá. Su mirada era dura y precisa.

—¿Desea algo, señora?

—Sí, querida, sirva el desayuno.

Y al señor cura:

—Tenemos chocolate espeso y leche fría. Y, naturalmente, pasteles. Clara hace maravillas… aunque no sea religiosa. ¿Nos acompaña usted?

—¡Hija mía, debo comulgar mientras celebro la misa!

—Perdone, *querido*, había olvidado esa práctica. ¡Hace tantos años que no frecuento el mundo!

Le besó la mano, nosotros hicimos lo propio, y don Gonzalo comprendió que lo estaban despidiendo. Adelantó a Clara que lo miraba con ojos de acero. No se atrevió a tenderle la mano para recibir sus respetos.

Cuando se fue don Gonzalo, mamá apagó todas las velas, abrió las puertas vidriera del jardín para que se disipara el fuerte olor a mecha quemada. Y la realidad volvió a imponerse.

Ella, mamá, se quitó distraídamente las joyas, dobló con cuidado la mantilla y dijo:

—Me vais a perdonar que no os acompañe en este desayuno tan especial, pero me siento algo cansada. Voy a tumbarme un rato.

Antes de salir, y como una especie de duda aureolaba sus movimientos

imprecisos, añadió:

—Me ha encantado vuestro comportamiento. Estáis empezando a hacer de mi vida una aventura en todo punto insospechada. Gracias.

Una vez solos, mi hermano Antonio y yo nos miramos, pasmados.

—Es tan astuta como tú —dijo mi hermano.

—Es mala. No quiero que esté de acuerdo con nuestra vida. No tiene derecho.

—No te preocupes, no está de acuerdo. Creo que finge.

—¿Y a él, le tendré que besar la mano todos los días?

—Si no quieres hacerlo, no lo hagas. Y punto. Le dices que eres alérgico.

—¿Y ese tío qué tiene que ver con Dios?

—Nadie tiene que ver con Dios. Ni siquiera yo. Ni tú. Ni el mismo Dios. Oye, ¿quieres que subamos al cuarto y te lo explico? No podré atender en clase si me dejas que me vaya así.

Pero en aquellos momentos yo tenía otras preocupaciones relativas a mi estado de cristiano, nueva etapa en mi vida. Además, cuando estaba a punto de caer en la tentación, Clara entró con el desayuno.

No se marchó enseguida, según su costumbre. Sirvió tres tazas de chocolate, tres vasos de leche, se sentó cómodamente en el sofá y le plantó cara a mi hermano que la miraba con gesto adusto.

—Menos mal que tú, muchachote, no te ves la cara que pones.

La cosa empezaba mal. Clara venía en son de guerra. Intervine:

—¿Sabes que me acaban de bautizar? Ése era el misterio.

—Pues claro, cariño. Por eso me he dicho: «No puedo dejar que los chicos celebren solos el acontecimiento». Y aquí estoy. ¿Tiene bastante azúcar?

Mi hermano consideró innecesario contestar.

—Está muy bueno —dije.

—Me levanté a las cuatro de la mañana para prepararlo. Pensé que habría que obsequiarte con un buen chocolatito para que se te pasara el sabor de la sal.

Y se echó a reír a carcajadas.

Antonio:

—No sé lo que te hace tanta gracia.

—Ahora me toca a mí. Esta mañana eras tú quien te reías.

—Bueno, se hace tarde, me tengo que ir.

Y me miró con ojos suplicantes.

—¡Un momento! (En la voz de Clara había un tono de autoridad desconocido hasta ahora). ¿Sabes lo que he pensado en la cocina?

Mi hermano estaba en guardia. Lo veía menos valiente que de costumbre. Clara era mucha Clara.

—Pues mira, he pensado, y decidido además, que tú y yo le vamos a hacer un regalo al niño.

Puse el oído.

—¿Un regalo? —preguntó mi hermano receloso.

—Un paseo por la ciudad. Te vamos a acompañar al instituto.

A mi hermano se le iluminó de pronto la cara. Se abalanzó sobre Clara para darle un beso.

—¡Eres genial!

Pregunté con un hilo de voz:

—¿Pero qué dirá mamá?

Y Clara:

—Está durmiendo. Dentro de dos horas se despertará, se colgará al teléfono, y todo el mundo sabrá que su niño ha salido de su larga enfermedad y que lo han bautizado. ¿No quieres acabar de una vez por todas con este asunto?

Fácil de decir. Poco convencido, contesté:

—Bueno, si queréis…

Antonio, enérgico, tomó la palabra:

—¡Por Dios, ni media palabra más! (Ahora se pone a blasfemar, el día de mi bautizo). He decidido que ibas a salir esta mañana, y vas a salir. ¡Y si no le gusta, peor para ella, que pronto vas a cumplir trece años!

Trece años. Las palabras sonaron en el salón como truenos. Trece años encerrado en un mundo aislado. Eso debía ser tremendo. Pero para mí, no. Yo conocía bien este mundo, con el universo apasionante de mamá, los brazos de mi hermano, la ausencia de papá y la compañía de Clara. Y también estaban el jardín y el mirlo. El viejo castaño de Indias. Y don Pepe.

Y la nueva aventura que empezaba con don Gonzalo.

Pero ¿para qué conocer el otro mundo, el *exterior*? ¿Qué había en él?

Muy animados, preparando el itinerario, Clara y mi hermano terminaban de desayunar. A mí, el chocolate se me había convertido en ladrillo que me pesaba en el estómago.

Nos levantamos todos. Miré con ansiedad el salón y me dije que era la última vez que lo contemplaba con la mirada de siempre. Y, con desesperada avidez, intenté llenarme los ojos con aquella imagen amada y aborrecida, la única que conocía, la única capaz de reproducirse con precisión en mis sueños.

Luego, despacio, con los hombros fuertemente apretados por el brazo derecho de mi hermano, salí del salón, crucé el vestíbulo y llegué a la puerta de salida que Clara abría de par en par sobre la luz de la calle, mirándome con ojos llenos de valor y con la deferencia que se le otorga a un príncipe. O a un muerto. Tan sólo le quedaba proclamar en voz alta; «¡Lázaro sale por fin del reino de las tinieblas!».

CAPITULO 11

La ciudad. A las siete de la mañana.

Las campanas de las iglesias llaman, impacientes, a sus fieles. Todo son prisas: siluetas negras u oscuras que salen por doquier. Mujeres viejas y jóvenes, con la cabeza gacha, como si les diera miedo que las reconociesen, o que las interpelasen, o simplemente, que las detuviesen en su carrera. Y muchachos orgullosos, convenientemente afeitados y vestidos, con un libro de rezos en la mano.

Pero nadie parece ir de fiesta. Enseguida se nota que, en la ciudad, la gente va a la iglesia en silencio y en soledad.

—¿Adónde van?

—A misa, antes de ir a clase o al trabajo.

—¿Las viejas también trabajan?

—No. Ésas se quedan en la iglesia hasta mediodía.

—¿Porque tienen que rezar más?

—Eso parece.

A Clara no le gusta hablar de nada que huela a religión. Sin embargo observa con el rabillo del ojo y su mirada sigue a la mía.

Hay muchos perros por la ciudad, persiguiendo a ras de suelo alguna invisible presa. Se mean en el mismo tronco de árbol, con un indiscutible sentido cívico. Y no se ven amos. A veces se acercan, amables, a olisquearte los zapatos o las manos, y si intentas acariciarlos mueven como locos el rabo unos segundos para mostrar que no son ingratos.

Inmediatamente después se largan con un trotecillo ladeado, como si no tuvieran ningún sentido de la línea recta. Ni siquiera se toman la molestia de ladrar a estas horas de la mañana.

—A lo mejor nos podíamos llevar alguno, si no tienen amo.

—Piensa en lo que diría tu madre, y vuelve a hacer la pregunta.

Sigo el consejo de Clara: pienso, y ya no me lo planteo. Ella, mamá, es inconcreta, imprecisa, todo lo que quieras, pero en cuestión de animales domésticos, es tan cortante como un cuchillo afilado. Clara lo sabe. Ya hace veinte años que trabaja con mamá, día y noche, veinte años pidiéndole un canario en una jaula, que le alegre la cocina, veinte años que mamá se lo niega, tajante.

—Si quieres un perro, te compraré uno —decide de pronto mi hermano Antonio.

—¿Pero tú, quién te crees que eres?

El tono de Clara no deja lugar a dudas. Me quedaré sin perro.

También hay gatos en la ciudad, pero parecen relámpagos negros, grises o pardos, que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos por las verjas de los jardines o por las ventanas abiertas, A los perros no les da ni siquiera tiempo de perseguirlos. Visto y no visto. Las golondrinas son las únicas que advierten su presencia, cuando doblan las esquinas rozando la acera con el pecho, cosa que, por lo visto, les encanta. Los gatos lo saben y las esperan, inmóviles, tumbados, y saltan sobre ellas a toda velocidad. Muchas caen en sus fauces. Excelente desayuno cuando se tiene el estómago vacío, supongo.

Muchas plazas. Pequeñas y grandes. Y todas con acacias y parterres de geranios rojos, algunos bancos pintados de marrón y una fuente con la figura de un señor de pie (o sentado) que se parece a mi abuelo (según el retrato colgado en el vestíbulo).

Pero no hay nadie sentado o paseándose. Tan sólo los jardineros, que riegan las plantas, los árboles, los bancos, al señor de piedra y su enorme bigote, los gatos, la calzada, los perros, los coches y a los transeúntes como nosotros. Con el cigarrillo en la boca parecen canturrear algo, o quizás están hablando solos. Clara se ríe al verse las alpargatas y las medias empapadas.

El día será caluroso, el sol ya brilla en las terrazas de las casas y sobre

las copas de los árboles, pero el riego matutino de la ciudad desprende una agradable sensación de frescor. Las moscas nos dejan en paz a esta hora, pero a lo mejor es que no las hay en la ciudad, y están todas prisioneras en nuestro jardín.

Pienso que vamos camino del instituto, por calles estrechas e insospechadas, de trazado anárquico. Mi hermano Antonio parece tener prisa, aunque me va indicando ciertos lugares que, a su parecer, podrían interesarme.

—Ahí es donde me compré la regla de cálculo.

O:

—Ahí es donde mamá encargó tu libro de historia y tus cuadernos.

Y Clara:

—Y ahí, su libro de oraciones, cuando la tienda estaba de moda.

«Librería religiosa», puede leerse todavía en la parte superior de la persiana metálica. Está claro que mi universo es muy limitado. La historia de la ciudad no es cosa mía. He vivido como un pollito en el huevo que, inexplicablemente, nunca se rompió. Así que tenemos por un lado mi huevo y por otro, la ciudad; dos elementos que conviven, ajenos el uno al otro.

No intento comprender. Tampoco me mira nadie como si yo viniera de otro planeta. Lo que quiero es vivir y morir en casa, bañarme y comer con mi hermano, dar clase con mi profesor, levantarme y acostarme como todo el mundo, ir vestido a la moda gracias a los catálogos de mamá, sin tener ninguna relación, ni siquiera visual, con la gente del exterior, y ya está. Creo que mi reputación de *monstruo* o de *enfermo incurable* es tan sólo un chisme telefónico, mamá y sus amigas lo saben perfectamente, pero los demás no. La ciudad no lo sabe.

Y luego, las banderas bicolores, rojo amarillo rojo.

Las hay por todas partes. En los tejados de los edificios públicos, y en lo alto de los largos mástiles plantados en medio de los cruces. Y, lo más sorprendente: en los balcones de las casas particulares, tapando las preciosas rejas de hierro forjado o las macetas floridas, y también en lo alto de un campanario, confundiéndose con la cruz, o flotando en las ventanas arqueadas de los conventos, como alfombras expuestas al sol.

Contemplo, alelado, tal floración inesperada de rojo amarillo rojo, que

otorga a la ciudad una apariencia medieval y evoca la imagen de un campamento de nómadas, que fueran a desmontar, al día siguiente por la mañana, para trasladarlo a otro lugar. (Visto en un libro). Es imposible que este absurdo tapizado con el que han travestido la ciudad, tan humillante para la piedra y la cal, permanezca para siempre. Si fuera pájaro, ya me habría largado a buscar un paisaje natural. Pero no. Los pájaros siguen ahí. Y se cagan en los mástiles. (Símbolo).

Llegamos a la espléndida plaza porticada del Ayuntamiento. Es como si se entrara, de pronto, en un claustro. Altísimas palmeras suben por encima de los tejados de tejas rojizas, de las agujas, de los gallos de forja que coronan las torres. Como si buscaran un cielo inmaculado para echarse a volar y escaparse. Ese cielo límpido, espejo del mar, en el que nadie ha conseguido todavía colgar una bandera roja amarilla roja. Esas palmeras que respiran un aire tan puro, están tan primorosamente verdes que la herrumbre de sus troncos parece artificial, como plástico domesticando a unas raíces enamoradas del cielo azul. Los pájaros juegan a mostrarles el camino de la libertad, tan inconscientes y malvados como esas personas con excelente salud que visitan en el hospital a los enfermos incurables.

Las arcadas se alinean a nuestro alrededor con la disciplina de un desfile del Día de la Victoria (pero supongo que es pura casualidad). Cada arco lleva armas y símbolos distintos pero todos van enmarcados en el mismo escudo de aristocrático dibujo. Bajo las bóvedas, la luz tamizada por la ausencia casi total de sol en la plaza, se deshace hasta convertirse en sombra. Apenas distingo las caras de Clara y de mi hermano.

La plaza es un jardín, pero sin yerba. Tres enormes bandas de flores rojas amarillas rojas. Al jardinero municipal le deben obsesionar también las banderas. Y debe ser él quien cuida la fuente redonda, en la que decenas de peces rojos amarillos rojos, nadan entre nenúfares. El único problema es que esos pequeños seres perezosos, al no tener el menor sentido de la disciplina, se mueven en la más completa anarquía, y hay que hacer un gran esfuerzo para imaginarlos en tres filas precisas roja amarilla roja, viva imagen de una bandera acuática. Puede que algún día encuentren al jardinero ahogado en las turbias aguas de su fracaso, sin que nadie sepa el motivo.

En medio de la fuente hay un gran pedestal y encima, un caballo, y encima, un militar. El conjunto es una aberrante mezcla de bronce y piedra.

—¿Quién es?

—Es él.

—¿Quién?

—¡Él! ¡Ese del que no para de hablar la radio de tu padre!

¡Mierda! Nunca pensé que me lo iba a encontrar así, petrificado sobre un caballo de bronce. Fosilizado. Pero mira, todo es posible. Si el Comendador, estatua de piedra, habla, ¿por qué no él?

Lo miro con atención. Es pequeño, gordo, lleno de galones, medallas y espadas, sin nobleza en la cara, con ojos redondos y fríos, con un bigotito cuadrado de gigoló de barrio. Me parece profundamente patético a lomos de tan precioso caballo. Nunca se tenía que haber subido en él. Sin saberlo, el escultor ha hecho una obra maestra. Al menos es lo que dice mi hermano, con la ironía en los labios.

Damos una vuelta a la plaza porticada. Sobre cada uno de los cuatro soportales se alza un edificio. En el principal está el Ayuntamiento, con su gran balcón desde el que las autoridades dejan caer sus discursos, lluvia funesta sobre la gente de a pie. (Otra observación de mi hermano). En el de la derecha, el convento de las clarisas. (De su horno salen los pasteles más caros de la ciudad. Ahí es donde mamá encarga las tartas para los cumpleaños de sus amigas, la cofradía de las invisibles). En el de la izquierda, el monumento a los caídos de la guerra civil. (Clara: «Mi marido no figura, por supuesto. Era *rojo*. Así que no cuenta»). Frente al Ayuntamiento —busquémosle el símbolo— empiezan las casas de trato. Una vieja prostituta, calva por las enfermedades venéreas, con los labios pintados de un rojo vicioso, se exhibe sentada en una silla de cuerda. Con esa guisa parece condenada al fracaso. Pero no. Un señor maduro, con traje gris, intercambia unas palabras con ella y desaparece en la oscuridad de una entrada. El *vampiro* de labios ensangrentados lo sigue. Clara dice que es demasiado temprano para ese tipo de *comercio*. Pero no entiendo por qué. Mi hermano Antonio se ríe y Clara le da fuertes tirones de la mano. Presiento que Clara me quiere enseñar algo, aunque no lo admita. De modo que damos algunos rodeos arquitectónicos, jugamos a espantar palomas, y

nos topamos con el monumento a los caídos. Está figurado en trampantojo. Los arcos que forman la fachada siguen estando ahí; pero detrás, el edificio ya no existe.

—Lo destruyeron las bombas, ¿sabes?

—¿Qué bombas?

—Las que tiraban los aviones alemanes; los estuvieron probando en nuestra guerra. ¿Don Pepe no te lo ha contado? De eso no se habla en la historia oficial.

—Sí, me lo dijo. Me contó que esa guerra, la nuestra, era necesaria para medir la fuerza de choque de Hitler.

—Exacto. Pero sé buen chico y no hables tan alto de esas cosas. Las paredes oyen. (De nuevo, la ley del silencio. Bajé la voz).

—¿Y vosotros, por qué lo permitisteis?

Se lo pregunto a Clara. De los dos, sólo ella puede responderme. Vivió la guerra. Clara-herida.

Me mira largamente, con un punto de sorpresa en los ojos.

—En veinte años, es la primera vez que alguien me hace esa pregunta. Salvo yo misma, claro está. Porque yo sí que me he preguntado a menudo el por qué. Y no he conseguido dar con la respuesta. Por supuesto, teníamos fe. Pero también candor. Creo que la fe no nos pierde nunca. El candor, sí…

El suspiro que se le escapa me parece más una conclusión que una añoranza. Cambia de tema:

—En la República y durante la guerra, ahora dicen siempre «cuando los rojos», había aquí un gran edificio similar a los que rodean la plaza, que era la Cooperativa del Pueblo. La gente venía a comprar cosas mucho más baratas que en las demás tiendas de la ciudad. Había productos de alimentación, y también ropa, herramientas, papel y lápices para los colegiales, cunas para los bebés. Siempre que venía de compras se me iban los ojos detrás de una cuna celeste… Me hubiera encantado tener un niño. Pero no me dio tiempo.

El tono de su voz va más allá de la tristeza. Creo que, de aquel recuerdo, sólo le queda una imagen, la de una cuna celeste, pero sin sentimiento. Veinte años es demasiado tiempo para seguir sintiendo pena.

—Fíjate, un día quise comprarme en la cooperativa una barra de carmín.

Pues no tenían. ¿Ves? Iban a lo práctico. Y siempre estaba de bote en bote. Como una verbena.

Me parece anormal esa sombra de tristeza en la cara de mi hermano. Pero él también escucha con atención a Clara. Y su afecto hacia ella tiene cinco años más que el mío. A lo mejor, por eso, ella siempre cristalizó en él su frustrado amor maternal.

—Mira en lo que se ha convertido aquella verbena.

Por el otro lado, los muros de las arcadas, negruzcos, como ruinas quemadas, están casi totalmente cubiertos por una hiedra que el riego matutino mantiene verde y brillante. La explanada parece aquejada de gigantismo: ni árboles, ni fuente, ni estatua ecuestre, sino una enorme bandera de piedras rojas amarillas rojas que hiere la vista como una mancha de sangre bajo el sol ardiente. Sol que me lleva a preguntarle a mi hermano, como para huir de la presencia agresiva de la bandera:

—¿Y tus clases?

—Luego. ¡Ahora estamos haciendo turismo!

Me guiña un ojo para tranquilizarme. A Antonio no se le escapa nada con respecto a mí. Vuelvo a mirar la explanada.

En aquélla orgía de victoria, el monumento a los caídos parece de una sencillez asombrosa: una cruz de mármol gris, cuya silueta se dibuja en la gran avenida que hay detrás. Los peldaños están llenos de coronas. El laurel predomina.

—¿Puedo leer lo que hay escrito en las cintas?

—En esas cintas está escrito el odio hacia casi dos millones de muertos y algunos vivos. Mejor que no lo leas.

Mi hermano me hizo dar media vuelta y regresamos a la plaza.

—Mira, aquí es donde empiezan todos los desfiles de la Victoria y todas las procesiones. Es el centro de la ciudad.

Mientras tanto, la plaza se ha ido llenando de gente. Personas que van y vienen, niñeras que empujan cochecitos con bebés gritones, criados que pasean perros de raza, mendigos que piden una moneda «por el amor de Dios», guardias que impiden que los niños estropeen la bandera de flores rojas amarillas rojas. Nunca antes había visto tanta gente. Aprieto con fuerza las manos de Clara y de mi hermano.

Pero nadie me mira ni me pregunta de dónde salgo. Como mucho, algunas miradas de envidia hacia mi lujosa ropa, sin llegar a mirarme a la cara.

Es mi primer baño de masas, y ha resultado completamente distinto de cómo lo imaginaba… si es que imaginaba algo. Me pregunto por qué me ha impresionado tanto la muchedumbre. Al cabo de un rato lo entiendo: la falta de ruido. Me refiero al ruido interior. Tras las conversaciones de los ancianos, los gritos de los niños, las plegarias de los mendigos y las órdenes de los guardias, reina el silencio. Como si aquellas palabras, gritos, plegarias, órdenes, no fueran de verdad. Ocurre lo mismo que en casa. Mi aventura en el mundo exterior ha fracasado. Tan sólo son apariencias. No un mundo. Y todavía menos, un universo.

Debe ser ésa la razón por la que a nadie le extraña mi presencia. Ni ellos ni yo tenemos realidad. Alguien construyó la apariencia de un mundo en el que nosotros mismos somos meras apariencias. Y nos vamos paseando (para qué emplear un término más terrorífico) a la merced de una voluntad desconocida que no se ha molestado en concebir otro porvenir para nosotros.

Para eso, mejor quedarse en casa. ¡Qué más da!

Dejamos la plaza y nos metemos por las callejuelas que bajan, en cuesta, vaya usted a saber adónde. Ya no hay aceras. Tan sólo enormes adoquines abollados por la lluvia y el tiempo. Cada cierta distancia, el milagro de un patio florido, vislumbrado a través de un viejo portón lleno de sombras, sorprende la vista y deja escapar un soplo de aire perfumado. El suelo, recién regado, incita a detenerse para charlar o para dedicarse a algún trabajo artesanal. Pero todo ello debe ocurrir —si es que ocurre— al atardecer, no a las diez de la mañana.

Sigo creyendo que estas callejas no llevan a ningún sitio pero, de pronto, llegamos a una plaza cuadrada, empedrada, y abrasada por el sol. Ni un árbol. Ni fuente. Ni estatua. Ni banderas. Ni una sombra. Por un lado, el palacio episcopal, con más bordados que un traje de novia, y el resto —todo el resto— lo ocupa una enorme fortaleza medieval: la catedral.

—¡Sólo hay dos catedrales fortaleza en España! Ahí tienes una de ellas —me explica mi hermano con cierto orgullo (no sé si por la catedral en sí, o

por el hecho de conocer su singularidad).

La catedral es tan bella como siniestra. A ras de suelo se abren una serie de ventanas, bajas y enrejadas, que debían ser calabozos para encerrar a los herejes. No veo la utilidad de los barrotes, me parecen aberrantes, ya que ni mi cuerpo podría pasar por ninguna de esas ventanas. (Pero en aquella época, la que sea, los herejes debían estar muy flacos). Hasta un gato lo tendría difícil para fugarse.

A lo largo de la fachada se ven las picotas a las que encadenaban a los prisioneros y los postes donde los sometían a tortura pública. La multitud debía llenar esta gran plaza ardiente, rezando y a la vez disfrutando con la muerte de los renegados, relamiéndose de gusto. Aquella época se llama la Reconquista. Según don Pepe, fue cuando tiramos por la borda una de las más bellas culturas que haya existido: la cultura árabe.

A la catedral parecen importarle un bledo mis reflexiones. Sus murallas se alzan hacia los cielos, tan altas que deben saberse de memoria el idioma de los pájaros. Y ni una filigrana. Termina bruscamente en una línea horizontal, sin torre ni campanario, tan cuadrada como un puerto de alta mar.

—^Algún día —dice mi hermano— entraremos. Ya verás. Parece que estuvieras bajo tierra, de verdad, en el mismo fondo de la tierra, y que es imposible que unos cuantos pasos te lleven a la superficie.

—Porque no hay ventanas —añade Clara-marisabidilla.

Penúltima observación: por los grandes y redondos agujeros de las cornisas, se ven las bocas, negras y oxidadas, de unos cañones de hierro colado.

—¿Y esos cañones?

—Pura decoración. Nunca se han utilizado. Creo que los pusieron para rellenar los huecos. Cuando vayas al instituto te darán una clase mensual sobre historia de la ciudad.

Última observación: me sorprende que no haya bandera roja amarilla roja, en el coloso de piedra.

—¿Por qué?

—Porque no.

No me dan ninguna explicación. ¿Me dirán el motivo en las clases

mensuales de historia de la ciudad?

Cuando la abandonamos, la plaza de piedra se queda muda y casi vacía. Algún día volveré solo, para buscar la causa de la angustia que se va apoderando de mí y que me hace un nudo en el estómago al ver tanta sequedad.

Más callejuelas en cuesta. Y ni un solo árbol.

—¿Adónde lleva esta calle?

—Al mar.

Creo ya sentir un cierto olor a sal y a algas. Y oigo de pronto el grito de las gaviotas como si el mero hecho de pronunciar la palabra mar hubiera activado un concierto de señales.

Mi hermano me indica con el dedo un hermoso edificio del que sólo queda el esqueleto. Lo destruyó completamente un incendio.

—La sede oficial de la Santa Inquisición, incendiada por el pueblo sublevado en 1810. Nunca se reconstruyó.

Empiezo a captar la ciencia de las palabras, y su pronunciación provoca en mí ideas espontáneas, cuyo efecto es muy, muy a menudo, físico. Con la palabra «sublevación», por ejemplo, me hierve la sangre y la noto, ardiente, correr por mis venas. Fuego en movimiento que llega a todos los rincones de mi cuerpo; estoy convencido de que, algún día, seré revolucionario. (¿Continuará?). El *pueblo sublevado* son las palabras más hermosas que he oído esta mañana. Y las ha dicho mi hermano Antonio. «Antonio, te quiero». (Se comprobará).

Y luego, las moscas. Aparecen en un terreno donde acampan unos gitanos, rodeados de gallinas, cerdos y burros que les siguen a todas partes. Clara dice que todo aquello es robado, pero no veo cómo podrían robar los cestos que están trenzando con unos juncos verdes, rasgados en cuatro tiras flexibles.

—Los juncos no; pero lo demás, lo han robado. Los juncos crecen en cualquier parte, cerca de los ríos, y no son de nadie.

—¡Ah, bueno!

De modo que debe ser cierto. Son ellos quienes roban las moscas. Enjambres de moscas que se despegan de pronto de un montón de estiércol para posarse inmediatamente después en otro. Entre ellas reina una

disciplina increíble. Se desplazan todas juntas, nube gris oscuro, con un zumbido sedoso. Los gitanos son unos perfectos criadores de moscas. Allí donde van, ellas los siguen. Será el motivo de que no las hayamos visto en la ciudad.

Al salir del descampado, mi traje bautismal ya no está tan limpio como esta mañana a las cinco y media.

Clara empieza a refunfuñar. Deduzco que va tener que dedicar varias horas a lavarlo y plancharlo. Así que nos adentramos en una calle mucho más adecuada para mis zapatos y mi ropa; o sea, limpia.

Y al final de la calle, llegamos a la plaza en la que se encuentran la iglesia de la santa patrona de la ciudad y el instituto. De nuevo banderas bicolores, rojo amarillo rojo, (que ya no me sorprenden), pero ante mí se despliega un nuevo aspecto de la vida social: grupos de chicos y chicas abarrotan el jardín, las aceras y hasta la calzada. Todos hablan en voz alta y de un modo tan natural que creo haber abandonado, por fin, el reino del silencio. ¡Qué bella es la palabra! Me atribula un poco, pero me gusta. Mi hermano Antonio saluda a todo el mundo, me coge por los hombros, y a la pregunta de por qué ha hecho novillos esta mañana, contesta que me tuvo que llevar al médico.

—Es que tememos que pille las paperas. Está tan crecido…

Y se ríe de mí, el muy mentiroso.

Pero, a pesar de todo, me sumerjo en un magnífico baño de masas. Creo percibir, en el montón, ciertas miradas demasiado atentas hacia mi persona. Y pienso que el instituto me conviene. (Sé lo que me digo).

Al final, mi hermano declara que no debe perderse más clases, me besa en la boca (¡delante de todo el mundo, el cabrito!) y nos deja, para reunirse con sus amigos, contoneándose como aquel chopo joven, que confundía la brisa con un vendaval. (Palabras de Clara a quien, de vez en cuando, le sale su vena campesina y su «chispa» andaluza).

—¿Volvemos a casa?

—¿Y el mar?

Clara me mira, sorprendida;

—¡Es verdad, corazón, nunca has visto el mar!

Su mirada se torna fija, profunda, angustiada, como si de pronto tomara

conciencia de mi infancia enclaustrada. ¿Qué tiene el mar para que produzca en ella tal efecto?

Adivina mi pensamiento y contesta:

—Uno se va por el mar. (¡Clara, también prisionera!). Vamos a echar un vistazo.

Clara está otra vez animada. Bajamos por una avenida bordeada de acacias, cruzamos los hermosos jardines de los muelles (milagrosamente sin banderas bicolores rojo amarillo rojo) y, antes de ver el mar, diviso velas, mástiles, círculos de gaviotas en el aire y otras banderas, de distintos colores. El puerto.

Barcas, barcos, hombres que trabajan gritando cosas raras, grúas y hangares, trenes y camiones cargados de banastas de naranjas, de montones de minerales. Un agudo silbido señala que un barco va a zarpar. Otro le responde, aparentemente mediante el mismo lenguaje. Los pájaros marinos no paran, enloquecidos. Los perros que guardan los almacenes ladran como posesos. Y el viento, que lleva y trae todo tipo de perfumes, desde el olor a pescado al de la mirra.

Las sensaciones se encadenan con tal rapidez que no consigo retener las imágenes. Alguien se ahoga en mitad del puerto. Grita.

—¡Qué va, no se ahoga!

—Entonces, ¿qué está haciendo?

—Está nadando.

Nadando. Me quedo un momento pensativo. Yo no sé nadar.

Constatación: este primer día en la ciudad me demostró que me quedaban un montón de cosas por aprender.

Regresamos a casa. Ella, mamá, nos espera en el vestíbulo. Con los ojos muy abiertos, como si se hubiera despertado sobresaltada. Leo en su mirada un grito a punto de estallar, pero se contiene y dice, seca:

—Prepare inmediatamente la comida del niño. No olvide que sus clases empiezan a la una y media. Los demás, podemos esperar.

No ha añadido su acostumbrado «*querida*». Clara, arisca, le sostiene la mirada. Ella, mamá, nos da la espalda y sube por la escalera. ¡Que haga lo que quiera!

Lo único que me interesa ahora es aprenderlo todo sobre mi ciudad.

Decido preguntarle a don Pepe, aunque sea en detrimento de las matemáticas. Así que, por la tarde, cuando mi señor profesor está lanzado en una brillante explicación sobre la raíz cuadrada, aprovecho para hacerle, a bocajarro, mi primera pregunta sobre la bandera roja amarilla roja.

Tira la tiza, me mira, se mira a lo mejor él también, y sólo me da una corta respuesta llena de desprecio:

—Es la bandera franquista.

Se encierra en su mutismo y no se queda a merendar. La raíz cuadrada se aleja a toda prisa de mi mente, como gato escaldado. «Quien pregunta demasiado, termina por conocer su mal», suele decir Clara.

CAPÍTULOS 12 Y 13

A veces, cuando todos estaban ocupados en casa y tenía la certeza de que nadie notaría mi ausencia, abría la puertezuela del jardín y desaparecía en el misterio de la ciudad. Durante aquellas escapadas me cuidaba muy mucho de no hacerme amigos. No quería que nadie llamara a nuestra puerta para invitarme a dar un paseo. Intentaba separar el mundo de la ciudad del de la casa; a mi familia, de los demás. Por otra parte, desde niño, me había acostumbrado a no mezclar las cosas, a no compartir mis experiencias; o sea, a llevar una vida secreta. Si cuando era pequeñito tenía, en la casa, mis rincones especiales para esconderme de los demás o para pensar en paz, ahora también tenía mis preferencias por ciertos rincones de la ciudad. Ni Clara ni mi hermano Antonio pasaban por allí; ni los miembros de la cofradía de las invisibles, que se podían preguntar de qué les sonaba mi cara. (Mi parecido con mamá se acentuaba por días).

De ese modo empecé a conocer la ciudad por mí mismo, sin guía y de manera casi ilícita. Con el tiempo, tal afición, tal necesidad visceral de todo lo *ilícito* se convertirá, para mí, en un símbolo. En la ciudad, podía ver y observar sin que me reconocieran o interpelaran; tenía prácticamente asegurada la impunidad.

Mientras tanto, mi instrucción profana y religiosa (en palabras de don Gonzalo) seguía su marcha, lo que me exigía más horas de estudio y mayor concentración. Don Pepe y don Gonzalo, considerándose únicos dueños de la casi totalidad de mi tiempo, rivalizaban para ver quién me obligaría a

quedarme más horas en el viejo comedor del primer piso, que mamá había habilitado para mis deberes y para las sesiones de evangelización de don Gonzalo. Éste (conspiración muy lograda por parte de mamá) nunca debía toparse en casa con «ese adlátere del diablo, tu profesor de las otras asignaturas». Una sola frase, en la que el odio y el desprecio estaban en un equilibrio tan precario que se hubiera podido conceder a don Gonzalo el título de rey del melodrama.

Ahora la guerra se desarrollaba en tres frentes. Uno, entre el señor especialista y yo; otro, entre el confesor de mamá y yo. Pero cada uno conocía las reglas del juego del otro, y perdíamos mucho tiempo en escaramuzas. En el tercer frente estábamos implicados los tres, en tanto que entidad social claramente definida, y lo formaban por un lado ellos dos, los docentes; y yo, el discente, por el otro. Nunca conseguí entender cómo, odiándose como se odiaban, llegaron a un acuerdo tan perfecto en cuanto a los métodos de trabajo y su aplicación. Pero yo también disponía de mi propio método de venganza. Cuando eran demasiado crueles conmigo, les decía invariablemente, haciéndome el tonto:

—Sí, señor. Es exactamente lo que dice don Gonzalo (o don Pepe). Deben tener ustedes razón, ya que están de acuerdo a pesar de no conocerse. Al menos que yo sepa. Es curioso. Son ustedes la media naranja el uno del otro. Será telepatía.

Lo decía de un tirón, sin tomar aliento (para que no me cortaran). Se ponían encendidos, como si fueran a explotar. Entonces, me iba. Era mejor huir de las tempestades. Pero pensaba con amargura que todavía no había dado con la fórmula para que explotaran *de verdad*, hasta la apoplejía. Y nunca la encontré: todavía deben estar vivos los dos, en alguna iglesia o en algún cómodo salón de la ciudad o del país, martirizando a los muchachos de *mi calaña* (terminología de mamá). Por entonces, yo pensaba que el colmo del refinamiento hubiera sido provocarles la muerte sin mancharme las manos de sangre. El procedimiento le habría gustado sin duda a mamá. A veces sentía que ella lo necesitaba, aunque sólo fuera por destruirse a sí misma o destruir a Clara. Pero… todo se quedó en agua de borrajas, como tantas otras cosas de este mundo imperfecto.

Don Gonzalo se entregaba a su curro de evangelista con ojos y boca

enardecidos. Cualquiera que le hubiera oído darme la matraca con oraciones y mandamientos, palabras del Evangelio y citas de los Padres de la Iglesia, habría pensado que la muerte me acechaba en cualquier esquina y en cada momento, y que las «puertas incandescentes del infierno» estaban ahí, esperándome si no estudiaba, para «sacarme de la cabeza la desgracia que las *circunstancias* habían puesto en mi camino, desde mi más tierna infancia». Llegado a ese punto, el tonsurado aprovechaba para hablar de los *rojos* como de una tremenda calamidad (ya predicha en la Biblia, por supuesto, aunque he olvidado en qué parte), que Dios envió sobre la tierra para castigarnos por nuestra anarquía y para mostrarnos el camino, difícil e inviolable, de la virtud. Lo metía todo en el mismo saco, desde la pérdida de las colonias («cuando Dios abandonó las Américas») hasta la guerra civil, pasando por las Repúblicas (que asimilaba, sin el menor pudor, a las negaciones de san Pedro). Las incesantes persecuciones de las que habían sido objeto durante la guerra tanto iglesias como conventos (incluyendo al *personal especializado*, según la expresión de don Pepe, o sea, curas, monjas y frailes), eran casi siempre objeto de tema aparte. La gloria que el fascismo reinante (don Gonzalo lo llamaba «el orden legítimo») sacaba de todos aquellos acontecimientos era inconmensurable, y no tenía palabras suficientemente ditirámbicas para calificarla, aunque el jodido cura se sabía el diccionario de memoria. Su *evangelización* se habría convertido fácilmente en lavado de cerebro si no hubiera exagerado tanto. En mí, provocaba el efecto contrario. Don Gonzalo olía a cera y a sudor, a incienso y a humedad, y me recordaba el olor de la muerte. Tenía una peligrosa propensión a acercarse demasiado a mí, pensando, seguramente, en completar mi *evangelización* con la comunión de nuestros cuerpos. Y como yo no quería chivarme a mi hermano, que era capaz de aplastarlo como una cucaracha, me cambiaba de sitio cada dos por tres, y un día le dije, con mucha educación, que la tercera persona de la Santísima Trinidad no se encontraba en mis nalgas, como sugería esa mano suya tan calentona.

—¿No será el demonio quién te dicta tal pensamiento?

—En absoluto, padre. Insisto en que es su mano la que me ha provocado ese pensamiento. Puede que me equivoque, pero no quiero hablar de esto a solas con usted; si quiere que lo hablemos, prefiero que estén delante mi

hermano, mi madre y don Pepe.

Clavó en mí su fogosa mirada y apretó los dientes. La cosa estaba clara: no quería hablar del tema con nadie, ni siquiera conmigo. Barruntaba mis pensamientos impuros y su misión consistía en aclararme ciertas nociones, entre ellas la de pecado. Con una infancia como la mía, perdida en las tinieblas, mi ignorancia del pecado debía ser total, y se había impuesto el deber de aclarármelo todo. Y lo antes posible. De ahí que su comportamiento obedeciera a una sola regla: recuperar el tiempo perdido. Y a mí sólo me tocaba callar, sin buscarle tres pies al gato ni intentar ver más allá de mis narices. La malicia no era un pecado baladí, aunque estuviera en la categoría de los veniales.

De ese modo me percaté de que podía divertirme, siempre que me diera la gana, a costa de aquellos tipejos atiborrados de pasión contenida y de hipocresía. (Continuará).

Naturalmente, el confesor de mamá nunca consiguió que yo llegara a descubrir a Dios lo que, además, formaba parte de sus intereses. Si bien se refería a El sin parar (no se le caía Su nombre de la boca), parecía hablar de un desconocido. La misión y la preocupación del ensotanado era la Iglesia. Cuando finalmente nos separamos, de lo que yo sabía era de la Iglesia. Me decía que si se pertenece de verdad a la Iglesia, se puede prescindir de Dios para vivir. Para vivir —insisto en ese punto— basta con tener una doctrina, y la Iglesia católica ofrece la más completa, la más sofisticada, la más controvertida de todas. La más alejada de Dios, igualmente. Lo que es normal. Si todo ese montaje se ha hecho para las necesidades humanas, para sus arrepentimientos, sus angustias, sus maldades. Dios no pinta nada. Yo fui, durante algunos años y con conocimiento de causa, un ferviente católico. Y le doy las gracias al catolicismo por haberme demostrado, finalmente, que Dios no existe.

Para don Gonzalo, preparar el programa del examen de ingreso en el instituto pasaba a segundo plano; ponía todo su interés en prepararme para una confesión en toda regla, de tal manera que, inmediatamente después, hiciera mi primera comunión.

Ella, mamá, ya había fijado la fecha: el 21 de marzo, primer día de la primavera.

—Quiero que sea para él como un primer capullo de rosa que se abre, añadió con cinismo ante *nuestro* confesor.

—¿Piensa festejarlo?

—Ya veremos —respondió mamá. Se le iluminó la cara, luna de verano, y por el tono de su voz parecía que le encantaba la idea.

Sin embargo, la decisión ya estaba tomada: nada de festejos. Haría la primera comunión en el cortijo.

—Pero la primera comunión, hija mía, hay que *celebrarla* en una iglesia, no en secreto. Es un acto público, que se hace ante los ojos de Dios y también de los hombres.

Estaba claro: quería obligar a mamá, y puede que también a papá, a que se mostraran públicamente en la iglesia. Para él hubiera sido un triunfo, un brillante modo de poner en práctica lo de la oveja descarriada. Hasta puede que soñara con llevar a don Pepe y a Clara para redondear la faena. Pero no contaba con la imprecisión de mamá y su soberana voluntad de muerte. Desde que, unos años antes, la había oído confesarse con Clara, yo sabía que nada podía con ella. Sólo aceptaba su propia manera de destruir, y llevarnos a todos a la iglesia no era, para ella, un acto de anarquía. Por el contrario, pretendía forzar a don Gonzalo a que fuera él quien me sirviera el cuerpo y la sangre de Cristo a domicilio.

—Mire, padre, en mi opinión, cuánta mayor prueba de humildad demos, más se nos abrirán las puertas del cielo. Y cuento con entrar por ellas. De modo que el niño hará su primera comunión en el cortijo. Cerca, en nuestras tierras, hay una capillita construida en tiempos de mi abuela y que nuestros empleados utilizan desde hace años como almacén para los aperos, y también para criar mi raza preferida de gallinas. Así que he dado órdenes de que la limpien y la dejen en condiciones para la ceremonia. En casa tenemos todo lo necesario: crucifijos, paños de altar, candelabros y hasta una gran pila de agua bendita de mármol, preciosa, en la que hasta ahora se criaban siemprevivas.

—¡Pero eso es un sacrilegio, hija mía!

—No diga tonterías, padre. Su ministerio le permite borrar todo sacrilegio mediante una simple bendición. ¿Y quién sabe si a partir de la primera comunión del niño la capilla dejará de ser almacén y gallinero?

Todo es posible. ¿Puedo contar con usted?

—Si apela a mi condición de ministro de la Iglesia…

—Claro que sí, padre.

—En tal caso, cuente conmigo.

—Muchas gracias, de todo corazón. He alquilado un coche, que irá a recogerlo el día antes. Es un viaje de pocas horas. Dormirá usted allí. Ya he dispuesto que le preparen una habitación. Supongo que se traerá usted todo lo necesario para la ceremonia. ¿O prefiere que me encargue yo?

La respuesta de don Gonzalo no pudo ser más seca:

—No, hija mía, me encargaré yo mismo. (Sin duda temía que a ella, a mamá, se le ocurriera también consagrar las hostias).

Así supe que íbamos a marcharnos de casa para irnos, durante una semana y por primera vez en mi vida, al campo, adonde mi hermano Antonio iba, de vez en cuando, a pasar algunos días de vacaciones. «No, no te llevas a tu hermanito. Su salud no le permite tal cambio de vida. Él se queda en casa». Durante años había oído a mamá decir una y otra vez esas palabras, sin cambiar ni una coma. Terminé por pensar que el campo debía estar lleno de corrientes de aire, y cosas así.

En los días que siguieron, vi desfilar por el vestíbulo a un ejército de recaderos. Clara no paraba de refunfuñar, porque dejaban las alfombras perdidas de polvo.

—¡Lo que faltaba! ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer!

Me echaba miradas de gallo cabreado, como si yo fuera el culpable de todo aquel trajín.

—¿Pero qué tengo yo que ver con todo esto?

—Se trata de tu primera comunión, ¿no? ¡A mí no me va a acoger la Iglesia en su seno, como dice tu señora madre!

—¡Pobrecita Clara! ¡Mira que eres atea!

—Lo que soy es una puta. ¡Una puta burra que se ha pasado trabajando y trabajando toda su puta vida!

Llegado a ese punto, sólo me quedaba salir pitando.

De todas formas, yo también tenía mucho curro, desbordado por el frenesí educativo de mis dos profesores. Si no, habría comprendido la angustia de mi *pobrecita Clara*. Para ella, la Iglesia era un permanente

origen de desgracias. Mi hermano Antonio, cada día más bruto, se echaba a reír como un poseso cuando Clara, al ver a don Gonzalo cruzando el vestíbulo para subir al piso, cogía el vaporizador del matamoscas y rociaba toda la casa mientras decía entre dientes:

—^Aquí huele a cura. ¡Qué peste a infierno!

Don Gonzalo subía la escalera a toda velocidad.

Mis estudios, los paquetes que llegaban diariamente y que, a pesar de mi impaciencia por saber lo que contenían, no podía abrir —ella, mamá, lo prohibió hasta nueva orden (palabras transmitidas por Clara)—; el teléfono, que no dejaba de sonar cuando mamá no estaba colgada a él para contar a la cofradía de las invisibles la *buena nueva* (así llamaba ella a mi primera comunión) y explicar las sutiles razones por las que íbamos a celebrar la ceremonia en la intimidad familiar… (no, no habrá convite, de modo que nada de regalos); los clientes de papá que entraban y salían, furtivos, pensando que todos en la casa se habían vuelto locos; mi hermano Antonio, cada vez más insaciable por las noches desde mi primera eyaculación, consecuencia de sus caricias cada vez más expertas; yo, que me pegaba a su cuerpo, más consciente que nunca de ponerlo a cien; mi guerra sin tregua con don Pepe y don Gonzalo; mi descaro al presentarme casi desnudo ante ellos y comportarme como si estuviera decentemente vestido; las preguntas que les hacía, con cara de mosquita muerta, sobre los pelos que empezaban a salirme alrededor del sexo que, por cierto, se me hinchaba de pronto varias veces al día…

Don Pepe:

—Lo sabrás en su momento. ¡Ahora, a estudiar!

Don Gonzalo:

—¡Eso no se pregunta, por Dios! ¡Es pecado! ¿Te tocas?

Yo me hacía el bobalicón y le decía:

—Pero si usted no me explica estas cosas, ¿a quién se lo pregunto? No tengo amigos.

—¡Amigos! ¡Amigos! Hablaré con tu padre.

Ambos, invariablemente, me daban la misma respuesta, pero la puerta del despacho de papá nunca se abrió para darme la explicación necesaria sobre los *misterios de la naturaleza*. (¿Palabras de don Pepe o de don

Gonzalo?)…

… En resumen, que llegué a la víspera de mi primera comunión en un estado de nerviosismo rayano en la locura.

Por la mañana muy temprano salimos de la casa y de la ciudad en dos coches alquilados; el primero para mamá, Antonio y yo, y el otro para Clara y una absurda cantidad de maletas. Parecía que nos marcháramos al fin del mundo, y que el regreso, en lugar de ser en una semana, fuera dentro de varios años. En el coche de Clara metieron hasta dos gallos, con las patas atadas, para cruzarlos con las gallinas del campo y obtener huevos de dos yemas (¡ ? !). Durante buena parte del trayecto, mamá y Antonio se enzarzaron en una sesuda discusión al respecto. El chófer, un vejete poco avispado, no dejaba de exclamar que el mundo iba a su perdición (supongo que no veía la necesidad de conseguir huevos de dos yemas, considerando que no hay nada como un buen par de huevos tradicionales), y que esos americanos, con sus bombas y sus inventos, etc. Se puso a contar con todo lujo de detalles un suceso ocurrido en Madrid; habían encontrado a una puta (una mujer de mala vida, decía él) en un hotel de tapadillo, maniatada y con los senos devorados por un soldado negro americano. Murió en el hospital. A ella, a mamá, no parecía interesarle mucho todo aquello, pero mi hermano y el chófer se enredaron en una confusa discusión política sobre las bases americanas en nuestro país. Ninguno de los dos parecía estar muy al corriente del tema. Según el chófer, sólo servían para que algunos se llenaran los bolsillos. Mi hermano no refutó la tesis, aunque añadió que había, detrás de todo ello, razones políticas:

—¡Ya sabe usted que España es la puerta de África!

—¡No me hables de África! ¡Precisamente de allí vino el gran cerdo!

Ella, mamá, cortó la conversación diciendo que no admitía que se hablara de política en ausencia de su marido. (No entendí en absoluto por qué).

—¿Cómo es que no nos acompaña?

—Los negocios.

—Y no resulta fácil poner a mi padre ante un cura. Ya sabe cómo es.

—Sí, lo sé. ¡Vaya un hombre!

Por lo visto, todo el mundo se conocía. La verdad es que papá no

consintió en asistir a mi *iniciación espiritual*. (Palabras de don Gonzalo).

«Ahora que va usted a frecuentar la casa durante algún tiempo, hágame un favor, padre: sobre todo, no entre en el despacho de mi marido para darle su bendición. Tengamos la fiesta en paz». (Recomendación de mamá cuando decidió que su confesor se encargaría de mi educación religiosa).

El campo era, para mí, la aventura. La tierra, el agua, la piedra. Un aire, una luz diferentes. Arboles en estado natural, animales. No aquellos árboles podados (como si acabaran de salir de la peluquería) que poblaban, con disciplina militar, las calles y plazas de la ciudad: ramas derechas, hojas decapitadas para que no invadan el sagrado espacio de la perspectiva, y pájaros profundamente aburridos. Ni aquellas yeguas que, con las orejas gachas, tiraban, como esclavos, de los pocos coches de caballos que quedaban en la ciudad y que le conferían ese aspecto de mercadillo, sucio y arcaico, aunque, en mis escapadas solitarias, había oído que era eso precisamente lo que daba su encanto a la ciudad.

Y, sobre todo, el campo representaba un nuevo espacio para vivir. Habitaciones, salas, escaleras, puertas por descubrir y casi por inventar, por adaptar a mi mirada y a mis movimientos, sin molestarlas o irritarlas con mi presencia. Tendría que escurrirme con cuidado entre las corrientes de amor y de odio, siempre presentes en las casas viejas.

Primera sorpresa, minutos después de nuestra llegada: el cortijo era una copia exacta de la casa de la ciudad, o viceversa. Tan sólo algunos detalles, muebles, cuadros, objetos dispersos, eran distintos. Como si estuviera en presencia del negativo de una foto ya vista. La angustia me oprimió el pecho. ¿No llegaría nunca un verdadero cambio a mi vida? ¿Por qué había de encontrar siempre la torpe copia de un eterno original? ¿O era el original medio borrado de una serie de copias repartidas, sin discriminación, a derecha e izquierda? ¿Se trataba de una enfermedad de la familia, de la ciudad, del país entero? Nunca encontré respuesta a todas aquellas preguntas. Pero desde chico sospechaba que el país, la vida, eran obra de una fotocopiadora que nunca se avería.

Las dos únicas cosas originales del cortijo eran el sillón de mimbre trenzado y el rosal amarillo de mamá. Y, por supuesto, los campesinos que iban y venían de un lado a otro, y que —¡oh milagro!— no ponían de los

nervios a mamá con sus voces disonantes. Muy al contrario, se mostraba encantadora con ellos y había traído regalos para todos. Se veía que era el centro neurálgico de su propiedad. Repartía los obsequios a manos llenas, sonriente. El único problema es que nadie sabía qué hacer con una lamparita de satén traslúcido, cuando no había electricidad en las casas; ni con una ducha de teléfono, último grito en sanitarios, si no había agua corriente.

Ella, mamá, caía exhausta, en su sillón de mimbre trenzado, después de semejantes jornadas y, con las manos aferradas a las dos palomas gemelas que adornan los brazos del sillón, se deshacía como cera caliente, etc. Pero la culpa no era suya. Había que tener en cuenta *las circunstancias*.

En cuanto a mí, tenía que pasar, en principio, dos días meditando para borrar de mi mente toda imagen ajena a mi nuevo estatus de cristiano, abriendo así el camino a esa otra eventualidad de grandeza insospechada (palabras de don Gonzalo): convertirme en un católico activo y anuente. Tan sólo me quedaban, pues, dos días para hacer un profundo examen de conciencia —debía tener un montón de pecados, al menos mi confesor estaba seguro de ello— para confesar en la víspera de mi primera comunión, a la hora del último ángelus. Como la única iglesia a treinta kilómetros a la redonda no respetaba demasiado el orden del día, don Gonzalo me explicó, a regañadientes, que el último ángelus quería decir a las siete de la tarde, en punto.

Ella, mamá, debió tomarse la cosa muy en serio y prohibió enérgicamente a mi hermano que me llevara a recorrer *nuestras tierras*.

«Cuanto menos lo molestes en estos dos días, mejor para él y para su conciencia. Ya tendréis tiempo *después*».

Contrariamente a mis deseos, mi hermano Antonio desapareció acto seguido de casa. Sólo lo veíamos en las comidas, y no siempre. Me pusieron en la habitación que correspondía a nuestro cuarto en la casa de la ciudad, y Clara preparó la cama de mi hermano en la habitación gemela del despacho de papá. Aquella brutal amputación de mi hermano provocó en mí un deseo de venganza. La cama donde estuve a punto de ahogarme en mi propio sudor solitario me parecía enorme y enormemente vacía. (La misma que prepararé cuidadosamente a las cinco y un minuto del viernes pasado y

que no sé si, cuando llegues, dictará mi sentencia de vida o de muerte). Mis manos se posaban en los lugares en que acostumbraban a sentir las de mi hermano y sólo hallaban un deseo reblandecido. Entonces la angustia las crispaba, como rabos de lagartija cortados a bastonazos. Mi espalda buscaba en vano el pecho, el vientre, los muslos de mi hermano, apoyos de los que siempre se había beneficiado. Creí que mi cuerpo, amputado del cuerpo de mi hermano, ya no podría funcionar de noche. El sudor me chorreaba por la piel, como si me hubiera convertido en una vieja tubería: por mis poros dilatados se vaciaba mi ser. Lenta hemorragia. Pero ni una lágrima. Sólo sudor. Me levanté, pálido y flaco, fantasma de mí mismo. La ropa se me había ensanchado, o quizás era yo quien había encogido. Todos pensaron que me tomaba muy en serio lo del examen de conciencia. Ella, mamá, me miró encantada, y me pareció ver en sus ojos un punto de admiración hacia mi capacidad de fingimiento. Tan sólo Clara me preguntó, preocupada, si había dormido bien:

—Sí.

—Mira, cariño… No vayas a pensar que *todo* en este mundo es pecado.

—No.

—Pues no te preocupes. Yo, tu Clara-pulcra, te aseguro que estás más limpio que la ropa recién lavada.

—Claro.

Contestaba a sus preguntas, pero mis ojos buscaban a mi hermano. Y no estaba. Ni en las habitaciones que entreveía a través de las puertas abiertas; ni en el jardín, al mirar por la ventana. Su cama estaba deshecha y vacía. Él sí que había dormido.

Por la tarde llegó al cortijo un coche y, en su interior, la mancha negra de don Gonzalo. Fue lo único digno de mención. Y la desesperación de ver que el tiempo no pasaba. Y la ausencia. *Su* ausencia.

A las siete, como estaba previsto, antes de cenar, don Gonzalo me recibió en un rincón de la biblioteca que mamá había transformado en confesionario con unos terciopelos burdeos, un sillón de monje y un reclinatorio. Y allí, tras haberme dado su bendición, comenzó el interrogatorio.

Al principio, las preguntas eran de una trivialidad sorprendente.

Mentirijillas, hurtillos sin importancia (puede que mi confesor no fuera consciente de que los niños ricos no robábamos monedas), ojear ciertos libros sin el permiso de mis mayores, desobedecer a mamá o a otras personas, excluyendo a Clara. Parecía que la cosa no iba a ser tan tremenda; el cansancio y el aburrimiento se iban apoderando de mí. Pero de pronto abordó el tema de la desnudez:

—Me han dicho que desde muy pequeño duermes con tu hermano. (Mamá-chivata).

—Sí, padre.

—No es que sea excesivamente grave, teniendo en cuenta el parentesco que os une. Pero… ¿no has notado nunca, a través del pijama, algún contacto, digamos… extraño, entre tu cuerpo y el suyo?

—Dormimos sin pijama, padre. Los tenemos, de seda, con nuestras iniciales bordadas, y hechos a medida. Pero no nos los ponemos. Es un pecado de vanidad y de lujo inútil, que quería confesar.

—No es muy peligroso para la salud del alma, hijo. A través del calzoncillo… ¿algo que te haya sorprendido, incluso repugnado? Tu hermano es mayor que tú y está mucho más desarrollado.

—Sin calzoncillos, padre.

—¿Desnudos?

—Sí.

—¿Los dos?

—Sí, desde siempre. ¿Quiere que le cuente cómo he visto con mis ojos de niño el sorprendente desarrollo de mi hermano?

—¡No! Y… ¿te quiere mucho?

—Sí, padre. ¿Es pecado?

—Puede, hijo mío, puede. Depende de la manera de dormir. Los actos aparentemente más inocentes, a veces, los dicta el diablo, que es un malandrín.

—Entonces, se lo voy a explicar, padre. Y usted verá qué le parece. Soy muy miedoso. Desde que era un crío. Y muy friolero. Mi hermano debió de darse cuenta y, desde que yo era un bebé, me metió en su cama. Y nunca más me dejó en la cuna. Además, yo me ponía a chillar cuando, para hacerme rabiar, lo intentaba.

—¿Intentaba qué, hijo mío?

—Meterme en la cuna.

—¡Ah! Simples pecadillos de niño mimado. Y… de vez en cuando, ¿se le transforma algo a tu hermano?

—De vez en cuando no, padre. Todas las noches.

—Explícate, hijo mío.

—Es que no sé exactamente lo que usted quiere saber.

—Todo, hijo mío. En una confesión, uno debe decirlo *todo*.

—¿Los pecados, padre?

—Hijo mío, hay muy pocas cosas en este mundo que no sean pecado. Y piensa que el juicio del pecador nunca es objetivo. El juicio objetivo lo detenta, gracias a Dios, el confesor.

—^Vale, padre. *Mea culpa*. A veces, no me apetece.

—¿No te apetece qué, hijo mío?

—Sentir miedo o frío dos veces en la misma noche.

—¿Dos veces?

—O tres.

—¿Pero tú te das cuenta de lo que dices?

—¿Cuenta de qué, padre?

—¡Del modo que tiene de calentarte, hijo!

—¡Ah, sí! ¡De eso sí que me doy cuenta, padre! A los diez minutos, ya estoy sudando. Me aso. Es mucho mejor que la gimnasia que hace él solo. Suda más que cuando hace los ejercicios. Siempre se lo he dicho.

—¿Conoces, por casualidad, la palabra «fornicación», hijo mío?

—No, padre. Lo siento. Sin embargo, sí que conozco la palabra «amor». Me la enseñó mi hermano. Apropósito, padre: ¿lleva usted pantalones o calzones bajo la sotana?

—¿Por qué me lo preguntas, hijo mío?

—Porque se empalma usted, como mi hermano cuando estoy a su lado.

—¿Quieres comprobarlo por ti mismo?

—No, padre. No estoy en la postura adecuada, así arrodillado. Tengo la nariz casi encima, y huele mal. Se ve que no se lava usted. Mi hermano sí que se lava. Huele bien… por todas partes.

—¿Te gustaría que me lavara bien y que fuera a tu cuarto esta noche

para terminar la confesión?

—No, padre. Lo único que quiero es que me absuelva de mis pecados. Tengo hambre.

—Espera, pequeño. Todavía tengo que hacerte algunas preguntas sobre el pecado. Dime, ¿recibe visitas, tu padre?

—Pregúnteselo.

—¿Oye la radio?

—Sí.

—¿Qué oye?

—Una cosa muy conocida sobre victoria y paz. Lo dicen casi todos los días.

—¿Y tú lo has oído?

—A veces.

—¿Te gusta?

—Muchísimo.

—¿Ves? Ése sí es un buen camino para conseguir la absolución. O casi. Pero él, ¿qué dice?

—Yo no hablo con mi padre.

—Pero él, si que habla con los demás. Con tu hermano, con la criada, con tu madre…

—¡Pues pregúnteselo a mi madre!

—¡Una santa!

—Una santa.

—¿Has oído en el despacho de tu padre, a altas horas, Radio Pirenaica o Radio Moscú?

—Nunca. Por las noches me da frío y miedo. Estoy en la cama con mi hermano. *Mea culpa*.

—¿Habla por teléfono con sus amigos?

—¿Quién, mi padre?

—Sí, tu padre.

—La exclusividad del teléfono la tiene mamá.

—¿Organiza reuniones con amigos, por las noches, para jugar a las cartas?

—Por las noches me baño con mi hermano, padre. *Mea culpa*. O

duermo.

—¡Vale! Pero ¿no lo habrás oído alguna vez hablar de un señor que se llama Franco?

—¡Anda! A ése lo vi una vez, petrificado, en un caballo. ¿Es muy conocido, no?

—… ¿diciendo que es un asesino o un hijo de puta, por ejemplo?

—No, padre. Es la primera vez que lo oigo, y lo ha dicho usted. ¿Se lo puedo contar a otro cura si la próxima vez no me confiesa usted?

—¡No! ¿Y a la criada tampoco la has oído decir cosas semejantes?

—La criada, padre, se llama Clara. Está muerta. ¿Me oye? ¡Muerta! De pena, de soledad, de asco. Por la derrota. ¡Muerta! Y ahora, padre, deme la absolución o grito. Mamá no debe andar lejos.

—¡Tu madre sí que es una santa!

—Una santa furcia, sí. Y no olvide que soy su hijo.

—¿Es ese don nadie de don Pepe el que te enseña a hablar así?

—¿Por qué no se lo pregunta usted, eso y todo lo demás? A lo mejor él sabe algo.

—*Ego te absolvo…*

Me santigüé con recogimiento.

Durante la cena, mamá dijo:

—Mi hijo Antonio le ayudará mañana a celebrar la misa. Hasta le podrá contestar en latín, quedará bien.

—*Miserere nobis* —contestó mi hermano, muy, muy tranquilo, con una leve sonrisa. (Sin mirarme).

Otra noche de soledad, con los ojos y los poros abiertos. A la mañana siguiente, Clara, despeinada, con la cara sucia y adormilada, llenó la bañera y luego entró en mi habitación diciéndome que me levantara, porque el gran evento iba a empezar. Me ayudó a bañarme.

—Esto no se llama baño, tesoro. En ocasiones como éstas, lo llaman «abluciones». Hace un rato lo estaban diciendo tu señora madre y el señor cura.

Clara cambió el agua y vertió el contenido de un frasco.

—¿Eso qué es?

—Agua de rosas. La ha recomendado tu confesor. No puede celebrar la

misa sin este perfume.

—¡Si supieras la peste que echa él!

—Lo sé perfectamente. Son todos un hatajo de guarros. No hace falta que me lo digas.

Y vació otro frasco.

—¿Y eso?

Agua bendita. Recomendada por tu madre. A grandes males, grandes remedios, me dijo, o algo así.

Me introduje de nuevo en la bañera. Clara consultó un reloj que llevaba en el bolsillo del delantal.

—Siete minutos. Dijo que es un número mágico. Por lo visto trae suerte.

Empecé a temblar de frío. Clara tuvo que sisarle por lo menos dos minutos al tiempo mágico. Tras un buen masaje con la toalla y un buen peinado con el secador, entramos en mi habitación y Clara se puso a deshacer paquetes. Poco a poco aparecieron ante mis ojos la ropa interior de hilo escocés, una camisa blanca de encaje, un traje blanco de alpaca, una pajarita de terciopelo blanco, calcetines de seda blancos, zapatos de charol blancos, guantes de cabritilla blancos. Parecía un merengue (según Clara, estaba como un queso). Me llevó ante el espejo y contempló mi imagen durante mucho rato, sin decir ni pío. Me miraba con cierta frialdad. Me empujó hacia la puerta y bajamos al salón donde las manos de mamá se encargaron de los últimos retoques. Moña de satén blanco, con palomas y cálices bordados en oro, que me prendió a la manga izquierda de la chaqueta con un alfiler de oro y perlas; misal de nácar con más palomas y más cálices de oro; para terminar, rosario de nácar y oro. También me puso mamá en la muñeca un reloj de pulsera de oro y, no sé por qué, me envolvió en una nube de desodorante y de agua de colonia.

—Hoy va a hacer mucho calor. No quiero moscas en el traje.

Comprendí. Luego, con los dedos, palomas aún libres de guantes, me aplicó bajo los ojos una crema especial.

—Estás muy pálido. Y no eres una novia, sino un muchacho.

La miré sin decir nada.

Ella, mamá, se había superado. Vestido negro, como siempre, con perlas por todas partes: pendientes, collar, sortijas y pulsera; sobre una peineta de

concha, llevaba una larga mantilla negra que parecía una flor enlutada; unos largos alfileres con cabeza de perla formaban el pistilo. Guantes negros con palomas y cálices en relieve; misal y rosario de azabache.

Ambos nos pusimos en camino para ir a la capilla. Nos seguía Clara que no había consentido vestirse, con su mandil puesto. Ni rastro de mi hermano ni de mi confesor. Mientras andaba por el sendero empedrado, que los campesinos habían barrido y regado durante horas para evitar que algún resto de yerba seca o de polvo me manchara los zapatos, pensé que estaba metido en un mundo de esquizofrénicos. Clara, detrás de nosotros, no paraba de protestar porque hacía un día espléndido para irse a comer al campo, y no para meterse dos horas, en ayunas, en una capilla que aún olía a excrementos de gallina.

—Y mira que he gastado dos bidones de lejía.

—Por cierto, ¿ha cogido mi vaporizador?

—Sí.

—Gracias a Dios, está usted en todo.

Clara dijo algo de muy mal gusto sobre la manía que nos había entrado a todos, en los últimos meses, de invocar a Dios para cualquier cosa.

—Ni que estuviéramos en un convento.

Ella, mamá, se hizo la sorda.

Diez minutos después, llegábamos a un extraño cercado.

—Es el cementerio familiar —explicó mamá—. Mis padres, mis abuelos y todos sus antepasados están enterrados aquí. Algún día podrás leer en las lápidas sus nombres, su edad y la causa de la muerte. Son de un magnífico mármol, y las inscripciones no se han borrado.

Me sorprendía la locuacidad de mamá y, también, que considerara a sus tatarabuelos como los antepasados de sus padres y de sus abuelos, pero no los suyos. Sería por las enfermedades que los habían llevado a la tumba, para ella indignas de su familia. ¡Nunca se sabe lo que puede uno pillar en los puertos de Singapur o de Macao!

Y por fin llegamos a la capilla, donde ya nos esperaba la comitiva de campesinos. No parecía una ceremonia privada, como mamá había hecho creer a la cofradía de las invisibles, y el comentario de Clara sobre los excrementos de gallina resultó ser cierto. Pero, además, apestaba a mierda

de vaca, de mulo, de cerdo. Aquello olía a estercolero.

Las expresiones en las caras de los campesinos, que debían estar acostumbrados a las excentricidades de mamá, tenían su aquél. En sus ojos se leía la sorpresa y en sus labios se dibujaba una sonrisa festiva.

En resumidas cuentas, que algo sobraba; algo resultaba excesivo bajo el suave sol de aquella primera mañana primaveral: o eran ellos o éramos nosotros. Pero no se ajustaba a mi idea de lo armónico.

Ella, mamá, se puso a vaporizarlo todo, como si la suavidad de la primavera no bastara para perfumar el ambiente campestre. La brisa sólo nos traía olor a podrido, sobre todo a paja requemada.

Dentro de la capilla era todavía peor. Una capa de cal, toneladas de flores andaluzas, dulzonas, y un incensario encendido, cargaban el ambiente hasta hacerlo casi irrespirable. Y la cera de docenas de velas encendidas añadía el último toque.

Era la clásica capilla de cementerio, tan desnuda como un monumento funerario. Ninguna mano de artista había decorado con frescos las paredes o el techo, que nada tenía que ver con la claridad de los cielos, sino más bien con la negrura de los infiernos, y tan sólo un tragaluz dejaba pasar un rayo de sol o de luna, que caía invariablemente en la misma loseta fría, sobre la que reposaba la vieja corona de flores negras, artificiales. Las velas no conseguían irradiar perspectivas de espacio, de misterio o de sosiego. A nadie se le había ocurrido poner la eterna lamparilla de aceite.

En el altar, tan liso y cuadrado como un sarcófago, ricos paños de hilo blanco, bordados, caían hasta el suelo formando una espesa cascada. Espléndidos jarrones de cerámica decorada, llenos de flores artificiales antiguas que mamá guardaba, envueltas en papel de seda, en los armarios del cortijo. Flores de organdí encerado, hechas a mano por monjas anónimas. Los candelabros de latón y plata, tan repujados como los peinados de las negras, brillaban en la oscuridad gracias al ahínco de las manos campesinas. Un gran misal con miniaturas de vivos colores, que don Gonzalo se habría traído de la ciudad. Un crucifijo de marfil, de mirada expresiva, parecía observarnos fijamente. Una gran caja china, hermosísima, con incrustaciones de nácar (pájaros exóticos en pleno vuelo entre bambúes, y muchachas de ojos rasgados que intentaban protegerse

bajo una sombrilla), caja en la que don Gonzalo, a regañadientes, tuvo que guardar el copón, y donde el cuerpo de Cristo permaneció toda la noche. ¿Cómo puede ser que un Dios, tan inmenso para llenar Él solo todo el universo (descripción de don Gonzalo, quizás algo exagerada), cupiera en una caja china no más grande que una jaula de canario? Misterio. Respuesta digna de un católico, pensé.

Ante el altar, dos reclinatorios de caoba y terciopelo escarlata, para que mamá y yo nos arrodilláramos. Y para evitar el cansancio de la larga ceremonia, se habían colocado dos mullidos cojines de satén amarillo en los que nuestras rodillas se hundían cómodamente.

Me horrorizó ver, en la combinación de aquellos dos colores, la pérfida imagen de la bandera nacional, seguramente obra de don Gonzalo, para resaltar la edificante parábola del hijo de un conocido republicano haciendo su primera comunión bajo los auspicios de la victoria y de la paz. Pero decidí interpretarlo como un delirio litúrgico expresado con los medios de a bordo. Hice como mamá: me mojé los dedos en agua bendita y me santigüé ostensiblemente. (La opulencia del gesto —lo leí algún tiempo después— es un rasgo de elegancia, que distingue a la alta burguesía católica del *populacho*. Y el término populacho me viene de un tipo que parecía un personaje del siglo XV pero que fregaba platos conmigo en un restaurante de Londres. Era un marica asturiano de *muy buena* familia; los problemas económicos habían obligado al heredero a emigrar allende los mares. Hay de todo en la viña del Señor).

Nos sentamos, mamá y yo, muy tranquilos y serenos, en los dos sillones junto a los reclinatorios. Yo me sentía ajeno a todo aquel *tinglado*.

Don Gonzalo, de blanco y oro, como un tizón travestido en destello, salió por detrás del altar, sin previo aviso. Llevaba las manos juntas en señal de devoción, la mirada baja y las cejas más huidizas que nunca hacia las sienes. Mi hermano Antonio, detrás de él, llevaba un humeante incensario. No había música.

¡Ahí estaba mi hermano! Tras dos días de desaparición casi total y de ausencia absoluta en mi cama. Haciendo caso omiso de la mirada que me echó mamá de reojo, lo miré detenidamente. Me esforzaba por mostrar una frialdad analítica, pero su belleza me trastornó y casi se me cae el librito

nacarado, abierto por la página del introito.

Iba vestido con un traje azul marino, camisa azul oscuro y corbata color crema. Parecía más alto y más fuerte y sus ojos, demasiado azules, se escondían tras los párpados entreabiertos. Por primera vez, lo vi convertido en hombre. Reencarnación de Carlos joven, según la foto de boda de mis padres sobre la cómoda del cuarto de Clara. Su expresión era muy especial; esa expresión de madurez que desprende alguien que ha tomado una decisión definitiva. Me hubiera gustado saber cuál.

Sentí que mamá, a mi lado, perdía su serenidad habitual. Aunque no se movió, sí noté su conmoción. Dejé de mirar a mi hermano para mirarla a ella, y vi su sonrisa, cuyas vibraciones apasionadas y luminosas lo eclipsaban todo. Ella, mamá, amaba a su hijo, a mi hermano Antonio, y su presencia le traía recuerdos de Carlos joven, apoyado en el tronco de un olmo, esperando, ardiente, a la jovencita que venía a reunirse con él en la oscuridad de la noche. A pesar mío, me sentí su hijo.

Se inició la misa. El latín desveló sus poderes mágicos y me hechizó, echando por tierra toda mi resistencia. Yo no veía a Dios por ninguna parte en la capilla, pero la Iglesia, con sus artimañas de misterio y de ritos, se iba apoderando de mi sensibilidad. La presencia de mi hermano me inducía a desear un Apocalipsis. Las palabras en latín que salían suavemente de su boca acariciaban los rincones más secretos de mi cuerpo, como si fueran dirigidas a mí y no a Dios. Y cuando mamá y yo nos acercamos al altar abrió los ojos, fijó en mí su mirada, y me hinqué de rodillas en el reclinatorio, porque la tormenta del deseo me dejó sin fuerzas. Se pasó la lengua húmeda por los labios e instintivamente hice lo mismo. Me daba señales de vida y yo, señales de muerte. Porque sin duda serían la vida y la muerte lo que tendríamos que afrontar en el futuro; la vida y la muerte del amor. Me recorrió un escalofrío.

Aunque se volvió hacia el altar, ceremonioso en plena ceremonia, sentía su mirada fija en mí, me veía, más allá de cualquier apariencia. Tenía mi imagen clavada en sus ojos y ni los objetos, ni las personas, ni siquiera mi ausencia, podían borrarla de su retina. Estaba en él. Mezclado con él. Mi felicidad era mayor que la de Dios, si es que la felicidad de Dios es verdaderamente infinita como dicen.

La campanilla de plata, que mi hermano manejaba con destreza, anunció el ofertorio. Don Gonzalo consagró el vino y elevó el cáliz, consagró la hostia y elevó al Dios redondo por encima de su cabeza. El silencio era total; no intenté comprender el misterio de la transubstanciación y me dejé llevar por ciertas oleadas de inquietud. Mi hermano se había arrodillado ante el altar para recibir la comunión. Miraba fijamente a don Gonzalo a quien, me pareció, le temblaba un poco el pulso. Supuse que aquella misma mañana había confesado a mi hermano, y que salió a relucir el tema de nuestras relaciones. El cura estaba trastornado. La confesión de mi hermano tuvo que ser movidita. Me dieron ganas de consolar al tonsurado diciéndole que, de todas formas, el pecado era su universo, y que no le convenía moverse en un universo de gracia, como si un pez de agua viva se metiera en una charca de barro. Pero me contuve.

Después se acercaron ambos a mamá y a mí, que estábamos arrodillados. Don Gonzalo sacó fuerzas de flaqueza para poner en su mirada un éxtasis ilimitado. Despacio, con claridad, pronunció las frases en latín y le dio la comunión a mamá. Luego se puso enfrente de mí, con mi hermano Antonio a su derecha, sosteniendo la patena de plata grabada en oro bajo mi barbilla, por si la hostia se cayera de alguna torpe boca. En ese instante, me imaginé tal eventualidad y oí que Dios lanzaba un grito despavorido. Aunque la distancia entre mi boca y el suelo era mínima, sí que había un vacío. Y me pregunté cómo era posible que Dios tuviera tanto miedo al vacío. Precisamente Él, que vivía en el vacío desde los siglos de los siglos amén. Abrí la boca, y el cuerpo de Cristo se tumbó, indolente, en mi lengua. Oleadas de saliva me cubrían los dientes. La víspera, mi confesor me había advertido de que bajo ningún pretexto me tragara la hostia antes de que se me hubiera deshecho en la boca, y sobre todo que no la mordiera, so pena de que una bocanada de sangre del Redentor me asfixiara para siempre; pero ahora temía que Él se ahogara en la catarata de saliva que segregaba mi boca. Mi hermano Antonio, dejando estupefacto a don Gonzalo, se arrodilló frente a mí y, muy lentamente, me besó los labios diciendo:

—Despacio, cariño. (En voz muy baja).

Ella, mamá, sonrió e irguió la cabeza. No había traído al mundo un cataclismo, sino dos. Y se sentía orgullosa.

Posiblemente esa mirada de orgullo fue la causa de que don Gonzalo acabara la misa a toda velocidad, como si de pronto se hubiera percatado de que ya era tarde para andarse con remilgos. Y regresamos todos al cortijo para tomar el desayuno de mi primera comunión.

En el vestíbulo, en el salón y en la cocina habían dispuesto grandes mesas con entremeses salados, pasteles exquisitos y orzas de cerámica llenas de sangría especial, con champán y frutas. Sin duda mamá había puesto a trabajar en secreto a todas las monjas cocineras y pasteleras de los alrededores. Me pregunté cómo, siendo sólo cinco, nos podríamos comer todo aquello. Pero por el paseo central del jardín apareció la larga procesión de campesinos que trabajaban en las tierras de mamá, encabezada por Clara. Ponía voz de sargento para mantener el orden. Y, a trancas y barrancas, consiguió —Clara republicana— ponerlos a todos en fila para que me regalaran la tradicional moneda, señal de un júbilo más bien profano. Tras lo cual, se abalanzaron sobre las exquisiteces como cuervos hambrientos. Ella, mamá, se reía extasiada, prodigando continuos consejos para evitar indigestiones.

—En ocasiones como ésta me siento más a gusto con ellos que con mis propios amigos —le confió a don Gonzalo—. Ya no soporto a los petulantes que apenas mordisquean la comida.

—También son hijos de Dios, hija mía.

—Sé perfectamente que todos mis amigos son hijos de Dios, padre.

—No me refería a ellos, hija mía.

—¿A quiénes entonces?

—A sus asalariados.

—Nunca lo puse en duda, padre —respondió mamá con una elegante sonrisa.

Y Clara, que pasaba en aquel momento, como por casualidad, añadió su granito de arena:

—Pero hijos olvidados.

—¿Crees que el Señor se ha olvidado de ti, hija mía? —le preguntó el cura descubriendo sus dientes de caníbal.

Y Clara, más profunda y oscura que un pozo, como de costumbre, pero sonriendo, dijo, cortante:

—No creo que me hayan olvidado. Estoy muerta, y los muertos no necesitan que nadie se acuerde de ellos.

Vino a besarme en las mejillas:

—¡Pero éste, sí que está vivo!

Se echó a reír entre los aplausos de los campesinos, con las bocas y los bolsillos llenos. Entre la barahúnda, oí que nuestro confesor le preguntaba a mamá:

—¿Está usted segura, hija mía, de que su personal no descuida los deberes para con la religión? Espero que tenga usted muy claro que, tras una guerra civil, es imprescindible volver al orden de la fe y a la práctica de la fe.

Ella, mamá, no se dignó contestar a una pregunta tan poco delicada.

Cuando acabó el desfile, se me acercó mi hermano Antonio, me cogió la mano y me puso una sortija de oro finamente labrada, con un corazón tallado en el sello y, en el interior, nuestras iniciales y la fecha de aquel día.

—Es la fecha de mi primera comunión. ¿Tanto te importa?

—Sí.

—Pues no lo parece. Hace dos días que no te veo.

—Ya te enterarás por qué me importa tanto esta fecha. Ahora, vamos a dar una vuelta. Te voy a enseñar nuestras tierras.

Nuestras tierras. La expresión me pareció un poco rara. Nunca había considerado mío lo que pertenecía a mamá. Pero mi hermano no lo veía así.

Salimos del cortijo bajo la mirada de mamá y de don Gonzalo, que no hicieron comentario alguno. Todo volvía a su ser. De nuevo formaba parte del mundo de mi hermano, estaba bajo su protección.

Fuera, desde la explanada, Antonio me señaló los límites de *nuestras tierras* y me propuso que decidiera yo mismo qué dirección íbamos a tomar.

—Enséñame lo que quieras. Tú sabrás mejor que yo.

Me cogió de la mano y me llevó hacia un cerro pelado y quemado por el sol desde tiempo inmemorial. Era como andar sobre un planeta muerto, rodeado de rocas y envuelto en polvo. A la vez hermoso y desolador. Una pareja de audaces cuervos saltaba entre las rocas.

—¿Qué hacen?

—Están acechando culebras.

—¿Hay culebras por aquí?

Por lo visto me tembló la voz. Mi hermano se echó a reír.

—Sí, más gordas que una soga. Pero no te preocupes, no son venenosas.

—No me preocupo.

—Vale. ¿Ves aquella montaña? Ahí está el manantial. Te lo voy a enseñar.

—¿No está muy lejos?

—A una hora, andando. ¿Te sientes capaz?

—¡Claro que sí!

—¡Pues vamos!

Nos alejamos del cerro de las culebras por un camino tortuoso, y anduvimos mucho rato bajo olivos y almendros cuajados de frutos verdes. Por allí se andaba mejor. Una ligera brisa intentaba decirnos que estábamos en primavera, que hacía fresco, pero no lo conseguía del todo. Las cigarras cantaban y se callaban bruscamente a nuestro paso. Mi hermano cogió una y, con el puño cerrado, me la dio. La cogí, no sin cierto respeto. Me parecía tener en la mano un trozo de madera viva. Se puso a aletear y la solté. Pero mi hermano Antonio se echó a reír, como siempre. Parecía pensar en otra cosa. Me dije que no me gustaba nada recorrer *nuestras tierras*. Consulté ostensiblemente el reloj de oro.

—Hace más de una hora que andamos.

—Todavía queda un ratito. Está un poco más lejos. Te dije una hora para no asustarte.

Me callé.

—¿Estás cansado? ¿Quieres que te suba a hombros?

—No estoy cansado. Y ya no soy un crío para que me subas a hombros.

—Eso mismo pienso yo.

Pero tras media hora de andar entre viñas, y además, cuidando de no estropearme la lujosa ropa, tuve que colgarme del brazo de mi hermano. Tomó mi mano en la suya y, volviéndose, me dio el primer beso apasionado de los últimos dos días, que me habían parecido una eternidad. Aquello produjo un efecto sexual inmediato en él, y yo volví a la vida. Empecé a hablar por los codos y no obvié ni un detalle de nuestro paseo.

Serían las once de la mañana cuando llegamos, por fin, a la cumbre, tan

rocosa como el cerro de las culebras, pero el impecable azul del cielo le añadía una belleza serena. Dos águilas volaban, casi inmóviles, como si se estuvieran paseando.

Jadeantes, yo al menos, nos detuvimos en la boca de una antigua mina, rodeada de juncos, mosquitos y libélulas. Crecía una yerba fresca, como un prodigio de ternura, y, al vernos, un conejo gris se dio a la fuga. Se oía un murmullo de agua. Y es que había un riachuelo canalizado que bajaba hacia *nuestras tierras*.

Mi hermano Antonio se sacó del bolsillo una linterna y me dijo que íbamos a entrar en la mina.

—¿Está muy oscuro, no?

—¡Pero estás conmigo!

Parecía enfadado e impaciente. Le pasaba algo.

Agarrándome a su mano, lo seguí durante unos trescientos metros en la oscuridad y la humedad, doblando la espalda. Los murciélagos, adheridos a las paredes de mampostería, se agitaban cuando los alcanzaba el rayo de la linterna, produciéndome un repelús. Y luego vi un resplandor, que se fue convirtiendo en sol cegador al final de la oscuridad. Pensé que era otra salida de la mina. Pero me equivocaba. Al llegar, me di cuenta de que estábamos en un enorme pozo de unos cinco metros de ancho por, al menos, quince de alto. En el centro nacía el manantial: el fondo del pozo estaba cubierto de arena fina, y todo el hueco era una densa nube de mariposas blancas.

Con la boca abierta, contemplé aquella especie de milagro, surgido del corazón de la piedra. Arriba brillaba un sol de justicia, pero aquí, la fresca sombra de las higueras silvestres que rodeaban el fondo del pozo suavizaba el calor. Y el enjambre de mariposas llenaba el aire de una dorada transparencia.

—¿Estás cansado?

—Sí.

—Túmbate en la arena. Está muy limpia.

Lo hice. El manantial daba al gris oscuro de la arena un tibio frescor.

—¿Tienes sed?

—Sí.

Mi hermano me dio de beber en el hueco de su mano.

—¿Calor?

—Sí.

Mi hermano empezó a desnudarme, colocando con esmero mi ropa en un rincón, previamente doblada, junto con el libro de oraciones, el rosario y los zapatos.

Aquello duró varios minutos, durante los cuales mi hermano no dejó de mirarme, y sus manos expertas me acariciaban cada parte del cuerpo mientras me iba desnudando. Poco a poco me percaté de que el tipo de caricias era distinto, que sus manos pretendían que yo tomara conciencia de su actividad y de las reacciones de mi propio cuerpo. Tenía delante a otra persona, a un hombre cuyo auténtico deseo, controlado desde siempre, iba, por fin, a realizarse en mí.

Y yo también era otro, aunque seguía siendo el mismo. Aquellas sensaciones tan conocidas que experimentaba al contacto de mi hermano, me provocaban ahora una fuerza salvaje y un intenso desfallecimiento. Antes de que desapareciera de mi garganta el cuerpo de Cristo, la lengua de mi hermano se introducía en ella, ávida e insaciable, para no dejar ni rastro. Me sentía asustado y exaltado a la vez. Me estremecía, perdido para siempre en ese nuevo encuentro. Creí que, bajo el sol tamizado y el blanco torbellino de las mariposas, mi hermano no se desnudaría nunca. El sentirme abrazado, completamente desnudo contra su ropa, me volvía loco. Él mantenía escondidos todos sus viriles secretos, y puede que por eso, deseara cada vez más mi carne.

Hasta que no pudo contener por más tiempo su deseo. Se bajó a medias el pantalón y me penetró de un solo impulso. El aire lleno de mariposas se estremeció con mi grito, y una lluvia de moléculas doradas se abatió sobre nosotros.

—¡Grita, grita más fuerte, no tengas miedo!

Mi hermano seguía dentro de mí; sus brazos temblorosos me apretaban con todas sus fuerzas; me mordía el pelo.

Fue el momento más largo y más corto de mi vida. Sentí que, *de verdad*, era el día de mi primera comunión y que así lo había decidido mi hermano Antonio, con toda tranquilidad. Ahora sabía que no me apartó de su

pensamiento durante los dos días en que había desertado de mi cama. Por el contrario, su voluntad de enamorado había planificado al detalle mi retirada definitiva del mundo de los demás y mi inserción definitiva en su propio mundo.

—¿Te he hecho daño?

—… Sí… No…

—¿Quieres que me salga?

—¡No! ¡Quédate, quédate!

—¡Bien! (De nuevo el grito, mezcla de alegría y de dolor, y la lluvia dorada de las mariposas). ¡Tonio!

—Dime, cariño.

—¿Me quieres?

—¡Te quiero!

A mi hermano le gustaron tanto las palabras «te quiero» que las repitió infinitas veces, mientras se introducía un poco más dentro de mí y se adueñaba del loco descubrimiento de mi cuerpo, mezclando en su boca sus gritos con los míos.

Tuve mi primer auténtico orgasmo en el lugar más hermoso del mundo, y mi hermano lo había elegido para mí. El agua del manantial me susurraba al oído y mis ojos se perdían en un caleidoscopio de mariposas. Todo ello dominado por el rostro-dios de mi hermano.

—¿Sabes que eres mi dios?

—Sé que eres mi dios.

¿Quién preguntó? ¿Quién respondió? Imposible saberlo. Las palabras del uno se formaban en la boca del otro. Al pronunciarlas, las oíamos en nuestro interior.

Nos quedamos allí varias horas. Mi hermano me tomó tres veces y conseguí aguantar su peso todo el tiempo necesario. Me gustaba el dolor despiadado que me imponía mi hermano y que me llevaba al borde del delirio. Pero era consciente de que tal delirio era el universo que él me había preparado durante años, que lo arrastraba a él también, tan insoslayablemente como a mí.

Cuando se fue el sol del pozo de las mariposas, mi hermano Antonio decidió que regresáramos. Tenía el pantalón manchado de sangre y yo no

podía tenerme en pie. Lavó con agua del manantial la parte de mi cuerpo *que más quería*, y que teníamos que cuidar muchísimo *para que no se nos averiara*. Le pareció gracioso su cinismo, y se echó a reír como un loco, como siempre.

Yo lo miraba, muy serio.

—¿No me crees?

No le contesté y me agarré a él mientras me ayudaba a vestirme. Abandonamos el pozo de las mariposas, la mina, y tomamos el camino del cortijo. Yo andaba como un inválido, sostenido por el brazo de mi hermano, que empezaba a preocuparse.

—¿No te sentirás mal, verdad?

—¡Qué va!

Poco a poco, fui recuperando las fuerzas; levanté la cabeza y lo besé en la boca. La cara se le llenó de alegría y me mordió la nariz.

—¿Ya estás bien?

—¡Claro! Si quieres, lo hacemos otra vez.

Mi hermano me apretó el cuello.

—Esta noche.

—Vale.

Llegamos a casa con los últimos rayos de sol. Hambrientos. Antonio le preguntó a Clara si la cena estaba lista. Y ella contestó que sí. Mamá y don Gonzalo nos miraban en medio del monstruoso campo de batalla que era el vestíbulo después de la celebración. Nuestro señor confesor preguntó:

—¿Habéis disfrutado del paseo?

—Sí, gracias.

—Ha hecho conmigo su visita de propietario. Desde hoy, ya no es un niño.

Ambos, mamá y el cura, echaron inconscientemente una ojeada a la bragueta de mi hermano, donde quedaban ciertas manchas dudosas. Pude leer sus pensamientos con suma facilidad.

Unos minutos después nos sentamos a la mesa, y, nada más acabar la comida, mi hermano Antonio y yo subimos a nuestro cuarto. Clara había puesto sábanas limpias, que olían a membrillo, y dos almohadas. También nos había preparado los pijamas… por aquello de las apariencias. (Clara-

prudente).

CAPITULO 14

El señor especialista en casos perdidos decidió que en septiembre estaría preparado para presentarme al examen de ingreso. Observé que no había dicho que estaría preparado para *aprobar*, pero se sobreentendía. Me conocía muy bien y sabía que tras mi aparente indiferencia se escondía una curiosidad insaciable.

De modo que aquel verano, mientras mi hermano se empollaba unos tochos gordísimos de matemáticas, de física y de química para entrar en la escuela de ingenieros, mamá casi se vuelve loca preparando mi *equipo* para el curso siguiente. Sus manos estaban continuamente ocupadas llamando por teléfono, o con muestras de tejidos que examinaba, meticulosa, a la luz casi inexistente de las puertas vidriera del salón; o firmando sin parar facturas y cheques, o jugueteando, distraídas, con un par de gafas con montura de oro que yo nunca le había visto y que le conferían el respetable encanto de una mujer de negocios. Posiblemente aquellas gafas fueron un simple capricho momentáneo y nunca antes habían adornado la nariz de mamá. Para Clara, todo aquello era una pura exageración, y oí su comentario cuando me disponía a salir al jardín:

—Cualquiera diría que no tienes nada que ponerte, pobrecito. Si algún día te casas, habrá que alquilar una mansión sólo para los preparativos.

La miré sin contestar. Y ella se puso colorada. Los dos sabíamos que el comentario sobre un posible matrimonio por mi parte estaba fuera de lugar. No íbamos a empezar ya con los tópicos. Además, yo estaba casado. Con

mi hermano Antonio. Y punto. Altivo, me fui al jardín y le dije al mirlo:

—¡Hay que ver! ¡No tiene el menor sentido de la realidad!

El mirlo empezó a quitarse las pulgas bajo las alas, sin contestar, y yo, un poco picado, me dije que se estaba haciendo viejo. Cualquier día acabaría entre las patas de algún gato, y adiós amigo.

El sastre venía dos veces por semana para tomarme y retomarme medidas y para que me probara chaquetas, pantalones, camisas y abrigos. A mamá se le ocurrió encargarle también una capa *para los días de viento*. Yo no me veía así vestido, pero tuve que resignarme. El día de la última prueba de la capa, en el espejo de la entrada, me vi hecho un canario disfrazado de enterrador. Para vengarme, pregunté:

—¿Y Tonio no necesita nada, para la Escuela de ingenieros?

Ella, mamá, respondió orgullosa:

—Él tiene su sastre y su camisero. Y también sus propios gustos. A ti, sin embargo, todavía te tenemos que educar el gusto.

—Yo nunca lo he visto con capa.

—A él no le va. Es lo suficientemente alto y fuerte como para no pasar desapercibido. Pero tú, si no conseguimos darte una *cierta* distinción, serás uno de tantos, y eso hay que evitarlo.

Me vino a la mente la confesión de mamá a Clara; *Una jovencita, querida…* No venía a cuento, ni tenía motivos para recordarlo, pero quizás mamá se refería a que una mujer como Dios manda no debía ir por la calle dejándose piropear por soldados y albañiles: aquello era ajeno a su universo. Me asimilaba a su propia educación y se ocupaba con gusto de todos los detalles de mi primera entrada oficial en el mundo. Sin importarle que yo fuera un muchacho en lugar de una chica. Para ella, ya había un hombre en mi entorno. Más que suficiente.

Sin embargo, tenía sus sospechas sobre mis salidas esporádicas, que me permitían conocer bastante bien la ciudad, y sabía que mi hermano Antonio me llevaba al cine casi todos los domingos por la tarde, y que nos sentábamos a veces en la terraza del café Colón para tomar un helado. Pero eso no contaba, porque no era ella quien había organizado tales paseos. Mi *auténtica* salida sería en septiembre, para ir al instituto.

Gracias a aquellas idas y venidas fuera de programa, comprendí que mi

vida no estaba en la ciudad. Me sentía ajeno a ella. La gente saludaba a mi hermano, le preguntaban por mamá y papá, y, a veces, sus amigos se sentaban en nuestra mesa, pero a mí no me hacían ni caso. Y estaba harto. Mi hermano Antonio se había acostumbrado a salir siempre conmigo, con su brazo alrededor de mi hombro, y no le importaba besarme en público cuando le apetecía. Apostábamos hasta dónde llegaría en su atrevimiento. Un domingo, al salir de misa de una, a la que asistía toda la gente bien de la ciudad, mi hermano me enseñó dos palomas que se estaban dando el pico en la cornisa de la iglesia y, delante de todos, me besó en la boca. Sin prisas. Luego me cogió del brazo y nos dirigimos, tan tranquilos, a la terraza de un café.

Aquello me excitaba muchísimo y me permitía valorar el mundo exterior mejor que cuando era pequeño. Pero sobre todo, lo valoraba por ser un lugar perfectamente organizado en el que podíamos formar un follón sin que nadie se atreviera a decir ni pío. Antonio y yo éramos *hermanos*, todos sabían que yo había estado *muy enfermo* y que mi hermano mayor había cuidado siempre de mí. ¿No era natural, por lo tanto, que sintiera hacia mí un tierno amor, y que lo demostrara en público?

¡Pero de vez en cuando, sorprendía ciertas miradas que me escocían! A cuántas personas he visto a punto de escupir con desprecio la palabra «marica», cuando esa palabra se les tenía que haber podrido entre los dientes, porque no tenían derecho a pronunciarla, ya que todo lo que ocurría entre mi hermano y yo se quedaba en familia, y la familia es sagrada.

Me ponía como un tomate, no de vergüenza sino de rabia. Y me percataba, furioso, de que los discursos de don Gonzalo no habían caído en saco roto. Entonces me decía que, si para exhibir mi rebeldía con toda impunidad, tenía que hacerme católico practicante, siempre me quedaba el recurso de no *sentirme* católico. (Me equivocaba. A pesar mío, me dejé enganchar cuando iba al instituto, y llegué incluso a rechazar a mi hermano, que se volvía loco de rabia y me tomaba a la fuerza. Pero eso ocurría de tarde en tarde, en mis momentos de misticismo agudo. Entonces, los desahogos de mi hermano sobre mi cuerpo pasivo me llenaban de tristeza y de felicidad. Cuando se es verdaderamente católico, no se puede prescindir del pecado).

Me acostumbré a la ciudad y a sus banderas, sin conseguir nunca separar ambas cosas. Y, después de un tiempo, ni me fijé en ellas. Me encerré en mí mismo, diciéndome que mi mundo personal estaba hecho de una pasta diferente, que nunca debía contaminarse con las aberraciones del mundo de los demás.

Son las nueve de la noche y no tengo sueño. Clara me ha servido la cena en el jardín, bajo el castaño, y, a los cinco minutos ya me habían invadido las moscas y las hormigas. Las observo: son pequeñas y rubias, como yo. Las dejo tranquilas, sin decir nada, sin hacer un gesto. Si no, vendrá Clara con el enorme vaporizador y hará una matanza. Es una lata eso de que inviten a mi hermano a cenar en casa de los amigos y que yo tenga que cenar solo. Por eso he comido como los pavos. Y he echado en el suelo y en el mantel un montón de miguitas: para sentir la presencia de alguien, aunque sea la de los insectos.

Hace un rato, vi que Clara ponía la mesa para dos en el salón. Con mucho detalle. Le pregunté si mamá tenía *invitados*, pero me dijo que no. Tras un largo interrogatorio, le saqué que hoy es el aniversario de boda de papá y mamá. No creo que a Clara le entusiasme la celebración. Parece trastornada. Sus respuestas bruscas denotan una cierta tristeza, muy propio de ella que no se sincera nunca. Una de dos: o está pensando en Carlos, o está triste porque no puede celebrar su propio aniversario de boda. Se quedó viuda cuando la guerra. Siempre la he conocido viuda, Clara sola, Clara nuestra. Pero a nosotros, nunca nos consideró suyos. En fin, ni ganas de estudiar, ni ganas de dormir. Me subo al cuarto, pero vuelvo a bajar enseguida y salgo al jardín. En verano hace demasiado calor y bajo el castaño, puede que encuentre un poco de frescor procedente del mar.

Increíble: mamá se ha atrevido a abrir de par en par las puertas vidriera del salón. O quizás las ha abierto Clara y ella, mamá, no las ha cerrado. Magnífica ocasión para asistir a la cena de aniversario de mis padres sin que me vean. Busco un lugar oscuro bajo el castaño de Indias. Por ahí, entre las flores, un grillo sustituye, con poco éxito, los silbidos del mirlo, que duerme a estas horas. Se oye mejor el chorrito de la fuente, sólo perceptible en el silencio de la noche.

Ella, mamá, llega la primera, y enciende las sempiternas velas amarillas.

No quiero insistir sobre el amarilleo total de la mesa: es, desde siempre, la enfermedad imaginaria de mamá. Esta noche se reproduce, con todo esplendor y artificio, en el conjunto de topacios que mamá luce para la ocasión. Está guapísima. Arregla, con sus manos imprecisas, que no terminan nunca de posarse en ningún sitio, pequeños detalles de la mesa, y besa apasionadamente las dos rosas rojas que Clara ha dispuesto. Me quedo atónito. ¿Por qué rojas? Tendré que preguntárselo más tarde a Clara. Pero olvido el decorado debido a la súbita luz que ha inundado el rostro de mamá. ¡Dios, qué guapa está! Acaricia la silla en la que, seguramente, papá se sentará. Y lo entiendo todo: espera a Carlos. En principio, si la vida hubiera sido para ellos algo más o algo menos de lo que es en realidad, en este preciso instante Carlos debería estar poniéndose una gotita de perfume en el bigote y un clavel rojo en la solapa. Afirmaría, ante el espejo, la fuerza de sus piernas para recibir el peso de los rellenos muslos de mamá. Y se sentiría tan joven y vigoroso como hace veinte años, cuando se casaron. En principio. Pero me temo que la realidad tiene tan poco sentido como la repentina belleza de mamá.

Y, en efecto, llega la realidad: papá. Traje negro vistiendo a la vejez. Nada de clavel rojo. Unas piernas que no se quisieran arrastrar, pero que se arrastran.

—Buenas, noches, querida.

—Buenas noches, amor mío.

Me parece inconcebible que se hablen así. Su beso se deshace en la luz amarilla y les deja alrededor de la boca una blandura de algodón. El salón se descompone en una especie de miseria física. Espera inútil. Carlos no ha venido.

¿Pero cómo puede ser que ella, mamá, siga acudiendo agonizante de belleza a una cita sin esperanza?

—Deberías haberte puesto un clavel rojo en la solapa, mi vida. Es la imagen tuya que más me gusta.

Papá sonríe:

—Cuando éramos jóvenes, el clavel te parecía muy vulgar.

—^Vulgar, no. Bárbaro. No es lo mismo. ¿Por qué te descuidas tanto?

—Tienes razón, me descuido demasiado. Pero tampoco soy el que era.

—¡Perdona, mi vida! No se celebra un aniversario para tomar conciencia de la realidad, sino para recordar. Para resucitar.

Papá sonríe de nuevo. ¿Cómo serían sus abrazos en los tiempos en que la flor de su lenguaje no se había marchitado?

—Sabes, Matilde, hay una realidad que nunca podré ignorar: eres la mujer más guapa del mundo. Perfecta. Siempre lo has sido, y siempre lo serás. Cuando era joven, con plena capacidad para amarte y analizarte a la vez, te veía como la típica mujer que había que aniquilar. En el mundo que yo quería construir no había sitio para una mujer como tú. Pero te quería. Me decía que yo iba a cambiar el mundo pero seguiría contigo… aunque fuera disfrazándote. Curiosa contradicción: no he conseguido ni lo uno ni lo otro. Ni he cambiado el mundo, ni sigo contigo.

—Mi vida…

—Te has quedado conmigo. No es lo mismo.

Por lo que se ve, el aniversario se presenta triste. Algo así como una fiesta de muertos. No me extrañaría nada que al final de la cena sólo quedaran dos esqueletos amarillentos, sentados cada uno en su silla, cogidos de la mano, tiernamente grotescos.

La aparición de Clara detiene mis reflexiones. Entra con dos copas de Jerez.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Clara.

—Querida, le he dicho que traiga tres copas. Insisto en que nos acompañe en el brindis. A veces, su comportamiento me duele y me entristece.

Clara se calla. Sale y regresa a los pocos segundos con una tercera copa de Jerez.

—Perdone, señora, siempre se me olvida lo que no debo olvidar.

—Clara, ¿se acuerda de cuando los tres éramos niños?

—Me acuerdo de cuando los cuatro éramos niños.

—¡Sí, claro! Los cuatro. Él también está en mis recuerdos. Mi caballo era siempre el más hermoso, el más limpio de la región, porque él quería verme en el caballo más hermoso del mundo, me decía.

—Usted, siempre vestida de organdí, siempre transparente. Yo, en la

cocina. Carlos, en la escuela. Y *él*, en la cuadra. Sin la guerra, hubiéramos permanecido cada uno en nuestro sitio.

—¿Lamenta usted la guerra, Clara?

La pregunta la hace papá. Su voz parece revelar la angustia del que quiere y no quiere saber.

—No. Sólo que la señora y yo seguimos en el mismo sitio. Yo en la cocina, y ella…

—Ya no soy transparente. Ahora soy oscura.

—Pero *él*…

—… y Carlos… ¡Venga! ¡Bebamos! El día de resurrección nos sienta fatal.

Y los tres beben. Sin una lágrima. El tiempo lo petrifica todo. Hasta la mirada. ¿Cómo debe sentirse Carlos al oír hablar de su muerte, acaecida veinte años atrás? Nadie se lo pregunta.

Hasta el final de la cena no hablan de nosotros, de sus dos hijos. Primero de manera imprecisa, pero después con bastante claridad. A papá le preocupa lo que llama *una cierta degradación de nuestra conducta*. (Manera de hablar de mamá. Contagio).

—Están demasiado unidos, ¿no crees?

—Cariño, ¿qué entiendes exactamente por *demasiado unidos*? Papá se puso rojo (absurda reacción, que no pegaba nada con el salón de mamá) y, al final, dijo con brusquedad:

—Me parece que Tonio está sodomizando al niño.

(¡Mierda!).

—¿Y eso te extraña? Es tu hijo, tu vivo retrato.

(¡Mierda!).

—¡Matilde! ¡No irás ahora a acusarme a mí…!

—¡Cariño, por favor! No seas ridículo. Te digo que es tu vivo retrato porque lo es. Y nada más. (Papá iba a decir algo, pero prefirió apurar la copa de un trago. Ella, mamá, se controló la voz que, por un momento, estuvo a punto de desentonar en su salón). Sé perfectamente lo que es la sodomía. Es propia de los hombres. Recuerdo cuando yo tenía dieciséis años. ¿Tú no? (A papá no le pareció oportuno contestar). El muchacho que me seguía como mi sombra desde que era una niña, un guapo fortachón de

diecinueve años, llamado Carlos, que, casualmente, siempre se interponía entre mi mirada y todo lo demás, hijo del administrador de mi familia, y que, por cierto, se casó conmigo, decisión que tomé yo misma, aquel muchacho era muy fogoso. Pero no quería dejarme embarazada antes de la boda. Sin embargo, necesitaba con urgencia expresarse *dentro de mí*, no me invento nada, son palabras suyas, cada día con más premura. Carlos, ¿recuerdas la primera vez que me sodomizaste? Te colaste en mi cuarto por el balcón. Te quitaste el pantalón, no la ropa, el pantalón y los calzoncillos, delante de mí, para que viera con mis propios ojos lo que te ocurría cuando pensabas en mí, y me dijiste que, si te quería, tenía que hacer algo. Si no, me amenazaste con matarte. Yo te quería, por supuesto. Y consentí. Te quería vivo, caballo encabritado, no muerto. Menos mal que, al ser ya mujer, pude justificar al día siguiente las manchas de sangre en mi cama de virgen. Durante nuestros años de noviazgo, me has hecho derramar más sangre por detrás que, después de nuestro matrimonio, por delante. Y después de casados, no renunciaste a tu especial deleite por la sodomía. Siempre me decías que te *encantaba* llevarme a mi primer grito de amor.

Mientras vaciaba otra copa, papá sonreía:

—Aquella vez, la primera, me acuerdo como si fuera ayer, me pediste que me desnudara del todo. Me daba vergüenza.

—Lo sé. Pero tenía que aprovechar la ocasión. Siempre has sido el hombre más guapo del mundo. Eso, nunca te lo dije.

—No.

Los dos se perdieron en una sonrisa de otros tiempos, sin que sus manos necesitaran tocarse. Aquellas revelaciones no me sorprendieron en absoluto. Lo que me aturdía era el valor de mamá para dejar las cosas claras, y la certeza de que, a pesar de la consabida cantinela del olor a azufre, ella, mamá, quería que fuéramos como somos mi hermano y yo.

—¿No crees que deberíamos hablar con ellos?

—¿Para qué? No me obligues a decirles que lo que hacen no está bien, porque me parece una vulgaridad. Tú y yo lo hicimos durante años. Y éramos felices, porque era asunto nuestro. ¿Qué quieres que les digamos?

—¿No te sientes frustrada?

—No, al contrario. Ahora entiendo, aunque te parezca pretencioso, que

al traerlos al mundo, también he traído una necesidad de vivir al margen de las normas; antinatural, podríamos decir. Y que fuiste tú quien engendró en mí esa pasión existencial. No hemos podido cambiar el mundo y la guerra que hiciste sólo sirvió para acomodarnos indefinidamente en la falta de esperanza, lo que es peor que la desesperación. Pero tú y yo hemos hecho algo más: dos hijos contra natura, como dirían mis amigas. No está mal. Toda una obra de la que me siento orgullosa. ¿Lamentas no poder tener entre tus brazos a un nieto?

Papá miraba a mamá, con la cara llena de extrañeza, y luego se echó a reír. Mamá y su salón asistieron conmocionados a la auténtica resurrección de un tal Carlos. Las dos rosas rojas que hace un rato se morían de angustia, parecieron de pronto abrirse en miles de pétalos rojos que revolotearon formando remolinos por toda la habitación, como pájaros alocados. Y Clara, asustada, entró en el salón con la botella de aguardiente. Pero la risa de mamá ya se había unido a la de papá, y Clara, sin saber por qué ni cómo, se echó también a reír a carcajada limpia.

Subí a acostarme para esperar, en la cama, a mi hermano Antonio. Ella, mamá, me daba miedo. Yo no veía ya mi amor por mi hermano tan sólo como amor, sino… ¿cómo qué, exactamente? Durante años me he hecho la misma pregunta, sin encontrar respuesta.

Ahora te pregunto: «¿Me traerás tú la respuesta, en este principio de primavera?».

De pronto, en septiembre, me soltaron en un aula del instituto, entre un centenar de chicos de mi edad. Eran muy ruidosos y relajados, como si estuvieran acostumbrados a iniciar todos los días sus estudios.

Claro, la mayoría provenían de escuelas primarias o de academias, y se les había curtido el carácter en la lucha diaria contra enemigos de toda calaña. O sea, profesores, compañeros y padres, sin olvidar a los sempiternos bedeles. Yo me encontraba allí más perdido que Carracuca. Discreto, educado y reservado, tres magníficas cualidades que tanto apreciaba aquella señora rechoncha y mayor que era nuestra profesora de francés. Pero que me trajeron muchos problemas con mis compañeros, y, sobre todo, con mis profesores: mis cualidades me ponían a merced de su tendencia innata al sadomasoquismo. Para aquellos individuos chillones, de

chiste fácil, llamados mis compañeros, yo era «la flor», y para aquellos otros de sonrisa mefistofélica, de mirada suspicaz, llamados «mis profesores», me convertía en *ese niño modelo*. De todas formas, prefería la ironía de mis compañeros a la siniestra hosquedad de mis profesores, que me obligaban a subir a la tarima y, mostrándome a las fieras como un ejemplo a seguir, me exponían a todo tipo de peligros inéditos. Nunca vi algo tan móvil como los ojos de los alumnos, cada vez que eso ocurría. Pero poco a poco, a fuerza de tenacidad y de desprecio, me gané el respeto general. Me metía en todas las *manifestaciones artísticas*. En los belenes vivientes me solía tocar el papel de ángel anunciador —de desgracias, por lo general— o el del Bien, que siempre se queja de la atracción y del poder del Mal, pero que nunca hace nada para remediarlo. Me eligieron por unanimidad para interpretar al niño enfermo en *El cartero del rey*, de Tagore.

Me pusieron un turbante en la cabeza con una pluma de avestruz y una esmeralda falsa; nadie sabía cómo iba vestido un niño hindú, pobre y enfermo crónico, porque en las fotos que nos habían traído del Centro de las Misiones en Oriente sólo se veían niños indios esqueléticos y desnudos buscando granos de arroz en el barro entre las patas de las vacas y, como no era cosa de ponerme en pelota en el escenario, me envolvieron en una cortina de terciopelo y me tumbaron en un viejo sofá Recamier. Los demás iban en pijama. La imagen que dimos de la India no podía ser más exótica: parecía un baile de disfraces en una cárcel modelo, con su toque de bailarina oriental. (La bailarina, era yo).

Mi hermano Antonio había estudiado en el instituto viejo. Un antiguo convento rehabilitado, con su precioso claustro en el centro, en el que crecían algunas palmeras, se pudría el agua de una fuente y, a veces, se perdían los pájaros. Pero yo tuve el honor, con todos mis *colegas*, de inaugurar el instituto nuevo, edificio de hormigón con aspecto de cuartel, donde la disciplina era exactamente la de un cuartel. El director y profesor de matemáticas era un ex capitán del ejército franquista y el vigilante-bedel-manitas, un guardia civil retirado que había modificado levemente su viejo uniforme, pero que no tuvo tiempo, al parecer, de quitarse el mostacho prusiano. Ninguno de los dos había olvidado su pasado, y nosotros

pagábamos el pato. La hora semanal de gimnasia, por ejemplo, era una clase de instrucción militar, y la última clase de matemáticas, el sábado a la una, acababa con el *Cara al sol*, que cantábamos todos a grito pelado, de pié, con el brazo derecho levantado, las cejas fruncidas y la mirada paranoica. Tras lo cual el director gritaba:

—¡Arriba España!

Y todos nosotros:

—¡Arriba!

Él:

—¡Viva Franco!

Y todos nosotros:

—¡Viva!

Nadie pensaba lo que decía —ni siquiera el director, supongo— así que no había de qué preocuparse. Por mi parte, nunca fui sincero al desearle larga vida a aquel hombrecillo que vi, petrificado en su caballo de bronce, la primera vez que estuve en la ciudad. Los rituales terminan siempre vacíos de contenido.

Mi vida era más bien movidita y no tenía tiempo de estar en casa. Mi hermano Antonio estudiaba como un condenado y, fuera de la cama, casi nunca nos veíamos. Nuestro amor se resentía, y me fui encerrando en mí mismo, pensando que la amargura llegaría como lo hace la muerte: por la fuerza de la costumbre. Las necesidades sexuales de mi hermano eran cada día más apremiantes y llegaba a tomarme, a plena luz del día, en el templete de jazmín. A mí no me gustaba nada, aunque me retuviera entre sus brazos muchísimo rato, casi llorando, apretándome fuerte contra él. Pero no me miraba. Por aquella época empezó a sufrir una crisis de conciencia y a ponerse pijama para dormir. Pero sus ardores, lejos de calmarse como él pretendía, se exacerbaron y yo me puse a frecuentar, más de lo debido, los confesionarios. Eso sí, siempre con un cura diferente. Me encantaba ir de uno a otro y, con el tiempo, conseguí que toda la Iglesia de la ciudad estuviera al corriente de nuestro tema. Saqué un montón de consejos, un montón de amenazas y un montón de proposiciones. Todos querían confesarme, todos me pedían mayor asiduidad en mis confesiones. No debía permitir —me decían— que el diablo me tentara, ni tampoco que me

indujera al silencio. Me hice experto en confesiones y no escatimaba aquellos detalles que, lo sabía muy bien, podían interesar a los curas. Conseguí que casi todos se empalmaran, y si alguno fallaba, me confesaba con él dos o tres días seguidos, cada vez más perfumado, cada vez más victima de las circunstancias, cada vez más enviciado con el *siniestro pecado*. Finalmente, la mano del refractario se posaba sobre mi cabeza, su crispación me decía que el trabajo de erosión había comenzado, y me echaba a llorar sobre sus rodillas. Él abría las piernas, tensas por el deseo de acoger mi cara. Ahí me paraba. Le pedía la absolución y no volvía más. Fuera de los confesionarios, me trataban siempre de *hijo mío (pequeño,* los más atrevidos). Ya no tenía edad de que me dieran caramelos para llevarme al huerto. Pero me sabía de memoria todas las puertas secretas de todas las iglesias de la ciudad, y muy a menudo merendaba hostias y vino de misa. (Por aquello de mantener mis caprichos de niño mimado).

En el instituto conocí a Galdeano: dos años, diez centímetros y quince kilos más que yo. Hacía todo lo que podía para mantenerse fuerte. Estudiaba, pero no lo suficiente para pasar de curso. Jugaba bien al fútbol, pero tenía que ayudar a su padre en la barca de pesca y no se podía entrenar en condiciones, así que no siempre estaba en forma. Por eso no era del equipo oficial del instituto que, todos los años, jugaba un partido contra los Salesianos, nuestros rivales, mejores que nosotros. Y, sobre todo, se masturbaba. Lo hacía en los servicios, donde todos se escondían para echarse un cigarrito, o en clase. Se sentaba siempre en las últimas filas. Se sacaba del bolsillo una foto porno, se la ponía delante, la miraba, la miraba, y ahí empezaba su actividad de simio. Era la admiración de un grupo de fieles que contaban a los cuatro vientos que eyaculaba como un hombre y un poco más cada día.

Galdeano era uno de los que más se empeñaban en llamarme «flor», pero en broma, nunca con maldad. Al principio, me daba miedo. Evitaba su mirada y su presencia, pensando que en algún momento me vengaría. En plena sesión de masturbación me hacía señales, invitándome a sentarme a su lado. Yo lo miraba con frialdad y entonces él, no sé por qué, abandonaba su exhibicionismo. Pero yo no me acercaba nunca. Nunca me vieron en los servicios y, en clase, me ponía siempre en las primeras filas. A pesar de

todo, sentía sus ojos clavados en mi nuca.

Durante el tercer trimestre del curso, nos dieron la posibilidad de lavar nuestras almas de todos sus pecados; o sea, que hicimos diez días de ejercicios espirituales. Me sorprendió ver que los ejercicios estaban dirigidos por el señor confesor de mi señora madre y el mío propio: don Gonzalo. Como no tenía interés en que me viera, me senté al fondo de la capilla, y caí al lado de Galdeano, que tanto apreciaba las últimas filas.

Hice un movimiento de retroceso pero él me cogió del brazo con una fuerza nada desdeñable, y me obligó a sentarme a su lado. Me pasó una pierna sobre la mía para que no pudiera escaparme. No se echaba colonia, pero olía bien, el cabrito. Torillo al aire libre.

—Quédate.

Lo miré en silencio.

—¿Te doy miedo?

Ninguna respuesta. Sentí entonces que la presión de su mano se suavizaba.

—Si es porque te llamo «flor» te pido disculpas.

—Eso me da igual. Lo que pasa es que no me gusta tu comportamiento.

—Vale, me comportaré de otra manera. Te lo prometo.

—No sé por qué…

—Oye, ¿sabes nadar?

—No.

—Te enseñaré si quieres. Iremos a bañarnos juntos. ¿Prometido?

—Lo pensaré.

—Vale. Conozco un sitio en el que estaremos solos.

Liberó mi pierna de la suya. Yo no me largué.

Don Gonzalo ya estaba en el púlpito. Su mirada de águila barrió a los asistentes como el vendaval sobre un trigal, intentando ver si alguien se atrevía a plantarle cara. Pero, a nuestra edad, la hipocresía podía más que el valor. Su furia sólo encontró cabezas gachas y ojos clavados en las frías losas de la capilla.

De pronto, su voz:

—¡Españoles!

Levanté la cabeza. Nunca hubiera imaginado que unos ejercicios

espirituales se iniciaran con una llamada al nacionalismo.

—¡Españoles, tenemos el orgullo de ser católicos! Lo que significa que nos hemos puesto, por propia voluntad, a la derecha de Dios Padre. Escuchadme bien: cuando uno emprende unos ejercicios espirituales, emprende también una reflexión sobre la historia del alma, y la historia del alma española es, ante todo, una historia política. Siempre hemos tenido a Dios nuestro Señor de nuestra parte. Lo que quiere decir que Dios nuestro Señor es nuestro jefe político.

En ese momento, su mirada ardiente escudriñaba las nuestras, intentando descubrir entre nosotros a algún contestatario. Pero nada.

—La mayoría de vosotros pertenecéis a familias sanas, que participaron y sacaron adelante nuestra Cruzada. Pero hay algunos que, sin tener culpa de ello, proceden de ese tumor herético que extirpamos definitivamente del cuerpo de la nación en 1939. Así que a ésos me dirijo de manera especial. No quiero que la derrota familiar envenene su juventud. Por el contrario, la victoria de roda España, de la verdadera España, debe ser fuente de salvación. La paz que hemos construido con el esfuerzo de nuestras manos es para todos, ya que ahora estamos *todos* del lado de la verdad y de la justicia. Los que no querían esta paz, están muertos. Muertos sin gloria. Olvidados. Los rojos ya no están en nuestra memoria.

Creo que yo era el único que lo miraba a los ojos. Pensaba en Carlos, y me daba cuenta de que las palabras de aquel tipejo hundían todavía más la tumba en la que mi padre, muerto viviente, se descomponía. Cuando dijo la palabra «rojo» como si escupiera veneno, supe que yo adoptaría ese único color para definir mi vida. Y pensé que, algún día, el amarillo de mamá y el amarillo de las banderas nacionales, morirían. (Más tarde, supe que el rojo de las banderas, simbolizaba su propia sangre, la sangre de sus muertos, únicos muertos con derecho a monumento).

Aquéllos eran los ecos obsesivos de la voz que hablaba de paz y victoria en la radio de papá. No se escapaba nadie.

Durante los putos ejercicios, mientras las palabras del cura intentaban engullirme, sentí la necesidad de hacer algo ilícito, prohibido. Pegué la pierna contra la de Galdeano, y sentí cómo le subía la temperatura del cuerpo. ¡Pero nada más! Quise provocarlo para que se masturbara en plena

diatriba, pero aquel gilipollas de buen corazón se limitó a cogerme la mano con ternura. Se sentía excluido del círculo de fuego que don Gonzalo trazaba alrededor nuestro, cuya luz cegadora intentaba quemarnos el cerebro para que no pensáramos. Me dieron ganas de decirle: «¡So gilipollas, que todo eso va por ti, y tú solo piensas en mi culo!». Pero no valía la pena decirle nada porque sólo tenía ojos para mí. De modo que dejé que me sobara un poco.

Sin embargo, me quedaba en la boca un amargo regusto de fracaso. Así que me propuse atizar, poco a poco, el deseo encendido de Galdeano. Un día, casi me violó en un pasillo. Aproveché para llevármelo a la capilla. Una vez allí, cerré la puerta con llave.

—¿Me deseas?

Se abalanzó sobre mí. Me solté.

—Tranquilo.

Me puse delante del altar.

—Méate ahí.

No sabía a qué santo encomendarse, pero se abrió la bragueta, se sacó el pene y se puso a mear.

—Méate por todas partes.

Me obedeció, con una risa nerviosa.

—¡Más!

—¡Ya no tengo ganas! ¡No puedo!

Ni gota.

Le miraba el sexo, blando como un trozo de tripa. Los nervios le impedían empalmarse. Me suplicó:

—Vamos a hacer el amor, ¿eh? No hay nadie en los servicios.

—¡Nada de amor! ¡Nada de servicios! ¡Vamos a fornicar! ¡Aquí!

—Como quieras.

Tenía la voz ronca. Me arrodillé y le acaricié la virilidad con mis labios. Su sexo alcanzó enseguida su más glorioso volumen. Él jadeaba encima de mi cabeza, con los potentes dedos aferrados a mi pelo.

—¡No te corras todavía!

—¡No puedo más!

Me separé de él sin miramientos. Me atrajo hacia sí con fuerza y me

mordió la boca. Gemía como un animal.

—¿Qué quieres, golfo, qué pretendes?

—¡Túmbame en el altar!

Me cogió en sus brazos y me echó sobre el paño del altar.

—¡Sube!

Antes de que terminara de decirlo, ya estaba sobre mí.

—¡Desnúdame! ¡Sólo a medias!

Temblando de arriba abajo, me bajó el pantalón hasta los tobillos.

—¡Tómame!

Me penetró y su boca ahogó mi grito. ¡Le gustaba mi boca, al muy bribón! Cuando sentí que le venía el orgasmo, me contraje hasta que se salió de mí, y se vació en el paño del altar. Los candelabros, los jarrones llenos de flores artificiales y el misal, cayeron al suelo bajo el fuego de mi venganza.

Unos minutos después, con el aliento ya recobrado, Galdeano me cogió la cara entre sus manos y me miró a los ojos:

—¿Eso es lo que querías?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡La venganza del rojo! (Y me eché a reír). Ayúdame a bajar.

Se bajó primero él y me recibió en sus brazos. Me ayudó a vestirme y me peinó con sus dedos de enamorado.

—Y ahora, nos largamos.

Antes de salir de la capilla, me volví hacia él y le dije:

—Gracias.

Me retuvo un momento.

—¿No te habré hecho mucho daño?

—No. Me has hecho mucho bien. Y te prometo que haré el amor contigo cuando quieras.

—¡Ahora! ¡En los servicios!

—¡No! ¡Aquí, no! ¡Fuera! ¡Quiero hacer el amor contigo! Aquí sólo hay odio. Un día de éstos, me llevas a la playa.

—Mañana.

—Pasado mañana lunes.

—Vale.

Salimos y nos fuimos a clase de matemáticas. Era la una menos cinco del sábado. En una hora, de nuevo, el consabido pitorreo. ¡Arriba España! Y ¡Viva Franco! Pero ya lo podía decir con la conciencia tranquila. Acababa de vacunarme contra el virus llamado ¡Arriba España! ¡Viva Franco! Mi padre se moría lentamente. Carlos, ya estaba muerto.

CAPÍTULOS 15 Y 16

Invierno y verano, con vacaciones o sin ellas, mi hermano Antonio está volcado en sus estudios. Sólo soy para él el horno donde quema la energía que no gasta en otros sitios. Ya no hace deporte, ni gimnasia. Sólo se mantiene en forma gracias al sudor con el que baña mi cuerpo todas las noches.

Sigue habiendo cariño, claro, pero tan distraído como una mirada sobre un paisaje demasiado conocido. Como si no me viera, incluso cuando me mira. A eso se añade que el mirlo murió sin dejar descendencia. El chorro de la fuente es, ahora, la única voz del jardín, aunque nunca fue para mí un elemento de vida. La casa se muere. Varios signos, muy evidentes, anuncian el final de algo. Me estoy haciendo mayor: puede que sea ésa la muerte que acecha.

Al estar tan ocupado con mis clases, mis amigos y Galdeano, que ya se ha adueñado de mi cuerpo, ella, mamá, desaparece poco a poco de mi vida. Clara se desdibuja en una creciente confusión de arrugas y ya ni siquiera miro la puerta del despacho de papá. Detalle: este año no me han comprado ropa nueva. Clara me ha alargado un poco los pantalones, me ha cambiado los cuellos y puños de las camisas; también me ha zurcido los calcetines y ha mandado mi calzado al zapatero remendón. La despensa, al lado de la cocina, no está atiborrada como antes, y en varias ocasiones le cortaron el teléfono a mamá por falta de pago. Mi hermano intenta acabar este año la carrera. Ya está indagando qué posibilidades tiene de encontrar trabajo.

Por mi parte, me libero de mi angustia en la playita desierta que Galdeano conoce tan bien. Protegidos por las rocas, tumbados sobre su ropa, que nos hace de cama, entrego mi cuerpo a su avidez, y siento que me desintegro cuando él se vacía. Ningún lazo íntimo que nos una. Casi no hablamos, pero la necesidad que tiene de mí me hace pensar que siempre encontraré, en el universo de los demás, un lugar para vivir. Empiezo a entender lo que es pertenecer a la nada.

A finales de octubre se advirtió una leve agitación entre los alumnos. Salieron a la calle. Digo *salieron* porque yo me quedé al margen. La manifestación estaba relacionada con la huelga de los mineros de Asturias, brutalmente reprimida. Se hablaba de obreros muertos, detenidos y despedidos, pero los periódicos no decían ni palabra. Algunos compañeros no regresaron a clase hasta dos semanas después. Por su terco silencio, supuse que les habían quitado las ganas de hablar. Y es curioso porque, en el instituto, la política no estaba a la orden del día. Como la mayoría de los alumnos procedía de la pequeña burguesía, nueva santa venerada por todos los regímenes actuales, procreada por el franquismo en forma de generación casi espontánea, no tenían motivos para criticar el sistema. Y si lo hacían, era siempre en un sentido *constructivo*. O sea, del tipo «olvidemos las ofensas del pasado», lo que resultaba comodísimo.

Galdeano iba entre los manifestantes. Me sorprendió cuando me enteré porque no le conocía tales veleidades políticas. Se me despertó la curiosidad. Pero con el mal tiempo de otoño ya no íbamos a la playa, y hacíamos nuestras cosas en lugares discretos y a toda prisa. Y no se puede hablar de política en tales condiciones.

Lo invité a casa y lo subí al cuarto. Mis intenciones eran muy claras, pero en el último minuto y tras una mínima reflexión *moral*, no lo metí en mi cama, porque también era la cama de mi hermano, y aún quedaban cosas que no quería mancillar. Pero me las arreglé para que se diera un baño conmigo, a pesar del respeto casi fanático que él, pobre, experimentaba hacia mi casa de rico. En el cuarto de baño pude ver, en su cuerpo, las marcas de su paso por comisaría. Me confesó que se arrepentía de haber participado en la manifestación porque, a consecuencia de ello, le habían retirado a su padre la licencia de pesca por tres meses, lo que suponía una

tragedia, ya que la pesca era su única fuente de ingresos. Seguramente tendrá que dejar el instituto y presentarse a los exámenes de junio como alumno libre, para no perder el curso.

—Fíjate que mi padre está empeñado en que vaya a la universidad, pero no sé cómo podré hacerlo si las cosas siguen por este camino. Quiere que sea abogado. Pero he comprobado que la justicia no existe en este país. Me pegaron muy fuerte, ¿sabes? Así que no me merece la pena perder seis o siete años de vida estudiando esa mierda. En comisaría vi a un abogado defendiendo a uno de nuestros compañeros. Y los policías se pitorreaban de él.

La palabra «abogado» hace que salten las alarmas en mi cabeza. La relaciono con mi infancia, pero no sé por qué. Puede que se trate de una asociación de ideas con el pasado de Carlos, o con papá y sus clientes. De todas formas me digo que, en mis relaciones con Galdeano, debería entregar algo más que mi cuerpo.

Pero, a pesar de todo, no me siento involucrado en aquellos acontecimientos seudopolíticos. Mi país no me pertenece. Ni yo le pertenezco a él. Divorcio. Para qué preocuparse el uno por el otro.

En eso, para ser exactos, yo diría que hay una cierta dosis de rencor. Hace unos veinticinco años, el país se dividió entre dos herederos rencorosos. Nunca se les ocurrió pensar que los demás íbamos a nacer. Pero nacimos. Y aquí estamos, con una herencia que rechazamos, con todas nuestras fuerzas, por ambos lados. Lo que significa, lisa y llanamente, que estamos desheredados.

El viernes 9 de diciembre, a mediodía, regresé del instituto y me encontré la casa patas arriba. En la puerta, un coche y una ambulancia. Algunos curiosos intentaban mirar en el vestíbulo pero Clara, con la mirada perdida, les impedía que metieran sus narices en nuestra intimidad, bruscamente violada por el acontecimiento.

Papá estaba enfermo.

Por lo visto, en los últimos meses se encontraba mal, pero el desmayo que asustó tanto a mamá se produjo esta mañana a las diez. El teléfono había convocado en casa a médicos y enfermeros. Y a una ambulancia. Mamá había decidido repentinamente salir en peregrinación por el ancho

mundo para consultar a algún especialista, con Carlos agonizante en el papel de monstruo.

Mi último recuerdo de papá vivo fue su cara pálida y su bigote de nieve. De aquel hombre alto y fuerte, que debía inclinarse para pasar por las puertas, sólo quedaba un muñeco liviano y consumido, como una manzana olvidada en la despensa durante todo un verano. Pensé, angustiado, que para llevar a cabo su misión, mamá tendría que vestirlo con mis antiguas ropitas de terciopelo y echarlo a las aguas milagrosas de Lourdes. Todo valía para resucitar a Carlos. Un solo enfermero bastó para llevarlo de la habitación de mamá hasta la ambulancia.

Ella, mamá, se sentó al lado de Carlos, de tal modo que su presencia ocupara todo el campo visual de papá. Hizo gala, continuamente, de su ilimitada sonrisa, más fascinante que todos los soles del universo, sonrisa que no se borraría ni un segundo —seguro— mientras el cuerpo de Carlos permaneciera con vida, muerto en vida o muerto definitivo.

Ella, mamá, olvidó los velos y los sombreros, los abrigos y los vestidos, los guantes que le aislaban las manos del contacto con la vida, y salió, despeinada, con las manos desnudas, desacostumbradas a acariciar, pillada a traición por el desarrollo de la enfermedad, sin tiempo para ir al cuarto de baño a componerse una cara de circunstancias. Así que mamá era una mera sonrisa. Sonrisa que le venía de los más profundos abismos de la alegría, y creí que Carlos iba a extinguirse sin conocer el auténtico frío de la muerte.

Mi hermano Antonio no asistió a aquella huida desesperada. Nadie pensó en avisarle de que la muerte había dejado su tarjeta de visita. Cuando volvió a casa, entrada la noche, nos encontró a Clara y a mí, sentados el uno frente al otro, sin nada en los ojos, sin nada en las manos, sin nada en el alma. Vacíos. Con esfuerzo, logramos explicarle que Carlos (Clara) o papá (yo) acabada de iniciar su viaje hacia la muerte definitiva. Y que ignorábamos la duración y el itinerario.

Tras lo cual, entré en el despacho de papá y apagué la radio que seguía hablando de paz y de victoria. Sin auditorio, se acabó el espectáculo.

Y allí estábamos los tres, Clara, mi hermano Antonio y yo, vagando por una casa que ya no era la misma. Ahora podíamos abrir y cerrar todas las puertas, ocupar todas las habitaciones, no controlar el volumen de nuestras

voces y de nuestras risas por las siestas de mamá o los clientes de papá, quitar todos los tapices de las ventanas que daban a la calle, abrirlas y sentarnos allí, tranquilamente, para tomar un café después de cenar, jugando a la canasta, saludando a los transeúntes. Pero no lo hicimos. Sin la angustiosa presencia de mamá y con la angustiosa ausencia de papá, la casa no era la casa. Precisaríamos años, siglos, para reconstruir una vida no contaminada por su recuerdo. Sería imposible, por ejemplo, poner en el picú otro disco que no fuera la amarillenta cantinela de Chopin que tanto le gustaba a mamá: el picú se pararía en seco y se estropearía para siempre.

Nada que hacer. Amedrentados por el vacío que dejó su marcha, nos atrincheramos en nuestros cuartos y en la cocina. Clara no duerme con nosotros porque, dice, no quiere ver *ciertos espectáculos*, pero comemos los tres pegaditos al horno. (Supe más tarde que la pobre hizo milagros con el poco dinero que le dejó mamá; se gastó sus propios ahorros y llegó a comprar de fiado).

Y nos pusimos a esperar. Una carta. Un telegrama. Una llamada telefónica. Algo. Cualquier noticia, por el medio que fuera.

Pero parecía que a papá y a mamá se los habían tragado las arenas movedizas del silencio. El cartero sólo deja en el buzón catálogos y facturas. Todos a nombre de mamá. Mi hermano Antonio abre los sobres y empieza a preocuparse seriamente por el importe de las facturas. Las últimas bodas y cumpleaños, relacionados con la gran cofradía de las invisibles, han salido por un ojo de la cara. No pagamos ninguna. Clara, por su parte, nos cuenta que mamá se ha arruinado con las medicinas que tomaba papá en estos últimos meses para calmar su ansiedad. Se las traían de Tánger, de contrabando. Me parece un poco exagerado, pero bueno…

Un buen día, dos meses después de su éxodo, llega una carta. Viene de Estocolmo, Suecia:

«Queridos,

Hace un frío tremendo, pero perfecto para la salud de Carlos. Menos mal que, de niña, aprendí un poco de

francés; que si no, no sé cómo me las iba a apañar.

No os preocupéis por las facturas sin pagar. Enviádselas a mi administrador: él tiene instrucciones al respecto. Creo que, para equilibrar nuestro presupuesto, deberíais pasar el verano en el cortijo. No es obligatorio, por supuesto. Haced lo que mejor veáis. Pero si os vais, Clara sabrá apañárselas. Y vosotros podréis descansar tres meses.

Hacedme un favor: si mi confesor va por casa, decidle que ya no necesito sus servicios. Por fin comprendí que el único Dios que he tenido toda mi vida está aquí, ante mí, y que se me muere. Pepito: para mí, se acabó la religión. Siempre será un ahorro, de alguna manera. Me salió demasiado caro el altar a Cristo Rey que, en mi nombre y a mis expensas, erigieron en la parroquia de don Gonzalo.

¡Ah! Antes de que se me olvide. Ayer tarde, vuestro padre habló por primera vez desde que nos fuimos de casa. Me manda deciros que os quiere, incluyendo a Clara. Y que también me quiere a mí. Pero eso joya lo sabía, y no le dejé que terminara la frase. Me preocupa su salud.

He elegido con mucho cuidado el sello para este sobre, por si se os ocurriera empezar una colección. No sé si nos quedaremos mucho tiempo en Suecia. Me han dicho que las investigaciones sobre el cáncer están más avanzadas en Alemania y todavía más en Estados Unidos y en Rusia. Pero sea cual sea mi decisión, os la comunicaré.

Cuidaos, y sobre todo, cuidadme a Clara.

Vuestra Matilde».

No pude contener mi rabia tras la lectura de la carta, y grité:

—¿Pero quién es Matilde?

Mi hermano Antonio y Clara me miraron, pensativos, y ni siquiera se les ocurrió contestar a mi pregunta. Mi hermano concluyó:

—De modo que es cáncer.

Clara se puso a temblar como una hoja. Los pies, las piernas, las manos, los brazos, los labios, los dientes, el cuerpo entero le temblaba *in crescendo*, como una máquina que, de pronto, se embala. Una máquina sencilla, que ha funcionado toda la vida, pero de la que nadie conoce el mecanismo secreto. Tuve miedo de que explotara allí, en mitad de la cocina y que, con ella, todo saltara por los aires: nosotros, la casa, la ciudad, el país, la vida.

Fascinado, contemplaba impotente tal desesperación, nacida del interior de no se sabe qué angustia, invadido por la inercia ante un hecho irremediable. Pero mi hermano Antonio la abrazó muy fuerte diciendo:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Te necesitamos!

Y Clara se tranquilizó. De golpe. Como surge la luz.

La necesitábamos. Así que volvió a su estatus de no-persona. Clara-sacrificio.

La peregrinación de mamá con su Dios-Carlos agonizante prosigue de país en país, de clínica en clínica, de tratamiento en tratamiento. Mi hermano está a punto de acabar la carrera y nuestras relaciones se deterioran. Ni su excitación ni su necesidad física han disminuido, pero le parece indecente hacer nada con papá moribundo por ahí, en algún lugar del mundo. Está atravesando una crisis moral ajena a sí mismo —creo— y cuando me acerco demasiado, da un salto de la cama y se acuesta en el suelo. Ayer por la noche, sin ir más lejos, le dije que me iba de su cuarto y que me instalaba en el dormitorio de mamá. Me gritó:

—¡No se trata de eso! ¡Coño! ¿No te das cuenta de que, para mí es un placer que no puedo permitirme cuando papá se está muriendo?

Le contesté, seco:

—Para mí, es amor. No he tenido ni padre ni madre. No veo la razón para tener que privarme.

Me puse la vieja bata, bajé al vestíbulo y, sin saber qué hacer, invadí el salón de mamá y me tumbé en el sofá. Al rato vino mi hermano a buscarme

y, sin decir palabra, me tomó en el viejo terciopelo del sofá. Pero… digamos que un observador imparcial, no hubiera visto belleza en el sexo al vernos actuar; mi hermano se comportó como un cerdo al que le gusta revolcarse en el fango de la zahúrda, y me arrastraba a mí también. En el cansancio sin gloria que siguió, volvimos a nuestro cuarto y dormimos juntos, como siempre. Pero su piel estaba fría. Me desperté con ojeras y, en el espejo, me disgustaron los cuatro pelos que empezaban a salirme en el bigote y en la barbilla. Me fui al instituto pensando en otra cosa. (Creo que fue aquél el día en que presentí que los primeros gestos del adiós definitivo se habían iniciado).

Decido afincarme un poco más en la vida de Galdeano. Está claro: mi universo se empobrece.

La segunda carta de mamá nos llega desde Suiza, fechada hacía dos meses, cuando ya sabemos por su administrador que ahora están en Moscú. Entre otras cosas que nada tienen que ver con la salud de papá, nos habla de «este verdor terrorífico, esta naturaleza perfectamente organizada en donde cae uno en la tentación de ver la muerte como única solución a tanto aburrimiento. Aquí he comprendido de verdad lo que mi confesor quería decir con lo del *valle de lágrimas*. El mundo, cuando lo organizan, es pura y llanamente insoportable». Pero ni una palabra de papá. Estoy convencido de que nos quiere robar su muerte, de igual manera que las *circunstancias* nos robaron su vida.

Claro, que puede que sea lo mejor. A mí, en el fondo, no me afecta; pero mi hermano Antonio vive en un permanente estado de melancolía, y estoy seguro de que Clara llora por las noches, como delatan sus ojos hinchados y enrojecidos. Los dos tienen recuerdos de papá y de Carlos. A mi, me importa un bledo. Papá está realizándose definitivamente en la monstruosa gira de mamá enamorada de los cataclismos.

Esa carta también la firma Matilde. No hay duda. Mamá nos disocia del cadáver vivo que va paseando de un país a otro, de una clínica a otra, de un tratamiento a otro.

Por mi parte, traiciono a mi hermano con Galdeano y a éste con otros compañeros, que no paran de invitarme a nadar con ellos. A pesar de las lecciones de Galdeano, sigo sin saber nadar como un pez. La playa, para mí,

es tan sólo una enorme cama donde mi cuerpo se mancilla de arena, de saliva y de semen. Y nada me proporciona la tranquilidad necesaria para estudiar en condiciones. He suspendido los exámenes de junio. A mi hermano Antonio casi le da un ataque. Creí que iba a pegarme. (Estoy seguro de que sospecha mis relaciones con otros. Según él, la ausencia de nuestros padres no justifica mi fracaso. Sabe que yo no los quiero).

Despejamos las ventanas del salón que dan a la calle, pero no por un deseo de que entrara, por fin, la luz. Simplemente, un buen día vino un señor a llevarse el gran tapiz de la Edad Media que las condenaba. Nos traía una nota del administrador según la cual las *circunstancias* habían obligado a mamá a vender aquella *pieza de colección*. No me pareció perder gran cosa, porque en la penumbra del salón nunca conseguí apreciar, como es debido, la pieza de colección. Qué le vamos a hacer.

Es tiempo de deterioro. Un tiempo largo, infinito, meses y meses en los que no se ve el fin. Vivimos fuera de la vida, tributarios de las pocas cartas de mamá en las que sólo nos hace partícipes de furtivas impresiones. No se nos revela ni el final del viaje ni el estado de salud de papá. Estamos definitivamente sumergidos en la imprecisión.

Con el fin de recuperar la perdida sensación de ser una persona normal, he registrado esta mañana los bolsillos del traje de los domingos de mi hermano. (Debo indicar que hace dos años que se lo compró, y se va notando: está bastante deformado y el cepillo húmedo de Clara no consigue que desaparezcan los brillos de las coderas. Me recuerda al que llevaba aquel pobre hombre, cliente de papá, a quien abrí la puerta el día de mi soledad total. ¿Acabará mi hermano como él?).

En uno de los bolsillos encontré la foto de una muchacha que no me sonaba de nada, pero que tuvo la poca vergüenza de ponerle una dedicatoria: «A Antonio, para que piense siempre en mí». Y un nombre ilegible. Imposible describir el choque que aquello me produjo. La coloqué, bien visible, en la mesita de noche de nuestro cuarto. Y, durante el día, subí varias veces a contemplarla. Me fui convenciendo de que su fealdad era insoportable. Lloré de rabia.

¡A ver si esta triste cena en la cocina, en que ninguno de los tres decimos ni pío, se termina de una puñetera vez!

Clara se levanta y empieza a quitar la mesa. Yo también me levanto, digo buenas noches y salgo. Mi hermano me sigue. Por costumbre, me coge por los hombros. Yo me suelto.

—¿Qué pasa?

No contesto. Entro en el cuarto. El detrás de mí.

—¿Esto qué es?

Mi hermano mira la foto:

—¿El qué?

—Estaba en uno de tus bolsillos.

—Es una amiga.

—¡Qué te pide que pienses siempre en ella!

—¿No irás a hacer un drama por semejante gilipollez?

—¡Pues mira lo que hago!

Y rompo la foto.

Me temo que, después de esto, me va a montar un follón. Pero no. Mi hermano se echa a reír, me coge por la cintura y me tira en la cama. Se echa encima de mí. Como en los viejos tiempos.

—¿Así que estás celoso?

—¡Y una mierda!

—¡Eso significa que me sigues queriendo!

—¡Vete a la mierda!

Mi hermano me abre la boca con la suya, y ya no puedo decir nada más. Por fin, todo vuelve a la normalidad.

A la mañana siguiente.

Me despierto completamente curado de todo deseo externo. Ni Galdeano ni nadie pueden compararse con mi hermano Antonio. La cama es lo suyo y mi cuerpo, donde expresa a la perfección su total virilidad, le pertenece.

(Para borrar la angustia de tu retraso, debido, ¿quién sabe?, a los mismos recuerdos que me devoran, intento precisar los acontecimientos de aquella época evocando lo vacía que estaba la casa y mi falta de interés por la vida del exterior. Con la ausencia de mamá, todos nuestros mecanismos psicológicos se oxidaron por falta de uso. Sin su odio, ¿qué sentido tenía nuestro amor?

Clara ya no era Clara, sino la chacha. Se pasaba el santo día limpiando y haciendo guisotes en cantidad, como si nuestra ruina inminente le provocara unas ganas irrefrenables de alimentarnos para la eternidad. Y yo lo pasaba dándome cuenta de que tu amor no llenaba el hueco del desamor de mamá).

Ella, mamá, nos escribe de nuevo:

«Se pueden decir muchas cosas sobre la muerte, pero ahora entiendo que, ante todo, es una necesidad física, como el hambre o la sed. Al verla actuar, mis ojos se nutren del espectáculo más maravilloso que jamás he contemplado. Es un profundo y silencioso monólogo, cuyos ecos me hablan continuamente de la existencia de otro lenguaje. No basta con amar lo que muere; también hay que creer en ello.

¡Y es tan real! En el cuerpo casi muerto de Carlos veo otra vida que crece un poco más cada día, alimentada por una alucinante voluntad de vivir: la vida de la muerte. Los médicos lo llaman cáncer. Pero "muerte" es un nombre tan bonito que no sé por qué le andan buscando seudónimos.

La muerte se despierta cada mañana mucho más viva de lo que estaba el día anterior, y se hace la dormida cuando Carlos me dice "Buenos días, cariño". Pero no está dormida: la veo acicalarse en el fondo de esos ojos moribundos. Y cuando ve que no estoy para cortarle el paso, se pone a sonreír y a cantar. Eso sí, se enfurece con los médicos y las enfermeras. Acentúa de pronto la tos de Carlos y llena las sábanas de pelos, caídos de aquel bello navío que fue su cabeza… pelos que parecen residuos a la deriva; o bien, sin previo aviso, reduce el ardor de su ano, devolviendo a las mejillas de Carlos un color que me retrotrae veinticinco años atrás. Pero eso sólo lo hace con

el personal especializado, nunca conmigo. Conmigo se comporta siempre con honradez, a lo mejor porque sabe que tengo cierto interés en ver cómo va creciendo su vida.

Ella, Carlos y yo salimos mañana temprano para Washington.

Vuestra Matilde».

Aunque la carta revelara una ruptura voluntaria entre sus propios sentimientos y la vida de Carlos, mamá no me hizo sentir la angustia de la muerte. Clara dijo:

—Tiene razón, al fin y al cabo. *Es* otra cosa. (Clara-antigua).

Mi hermano Antonio acabó la carrera con unas notas brillantes. No lo celebramos pero, durante la cena en la cocina, nos comunicó que el mes siguiente se iba a Venezuela donde había aceptado un trabajo en una empresa de productos químicos. Nada del otro mundo.

Todo aquello sonaba tan falso, parecía tan pedestre, que la cena me sentó mal.

Para comprar el billete de avión fuimos a ver al administrador de mamá, hombre nada cordial, que nos informó de que las cosas iban de mal en peor. Decidimos, Clara y yo, no acompañar a mi hermano a Madrid, para no agravar la situación financiera. Antonio tuvo que ir solo a coger el avión.

El adiós definitivo se realizó en los términos normales en este tipo de adioses:

—¿Volverás?

—Sí, volveré.

Silencio. Ni una lágrima.

—¿Me sigues queriendo?

—Sí, te quiero.

Silencio. Ni gestos. Ni caricias.

—¿Es un buen trabajo, al menos?

—Excelente.

Y así todas las noches.

De la última noche, sólo conservo el recuerdo de su nerviosismo. Y de mi desesperación.

Cuando salí al pasillo para buscar toallas limpias en mi armario, vi a Clara, allí, sentada en el primer peldaño de la escalera.

—¿Qué haces ahí?

—Estoy de guardia.

(Clara-perra guardiana).

Quise gritar, hacer algo para explotar. La luz del alba decoloraba la casa dándole un aspecto sucio, que nunca le había visto antes. Como si alguien se pasara la mano por la cara maquillada e inundada de lágrimas. Imagen de desvaimiento.

Las maletas de mi hermano estaban abajo, en el vestíbulo.

Poco a poco, me voy alejando de todas mis relaciones del instituto. Rechazo un papel en la función de fin de curso, que iba a representarse en uno de los teatros de la ciudad, y abandono casi por completo mis salidas a la playa. Tampoco pierdo el tiempo paseándome por los rincones sombreados de los magníficos jardines del puerto con Galdeano, ni con ningún otro, y regreso a casa en cuanto acaban las clases. No para sumirme en los recuerdos de mi hermano y vivir su alejamiento, sino para no dejar a Clara sola en casa, angustiada por tanta ausencia. Empiezan a aparecer manchas blanquecinas en las paredes allí donde hubo un cuadro o un tapiz, que fue comprando y llevándose un cliente del administrador de mamá. Los servicios de plata también desaparecieron de las elegantes vitrinas francesas del salón. De entre todo aquello, Clara se quedó con la campanilla de mamá.

—¿Te dedicas a robar, a estas alturas?

—No es un robo, tesoro. Tu señora madre puede necesitarme todavía. Y nunca le gustó dar voces.

Es, de verdad, la primera vez que oigo decir a Clara «tu señora madre» sin amargura.

Intento pasar con ella el mayor tiempo posible y charlar de lo que sea, pero cada vez habla menos, y su empecinado silencio me lleva a pensar en mi hermano, cosa que quiero evitar a toda costa. Imposible dormir en nuestra cama. Tras una semana de insomnio —*nuestro* cuarto se ha

convertido en una obsesiva caja acústica del obsesivo recuerdo de la voz de mi hermano— decido mudarme al salón.

—Prefiero estar cerca de ti. (Contestando a la mirada interrogante de Clara).

Pero no cuela. Sigue mirándome y la noto dispuesta a decirme «entiendo tu desgracia, tesoro». No quiero oír esas chorradas. Le vuelvo la espalda.

(Recuerdo que unos días antes de recibir la última carta de mamá, estuve a punto de pegarle fuego a la casa. Pero me dije que ésa no era la solución y que luego podía lamentarlo. En resumen, que me faltó valor).

«Queridos,

Mi marido ha muerto esta mañana a las seis en punto; o sea, en el instante en que todo empieza a vivir. No he tenido la felicidad de acoger su última sonrisa o su última mirada, porque no las tuvo. Llevaba tres días en coma. La muerte, traicionera, me ha privado con su maldad de toda la belleza de su acaecimiento, a pesar de que yo ya le había tomado cariño. Puede que no haya querido desmentir, frente a los demás, su imagen pública (me refiero al personal especializado) y se comportó conmigo como la más grosera de las invitadas: ni cumplidos, ni adioses, tras haber tomado el té juntas.

Así es. Mi marido es tan sólo un cadáver en busca de tierra o de fuego para reintegrarse a la nada; corre hacia su descomposición y he tenido que pedirle a la enfermera un pulverizador y perfumar la habitación, para no abrumar mi legítimo dolor con una náusea que se empecina en invadirme.

Salimos esta noche para Nueva York, donde tengo cita

con un embalsamador muy conocido… y muy caro. Carísimo. Pero quiero que ponga en orden este desecho. Luego volveremos juntos al cortijo, a finales de mes. No lo hago por capricho. He tenido que vender la casa de la ciudad. Ya no es nuestra. Os pido, por lo tanto, que no perdáis tiempo en mudanzas inútiles. Llevaos lo que queráis, pero no olvidéis que, en el campo, tenemos de todo. Por mi parte, os encargo simplemente que os llevéis mi escritorio, la piel de cordero recuerdo de mi madre, y sobre todo el caballo encabritado del despacho de mi marido que en paz descanse. El día en que vi, por primera vez, a Carlos desnudo ante mí —yo era todavía una jovencita— pensé en un caballo encabritado. Encargué que esculpieran aquella imagen de vida.

Vuestra Matilde».

«P.D. Creo que es mi deber pasarme por Venezuela para darle nuestro último adiós a Antonio. Si me retraso, no os preocupéis.

P.D. 2.— (Para Clara:) querida, cuando llegue al cortijo no se olvide de regar en condiciones el rosal amarillo. Los campesinos lo han llevado todo manga por hombro en estos últimos años… seguramente por culpa de mi mala administración.

M.».

Me produjo un placer irracional desmantelar la casa. Lo puse todo patas arriba, con delirio febril, subiendo y bajando la escalera cientos de veces al día, cuando sospechaba que en el primer piso o en la planta baja había

quedado un rincón a salvo de mi desamor. Encontré un poco de dinero y algunas joyas que mamá habría extraviado, y los entregué a Clara, como un tesoro arrancado a las profundidades marinas. Del alucinado registro sólo se salvó el despacho de papá, ya que Clara guardaba la llave prendida con un alfiler en la intimidad de su ropa interior.

Clara me miraba en silencio sin decir ni una palabra sobre su cansancio, sin reprocharme nada tampoco. Estaba convencida de que la violencia con la que yo asaltaba la plaza abandonada por el enemigo, era necesaria para mi salud mental y para el equilibrio de mi porvenir, si llegaba a tenerlo alguna vez. Pero cada dos por tres venía a secarme el sudor de la frente con una toalla empapada en vinagre y, cuando me vio tranquilo, me dijo:

—¡Pareces un perro encariñado con su correa que un buen día, y sin venir a cuento, la rompe… aprovechando la ausencia de su amo…!

—¿Sin venir a cuento, dices? ¿Y hablas de correa y de amo?

—Y de cariño. Tu vida está hecha de todo eso. En parte, no te quito la tazón pero… al menos, has tenido eso. Mira afuera y verás lo que es bueno…

¡Vaya una tristeza de mierda! En el tronco del viejo castaño de Indias encontré una hendidura, con un nido de gusanos. No quise ver ningún símbolo, aunque sí pensé que, hasta hacía nada, el viejo castaño tenía una salud de hierro.

—Hay una cosa que sí te quiero pedir —me dijo Clara—. Un poco de caridad con el despacho de tu padre.

—No te preocupes. Ya se me ha pasado.

—Bueno, bien.

Hurgó en las profundidades de su ropa, sacó una llave y abrió la puerta del despacho. Dudamos, los dos a un tiempo, antes de entrar.

—He preparado una caja para embalar el caballo.

—Prométeme que lo empaquetarás bien, ¿eh? A ver si se nos rompe en el viaje. Ya sabes cómo son los de las mudanzas, y los camiones, y las carreteras…

—Tranquilo. Tranquilo.

—Y lo demás… ¿Se te ocurre qué podíamos hacer con todo esto?

—Creo que deberíamos quemar los papeles de tu padre y llevarnos los

libros al cortijo. Los podríais necesitar algún día, tu hermano o tú.

—Sí. A lo mejor para conocer, por fin, la historia de papá.

—No seas cínico, por favor. Por lo menos, en lo tocante a tu padre. Me hace daño.

La besé sin decir nada.

Clara hizo una pila con todos los papeles que encontramos en el despacho, y yo, un inventario completo de los libros. No descubrí nada que me diera alguna clave sobre la vida de mi padre, pero me llamó la atención un librito de poemas, donde una hoja doblada y un subrayado a lápiz marcaban dos versos:

Caminante, no hay camino.
Se hace camino al andar.

Si mi padre había elegido aquellos versos para que guiaran su vida, tuvo que sufrir mucho cuando detuvieron para siempre su andadura entre estas cuatro (siniestras) paredes.

Leí con avidez, varias veces, el librito, que se convirtió en mi compañero inseparable. (Cuando ando y cuando me paro, siempre pienso en mi poeta favorito y en la rebeldía profunda que contienen esos versos. Se hace camino al andar. Nadie puede hacerlo por ti. No puedes tomar el camino abierto por otros. Y sin embargo, yo nunca dejé de andar por *tu* camino. ¡Qué imbécil fui al pensar que siempre estarías ahí para allanármelo! ¡Joder!).

La última noche, después de cenar, nos sentamos en el tranco de la cocina, y Clara prendió fuego a los papeles de papá, amontonados en el jardín. Las llamas consumían suavemente el contenido de una historia que, lo más probable, nunca conoceré. De pronto Clara, transfigurada por el color de la hoguera, me dijo:

—Tu padre se llamaba Carlos. Ninguno de los dos, ni tu padre ni Carlos, tuvieron historia. Peor que eso: la historia de Carlos termina cuando empieza la no-historia de tu padre. Los cuatro éramos, más o menos, de la misma edad, y hacíamos juntos todo lo que nos estaba prohibido. Era ahí,

en lo prohibido, en lo que coincidíamos siempre los cuatro. Claro que nuestros mundos eran totalmente distintos, opuestos, aunque no del todo separados. Mi mundo estaba en la cocina de la casa de tu abuela, en la que mi madre era gobernanta. El mundo de Juan, mi difunto marido, era el establo. Su padre era el capataz de la ganadería de tu abuelo. El mundo de Carlos estaba en todas partes, dentro y fuera de la casa. Su padre, antiguo administrador de la familia, se encargaba del personal, de las tierras y de las rentas de tus abuelos. El mundo de Matilde niña, era el salón, siempre lleno de profesores particulares. La barrera que separaba su mundo del nuestro estaba hecha de visillos de encaje, pero parecía de acero. Por ejemplo, ella y yo acariciábamos todos los días las mismas flores: yo, al amanecer, cuando regaba el jardín; ella, después, protegida por su sombrero de paja adornado con cintas, con el dulce sabor del chocolate todavía en la boca, cuando mi presencia no rompía la armonía del jardín y las flores perfumaban el aire para recibir a la linda señorita. Pero había ciertos lugares del río, a la hora de la siesta, o ciertos bancales, por la noche, en los que nadie hubiera podido imaginarse nuestra presencia traidora. Así empezamos los cuatro nuestros amores. Unos amores que se tuvieron que organizar con el tiempo. Y digo organizar, porque los dos estaban enamorados de Matilde, lo que era natural, y yo amaba a Carlos y a Juan, lo que era aberrante. Pero creo que fue la única etapa de mi vida en la que tuve sueños. Y Matilde sólo quería a Carlos. Desde que lo vio por primera vez, la imagen de Carlos le llenó la mirada… De los cuatro, sólo Carlos fue al instituto. No trabajaba al servicio de la casa y su padre quería que estudiara. Derecho. Sería abogado. Durante años, sólo lo vimos por vacaciones. Pero las vacaciones son muy largas, y no podíamos olvidarnos de él. Tenía sobre nosotros tres una fuerza y una autoridad especiales. Incluso llegamos, Matilde y yo, sentadas cerca del río, a estudiar logaritmos, porque él así lo disponía. ¿Eso no lo sabías, eh? Juan, no. Él no había nacido para bañarse en la luz de la cultura, decía Matilde jovencita. Y siempre se estaban peleando. Carlos, rabioso, le amenazaba con ahogarlo en el río. Matilde y yo nos reíamos, porque el río andaba casi siembre seco. Y Juan volvía a abrir los libros. Pero nada. Sólo sabía limpiar animales. ¡Eso sí! El caballo con el que Matilde-jovencita aprendió a montar tenía siempre el pelaje más reluciente… Carlos, ¡puro amor! Fue él

quien nos introdujo en la actualidad política. Nada más llegar a la universidad, se implicó en política. Hasta hacía discursos, que luego nos repetía para adoctrinarnos. Pero no era necesario. Nuestro amor iba siempre con él. Luego, estalló la guerra. 1936. Ellos, dos muchachos de veintidós y veintitrés años, tomaron las armas. Y no precisamente para cazar conejos. El primer año de guerra, el 4 de diciembre, Juan y yo nos casamos. La señora madre de Matilde y el señor padre de Carlos fueron nuestros padrinos. La señorita Matilde y Carlos, nuestros testigos. Pero ya había una gran diferencia entre los dos hombres y, por ende, entre todos nosotros. Carlos llevaba un magnífico uniforme de comisario de Cultura. Juan era un simple soldado, con veinticuatro horas de permiso para casarse. Diez meses más tarde, Juan-soldado, mi marido, murió. En el frente de Teruel. Su esqueleto debe descomponerse allá, bajo el trigo. Nunca supimos el emplazamiento exacto de la fosa común, a pesar de todo el dinero que se gastó tu madre. ¡Qué le vamos a hacer! Prefiero pensar que reposa en un trigal. La flor más roja es la amapola. Las amapolas crecen en los trigales. En fin, como ya sabes, perdimos la guerra. Matilde no. La perdimos los tres, el muerto y los dos vivos. A tu madre sólo le afectó con respecto a su amor por Carlos. No es lo mismo. Cayó prisionero, pero gracias al capital de los padres de la señorita Matilde, Carlos salió de la cárcel a los dos meses. A veces, el dinero es un sólido argumento. Se habló de matrimonio. Matilde había jurado ponerse delante de un toro de lidia si no la dejaban casarse. Y la comprendo. Ya había estado entre los brazos de Carlos, y nadie podía quitarle ese lugar de honor. Se casaron y Carlos regresó a la universidad. Y ahí termina su historia. Naturalmente, acabó la carrera pero tras dos o tres fracasos para encontrar un buen empleo se dio cuenta de que, siendo *rojo*, nunca le permitirían hacerse un nombre. De todas formas, ¿qué leyes se pueden defender en un régimen que no las tiene? Ciertamente, era un modo de consolarse; pero también había algo de verdad: en el nuevo régimen, la ausencia de leyes y de justicia era total. Casi todos los días hablábamos de ello, sentados a la mesa, en el salón. En 1943 nació tu hermano Antonio. Fue él quien dijo, el primero, la palabra «papá». Enterramos definitivamente a Carlos y papá, hundido cada día más en su despacho, empezó a recibir a esos pobres hombres que fueron viniendo,

durante más de veinte años, para consultarle sobre pequeños problemas económicos, de herencias o administrativos. «El abogadito de los pobres», decía tu madre riendo. Hasta que la tristeza nos invadió por completo. Los tres dejamos de reír y nos callamos. Para siempre.

Del enorme montón de papeles de papá sólo quedaban cenizas. Clara, en silencio, miraba el humo elevarse sobre las ramas del viejo castaño de Indias. Me levanté, entré en el despacho, cogí la radio de papá y volví al jardín con Clara.

—¿Qué hacemos con esto?

—Lo que quieras. Si fuera algo vivo, cogería mi cuchillo de cocina y lo degollaría. Es la asesina de tu padre. Ella y la voz.

Tiré la radio a las cenizas humeantes. Al poco, las llamas lamían el viejo aparato. No duró más de diez minutos. Sólo quedaron trocitos de hierro, tornillos, alambres. Clara dijo:

—Todo muere a la vez. La enfermedad y sus causas. Así está bien.

Guardamos silencio. Luego, al cabo de un rato:

—¿Te he dicho que tu madre es guapa? Yo, soy fea. Quizá por eso hemos sido tan desgraciadas.

—Clara, tú también eres guapa. Donde pones los ojos, la verdad se muestra en toda su belleza. ¿Puedes imaginar algo más bello que la verdad?

—Sabes, cariño, que siempre he necesitado la verdad para no convertirme en nada. Y si para ti la verdad es la belleza, entonces, sí, vale, digamos que soy guapa.

Sonrió. ¡Qué sonrisa, qué sonrisa, qué sonrisa!

Al día siguiente por la mañana llegaron los nuevos propietarios de la casa. Los señores Fulánez, gordos y ricos. No me los pude imaginar en el lugar de Matilde y de Carlos. Pero ¡qué más me daba! Cuando salimos definitivamente de la casa, Clara cogió un trozo de tiza —recuerdo de mi infancia— y dibujó una cruz en la puerta principal.

—¿Por qué haces eso?

—Así, si nos acordamos alguna vez de esta casa, lo haremos pensando que era un cementerio. Y no nos dará pena haberla abandonado para siempre.

(Clara-bruja).

CAPITULO 17

Clara y yo acabamos de instalarnos en el cortijo, mejor dicho, acabamos de instalar nuestros fantasmas en esta casa, que ni siquiera es el fantasma de la casa de la ciudad: deshacer los bultos que contenían el escritorio de mamá, el caballo de Carlos, la piel de cordero carnívoro, los libros por todos ignorados, que seguramente nunca leerá nadie, nuestra ropa y toda la cocina, que Clara se empeñó en traerse con ella. A los nuevos propietarios sólo les dejamos las paredes, blancas y relucientes tras veinte años de trabajo de Clara-limpia. Ni siquiera he terminado mis estudios, lo que es una lástima, dice Clara, pero yo no veo por qué.

Aquí, aunque desconocemos nuestra actual situación económica, la sensación de estar en la ruina es más llevadera que en la ciudad. Además, no necesito corbatas, ni trajes, ni camisas, ni zapatos. Me apaño con vaqueros, camisetas y alpargatas.

Por fin descubrí el rosal de mamá. Es grande, trepa con tenacidad por el hierro forjado de las puertas vidriera del salón gemelo, reproduciendo la pesadilla-mamá, aquejado de una extraña enfermedad: tiene más rosas amarillas que hojas verdes. Como si estuviera en pelota viva y lleno de abscesos infectados a punto de reventar. Clara lo riega religiosamente, todos los días, de madrugada. A mí me cabrea. Ya va siendo hora de que la pobre descanse.

—Tampoco hace falta que te levantes a las cinco de la mañana para regar el puto rosal.

—Es que de madrugada es cuando las plantas están en mejores condiciones para alimentarse. Así pueden afrontar con toda tranquilidad los pequeños problemas del día; viento, sol, lluvia, insectos, pájaros…

—Vale, vale.

—Quiero que esté espléndido cuando regrese Matilde.

—Nunca estará espléndido. Es imposible. Esas rosas amarillas parecen enfermas. Son feas.

—¿Y qué es la belleza, cariño? ¡Puede que sea la fealdad!

¡Jodida Clara!

No me atrevo a pasearme por *nuestras tierras*; no sé si siguen siendo nuestras. Lo ocurrido con la casa de la ciudad y el silencio que mantiene mamá sobre el estado de nuestras finanzas me han puesto la mosca detrás de la oreja. No me apetece nada que un nuevo propietario, o arrendatario, me tome por un ladrón y me eche a pedradas. Además, no veo a casi nadie por los alrededores del cortijo. Nadie nos dio la bienvenida. Algo ha debido ocurrir. Bueno, sea lo que sea, paso olímpicamente. No le voy a preguntar a Clara por el motivo de esta deserción. Repito: paso olímpicamente.

Pero Clara y yo no permanecimos solos mucho tiempo. El último día del mes de junio, un coche fúnebre, casi blanco por el polvo del camino, se detuvo ante la casa, bajo el viejo castaño de Indias. (Detalle a tener en cuenta: un día, comprobé que el tronco del castaño tenía la misma hendidura y el mismo nido de gusanos que su gemelo de la casa de la ciudad. Me dije que aquello no presagiaba nada bueno). El chófer, delgado y fuerte (según pude comprobar con posterioridad), de uniforme negro con galones plateados, tocó el claxon. El sonido más siniestro que jamás había oído; me pareció que habían compuesto la melodía con notas del amarillento Chopin. Clara y yo salimos, y nos acercamos a tan alegre visita. El ayudante del chófer, que también llevaba uniforme negro con galones de plata, estaba ya quitándole el polvo al coche y, a través de los cristales adornados con coronas, ángeles y cintas plateadas, vimos a mamá, sentada al lado de un ataúd. Su perfil se dibujaba con la precisión de un camafeo griego, y su mirada era tan límpida y fija como la de una muñeca. Antes de que me embargara emoción alguna, el chófer de figurín abrió la doble puerta del coche y la voz de mamá nos llegó como el frío silbido que se

desprende de un sótano al levantar la trampilla de acceso.

—Subid. Vamos al cementerio familiar. A enterrar a mi marido.

Clara y yo subimos al coche, sin decir palabra, y nos sentamos en una de las banquetas laterales. Mamá ocupaba la otra. En medio de los tres, el ataúd de caoba emplomado, pesado y lujoso y, sobre la tapa acristalada, el retrato, minuciosamente reproducido, de Carlos joven.

Miré a mamá con la intención de comprender qué demonios era todo aquello, pero con los ojos abiertos y una perfecta cara de circunstancias, parecía haberse inmovilizado para siempre en el vacío. Y nada ni nadie podían conmoverla.

El coche fúnebre arrancó, recorriendo el mismo camino que el día de mi primera comunión. Pero esta vez, no habían barrido la polvareda. Las yerbas, resecas por el sol y arrancadas por el viento, eran nuestro cortejo. Los cuervos, únicas criaturas fieles, se detenían unos momentos en las paredes de piedra y nos echaban ávidas miradas antes de proseguir su vuelo hacia el cerro de las culebras.

Cuando llegamos al pequeño cementerio bajamos del coche. Ya habían cavado la fosa, pero la tierra, apilada a ambos lados, no tenía el color ni la humedad del trabajo reciente.

Ella, mamá, dijo:

—Mandé que cavaran la fosa el mes pasado. También encargué la lápida.

La enorme losa de mármol estaba en el suelo; en ella se veían, grabados, el nombre de Carlos, su fecha de nacimiento y de muerte y estas palabras: «Muerto de muerte crónica».

Angustiado de pronto por tan siniestra sabiduría, busqué la mirada de mamá sin decir palabra, pero ella me adivinó el pensamiento y dijo:

—Cáncer es tan sólo el nombre que le pusieron a su enfermedad para entenderse, hacer un diagnóstico y proponer un tratamiento. Pero su auténtica enfermedad era la muerte. La muerte crónica.

Clara añadió:

—O sea, la victoria y la paz. ¿No te habías dado cuenta, cariño?

—Tiene usted razón, querida. A eso me refiero con muerte crónica. No se trata de una cuestión poética, sino más bien de una constatación precisa.

—Sí, Matilde.

Como si quisiera huir para siempre de la cárcel de elegancia en la que estaba presa, mamá la miró unos instantes y el sufrimiento, viejo como una arruga y raudo como el relámpago, se manifestó en sus ojos. Pero desapareció tan rápidamente como había venido, antes de traducirse en lágrimas o en nebulosa de lágrimas.

El chófer negro con galones y su ayudante negro con galones sacaron el ataúd. Parecían llevar un recipiente vacío, apariencia engañosa de una pesada realidad y, ni por un segundo, el sudor del esfuerzo perló sus frentes. Ataúd vacío. Carlos vacío. Perfecto trabajo de los embalsamadores de Nueva York. Carlos-pluma.

—Ahora me gustaría que os despidierais de él. Su hijo Antonio lo hizo en el aeropuerto de Caracas. Como creo haberos dicho en mi última carta, era mi deber llevarlo ante su hijo… para suavizar un poco la tristeza de *ese* viaje. Tonio lloró. Seguramente lo quería. Pero vosotros, por favor, no os toméis su gesto ni mis palabras como una obligación. Ahora somos nosotros mismos. Los *cuatro*. Y ya está.

El chófer negro y plateado levantó la tapa del ataúd donde la imagen pintada de Carlos joven tenía la serenidad aterrorizada de un cristal de restaurante fino. Y dentro, Carlos. Él. Un modelo reducido. Busqué el recuadro indicativo de la escala proporcional. Pero no. No había indicaciones sobre el tamaño natural. Carlos, simplemente, había encogido. Como consecuencia de su enfermedad-muerte crónica, o del trabajo del embalsamador. Parecía un niño que hubiera envejecido en una noche, tras una pesadilla, o al que hubieran disfrazado de viejecito, con bigotes y canas. Un absurdo clavel de coral, en la solapa del traje hecho a medida, le daba a este muñeco-cadáver el aspecto de sagrada estatua-alhaja. Lo hubieran podido sacar en procesión, poniéndole en la noble cabeza reducida un sombrero adornado con cintas y palomas en miniatura.

Carlos-infinitesimal. Así permanecería, seguramente, hasta su no-llegada a la eternidad. Privado para siempre del cansancio de la espera, habiendo perdido la sangre por los desagües de aquel laboratorio neoyorquino de embalsamador. Mientras lo miraba, pensaba que, a pesar de todo, yo había sido engendrado como consecuencia directa de un orgasmo

de *esto*. No era para echar las campanas al vuelo. La palabra «padre» se me pudrió en la boca.

Durante un largo minuto, los dedos de Clara recorrieron el pequeño perfil de aquel hombre que tan profundamente había amado, gesto impreciso del que intenta reproducir el encanto borrado de un dibujo hecho en la arena. Luego lanzó un gemido tan ronco que creí que salía de la tierra. Ella, mamá, le cogió la cabeza entre sus manos y la besó en la boca.

—Aún queda algo de su último beso. Cuando me lo dio, yo estaba pensando en Clara. A veces tenemos *cierta* conciencia del deber. Puede que demasiado tarde.

No quise hacer gesto alguno. Ni besar, ni tocar al muñeco-*souvenir*, ni participar en el melodrama. Ya habían montado suficiente mascarada. Sólo quería que las palas iniciaran su trabajo, que se oyera caer la tierra en la lujosa madera, en el cristal pintado e irrompible.

Ella, mamá, debió adivinar mis prisas. Hizo un leve gesto al chófer con galones, apartado del círculo familiar junto a su ayudante, como si vinieran de otro mundo y estuvieran allí por un maldito error de reencarnación. Los dos hombres iniciaron al fin su trabajo de enterradores. Nosotros tres, cubiertos de polvo y cegados por el viento, resistimos, heroicos, todo el rato que necesitó Carlos para desaparecer completamente. En el futuro, la lápida de mármol sería el único testigo de su paso anónimo por este mundo. Y puede que, al leer la inscripción, a nadie le extrañe la única definición de la vida de mi padre: muerte crónica.

Aunque mamá tardó un tiempo en ponernos al corriente de la situación financiera, nos olíamos la catástrofe. Escribía demasiadas cartas a su administrador y también recibía otras muchas, desde un montón de sitios, siempre facturas. Les echaba un vistazo y las guardaba sin más en su escritorio negro. Estaba claro que Carlos-capricho de amor le había costado a mamá toda su fortuna.

Un día oí que mamá y Clara hablaban un poco más alto que de costumbre. Se habían metido en las oscuras profundidades del salón, pero se les pasó cerrar la puerta. Pegué la oreja.

Se trataba nada más y nada menos que de despedir a Clara, porque ya no le podíamos pagar, ni vestirla, ni alimentarla. Todo ello dicho en el

elegante estilo patético de mamá. Pero Clara no se dejaba convencer. Decía que donde comen dos, comen tres. Eso estaba claro. Que ya tenía suficientes vestidos y delantales para todo lo que le quedaba de vida. (No habló de zapatos. Clara-descalza). Y que, de todas formas, no se trataba de preocuparse por ella. Lo importante ahora, éramos mamá y yo.

Conclusión:

—Cuando usted se muera, señora, me iré de la casa. Antes, no.

—Clara, por lo que más quiera, no me llame señora. Cuando la oigo, me siento tremendamente artificial. Y eso me deprime. ¿Ya no se acuerda de Matilde niña? Ya que insiste en que nos quedemos juntas, volvamos a nuestra infancia, ¿sí?

—^Vale, de acuerdo, si eso es lo que quiere. Pero nada de echarme de aquí.

Saliendo de las tinieblas, Clara se dirigió hacia la luz de la cocina, con los ojos llenos de lágrimas.

A partir de entonces mamá empezó a resucitar un poco más cada día, con un regocijo desconocido hasta entonces. Pero la cosa no quedaría ahí.

La carta de mi hermano Antonio comunicándonos su boda llegó una tarde oscura y lluviosa. Noviembre, mes de los muertos. Ella, mamá, se preparaba, cantando, para dar uno de sus paseos hasta la tumba del muerto crónico. Lo hacía a diario, como una muchacha que fuera a una cita secreta. Se escondía detrás de los árboles, daba un rodeo por detrás de la capilla, o dudaba al llegar ante la tumba, como buscando el lugar preciso donde *él* la esperaba. Hasta leía unos papelitos que se sacaba del pecho o de los puños. Yo la seguía de lejos, sin que me viera, y me encantaba ser el único testigo de aquellas citas. Así que estaba jugando al escondite, pegada al muro de piedra que rodea el jardín, cuando vio al cartero y lo detuvo. Cogió la carta.

Desde hacía varios meses, los tres comíamos en la cocina, salvo los domingos que lo hacíamos en el comedor. Probablemente debido a su nueva resurrección infantil, ella, mamá, se había vuelto demócrata y no consentía que Clara comiera sola. Y todo eran Matildes por aquí y *queridas* por allá. El Versalles de los fogones. Contexto de ruina.

Aquella tarde de noviembre, encontré la carta de mi hermano al lado de mi plato. Estaba abierta. Sin oír lo que decían Matilde y *querida*, para

quienes el silencio parecía, al fin, proscrito de sus vidas, leí la larga carta. La cara, que ellas fingían no espiar, se me tuvo que demudar, porque el silencio ensombreció el ambiente. No hice ningún comentario. Pero, en el postre (todavía lo tomábamos) *querida* dijo:

—Está muy bien pensado, lo de eximirte de la mili. Por eso se casa.

Matilde añadió:

—¡Por supuesto, mi vida! Siendo hijo de viuda y con el hermano mayor casado, te has convertido en mi único sostén. (Ahí, su risa saltó sobre la mesa como una rana. No sabía si se estaba cachondeando de mí). Me han dicho que la mili es tremenda. ¿No lo ha oído usted también, querida?

Querida llegó más lejos, y dijo con excesivo apasionamiento:

—¡Hasta pulgas, cariño, hasta pulgas! Además, ¿por qué ibas tú a hacer la mili para un régimen que ha matado a Carlos?

—¡Eso es, querida, eso es! ¡A Carlos y a Juan! ¡A los dos!

—Matilde, dejemos en paz a los muertos y ocupémonos de los problemas presentes. ¿De acuerdo, guapa?

—¡Es usted un encanto, querida!

¿En qué escondido rincón de los bancales de su infancia estaban pensando en aquel momento? Dije:

—¡Dejadme en paz! (Lo que estaba en perfecta consonancia con el sitio y el momento, pero las dos preciosas niñitas se echaron a llorar).

Salí de la cocina y me fui a mi cuarto, llevándome la carta de mi hermano.

Ella se llama Evelyn. Es rubia y americana, inteligente y perfecta ama de casa. Le dieron clases de todo eso y, además, de lengua española que ya habla correctamente. Es hija única del dueño de la fábrica de productos químicos. Y él es también ya americano, y ha asistido a clases de rubicundez y de inteligencia. Ambos, Antonio y Evelyn, se casarán el mes que viene y se irán a Tejas en viaje de novios, al rancho familiar. Y también el rancho parece rubio e inteligente y, sin lugar a dudas, americano. Pero la carta no dice nada de sus estudios. Lástima. Me has dejado *in albis*.

A la mañana siguiente, al despertar de un sueño vacío y profundo, tuve una tremenda diarrea. Fui al baño con la carta de mi hermano aún en el bolsillo de la bata que ya no era de seda, la puñetera. La releí. Comprobé

que ella, la chica, se seguía llamando Evelyn, que seguía siendo rubia e inteligente, perfecta ama de casa y americana. Me limpié el culo con la cuartilla.

La cisterna hizo desaparecer para siempre el traidor documento en el agujero de la mierda. Cada cosa en su sitio.

Clara, que dormía cada vez menos, se acercaba por las noches, varias veces, hasta mi cuarto, intentando descubrir los fantasmas que poblaban mis desvelos, pero no se atrevía a empujar la puerta y a entrar. A veces, me parecía oír un débil: «¿Todo bien, cariño?» pero debía ser fruto de mi imaginación. Cuando uno no duerme, todo son sueños. Pesadillas.

Me preocupaba que cualquier noche se resfriara. A pesar de los braseros, la casa estaba demasiado fría para aquellos paseos nocturnos. Tendría que decírselo.

Ellos, Evelyn y Antonio, rubia y moreno, lista y gilipollas, debían estar tan calentitos, abrazándose el uno al otro. ¡Joder!

Ella, mamá, le escribió una carta larguísima a mi hermano, elogiando las delicias del matrimonio. Me lo dijo Clara. Como por casualidad, a mamá se le olvidó cerrar el sobre y, siguiendo las inalterables reglas de su imprecisión, dejó la carta dos o tres días, por ahí, en el salón. Al final, Clara se atrevió a echarle un vistazo. Furtivo, según ella.

—¡Hay que ver, tesoro! Cualquiera diría que ella fue profundamente feliz en su matrimonio. ¡Cuántas gilipolleces se dicen cuando uno se hace viejo!

—¡Pero si ahora se las da de estar cada vez más joven!

—¡Sí, y un jamón! Aunque al final, en posdata, añade: «Todo lo que acabo de decirte, amor mío, obedece a mi deber de madre. Pero yo, Matilde, sólo te puedo decir una cosa, y tengo derecho a hacerlo: se te ha olvidado demasiado pronto que ya estabas casado. Eres un traidor. En mi desvarío, te veía como la reencarnación de Carlos, pero él nunca se hubiera comportado así. Carlos era un hombre». ¿Qué te parece?

—¡La odio!

Clara me cruzó la cara de un bofetón. Estaba fuerte la jodida. En la cena, apenas pude tomarme la sopa, por la hinchazón de los labios.

Las dos deben pensar que tendría que unir mi desgracia a la suya: una

especie de asociación en la miseria. Pero se equivocan. No me siento desgraciado. Me siento vivo.

En cuanto a él… bueno. Él y yo ya nos habíamos dicho el adiós definitivo.

Me atrinchero del todo en la observación científica. Con el profundo deseo de ver las cosas lo más claramente posible —adquirí una cierta frialdad de microscopio, por aquella época— observo mi entorno, sin entrar en el juego. Mamá es un insecto. Clara es un insecto. Los pocos campesinos que, de vez en cuando, llegan hasta la puerta de la cocina para traer leche, huevos o fruta, son insectos. La casa es tan sólo un agujero, un cobijo de insectos.

Y analizo. El mundo exterior ya no cuenta. Ningún periódico, ni por equivocación, en nuestro buzón. Me refiero a un periódico del día. A veces, una hoja de papel impreso, del año de la pera, con las letras medio borradas, llega de no sé donde, envolviendo Dios sabe qué. La veo por ahí, yendo de un lado para otro, durante algunos días y, al final, le echo un vistazo. El mundo no ha cambiado. Lo que leo ahí, lo que ocurría hace diez años, ya lo había leído en las viejas hojas amarillentas de los periódicos que Clara usó el día de la gran limpieza general en la casa de la ciudad. Y estoy seguro de que dentro de diez años, o más, dirán lo mismo. Estamos en pleno inmovilismo.

Así que, ¿para qué leer los periódicos? Por mucho que esas arrugadas hojas de periódicos trasnochados vayan por la casa haciéndome guiñitos, he perdido todo interés por leerlas.

El regreso a la infancia.

Mamá ya no es mamá. Se ha convertido en niña-Matilde. Está procediendo con sumo cuidado a un valiente proceso de *desvitalización*. Creo que se querría hacer más pequeña, si cabe, que Carlos-muñeco-cadáver. Y Clara le ayuda. La ha convencido de que se olvide del té con limón y la atiborra de sopas de leche con azúcar. De tortillitas con poca sal. De compotas. No me extrañaría levantarme un buen día y encontrármela tomándose un biberón. Y ella, mamá, cariñosa, se pone a dar saltitos. Se pasa el día dando saltitos, como un pajarillo jugando al escondite, desde su minuciosa jaula-sillón de mimbre trenzado hasta la gran lápida florida del

muerto crónico. Y en medio de sus infatigables viajes de hormiguita, se detiene un momento para acariciar, con la mano crispada por el odio, las rosas amarillas de su rosal favorito. ¿A qué viene ese odio? Mis ojos de analista se hacen la pregunta. Pero no consigo hallar respuesta.

Ella, mamá, también ha empezado a cantar. Antiguas canciones de niña vieja con sombrero de paja adornado con cintas. Y su alegría es siniestra. Como un disco del rastro.

Y sin embargo, no es que esté cada día un poquito menos viva, sino que está cada día un poquito más muerta. Come bien, habla por los codos y se toma unos monumentales vasos de leche con aguardiente. Pero tiene la profunda sensatez de impedir que la comida, la voz melodiosa y la bebida, la vivifiquen. Lo que hacen es provocarle la muerte. No en el sentido deprimente del proceso de la muerte, sino en el sentido tonificante del proceso de la vida. Me atrevería incluso a decir que su muerte progresiva estaba hecha de vida progresiva. Todo aquello me parecía apasionante. De haber tenido dinero, hubiera iniciado, con mamá en el papel de monstruo, aquel viaje hacia el milagro que ella quiso iniciar, conmigo en el papel de monstruo. Con la diferencia de que yo sí sabía de antemano que el milagro iba a producirse. Es una lástima que la progresión continua y alegre de la muerte no tenga espectadores.

Una mañana de aquella muerte de pandereta, la encontré ante su rosal de rosas amarillas. Estaba muy tranquila, como si se hubiera puesto entre paréntesis.

—Seguro que te gustaría saber por qué, ¿verdad, cariño?

La miré y afirmé con la cabeza: no me apetecía nada mentir aquella mañana.

—Cuando tenía ocho años, tampoco hace tanto, ¿no?, Carlos, que tenía once, me hizo el primer regalo de nuestro amor. Ahora me pregunto si ya sabíamos, me refiero a mis mejillas encarnadas y a su mano que no sabía qué hacer con su pelo, que aquello era amor. Pero bueno. Me había traído de la ciudad un pequeño rosal para que yo lo plantara. Me dijo, muy serio, que había leído en un libro las tres cosas que había que hacer en la vida: plantar un árbol, escribir un poema y tener un hijo. De nuevo, me puse colorada con su proposición, porque aquello era ya una proposición. Pero

añadió que, precisamente por ser fruto de la sabiduría árabe, o china o… de donde fuera, ya no me acuerdo, lo de plantar un árbol le parecía más un trabajo de hombres, y era mejor que yo plantara un rosal. De rosas rojas. Le encantaba el rojo. Cogí sombrero, guantes y pala, y planté el rosal. Aquí, delante de la ventana del salón en donde me pasaba las horas muertas. Nuestra tierra es buena y, desgraciadamente, todo crece. Y el rosal creció, y creció. Dos años más tarde se despertó un buen día lleno de capullos. Yo estaba loca de alegría. Cada capullo era Carlos, el rojo de su sangre, el rojo de mi pasión por él. Te hablo así porque sé que ya eres un hombre experimentado y que lo sabes todo sobre la pasión. Venía cada cinco minutos para ver si los capullos se habían abierto. Y un día reventaron. Rosas amarillas. Lo único que recuerdo ahora es que no lloré. Nunca escribí un poema. Ni tampoco tuve hijos. Hubo dos, que convivieron conmigo. Pero volvamos al rosal. Durante años, invoqué el cataclismo con todas mis fuerzas en la esperanza de que un día, al levantarme, iba a encontrarlo cuajado de rosas rojas. El día que perdí definitivamente la esperanza, que todo llega, leí en un libro que siempre hay soluciones. Por ejemplo, se le podía inyectar en las ramas cierto producto químico para que las rosas amarillas enrojecieran a la fuerza. También se podía hacer un injerto y esperar un año. Pero nada de aquello me convencía. Demasiado artificial, créeme. Seguramente te preguntarás el por qué de mi absurda preferencia y mi amor excesivo hacia este rosal. La respuesta es muy sencilla: lo odio. Pero no quiero caer en la vulgaridad de decirte que es el símbolo de mi vida: la falta de elegancia me horroriza.

Ella, mamá, ya no estaba triste. El sol misterioso de su semblante tenía la luminosidad de la incomprendida sonrisa espontánea de un niño.

Todo ocurrió del modo más elegante del mundo. Clara lanzó un grito (pero Clara no es mamá, me dije después, única excusa para su vulgaridad), bajé al vestíbulo temiendo que algún ladrón hubiera entrado en la cocina para robarnos las pocas vituallas que nos quedaban. En tal caso, estaba seguro de encontrarme a Clara con un cuchillo en la mano, echando espuma por la boca. (Clara-numantina).

Pero no. La cocina estaba vacía. Desde allí escuché sus sollozos. Me invadió ese tipo de inquietud que provocan los acontecimientos, no diré

insólitos, sino especiales: estaba llorando en el salón.

Entré. En efecto, Clara estaba en el suelo, casi doblada, gimiendo. Ella, mamá, había muerto. Con una sonrisa inefable en los labios, un cigarrillo humeante en la mano que se apoyaba, indolente, en la cabeza de la paloma enamorada, con su reloj suizo aún en marcha. Ella, mamá, había muerto en su sillón-cuna de mimbre trenzado. La cabeza, recién peinada, no le caía de manera grotesca sobre uno de sus hombros, ni el pecho sobre el vientre; la muerte la había sorprendido en la paz de un recuerdo de infancia; se sentían en el salón las suaves vibraciones de una canción infantil, interrumpida precisamente en aquel romance melancólico que dice:

No soy mora, mi señor,
sino cristiana cautiva.

Al ver a Clara doblada y sollozando ante ella, me vino a la mente la imagen de la confesión de mamá a su criada y sentí, más que nunca, esa impresión de inmovilismo permanente que, a partir de entonces, empezó a convertirse en parte integrante de mi naturaleza. ¿En qué tiempo, idéntico e infinito, estábamos encerrados? Desde siempre y para siempre, vivos o muertos, reproducíamos los mismos gestos, las mismas actitudes.

No me detuve mucho tiempo en tales reflexiones. En el cenicero de cristal de Murano, gemelo del que siempre había estado en el pequeño velador al lado del sofá, en el salón de la casa de la ciudad, apagué el cigarrillo de mamá. Y le di un leve puntapié al sillón de mimbre trenzado para romper, de una vez por todas, el círculo mágico. Mamá muerta cayó al suelo, como en los más siniestros cuentos de terror. Clara lanzó otro grito. Y todo acabó.

Dos campesinos, padre e hijo, antiguos empleados de mamá, vinieron del pueblo para ayudarnos a enterrarla junto al muerto-crónico. Se encargaron incluso del cura y del ataúd, y pusieron una cruz de madera mientras llegaba la futura lápida. El cura no se entretuvo demasiado con las mentiras oxidadas de sus latinajos; cogió el dinero y se largó. El campesino mayor volvió a casa con Clara para cobrar y tomarse un caldo. El joven y

yo, nos quedamos en el pequeño cementerio familiar acabando el trabajo. Me miraba, sorprendido sin duda de no ver lágrimas en mis ojos. La frase: «No deja de ser tu madre» se leía en su mirada. Pero yo callaba. Sin parar de trabajar. Mientras él aplastaba la tierra a palazos, como si pretendiera hundir a golpes en el olvido más profundo a mamá-cadáver, yo escribía en la cruz de madera el nombre y el apellido de mamá, las fechas 1911-1966, y la enfermedad familiar: «nacida muerta». Tras lo cual propuse al muchacho, que sudaba como un pollo, que viniera a casa a tomarse un vaso de vino. Se alegró, me dio las gracias con una sonrisa y, cuando llegamos, nos tomamos unos cuantos. No paraba de sudar.

—¿Por qué no te das un baño? Estás empapado. Tenemos bañera.

No tuve que decírselo dos veces. Asintió y subimos a mi cuarto, llevándonos la botella. Preparé el baño y se desnudó. El trabajo del campo desarrolla bien los músculos. Le expresé mi admiración por su fuerza —estábamos entre chicos— y de nuevo se puso muy, muy contento. Luego, le ayudé a enjabonarse. Una vez terminado el baño, lo envolví en una gran toalla blanca, la primera que había visto en su vida, y lo sequé concienzudamente por todas partes, con el mimo que heredé de mi hermano. Dos minutos más tarde, estaba empalmado como un borrico. Sin cortarme lo más mínimo, admiré sus proporciones *insólitas*. No entendió muy bien el significado, pero le gustó mi apreciación. En resumidas cuentas, que acabamos en mi cama y, durante dos horas, no tuvo ninguna prisa en regresar al pueblo. Al final, como suele ocurrir cuando el vino y el deseo se han evaporado, chaqueteó, rechazó malhumorado mi ayuda para vestirse, y terminó diciendo que yo era un hijo de puta. (Sin que mamá tuviera nada que ver, añadió).

—¿No te da vergüenza? ¡El día del entierro de tu pobre madre!

Era inútil explicarle que ése era precisamente el motivo: que al fin había enterrado a mi madre. Y para siempre. Así que me obsequió con todas las variantes pueblerinas de la palabra «marica», se calentó y me propinó un formidable puñetazo en plena jeta. Luego se marchó. Pero me daba igual: yo sabía que volvería, como todos. Las burras o yo… no tenía otra elección. Puede que un *civilizado* se hubiera quedado con las burras, pero él…

Me veo la sangre. En el espejo. Es roja, color fallido de mi familia. Me

sale de la nariz y me cae sobre los labios. Roja y viva.

Pienso en el rosal odiado y preferido de mamá. Rosal de rosas amarillas. Sonrío:

—Ya tienes ahí el cataclismo. Tus rosas rojas. ¿Estás contenta?

Veo sus ojos, disfrazados en los míos, que también sonríen en el espejo. Ella, mamá, está contenta. Por fin. Demos gracias a mi culo.

La visita al administrador de mamá me puso al corriente de nuestra situación financiera; una catástrofe. Se han malvendido la mayoría de nuestras tierras, por parcelas, a los campesinos. (Espero que ellos lo hagan mejor que mamá). Lo poco que queda, el cortijo y el manantial —pozo de las mariposas de entrañable recuerdo, triste recuerdo en la actualidad— están hipotecados. Con las rentas, sólo se pueden pagar los altos intereses de la hipoteca. En resumen, que me dio en mano algo de dinero, como si me estuviera haciendo un regalo. Le pedí que escribiera a mi hermano para comunicarle la muerte de mamá y nuestra situación.

—Le puede usted decir que es *su* situación, por si quiere hacer algo. Yo me considero liberado de todo. Me voy del país.

—¿Dónde te piensas ir?

—Por ahí, al extranjero, como él. Donde sea.

—Sin haber terminado tus estudios, sin recursos…

—Puedo trabajar. Todo el mundo lo hace. No seré el primer español que se vaya a tomar por culo al otro lado de la frontera después de que le hayan dado aquí, ¿no?

No le gusta mi manera de hablar, tan directa:

—¿Tú, trabajar?

—Sí.

—¡Cómo te pareces a tu madre!

¡Vaya una gilipollez de mierda! ¡Muérete! Lo miro y me marcho.

Le doy a Clara una parte del dinero y la mando al pueblo, con uno de sus parientes. No dice nada. Los ojos se le han vuelto sumisos y pobres. Clara-sirvienta. Obedece. Sé que la pongo en el paro afectivo, quién sabe si para siempre. Pero no puedo hacer otra cosa. Cierro la casa y me voy. Un billete de tren. Un país extranjero. El que sea. Ése es mi porvenir.

Por un instante, siento unas ganas irrefrenables de entrar en la ciudad,

robar una bandera y envolverme en ella, rojo amarillo rojo, para este viaje de mierda. Pero no. Pensándolo bien, prefiero decirme que voy hacia lo desconocido. Dejemos los cementerios y los sudarios. Para los muertos. Yo, voy hacia la vida.

—Si se le puede llamar así —añade fríamente una vocecita en mi interior.

¿Es la voz de mamá?

La mía no, desde luego. Seguro.

CAPÍTULOS 18 Y 19

Tiempo de Clara.

Te he traído unos claveles. Rojos. Cada vez que te traigo un ramo, me parece que te vas a levantar de la tumba para preguntarme, con ese tono inquisidor que no se me olvida: «¿Por qué rojos, querida?». Estoy segura de que, incluso muerta, serías capaz de hacer la pregunta, como si no supieras la respuesta. Y sin embargo… siempre la supiste. Que no soy tonta. Pondría la mano en el fuego, sin quemarme.

¡Lo que es la vida! Me alivia hablarte libremente. Antes, sólo podía hacerlo con los ojos. Pero desde que estás muerta, puedo, por fin, decirlo con palabras. Me costó. Mucho. Palabras que estuvieron a punto de morir, sin haberlas pronunciado, en el silencio de mi vida. Pero mira, al final, siguen vivas. ¡Sí, sí, te puedes reír! No sé realmente si son mis palabras o las tuyas. Pero cuando las pronuncio sin temor a que me regañen, ¡siento un alivio…! Querida, ¡qué maravilla esto de poder hablar!

Con los ojos abiertos —abiertos a la angustia y a la necesidad de saber la auténtica verdad de estos años de alejamiento—. La verdad y no *tu* verdad o *mi* verdad. Ese punto de anarquía que nos fue inoculado —en tu sangre y en mi sangre— por alguien que nos quería feroces y nunca dispuestos a transigir en lo más mínimo. Ya no la incrimino, pero empiezo a preguntarme ciertas cosas. Mucho antes de que nos concibiera, cuando era,

a su vez, un simple vómito de placer en el vientre de su madre (ni siquiera todavía una realidad fetal ni un chorro de simiente escapado de dos seres vivos en el preciso instante en que el placer estalla en delirio, sino simplemente un cuerpo abandonado en una sábana blanca que no puede limitar la fuerza del deseo), dime, mucho antes de todo eso, ¿crees que ya nos quería tal y como somos ahora?

Yo no puedo resignarme a ser solamente su obra. Pasé varios años en Londres y en París purificándome en la mierda (no tengas miedo de esta palabra, por favor, no encuentro otra para explicarte lo que ha sido mi vida), y rompí, una tras otra —y sin leerlas—, todas las cartas que me enviaba *su* administrador, las tuyas, las suyas, y hasta las de Clara. (Clara, muerta en el olvido). Durante todos estos años, sólo he querido ser yo mismo.

Y ahora soy yo mismo.

Los no-lle-ga del reloj, que viven en este vestíbulo deshabitado, y que compasan el tiempo desmedido de tu no-llegada, ya no consiguen borrar mi angustia de estar aquí, en el sillón de mimbre trenzado, etc., tieso, mirando fijamente la puerta en la que debe penetrar tu llave —imagen barata de la felicidad de antaño— para que tus ojos, en la penumbra, se encuentren de pronto con los míos y que te des cuenta, por fin, de que estás ante tu enemigo. No tu juez. Tu enemigo.

En el fondo sé que mi amor por ti ya no se mide en amor. Y, en este nuevo sentimiento que me empuja hacia la guerra, sigue vivo el germen de mamá. Con mis propias manos, endurecidas por el trabajo sin gloria y sin beneficio del emigrante, he arrancado esta mañana, al amanecer (hora de Clara-acabada), el sofocante rosal amarillo. Ya no quiero símbolos. Abre la puerta. Ven. La locura de estos días de espera, desde las cinco de la tarde del viernes pasado en que llegué a casa, hasta hoy, miércoles 21 de marzo, aniversario de otra primavera inolvidable, sólo estaba hecha de recuerdos. Instalémonos ahora en la realidad. ¡Vamos, abre la puerta! ¡Entra!

Tiempo de Clara.

El niño ha vuelto a casa ¿sabes? Hace unos días. Por eso no he venido a verte desde la semana pasada. Quería darle tiempo para que te sorprendiera

con su visita. Pero sé que no ha venido a verte. He buscado en vano sus huellas por el sendero; sólo yo lo he recorrido en estos últimos años.

No, no lo he visto. Pero te traigo noticias suyas. Lo vieron en la tienda del pueblo. Sí. Compró leche condensada y café soluble descafeinado —el pobre tendrá problemas con los nervios—. Y también detergente, y aquel jabón que tanto te gustaba. Heno de Pravia. Insistió mucho con lo del jabón. Por eso se fijaron en él. Porque tampoco lo conocían tanto en el pueblo. Le dieron una marca más corriente, la que todo el mundo usa ahora. Pero él quería *tu* jabón. Claro, que no dijo: «El jabón de mamá». Pero yo sé que quería tu jabón. Al final, le sacaron una caja de seis pastillas, que llevaba en la trastienda por lo menos diez años. Pagó y dio las gracias, muy educadamente. Me comentaron que empleó dos o tres palabras extranjeras, sin dar explicaciones o pedir disculpas. «¿Cómo es que no estás con él en el cortijo?», me preguntaron. Ya sabes, con ese punto de maldad que tan bien conocemos. «Les has dedicado toda tu vida a él y a su familia y ahora, ni caso». Contesté que ya estaba jubilada desde hacía mucho tiempo. Y no añadí: «¿Y a vosotros qué demonios os importa?» porque era demasiado temprano y no me apetecía discutir. Pero a ti, no te puedo negar que estoy triste. Si no me ha dado señales de vida, es porque piensa que no lo he querido. O no lo suficiente. ¡Qué pena! Ahora que estás allí desde donde puedes verlo todo, sabes que lo quise tanto como tú. Por lo menos. Un día de estos os lo demostraré. A todos. Pero bueno… Con su llegada por sorpresa, he tenido que cambiar mis costumbres. Ya no voy a la casa para quitar el polvo y regar las plantas. Ya no puedo abrir la ventana de tu cuarto y contemplar durante mucho rato, para perderme como una niña, las tierras que ya no os pertenecen. Lo hacía a menudo ¿sabes? Y, a decir verdad, sin pesar. Porque son cosas que pasan. La vida es así.

Por eso vengo ahora de noche a charlar contigo y a ponerte claveles rojos en la tumba. Soy demasiado orgullosa. No quiero que me vea ir y venir por el camino, llamando la atención, como si quisiera decirle: «Sigo viva». Y sobre todo, no podría resistir la tentación de ir a la casa a echar un vistazo. ¿Cómo se las apaña, él solo? La ropa, las comidas, y sin hablar con nadie…

Y por las noches… Si no se decide a venir un día a saludarme, lo va a

pasar mal en invierno.

En fin, ya veremos. Aún es primavera.

No son tus ojos los primeros que iluminan la penumbra del vestíbulo, sino los ojos americanos y diplomados de Evelyn. Su cuerpo americano y diplomado se interpone —imagen ajena a mi esperanza— entre tu mirada y la mía. Cinco días de espera para esto. Mísero aniversario, hermano. No se corresponde con lo que decía el telegrama. Bueno…

—¿Evelyn?

—Sí.

Sus ojos parpadean. Sin fuego.

—Esto está un poco oscuro.

—A mi madre le gustaba la penumbra.

Evelyn americana y diplomada, se acerca e intenta besarme. Va envuelta en un perfume que huele a dólar: aséptico, eso es. Me recuerda el olor de Carlos-muñeco-cadáver embalsamado.

—¡Quita!

Se sobresalta como un fantasma que se creyera un ser de carne y hueso. Deduzco que la han embalsamado mucho mejor que a Carlos-cáncer. Deben engañar a los extranjeros, por allá.

—¡Qué te largues, quiero ver a mi hermano!

Todavía no me llegas tú, sino la luz. Tu mujer se ha atrevido a abrir una ventana de nuestra casa.

Y en la luz veo tus ojos fijos en los míos. Eres Carlos, y vuelvo a sentir la tormenta de tu bigote de Carlos, que deja pasar la centella de tu sonrisa. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué te has puesto tan guapo entre los brazos americanos y diplomados de Evelyn? Las mariposas del recuerdo se agitan entre tú y yo, y mamá da saltitos, loca de alegría, en ese rayo de vida con que tus ojos enfocan los míos. Me violas, una vez más. Pero puede que, esta vez, a pesar tuyo.

—¿Qué hay?

¿Qué le digo? ¡Voz, habla!

—Puede que me encuentres un poco pálido. Te estoy esperando desde

las cinco de la tarde del viernes pasado. No he tenido tiempo de afeitarme.

Te acercas. Me coges la cara entre tus manos. Me miras.

—Estás más guapo que nunca. Me recuerdas a mamá.

Mamá. No yo.

Oigo tu voz. Ronca. Sé que sólo me hablas a mí. Tus palabras me llegan directamente, esquivando al fantasma vivo que ya invade el salón de los fantasmas muertos. Me paralizan. Vuelves enamorado. Pero casado. Y yo, que soy más que nunca yo mismo, y mi amor, más amor que nunca, somos tus enemigos.

—¿Por qué no contestaste a mis cartas?

—¡Despacio, despacio!

Y Evelyn, americana y diplomada, sigue invadiéndolo todo.

Te llama *darling*. El *ing* inagotable sube por la escalera, la baja, se alarga por los pasillos como una serpiente-gong que retumba cuando levanto las sábanas de mi cama con la esperanza de encontrarte, a ti y al riachuelo de sudor que te nace del pecho y va a perderse en… etc. La cola de ese *Darling*-pulpo me oprime la garganta y yo lucho, furioso, concentrado, mudo, sin pedir socorro. ¿Acudirías a mí si me oyeras gritar? Y ese *ing* extranjero se escapa de mi cuarto, frenética espiral que siembra la locura por doquier, desde la biblioteca al comedor, desde la cocina al salón. Hasta creo que pretende suplantar la campanilla de plata de mamá, y que Clara va a aparecer, como un genio, de entre una de las lustradas paredes, con el estropajo en la mano, el trapo en la cabeza, el «sí, señora» en la boca. Y eso sí que no, cacho zorra americana diplomada. ¡Eso no! Si vuelves a decir una vez más ese *ing* extranjero y Clara regresa de su silencio-olvido para decirte; «¿Qué desea la señora?», te arranco la lengua, como arranqué, el domingo pasado, el rosal de mamá para detener el contagio. (¡Mierda, estoy desvelando mi secreto!).

—¡Pues sí! Salí al jardín, el domingo por la mañana, para tomar un poco el aire, y vi que seguía ahí, y que empezaba a pudrir de sucio amarillo el hierro forjado de la reja. Cogí un pico y cavé sin descanso hasta que llegué a las raíces. Fui a la cocina y cogí la sierra. Volví, me bajé al agujero que había abierto, tumba de fracaso, y serré las raíces, una por una. Luego lo quemé. ¿No ves las cenizas? (Eso lo digo gritando). ¡Y no me digas que

tenemos que cuidar la casa, porque no es nuestra herencia! En todo caso será la tuya. ¡No la mía!

En estos momentos, debes estar contándoselo a tu americana diplomada.

—¿Y era bonito, el rosal?

—¡Magnífico! (Pones demasiado énfasis en el acento tónico. Ten cuidado).

—Qué lástima que lo haya arrancado, habrá que impedir que haga estas cosas. Lo va a destrozar todo. Ya sabes que cuando se empieza así…

¿A que no le contestas: «cállate, es mi hermano»?

Claro que no. Tú siempre estás de acuerdo con quien se acuesta contigo. ¡Traidor!

Bueno, cálmate. Y piensa.

Necesitas una mirada.

¡Ya no tengo mirada: estoy ciego!

¡Llama a mamá!

Su mirada llega, con la rapidez de la luz helada, para instalarse en mis ojos.

Gracias.

—Escúchame bien, cariño. Eres mi cuñado. Y vamos a vivir juntos… al menos, de momento. Lo que quiere decir que tenemos que llegar a un acuerdo. ¡No puedes estar siempre callado! Esto se puede convertir en un infierno.

(¡El infierno es precisamente nuestro lugar natural, cacho zorra! Propiedad privada. Y aún sin colonizar. ¡Pretenciosa!).

La miro dejando que los ojos de mamá actúen. Evelyn, americana diplomada, se pone pálida. Le salen en la cara unas manchas blanquecinas, con un punto verdoso en el centro y los bordes azulencos. Bonito espectáculo. ¡Repelente a más no poder, la cabrona!

La miro esta vez con mis propios ojos, entusiasmados. Nunca le dieron diplomas en palidecer con *cierta* elegancia. Se nota.

Gracias.

Tiempo de Clara.

¿Por qué no me dijiste nunca cómo es? Siempre pensé que la habías visto en el aeropuerto de Caracas. Con Antonio, claro. En el pueblo dicen que habla un español un poco raro, que la entienden mal. Y que está más delgada que una culebra. La palabra «culebra» me mosqueó. No indica nunca nada bueno, pero lo eché en el saco de las malas lenguas. Ya sabes que por aquí abundan. Una de mis vecinas, que la vio en correos, me dijo que está tan flaca que no le cabría en el estómago ni un grano de trigo. ¡Un grano de trigo! A eso se le llama buscarle tres pies al gato. Y luego va y me dice: «Se comprende por qué no han tenido hijos. Ya sabes, Clara, las mujeres flacas… ¡unas estériles!». Le contesté que tú también eras delgada, un espárrago, y que habías tenido dos chicos guapísimos. «Uno sí, Antonio, ése sí… pero el otro… más bien enclenque, un saco de huesos». Debió notarme en la cara que no me gustaban sus comentarios, porque añadió, cambiando el tono de voz: «Guapo sí, eso no te lo discuto: ¡un ángel! Pero Clara, reconócelo: aunque ya sea un hombre, no aparenta más de dieciocho años. ¿Cómo se va a casar?». Me dieron ganas de cortarle la lengua, pero ¿para qué? A cien kilómetros a la redonda no hay dos chicos como los nuestros. Ni tan guapos, ni tan perfectos. Cada uno en su estilo. Eso se nota. Como Carlos y tú, que cuando aparecíais, eclipsabais a los demás. A ellos les pasa lo mismo. Cuando aparecen, lo eclipsan todo. Y siempre será así.

Y no paran de preguntarme: «¿A qué viene tanta historia de lavadora, de tocadiscos, de plancha eléctrica con agujeritos para el vapor, de vajillas para dos docenas de personas, si no tienen hijos?». Y yo les contesto: «Bueno, puede que tengan invitados, ahora que se acerca el verano; y parece que van a hacerse una piscina en el jardín».

¡Si hubieras visto el efecto de la palabra «piscina»! Se quedaron con la boca abierta… porque todos saben que nuestro Antonio está comprando las tierras que tuviste que malvender. Entiéndeme, no te estoy reprochando nada. Eran tus tierras. No soy la más indicada para juzgarte… nunca tuve nada mío. Sobre todo sabiendo, como sé, que lo hiciste por amor a Carlos, para darle una muerte más digna de lo que fue su vida. Y eso sí: su muerte te salió bordada.

También dicen que la extranjera es una prepotente, que trata a todo el mundo como si fueran indios. A lo mejor adquirió esa costumbre en

Venezuela, en la selva virgen. Lo digo por decir, sin segundas. Ni siquiera sé dónde vivían.

Tú vas de un lado a otro, haciendo proyectos para rehabilitar el cortijo, para recuperar nuestras tierras y, quién sabe, si para comprar de nuevo *nuestra* casa de la ciudad. De vez en cuando me miras, preocupado. Te acaricias el bigote, preocupado. Y tu mano, preocupada por algún viejo recuerdo que no puede borrar, se posa en tu bragueta. Yo estoy ahí, donde se posa tu mano. Algún día te darás cuenta.

Cuando Evelyn, americana y diplomada, se sienta en el sillón de mimbre trenzado, una chinche ancestral se despierta entre la vieja trama y, con las fauces abiertas, se desliza por sus muslos y la muerde. Y Evelyn lanza un grito de pavor. Está claro: en eso, tampoco le dieron diploma. En ninguna *high school* americana hubieran podido imaginar a mamá reencarnada en chinche. Chinche carnívora.

Gracias.

Pero nada la detiene. Nada la desanima.

De su vientre (estéril, por lo que veo), se saca un martillo y unos clavos, y se pone, como loca, a dar martillazos en la pared del salón. Dos minutos después, cuelga su diploma de ama de casa. Inteligente, esta Evelyn, y americana. Eso es lo que se trajo en la maleta. Veremos si es suficiente.

Y me preguntas:

—¿Pero por qué no comes con nosotros?

Te contesto con un silencio despectivo. A las cuatro de la tarde, sólo en la cocina, me hago y me como mi tortilla de yerbas, mientras duermes la siesta con… ¿Te pone ella la cabeza sobre las piernas, como hacía yo en mis tiempos en que podía dormir?

Los huevos para hacerme la tortilla los compro yo. No sería honrado por mi parte descuidar ese detalle. Y las yerbas las cojo en el jardín. Soy pobre.

Estoy seguro de que es Clara. Ha llamado a la puerta, vieja y disfrazada de mendiga, y le pide limosna a la extranjera. Sólo la veo de espaldas, ahora que se va, con las manos vacías. Pero cuando llega al viejo castaño de Indias se esconde detrás del tronco, y echa un vistazo a la casa por el

agujero, que se ha convertido en un párpado hueco donde las lagartijas se tienden para calentarse al sol. Tengo la impresión de que nos quiere saludar, pero con esos miles y miles de kilómetros que me separan de ella, no puedo saber sus intenciones. Dos lágrimas me caen de los ojos. Matilde llora. Recordando eternamente aquella mirada sucia, triste, como un ala de paloma cortada y tirada a la calle. La tupida sombra del castaño no permite ver las cosas con claridad.

Y tú le escribes al administrador de mamá, haces cuentas, firmas cheques, con el aspecto de un tipo que lo tiene todo bajo control. Y cuando por casualidad te cruzas conmigo en el pasillo, me preguntas por qué no me he tomado, por la mañana, la leche caliente con azúcar. (Para mí es *tu* leche).

—Cuando eras pequeño, te gustaba mucho la leche de cabra. La compramos por ti.

—He crecido.

Si debo alimentarme con tu dinero, te prometo morir anémico.

Ella, mamá, se despierta por las noches, sonámbula, y sale de mi cuarto. Metida en mi cuerpo. Paso a paso. Sin dejarse llevar por su deseo de dar saltitos —seguramente porque no quiere obligarme a hacer cosas ridículas—, nos lleva hasta su cuarto. Pego el ojo a la cerradura. Su mirada examina la habitación y salta sobre la cama. Os contempla. El corazón se me quiere salir del pecho. Evelyn, americana y diplomada, se agarra a tu cuello. Y tú, mi hermano Antonio, abres lo ojos angustiado. El sudor te perla la frente. Tus ojos me buscan en el vacío.

Me trago el corazón y vuelvo a la cama. La mirada de mamá, insomne, imprime para siempre en mis ojos esa imagen de ti que acaba de robar en la noche de su cuarto. Ahora, el vuestro.

Evelyn, americana y diplomada, ensucia el jardín con sus ropas multiformes. Ama de casa impenitente, como afirma el diploma enmarcado en madera y plástico dorado, llena diariamente, con su ropa interior de mujer, la lavadora que compraste en la ciudad. Obsesiva y cabezona, cierra los puños y empuja, empuja, para que no quede ni un solo rincón vacío, porque, como le recuerda su diploma, no hay que malgastar detergente. Un kilo, dos, tres, cien, mil kilos de ropa y luego, triunfante, aprieta con dedo

firme y docto un botón: programa nylon. Sobre las viejas ramas de los arbustos de mamá, sobre las plantas de ancestrales perfumes, que Clara regaba antaño todas las mañanas (hora doméstica), apareció una enorme floración sintética: sostenes, medias, bragas, *pantys*, fajas, batas, camisones. Delantales para todas las horas del día, para todos los segundos del día: uno para preparar el desayuno; otro para servirlo; el tercero para fregar los platos; el cuarto para ir a buscar caracoles; el quinto para elaborar, con sumo cuidado, los sándwiches que tanto le gustan, con lechuga, queso, tomate, pollo, pepinillos, *ketchup*; el sexto para sentarse por la tarde en el porche y tomarse una taza de té descolorido; el séptimo para envasar las mermeladas, y otros siete más para sustituir a los siete primeros, y otros siete más, por si acaso… Sin olvidar los delantales fantasma, aquellos que servirán, algún día, para recibir, con el cigarrillo en la boca y la rama de apio en la mano, a los amigos que piensa hacerse por estos pagos. Y, muy a la vista, esparcida por todas partes, tu ropa interior, tus calcetines, tus calzoncillos, tus camisetas. Hace siete años, no tenías tantas. Te atraía más el nudismo. Veo que el matrimonio da *cierto* pudor.

Esa primavera de trapo, que se agarra incluso a las ramas inferiores del viejo castaño de Indias, me da ganas de vomitar. Los mirlos, las urracas, los cuervos, los pájaros anónimos, desertan del jardín. Me quedo sin sonidos ni paisaje. Cierro la ventana. Prefiero estar solo, con mis sábanas que todavía huelen a los membrillos de Clara y que aún no han adquirido el olor nauseabundo de su maldita lavadora, programa algodón.

Y tú no paras de hablar de irrigación, y afirmas que, para finales de verano, la cosecha de remolacha será magnífica.

¿Para qué sirve la remolacha?

Todo diplomado tiene sus lagunas.

Para hacer azúcar.

—¡Genial! —dice la diplomada.

Y la casa se ahoga, poco a poco, bajo una catarata de palabras inútiles, de porcentajes angustiosos que suben y bajan la escalera, tapan los oídos y vendan los ojos del ángel que me ve, más enloquecido que nunca, asomarme, despreocupado, al borde del precipicio. Un soplo de tu voz, totalmente desconocida y totalmente metálica, asusta a las mariposas del

abismo de ese cuadro en el que voy a desaparecer para siempre si tú, mi ángel de la guarda, no te haces cargo de mí.

Pero la irrigación de las tierras es tema que debe tratarse con voz recia y firme, con voz de hombre, voz de Carlos enemigo, y eso es exactamente lo que haces, sin importarte el pavor que propagas entre las mariposas que doraban mi cuerpo y tu cabeza aquel 21 de marzo de hace doce años, cuando, para limpiar mi carne devastada por tu carne, mi cuello devastado por tus labios, usaste, con ternura, la misma agua de la que ahora hablas.

—¡Genial! —grita de nuevo Evelyn, americana y diplomada, que también sabe lo suyo de números, de porcentajes, de repartos, pero no de mariposas, ni de recuerdos de mariposas, ni de polvo dorado de mariposas.

Y vuestros gritos discordantes, que ya no son diálogo sino cálculo, resuenan en el cenicero de cristal de Murano, donde a mamá no le dio tiempo de apagar su último cigarrillo antes de apagarse a su vez, con una última sonrisa que vosotros, campeones de los números y de la remolacha, nunca tendréis. Nunca.

Y añades:

—Sí, genial. Así podremos levantar buena parte de la hipoteca. Dentro de nada le habremos resuelto todos los problemas a mi hermanito.

¡Hipócrita!

Pero has encontrado la horma de tu zapato: tu diplomada te responde con un silencio culpable.

Y ella, ama de casa americana y diplomada, provista de tornillos, destornilladores, clavos, martillos, rollos de cinta aislante y de cable eléctrico, se pone a currar con el cigarrillo en la boca y, de la vieja viga amorosamente tallada por algún artesano hace dos siglos, cuelga un foco blanco de ciencia ficción que ilumina día y noche su única alma; el diploma.

Da tres pasos hacia atrás y contempla su obra. Tres pasos a la derecha y contempla su obra. Tres pasos a la izquierda y contempla su obra.

Y la perfecta ama de casa sonríe: ve la imagen de su grandeza reflejada en el diploma.

La garganta se le llena entonces de notas, supervivientes de aquel viejo boggie-woogie a cuyo ritmo, hace ya cuarenta años, las vacas americanas y

diplomadas de su rancho americano y diplomado, mearon ácido. Y huele tanto a establo que las sensibles moscas empiezan a revolotear, voraces, a su alrededor, violando su aséptico universo. ¡Ay, Tejas, Tejas, lejano y limpio, y americano, y diplomado!

De nuevo, presiento a la mendiga de lujosos harapos. Aparto un poco la persiana de mi cuarto para echar un furtivo vistazo al círculo de losetas de piedra en que termina la escalera. La veo. Sus harapos de lujo me recuerdan, no sé por qué, el fastidioso trabajo del señor modisto de mamá, aquel despiadado esplendor del que sólo conocí los despojos, un aniversario tras otro, a la luz amarilla de las velas amarillas que tanto apreciaba mamá. La veo que tiende la mano, una mano que tiene algo de mamá y algo de Clara. Sé que está diciendo: «Por el amor de Dios». No concibo esa palabra en boca de Clara-mendiga ni en la de mamá-Clara-mendiga. Me niego a enfangarme demasiado en la podredumbre de tal alucinación. Oigo la voz americana y diplomada, gritando:

—¡Fuera! ¡No quiero mendigos! ¡Aborrezco a los pobres!

Evelyn saca el rifle y apunta. Pero no tuvo tiempo, sin duda, de diplomarse en tirador de élite (cosa extraña en una americana, sobre todo de Tejas, ahora que caigo), porque falla el tiro.

La mendiga se aleja a saltitos, como un pajarillo, en la confusión de sus lujosos harapos. La mendiga escupe, furiosa, sobre la aberrante miseria de las flores de nylon, vuelve la cabeza y mira hacia mi ventana. ¿Por qué me mirará Clara con esos ojos de niña perdida? *Una niña, querida…* ¿Se tratará de algún enigma, póstuma curiosidad de Matilde? Un río de lágrimas nace de pronto en mis ojos, me resbala por las mejillas, sobre la barba, se precipita a lo largo de todo mi cuerpo por la ventana, inunda el jardín, llega hasta Clara-mendiga que se volatiliza en una nube acuática. No tengo valor para salir al balcón y lanzarle una moneda.

Tiempo de Clara.

Anoche tuve un sueño. Un sueño muy extraño, a decir verdad. Déjame que te lo cuente. Yo era una mendiga y me acercaba a la puerta de la casa, pidiendo limosna. A la vez, me preguntaba por qué me había dado por

disfrazarme con tus harapos de viuda arruinada. No sé: la extraña sensación de haberme revestido con tu personalidad, de ser tu continuación. Loca. Loca de atar. Claro, me recibieron a tiro limpio. La extranjera.

Lo que no era de extrañar. En dos segundos, acribilló mi cuerpo fantasmal y me convirtió en un colador. La sangre que me salía de las heridas se transformaba enseguida en rosas rojas… que yo depositaba en la tumba. ¿Por qué rosas rojas? Siempre te traigo claveles. Rojos. ¿Será alguno de tus deseos ocultos que renace en mis sueños? Tendré que pensarlo. No quisiera decepcionarte en ese mundo superior en que estás ahora.

Pero no es sólo eso lo que me preocupa. No sueño a menudo, ¿sabes?, pero últimamente noto que me falta algo. Debe ser la ventana, la del otro cuarto, que su mano no abrió para echarme un trozo de pan o una moneda. Ventana sin sonrisa. Y sin embargo, tras la persiana, había una mirada acechándome, estoy segura. Pero no pude captar su verdadera naturaleza.

Por eso te digo que noto que me falta algo. Pero tú, tranquila. Te traeré rosas rojas.

Ha llegado la noche.

Cuento, una tras otra, las nueve, que el reloj del vestíbulo subraya meticulosamente, nueve golpes de tiempo atemporal, sin malicia, sin nada de nada. Las nueve, aisladas de todo sentimiento y de toda expectativa.

Bajo a cenar en familia.

La mesa. Mi silla.

Me siento.

Ante mí, el plato, el vaso, el tenedor, la cuchara, el cuchillo. Ante mí, tú, mi hermano.

Y a nuestro alrededor ella, que no para, buscando el punto preciso y americano que recomienda su diploma para la ensalada; ella, envuelta en un delantal salpicado de piñas; ella, que huele a desodorante.

Ante mí, el pan.

Y de nuevo tú, que me miras. ¿Qué buscas?

—Tienes los ojos colorados. ¿No duermes bien?

Miro el pan. En la panera. Cortado en trozos, tierno, apetitoso. Cantidad suficiente para cinco personas.

—¿Sabes? Hoy ha venido Clara a casa, pidiendo un trozo de pan. Uno solo. Debía tener hambre. Incluso dijo: «Por amor de Dios».

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Por qué no le dijiste que entrara?

¿Será cabrón?

—¿Por qué no me llamaste?

—¿Llamarte, yo?

Me miras. Y no dices nada más. Pero la cosa no va a quedar ahí, muchacho.

—Ella la echó a la calle.

—¿Quién?

Te miro. Su delantal de piñas no anda por aquí.

—¿Evelyn?

Te miro de nuevo. Su delantal de piñas se inclina ahora sobre la mesa. Nos presenta una bandeja de huevos con bacón. ¡Glorioso! Al menos, ella lo presenta como un acto glorioso. Cojo tu pan. Lo deshago con los dedos. Esparzo las migajas por el mantel.

—¡Toma, tu pan. Ahí lo tienes. No comeré nunca más!

Me mira, horrorizada. Su delantal de piñas pierde, de pronto, su alegría primaveral. Me levanto y me voy. Tú me sigues hasta el vestíbulo, pero no te atreves a llamarme. Me miras de nuevo. Yo también te miro.

—Por cierto, ¿llevas bien lo de la irrigación?

No me contestas.

—¿Has calculado ya lo que vas a sacar con la remolacha?

No me contestas.

Llego al pasillo. Y dices:

—No duermas en pelota. Si no tienes cuidado, no se te curará el reuma.

—¡Me importa un carajo!

¡Cabrón! Se ve que mi ojo-mamá no es el único que viola el secreto de las cerraduras.

El pasillo es largo. Una luna de primavera cae, ávida, por los tragaluces

del techo y alumbra el vacío de la escalera. Siento que me encojo, envuelto en un frío de iglesia. El silencio de la noche no basta para llenar esa distancia, larga y corta, que me separa de ti. Avanzo como puedo. Pero me voy acercando a ti. Unos brazos me empujan, brutales, hacia lo prohibido de tu cuarto. Unas voces me susurran: «Entra. Está ahí. Míralo. Atráelo hacia tu sangre, que es la suya». Voces perentorias. Y unos ojos fundidos en mis ojos, que ya no sé si me pertenecen pero que *quieren* verte. Antonio, mamá, Carlos, tú, Clara, hermano, Matilde, papá, todo se confunde en mí. Y esa interminable distancia, larga y corta, cubierta de alfombras, amueblada con sillones, donde los ruidos se desvanecen como mujeres encinta; esa distancia, atestada de presencias, que nunca se acaba, va añadiendo unos cuantos pasos más, que mi angustia debe salvar, con el corazón en la boca; el miedo de no llegar a la meta me empuja hacia delante y hacia atrás, con la misma fuerza.

Y esa luna. Luna de tiza. Que ilumina el vacío que recorro como un ladrón. Curioso ladrón, que roba a otro la imagen que siempre le perteneció, o puede que nunca.

La puerta de tu cuarto. Mejor dicho, de vuestro cuarto. Unos dorados pálidos, debido a la luna. Dorados súbitamente plateados que, para la multitud de miradas que viven en la mía, han perdido su valor. Eso es. La pérdida de un sentimiento, milagro de lo que fue y ya no es. Peor: la pérdida de su identidad.

La alfombra acoge mis rodillas cuando me agacho para pegar mi ojo múltiple al de la cerradura de tu cuarto, vuestro cuarto.

Y esa luna, que barre la coqueta donde mamá se ponía la mantilla blanca —o negra— y se adornaba con perlas, imagen de nosotros dos, mordida por los dientes de su media sonrisa de antaño. ¿Quién le iba a decir a ella que este espejo, virgen de toda presencia ajena, iba a reflejar algún día la imagen de otra persona que no fuera Antonio, mamá, Carlos, tú, Clara, hermano, Matilde, papá, yo?

Y esa luna, cruel y sin eclipse, pormenorizando con insolente precisión de miniaturista la cama en la que tú, vosotros dos, duermes, dormís, tras el cansancio… o el amor. Ella se aferra a ti como si temiera que te fueras a escapar. Pero tu brazo no la sujeta por el cuello y tu pecho no acoge la rubia

cabeza, porque ella *también* es rubia. Por lo que veo, has perdido tus costumbres más hermosas.

Duermes sin descanso, como si quisieras huir de su presencia. Y yo, reforzado por mi batallón de voluntarios, te aíslo en esa enorme cama, en la que ciertamente tú y yo fuimos concebidos. Ya que hablamos de angustia podría decirte del turbador contenido de tus sueños cosas que hasta tú mismo ignoras. Te lo podría decir si supiera las palabras… pero ¿quién podría revelarme tan misteriosas palabras? Te conozco tan bien, que no puedo definirte. Hay un tú tuyo, que sí podría describir. Pero el otro tú tuyo, el que es mi tú, de ése no, de ése, no puedo decir nada.

Por ejemplo, tu cuerpo. En mis recuerdos, te veo sosegado. Tu cabeza de hombre pesa lo que una fruta madura, y todo en tu cara es preciso: las cejas, suavemente unidas sobre la nariz; la nariz, que se perfila como un dibujo geométrico perfecto; el bigote negro, poblado y rudo, signo de una sangre potente; la barbilla, con la carne tan prieta que a veces hincaba en ella los dientes para endurecérmelos, como hacen los perros con un trozo de madera. Y el cuello, frontera del matorral que te empieza en las clavículas y se te extiende, salvaje y acogedor, por todo el pecho, y te invade suavemente el vientre, hasta el preciso lugar en que se eleva tu virilidad, orgullosa, rodeada de una selva virgen. Y las piernas, que mantienes siempre abiertas para mostrar mejor su potencia y que me hacían prisionero, cada noche, en nuestra guerra particular. Y luego los brazos que, pensaba, iban a ser para siempre mi espacio vital, mi casa y mi cuarto, murallas inquebrantables de mi fortaleza. Y las manos, ojos itinerantes de tu deseo, que han recorrido mi cuerpo tantas veces de punta a cabo, siempre gozosas de realizar cada noche el mismo itinerario.

Y esa luna, derramando su pálida luz.

¡Abre los ojos!

Los abres. Te sientes completamente solo y agobiado por tu compañera. Al final, lo has comprendido. Y lloras, lágrimas que nunca vi en aquellos tiempos en que la risa formaba parte de tu naturaleza.

Vuelvo a mi cuarto, sin reparar en el color moribundo de la luna. ¡Esta noche o nunca!

Echo el cerrojo. Y, como no quiero verte, luna, corro las cortinas.

Soledad.

Los grillos no paran ni un minuto: anuncian el verano, que debe andar ya por ahí. Son los primeros en presentir el acontecimiento, y no quieren callarse, los jodidos libertinos. Más soledad. Yo ya no tengo tiempo de pensar en el tiempo.

Voy al cuarto de baño. Me miro en el espejo. ¡Vaya pinta! Barba de cuatro días y ojeras de siete años; siete años metido en un callejón sin salida, grabados en mis ojos como dos puñetazos.

Decido afeitarme.

Me paso una hora larga, inmóvil, con la cara embadurnada en crema de afeitar.

La cara. Mi cara. Tu cara. ¿De quién es esta cara? ¿Qué refleja?

Me lavo la cara con agua fría. La piel va recuperando, a trancas y barrancas, los recuerdos de la infancia. Y florece de juventud. Se despierta.

Luego, el cuerpo. En la bañera. Envuelto en la suavidad de aquellas sales de baño que compraba mamá.

Luego, la cama. Me tumbo, medio tapado con las sábanas de amor que Clara guardaba en mi armario, el que huele tan bien. En este cuadrilátero de nieve, donde ya no se libra combate alguno, imagino el pasado como si fuera el futuro. Pero no consigo insuflar vida, en el presente, a mi oscuro sentir de gloria destronada porque ahora, la tempestad que ruge en tu pecho, que te endurece los músculos del vientre y de las piernas y que te estalla en orgasmo, en plena médula, ya no me pertenece. Y por mucho que los sentimientos te desgarren y que sigas pensando en mí y me busques por los rincones del olvido, cuando los bestiales rugidos te salen de la garganta, la tempestad de la que sufrí los estragos durante tantos años, tampoco me pertenece. En la cama de mamá, con tu fuerza de Carlos joven, hay otra persona que pierde el aliento con la proximidad de tu boca. El universo en que tus muslos reproducen el terremoto, ya no es el mismo. Ha cambiado. Se llama Evelyn. Universo americano y diplomado, con el que las cosas vuelven al orden, al abominable orden en que echas cuentas y plantas olivos y disminuyes el enorme déficit causado por mis estudios y por la muerte de Carlos. Vieja mamá loca, ¿por qué no te fuiste más lejos en busca de cataclismos, peregrina de milagros imposibles, más lejos, hasta llegar a la

ruina total? Sé que lo estás viendo —mis ojos son tus ventanas— tumbado en la cama en la que sin duda lo engendraste, con el sueño inquieto por la presencia extranjera. Si yo pudiera hablar a los muertos, iría hasta tu tumba, esta noche de sucia luna, y te haría mil preguntas, para que, al fin, pudieras contestar. Pero… mamá muda-hijo mudo.

Luego mi grito. Sale de mí con pretensiones de grito, pero se queda en gemido. Un gemido inacabable, que convierte mi cuarto y a mí mismo en una cavidad atestada de desesperación. Llena la noche y la casa, viola tu cuarto y tu sueño. Es a la vez voluntario e involuntario. Porque soy dos: yo y mi angustia. Cruzas el pasillo. Intentas abrir la puerta de mi cuarto. Pero está cerrada a cal y canto. Con llave. Me ordenas que te abra, como si todavía te perteneciera.

Pero ni abro, ni dejo de gritar.

A través de las paredes de mi cuarto y del fragor consciente de mi grito, percibo que te vuelves loco, tú, mi hermano, que renaces de tus cenizas. Bajas la escalera. Sales al jardín. Trepas por las ramas del viejo castaño de Indias. Abres las hojas de la ventana. Apartas las cortinas.

Y aquí estás, vestido con un pijama azul, que parece cuidadosamente planchado para la ocasión.

Tú y tu angustia.

Mi grito.

Tu angustia que se mueve en tus ojos, como una fiera que, los días de látigo, descubriese de pronto la salida camuflada por la que se escapa el domador. Tu angustia no estaba totalmente amaestrada.

Y el grito continúa. Terrible. Incontrolable. Naciendo de todas partes. Que me vacía. Que me esparce. Cántaro de desesperación que estalla bajo una ráfaga de ametralladora. Expresándose con plena independencia, sin tener en cuenta mi voluntad o mi pudor. Que no pueden detener ni mi pensamiento ni tus palabras. Ese grito expresa siete años de carencia. Tu carencia también. Ese grito que me desgarra y te desgarra. Voluntario e involuntario. Ese grito, no sé qué más, pero que lleva tu nombre.

Como loco, te echas sobre mí. Te veo y te siento. Te respiro. Me gustaría acabar con esta hemorragia de angustia. ¡Te lo juro! Pero mi otro yo sigue gritando, como si se hubiese averiado en el preciso instante en que

el sufrimiento cruzó la barrera de la mente para llegar a la expresión física.

Me cubres con tu cuerpo palpitante. Y ya no sé si son tus palabras de dentro o las de fuera, las que oigo. Pero las oigo. Mientras me asfixio.

Tus labios enloquecidos por toda mi cara, como compresas calientes que intentaran bajar una fiebre. Fiebre por el absceso que soy, en mi integridad. Que debe reventar de una vez por todas.

Me callo.

Sólo se oye en el cuarto, envuelto en el sudor de la crisis, un latido alocado. El de tu corazón. Pero ahora, loco de alegría. Eso creo. Loco de alegría, porque tu boca sigue, minuciosamente, los antiguos caminos de mi cuerpo, en los que antes se perdía.

—¿Todo bien, cariño?

Tus palabras renacen en el mismo punto en que murieron, hace siete años, el día de nuestro adiós. Tu voz no ha viajado, no ha dado órdenes, no ha hablado con nadie, ni en otros idiomas. Sigue siendo la voz de mi hermano Antonio, aunque haya perdido su musicalidad de la adolescencia y ganado una nueva intensidad.

Me echo a llorar. Quiero llorar. En silencio. Sé que lloro por todos mis poros; que todos los ojos que habitan en mí lloran conmigo.

Tú, te bebes *nuestras* lágrimas en mis ojos, antes de que me ensucien la cara, como si te quisieras emborrachar. Te alimentas de nosotros. Y dices:

—Tranquilo, tranquilo. Estoy aquí.

Pero sé que no quieres que pare, porque, de verdad, necesitas alimentarte de mí.

El pijama empieza a molestarte. Te lo quitas. Y te integras en mí. Y ya no hay más palabras.

Por fin sé que eres de nuevo mi hermano Antonio.

Y para siempre.

La mano de la extranjera llama a nuestra puerta. Ni con impaciencia ni con negligencia. Mano americana y diplomada, que llama como es debido a la puerta de nuestro cuarto.

Ni siquiera intentas calmar tus jadeos, ni despegar tu boca de la mía, mientras preguntas:

—¿Qué pasa?

—¿No vienes a dormir?

—No.

—¡Pero mañana tienes que madrugar!

—Vuelve a la cama. Mi hermano está enfermo.

Me echo a reír.

Diez segundos de silencio. Ha encajado el golpe.

—¿Necesitáis algo?

—¡No! ¡Lárgate!

Notamos que duda unos instantes. Luego, sus pasos americanos y diplomados se alejan por el pasillo.

Nos miramos. Por primera vez de verdad, desde el miércoles 21 de marzo en que llegasteis a casa. Tienes los ojos encendidos. El bigote te palpita. Los dientes, entre el placer y la sonrisa, me muerden la nariz.

—¿Quién de los dos ha causado el problema?

—Déjalo. Ya hablaremos en otro momento.

Y empiezas de nuevo. Pero me desprendo de ti. Todavía no me has conquistado.

—¿Te ocurre algo?

—Quiero salir. ¿Vienes?

—¿Adónde?

—No sé. Por ahí, a dar una vuelta.

—^Vale. ¿Cogemos el coche?

—¿Y sentarme en el asiento de Evelyn? No, prefiero andar.

—¿Te sientes con fuerzas?

—¡Pues claro!

—No olvides que estás enfermo.

—¡Mierda!

Te echas a reír.

—De acuerdo. Vamos. Quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Ya lo verás.

Te pones el pijama y las zapatillas. Yo, unos vaqueros y una camiseta. Salimos del cuarto. La sombra de Evelyn, espía americana y diplomada, se esconde en el fondo del pasillo. C.I.A.

—¿Vas a salir, Tonio?

Ni siquiera le contestas. Llegamos al porche y a los bancales, donde creo oír las voces susurrantes y lejanas de cuatro niños. Se llaman Carlos, Matilde, Juan, Clara, y juegan a cambiar el mundo y a amarse con locura bajo el claro de luna. Sin convenciones sociales. Bajo el claro de luna. El mismo claro de luna que nos lleva hacia el cercado de paredes blancas donde antaño mugían los toros bravos entre la sombra frondosa de los eucaliptos. Toros de antaño, condenados por el viento a una eterna vigilia.

Tú y yo, habitantes de la noche, cruzamos el río, ya casi seco, donde siguen presentes aquellos niños; dos cuerpos desnudos jugando a sumergirse en el agua fría, dos pares de ojos curiosos que miran, maravillados, aquella potente desnudez, escondidos tras la maleza. Cuatro fantasmas que regresan, confundidos con el suave movimiento de los juncos. Matilde, Clara, muchachas. Carlos, Juan, muchachos.

Sin darnos cuenta, llegamos al cerro de las culebras. No hay cuervos. Ni tampoco culebras. Sueño. El cerro también duerme, perezoso, en el rasposo crujir de los marojos secos que el viento arrastra. Y ante nosotros nuestras sombras, exploradoras incansables, enormes y deformadas por la luna rezagada.

Sacas la linterna. Penetramos de nuevo en la vieja mina. Rumorosa comitiva de murciélagos sobre nuestras cabezas. Oímos el manantial. Luego lo vemos, rodeado por su playita de arena gris, enorme pozo desierto donde se baña la luna. La luna. Habrá venido corriendo, o por un atajo, para alcanzarnos, porque hace un rato nos seguía de lejos. Se sienta, socarrona, en su trono de estrellas, para no perdernos de vista.

Y ni una mariposa.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Ya no están!

Sonríes:

—Están durmiendo.

El tiempo pasa. Tiempo de noche, sin presencia aparente.

Sentados en la arena, permanecemos en silencio. Tienes mi mano entre las tuyas. Tu mano es una caricia. Luego, atraes mi cabeza hacia ese lugar de tu cuerpo en que te late la vida, potente. Tu segundo corazón. Me aprietas contra él con la misma pasión con la que me aprietas contra tu

pecho. Todo se borra y todo renace. Seguimos siendo nosotros dos. Te vuelves paciente y tierno, como cuando yo era pequeño y tenías que enseñarme, con mucha delicadeza, tu voluntad de amar. De amarme. Retomo poco a poco mi lugar en tu vida. Esa comodidad especial de vivir en ti, que se había esfumado, hace siete años, me envuelve ahora más que nunca. La felicidad me invade.

—¿Te acuerdas?

¿Quién hizo la pregunta?

—Sí.

¿Quién contestó?

Simbiosis de nuestros cuerpos, pregunta y respuesta, amor iniciado contra todo y contra todos, tú, mi hermano, yo, tu hermano, un solo ser.

—¿De verdad que es para siempre?

—No me lo vuelvas a preguntar. Quiero que estés seguro de que sí. Sólo tengo una palabra y un sentimiento. En lo referente a ti, claro.

—¿Y entonces, tu matrimonio?

—Simple curiosidad.

—¿Sólo eso?

—Y tu servicio militar. Imaginarte en un cuartel me ponía malo. De celos, por supuesto. Quería librarte. Y luego, mi trabajo. La boda me puso a la cabeza de la fábrica. En eso me fue muy bien. Ahora, soy alguien. Aquí, puedo encontrar un buen empleo. Con muy buen sueldo. Haber trabajado en el extranjero, siempre es importante.

Me hablas como a un crío. No te contesto. Y no porque me rebele contra tu manera tan vulgar de planificar tu vida. Es que yo también empiezo a planificar la mía. Evelyn sigue en casa. Si piensas que vas a quedarte con mujer y hermano, te equivocas. No, señor. Si me quieres, tendrás que ir hasta el final. Pero hasta el final de verdad. Y elegir.

Tus caricias ya no son de amor. Más que nunca, siento que quieres ser mi amante. Eso ayuda. Y reconforta. No quieres sólo mi cuerpo, sino mi integridad. Te sientes mi creador. Y lo acepto. Pero en tal caso, me toca a mí poner las condiciones. Ya no soy un niño. Soy un hombre. No he dirigido ninguna fábrica. No me he casado con una mujer rica. Tan sólo he sufrido. Ahora tendrás que vértelas con un hombre hecho y derecho.

—¿En qué piensas, cariño?
—En ella.
—¿Te preocupa?
—Me molesta.
—¿Qué quieres que hagamos con ella?
—¿Me lo preguntas por curiosidad?
Te ríes. ¡Eso es, ríete! ¡Para bromas estamos! Contestas:
—En absoluto. Tú mandas. Haremos exactamente lo que quieras.
A eso lo llamo yo firmar una sentencia. ¿De muerte?
—¿En serio?
—Claro.
—Quiero que se vaya.
—Pues se irá.
—No querrá.
—¿Y a mí que me importa? Se tendrá que ir.
—¿Y la fábrica?
—La fábrica es suya.
—¿Ya no la quieres?
—Hay fábricas en todas partes.
—¡Me refiero a ella!
—Sólo te quiero a ti.

Silencio. Caricias. La luna, más pálida que nunca, sonríe. No me gusta la sonrisa de la luna. Detesto los cómplices nocturnos.

—Imagínate que soy juez. ¿Qué me contestarías si te preguntara: «Por qué me quieres»?

—Te quiero porque eres mío. Te quiero porque te poseo. Te quiero porque necesitas amor. Te quiero porque eres el desorden y a mí no me gusta el orden. Te quiero porque cuando me miras, haces que me sienta héroe. Y te quiero, sobre todo, porque al fin he comprendido que no puedo hablar de mi amor a nadie que no seas tú, y que ése es el verdadero amor. También te quiero porque tu contacto me lleva al límite de mi virilidad.

Me miras como si estuvieras en mí. Y estás en mí. Y fuera de mí. En todas partes.

—¿Y tú, por qué me quieres?

—Te quiero porque… me gusta la destrucción y que tú y yo no constituimos un penoso futuro de amor eterno. Me refiero al amor llamado creador. Y te quiero sobre todo porque nadie podrá nunca acusarnos de querernos. Nunca, ¿entiendes? Y además, porque nada de lo que se ha dicho sobre la vida, se puede aplicar a nosotros. Te quiero porque, aun siendo capaz de querer a otras personas, sólo me quieres a mí. Sólo a mí. ¿Sabes que llevamos en la sangre una pizca de anarquía?

—¿Una pizca? ¡Querrás decir una tonelada!

Y te ríes. Tus dientes son como dos cuchillos que cortan el aire donde florecen mis palabras.

Ya sé lo que debo hacer. Me desnudo. Me tumbo en la arena. Tú haces lo propio. Y me cubres. Me penetras. Fijas tus ojos en los míos. Y me muestras lo que significa el amor consciente.

La luna se va. Sale el sol. Las mariposas se despiertan.

—Te he soñado durante siete años.

¿Quién de los dos acaba de hablar?

Te duermes.

Cuento millones de mariposas sobre tu sueño. Sé que sonrío.

—Dime, ¿si pudieras hacer lo que quisieras con el mundo, qué harías?

—Sólo una cosa.

—¿Qué?

—Una hoguera.

A lo lejos, la casa se despierta a la belleza. El sol matutino le otorga un aura de inmortalidad que le borra llagas y ruinas. La pareja de águilas, solemne, se pasea por el cielo, sobre las higueras salvajes que coronan el pozo de las mariposas. Los dos cuervos, nuestros vecinos, se persiguen de roca en roca por el cerro de las culebras. Entre los muros de piedra, un fantasma va caminando hacia las tumbas del muerto crónico y de la nacida muerta. Lleva en las manos un ramo de flores rojas. Detrás, los nylon infecciosos de la extranjera siguen floreciendo el jardín.

—¿Y tú, qué harías?

—Yo, un paraíso cerrado, prohibido a todo el mundo. Abierto sólo para ti y para mí.

—¡Fascista!

Te ríes.

—Mi paraíso cerrado sería el único lugar que se salvaría de tu hoguera.

—No cuentes mucho con eso. No he dicho que quisiera salvarte o salvarme.

Ahora me toca reír a mí. Tú ya no te ríes.

Mi hermano Antonio ha desertado definitivamente del cuarto de mamá. Ahora Evelyn duerme sola.

Pretexto: estoy muy enfermo. Infancia traumatizada, pérdida de mis padres en plena adolescencia, exilio. Argucias que funcionan al noventa por ciento, sobre todo con las mentalidades americanas y diplomadas. De modo que mi hermano debe de estar casi siempre a mi lado. Ternura. Sacrificio. Sobretodo de noche. El pobre se ahoga en un mar de pesadillas.

Pero nuestras risotadas nocturnas no indican enfermedad. La extranjera va y viene por el pasillo sin parar, insomne. Pone la lavadora, insomne. Hasta que, a fuerza de insomnios, comprende. Aquello provoca una escena apocalíptica, un jueves por la mañana, en el desayuno. Se niega a calentar y a azucarar mi vaso de leche de cabra. Mi hermano le dice que puede volver a su América natal y diplomada cuando quiera. Nadando, si le apetece. Evelyn, furiosa, descuelga el diploma del salón, recoge la ropa de nylon sobre los arbustos del jardín, hace las maletas y dice que se larga. Adiós. Mi hermano tiene el detalle de llevarla en coche, aprovechando que debe ir a la ciudad para ver al administrador de mamá, nuestro administrador ahora.

Tiempo de Clara.

No te extrañe que venga a verte hoy por la tarde, para traerte tus rosas rojas. Nuestro Antonio ha venido esta mañana a buscarme con su cochazo. Era la primera vez que lo veía desde que regresaron. Mi querida Clara, haz las maletas. Volvemos a casa. Vamos a vivir los tres juntos. ¡Qué guapo estaba el puñetero en el umbral de mi puerta, con el bigote vivaracho, alto y guapo como Carlos cuando se casó contigo! Vale, ríete si quieres, pero siempre tuvimos nuestro propio universo. Y en la vida, las cosas se repiten sin parar. Me metí en el coche en un pispás: ya tenía la maleta preparada desde el día en que el niño llegó a casa. Eso nunca te lo había dicho,

¿verdad?

Antonio me ha comentado que acababa de dejar a Evelyn en el aeropuerto. No me sorprende.

—¿Has echado a tu mujer?

—Ya no tengo mujer. Se acabó. He pedido a mi abogado que agilice el divorcio. Quiero decir en Caracas. Aquí, soy soltero.

Le he contestado;

—¡Bien hecho! En la vida sólo se ama una vez y tú, cariño, ya amas desde hace mucho tiempo.

Me ha mirado, y tras levantar el labio superior, exactamente igual que hacía su padre, me ha dicho:

—Tienes razón, me vuelve loco. (Se refería, claro, a la carne de cordero).

Ahora te dejo. Tengo mucho trabajo en casa. Y he de organizar un montón de cosas. No te preocupes, querida, tu voluntad es la mía. Y la suya.

Todo llega en este mundo. Nuestro momento, por fin, ha llegado. ¡Viva la libertad!

Me quedo solo en casa todo el día. Doy un paseo triunfal hasta las tumbas gemelas de mis padres. Las dos lápidas soportan con entereza el viento del cerro. Duermen a la sombra de la capilla establo. Arranco las malas yerbas y riego las flores. No me apetece hablarles, pero estoy contento. Ellos lo notan. Sin venir a cuento, los geranios desprenden un intenso perfume esta mañana. Sé que tan extraordinario aroma es un mensaje. Una de las innumerables maneras que tiene mamá de comunicarse. Gracias.

Con el corazón contento, vuelvo a casa. Empiezo a colocar los libros de papá en los estantes de la biblioteca. Tengo que quitarles siete años de polvo.

Ahora me los tendré que leer. Tengo todo el tiempo del mundo.

O a lo mejor decido quemarlos en una hoguera simbólica. Ya veremos.

A la caída de la tarde, oigo el coche. Salgo a la escalera. Mi hermano Antonio llega cargado de paquetes. Seguramente, regalos. Y Clara. A su

lado. Tan pancha. Sin los harapos de lujo y con muy buen aspecto. Lo veo y no lo creo.

—¿Vuelves con nosotros?

—¿Dónde te crees que está mi sitio, tesoro?

—¡Aquí, por supuesto!

—¡Pues eso!

—Oye, ¿me han dicho por ahí que le dabas a eso de la mendicidad?

—¡Y una mierda! Seré roja y vieja… te lo concedo, pero mendiga, nunca.

Mi hermano se ríe.

—Y a mí me han contado que tu viaje al extranjero no ha sido nada glorioso ¿no?

—¿Qué? ¿Que yo…?

—¡Descastado! ¡Ni una carta!

—Es que yo…

—Lo sé, lo sé.

Los paquetes contienen ropa elegante. Para mí. Mi hermano Antonio es hombre de palabra. Las manos de mamá sustituyen a las mías para acariciar los tejidos. Son unas expertas. Excelente calidad.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Clara abre la puerta de nuestro cuarto, se acerca a la cama y nos despierta. Lleva puesto en la cabeza su eterno trapo de criada. Los gallos ya la han saludado, mientras regaba el jardín de Matilde.

—^Arriba, chicos. Ya tenéis el baño preparado. Y vestios en condiciones. Vamos a realizar una ceremonia. Poneos los trajes nuevos. Hoy es i8 de julio.

Mi hermano Antonio gruñe:

—¡Qué dices! ¡Son las seis de la mañana!

—Exacto. Os espero en el salón a las ocho en punto. Y no me obliguéis a subir otra vez. Me estoy haciendo vieja.

Y da un portazo. Nos levantamos. Vamos al cuarto de baño donde encontramos todos los antiguos caprichos rituales de mamá: jabones, sales, perfumes, cremas… Mi hermano dice:

—¿Sabes de qué va esto?

—Ha dicho que hoy es i8 de julio.

—¿Y qué?

—Fiesta nacional.

—¡Se le ha ido la cabeza! Ahora se nos vuelve fascista…

—¡Qué va!

Nos acicalamos como si fuera el día de nuestra boda. ¡Vaya una fecha!

Más guapos que un san Luis, bajamos al salón, donde esperaba Clara, ya lista: la mantilla de mamá, el vestido de mamá, el misal negro de mamá.

Y también, la belleza de mamá.

Clara-mamá coge dos claveles rojos y los prende a nuestra solapa. Abre el misal negro…

Tiempo de Clara.

Ya está, querida. Hoy de madrugada he casado a tus hijos. El uno con el otro. Me puse tu vestido, tu mantilla, y, en tu misal negro, leí en voz alta: «Dios mío, otorga la libertad a los pueblos de la tierra» —entre nosotras, no debía ser muy católico quien escribió eso— y les pedí que se pusieran uno frente al otro, y le pregunté al mayor:

—¿Quieres tomar a tu hermano pequeño en matrimonio?

—Sí —me contestó con los ojos más azules que un cielo de noche.

Le pregunté al pequeño:

—¿Quieres tomar a tu hermano mayor en matrimonio?

—Sí —me contestó con los ojos más profundos que un mar de noche.

Os declaro casados. Y os comunico, en nombre de la libertad de conciencia que hemos conquistado, que nadie, salvo vosotros mismos, podrá disolver este sacramento laico. Podéis besaros.

Tus hijos se han besado delante de mí. Dos perfiles de hombre cuyo resplandor te habría deslumbrado.

Pensándolo bien, no sé si he estado demasiado solemne, demasiado pretenciosa, pero mis palabras eran mías de verdad, aunque hubo un momento en que, mezclada con mi voz, se desprendió una entonación muy particular tuya.

Besé a los recién casados, a tus dos hijos. Y me lancé en un discursito

que tenia muy preparado. Les dije: «Así es como nosotros tres, únicos supervivientes de nuestra familia republicana, celebramos solemnemente el treinta y cinco aniversario de la victoria y de la paz. Hoy, i8 de julio, fiesta nacional. Día de victoria. Día de guerra. Pero nuestra victoria. Nuestra guerra. Venid. He hecho una tarta con treinta y cinco velas. ¿Nos la comemos?».

Querida, ¡no te puedes imaginar lo que nos reímos! Y con esa alegría, devoramos la tarta de aniversario y de boda. Nos subimos al coche y nos fuimos de viaje de novios a la ciudad, llena de banderas bicolores rojo amarillo rojo. Acabamos de regresar.

En fin, que estoy contenta. Muy contenta. Me he demostrado a mí misma que cerca de cuarenta años de silencio no me han matado, como a vosotros dos. Y además, siempre es bueno saber que, con sesenta y dos años, todavía se puede ser terrorista. Eso, de verdad, da la vida.

CAPÍTULO 20

Mi cuñada americana y diplomada se llama Evelyn. Muerta.
Mi profesor republicano se llama don Pepe. Muerto.
Mi confesor católico se llama don Gonzalo. Muerto.
Mi primera traición se llama Galdeano. Muerto.
El señor modisto de mamá—monstruo nunca tuvo nombre. Muerto.
La cofradía de las invisibles, tampoco. Muerta.
El joven campesino y su padre, enterradores de mamá, no se llaman de ninguna manera. Muertos.
Los dos tíos vestidos de negro con galones de plata, enterradores de Carlos, tampoco se llaman de ninguna manera. Muertos.
Mi país se llama España. Muerta. (Detalle curioso: nadie pierde la esperanza de que resucite).

Mamá-yo se llama Matilde. Viva.
Papá-Carlos se llama mi hermano. Vivo.
Nuestra criada se llama Clara. Viva. (Detalle a tener

en cuenta: por naturaleza, tiende al terrorismo).
Mi hermano se llama Antonio. Vivo.

Y yo, me llamo Ignacio. Presente. Triunfal. Vivo. Y encantando de haberte conocido.

París-Atenas-París
Mayo-septiembre 1974

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS (Enix 1933 - París 1998) nace en el seno de una familia republicana. A los 20 años, tras haber finalizado su bachillerato en Almería, se desplaza a Barcelona para estudiar derecho, pero pronto descubre que su vocación es la literatura y, su auténtica pasión, el teatro. A mediados de los años 50 se traslada a Madrid donde trabaja como actor, director de teatro y traductor. Su labor de dramaturgo se ve premiada, en dos ocasiones, con el Premio Nacional Lope de Vega pero la censura prohíbe la representación de sus obras. Acosado por la dictadura, decide exiliarse: primero en Londres, luego, definitivamente, en París donde se instala en 1968, dedicándose, desde entonces, al género narrativo. Gómez Arcos murió tras haber publicado 14 novelas en francés, haber sido galardonado con numerosos premios literarios y condecorado con la Orden de las Artes y las Letras francesas con grado de caballero (1985) y oficial (1995). Su obra forma parte del programa educativo de los liceos franceses. Murió, en suma, como un escritor prestigioso y, como tal, fue enterrado en el cementerio de Montmartre.